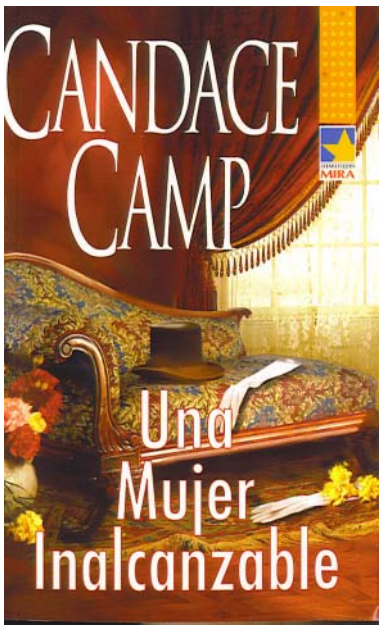

Candace Camp

UNA MUJER INALCANZABLE

Título original: Beyond Compare Publicada originalmente por Mira

Argumento :

Kyria Moreland era lo bastante hermosa para ganarse el sobrenombre de «La Diosa» y lo bastante rica para atraer a todos los caballeros de Londres, pero se negaba a casarse hasta que no hubiera encontrado el amor verdadero. Entonces recibió un extraño paquete en misteriosas circunstancias, y se vio enfrentada al peligro, al asesinato y a un atractivo americano cuyo destino parecía estar unido al suyo. Rafe Mcintyre tenía el encanto suficiente para seducir a cualquier mujer, pero su atractiva fachada ocultaba un amargo pasado. Su vasta experiencia le decía que, Kyria estaba en peligro, y se negó a

que resolviera sola el misterio del paquete. Pronto se quedó fascinado por los sucesos que se desataron con la llegada de aquella antigüedad de incalculable valor. ¿Quién le había enviado a Kyria ese tesoro envuelto en la leyenda? ¿Y quién estaba dispuesto a cometer un asesinato para conseguirlo?

Capitulo 1

Kyria estaba en el gran salón de baile cuando oyó gritos. Agudos y penetrantes, parecían proceder de cierta distancia, quizás incluso del piso de arriba. Kyria, que había estado comentando con Smeggars, el mayordomo, la disposición de los arreglos florales del banquete de bodas de Olivia, alzó la cabeza al oír los gritos, aguzó el oído y a continuación posó sus ojos en Smeggars. El mayordomo le devolvió la mirada, y la forma en que se crispó su sereno semblante durante una fracción de segundo convenció a Kyria de que estaba pensando lo mismo que ella: los gemelos habían vuelto a las andadas.

Suspirando, Kyria dejó su tarea y salió al pasillo seguida de Smeggars. Se encaminó hacia la escalera y rompió en un suave trotecillo cuando los gritos y los quejidos estallaron de nuevo. Subió la escalera a toda prisa, alzándose las faldas para no tropezar y al llegar al segundo piso vio sentada en el suelo, al fondo del pasillo, a una de las doncellas, que, con las manos en la cabeza, parecía hallarse en pleno ataque de histerismo. Otra doncella se inclinaba sobre ella, intentando alternativamente levantarla y tranquilizarla. Un lacayo y otra doncella entraron corriendo en el enorme salón que esa semana se estaba usando con más frecuencia debido al gran número de invitados llegados con ocasión de la boda.

Los preparativos de la boda de su hermana habían recaído, como solía ocurrir con casi todos los acontecimientos sociales en aquella familia, sobre los hombros de Kyria. Su padre, el duque, espantado por el sinfín de personas que había invadido sus, por lo general, apacibles dominios, se había refugiado en su taller del jardín, donde podía deleitarse trasteando con sus cacharros de barro. La duquesa, que encontraba a la mayoría de los miembros de su propia clase social frívolos e ignorantes, no tenía interés alguno en entretener a sus invitados, y los quehaceres domésticos le aburrían. Pese a que de tarde en tarde se avenía a hablar con el servicio de los menús, del alojamiento de los

invitados u otras cosas semejantes, era más proclive a adentrarse en discusiones acerca de las espantosas condiciones de vida de la clase servil en Inglaterra y de los esfuerzos que los trabajadores debían realizar para rebelarse contra su suerte. Al acabar tales discursos, los sirvientes quedaban por lo general confusos y la duquesa, irritada.

Naturalmente, siendo Thisbe la mayor de las hermanas, era de esperar que fuera ella quien se encargara de los preparativos, pero a Thisbe le interesaban mucho más sus experimentos científicos. Y se habría podido pensar con toda justicia que, tratándose de una boda, era la novia quien más íntimamente debía comprometerse en la organización y ejecución de los preparativos. Pero Olivia había reaccionado con mayor horror que su padre, si cabía, ante la perspectiva de aquella invasión de invitados. De modo que era a Kyria a quien acudían el ama de llaves y el mayordomo en busca de instrucciones, y ella quien se había pasado la semana anterior organizando el alojamiento y las comidas de un gran número de convidados, muchos de ellos acompañados de varios criados. Sobre ella pesaba asimismo la tarea de proporcionar entretenimiento adecuado a los invitados mientras que, al mismo tiempo, se ocupaba de los preparativos de la boda. Quizás otros se habrían sentido abrumados por el esfuerzo, pero a Kyria le entusiasmaban semejantes desafíos. Había momentos, no obstante, en que deseaba que los gemelos no se mostraran tan dispuestos a dificultarle la tarea.

Entró corriendo tras la doncella y el lacayo en el salón. En la larga y elegante estancia reinaba el caos. Lady Marcross se había desmayado en uno de los sillones, y la condesa de Saint Leger, la madre del novio, se inclinaba sobre ella, abanicándola con un pañuelo. Miss Wilhelmina Hatcher, una de las muchas primas de los Moreland, y otra mujer a la que Kyria no conocía, se habían puesto en pie de un salto, tumbando un taburete y una mesa de finas patas, y se abrazaban la una a la otra, balbuciendo histéricamente. Lord Marcross agitaba el puño en dirección al techo, en tanto que la doncella y el lacayo corrían alrededor de la habitación presos de gran agitación, con las manos y las caras levantadas, gritando: « ¡Ven aquí, pajarito! ¡Ven aquí, Wellie!».

El anciano lord Penhurst, sordo como una tapia, se había pegado la trompetilla al oído. Su hija gritaba hacia ella, intentando explicarle lo sucedido, y, de cuando en cuando, la voz del anciano se alzaba sobre el alboroto gritando quisquillosamente: « ¿Qué? ¡Habla más alto, niña, maldita sea!». A su

espalda, lady Rochester, que casi igualaba a lord Penhurst en edad, hacía resonar su bastón con autoridad, exclamando: « ¡Detén ese griterío inmediatamente, Wilhelmina!».

Kyria se hizo cargo de la situación de una sola ojeada. Al principio no comprendió qué había causado tal alboroto, pero al alzar los ojos siguiendo el ejemplo de los criados y de lord Marcross, vio al loro encaramado en la galería tapizada de una de las ventanas que daban al oeste. El pájaro, de vivido color rojo anaranjado, tenía las alas azules plegadas y miraba con ojos brillantes y la cabeza ladeada la escena que se desarrollaba bajo él.

— ¡Wellington! —exclamó Kyria, y, alzando las manos, indicó que se calmaran —. Está bien, no hay por qué asustarse. No es nada. Sólo el loro de los gemelos. —Una mascota bastante estúpida, a decir verdad — rezongó lord Marcross.

— Bueno, no te quedes ahí pasmada, niña —le dijo lady Rochester a Kyria, golpeando de nuevo con su bastón para mayor énfasis —. ¡Haz algo!

Lady Rochester, la tía abuela de Kyria, era una enérgica anciana que vestía de negro desde hacía treinta años, no tanto en señal de luto por la muerte de su esposo, ocurrida muchos años atrás, como por considerar que el color negro favorecía su tez pálida. Kyria sabía por un retrato de la dama en su juventud que lady Rochester había sido en tiempos una belleza, pese a que en su rostro avejentado, coronado bizarramente por una peluca tan negra como su vestido, quedara poco de su antigua hermosura. Aunque, naturalmente, nadie se habría atrevido a llamar a aquello una peluca delante de sus narices. Lady Rochester poesía una lengua afilada como una navaja que nunca dudaba en utilizar contra quienes la rodeaban y era una de las pocas personas capaces de hacer que Kyria se sintiera de nuevo como una torpe muchachita.

Kyria compuso una amable sonrisa y dijo:

— Sí, claro —se volvió de nuevo hacia los otros, diciendo —. Por favor, guarden silencio —alzando la cabeza, añadió—. ¡Ven aquí, Wellie! —se dio una palmada en el hombro como había visto hacer muchas veces a Alex y Con —. Ven aquí y te daré una golosina.

El loro giró la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro, observándola, pensó Kyria, con una clara expresión malévola, y profirió un agudo graznido seguido de las palabras:

— ¡Golosina! ¡Wellie, golosina!

—Eso es. Wellie, golosina —canturreó Kyria, palmeándose el hombro de nuevo.

El pájaro dejó escapar otro graznido y despegó de la galería que le servía de percha. Lanzándose en picado, clavó las garras en el pelo de lady Rochester y siguió volando con la intrincada peluca negra colgando de las uñas. Lady Rochester profirió un graznido semejante al del pájaro y se echó las manos a la cabeza. La visión de la cabeza desnuda de lady Rochester bastó para inducir en la prima Wilhelmina y su compañera otro ataque de histeria, mientras al otro lado de la habitación el anciano lord Penhurst rompía en un cacareo de carcajadas. Kyria apretó los labios para refrenar la risa que amenazaba con subirle por la garganta y corrió en pos del pájaro, seguida por la doncella y el lacayo. Wellington los condujo por el pasillo y las escaleras principales. Kyria bajó corriendo mientras el cortejo que la seguía crecía a medida que invitados y sirvientes se unían a la persecución. El primo Albert, que entraba por la puerta principal en ese momento, se quedó pasmado al ver a aquel gentío bajando por las escaleras hacia él.

— ¡Cierra la puerta! —Gritó Kyria—. ¡Ciérrala...!

- ¿Qué...? —empezó a decir Albert, aturdido, y agachó la cabeza al ver que el loro, rojo como una llama, se lanzaba hacia él de cabeza.

El pájaro salió volando por la puerta, y Kyria dejó escapar un gruñido de exasperación. Imposible saber adonde iría el pájaro. Pasó corriendo junto a Albert, que se había erguido y parpadeaba rápidamente. Haciéndose sombra con la mano, miró hacia arriba y vio a Wellington abriéndose paso entre las ramas de un viejo y extenso roble, al oeste de la casa. Bajó corriendo la corta escalinata que llevaba a la pradera de césped delantera, se giró y siguió al loro. Se detuvo bajo el roble y miró hacia arriba. Wellington se había encaramado a una de las ramas más altas y estaba haciendo trizas la peluca de lady Rochester. Kyria dejó escapar un gemido.

— ¡Malditos sean Theo y sus regalos! —La doncella llegó junto a ella y Kyria se volvió hacia ella—. Tenemos que bajar a ese pájaro. Tráeme unas nueces, ¿quieres? Y corta una manzana. Veré si puedo hacerle bajar. Y Cooper... —se giró y le dijo al lacayo—, busca a Alex y a Con y diles que vengan aquí ahora mismo si no quieren perder a Wellie. Los criados asintieron con la cabeza y partieron a todo correr a cumplir sus encargos. El resto de los sirvientes y de los invitados pululaba alrededor de Kyria, mirando al loro en el árbol. Kyria paseó la mirada por ellos, deseando sutilmente que hubiera alguien que

pudiera ayudarla. Reed, el más responsable de sus hermanos, había salido a caballo esa mañana con el capataz de la finca para ocuparse de algún problema en una de las otras granjas, y Stephen y Olivia estaban en la vicaría, hablando de la inminente ceremonia, junto con la madre de Kyria. Thisbe y su marido se hallaban, naturalmente, en su laboratorio, enfrascados en un experimento u otro. El laboratorio había sido construido unos años antes para reemplazar al cobertizo de Thisbe, que había volado por los aires accidentalmente a consecuencia de un experimento. La explosión había prendido fuego al taller de su padre, causando un pánico generalizado entre los sirvientes. El nuevo laboratorio estaba situado a distancia prudencial de la casa principal y de las dependencias anejas.

Como cabía esperar, pensó Kyria, estaba sola.

—Ven, Wellington, baja —dijo con voz seductora—. Te daré golosinas. Mucho mejores que esa peluca vieja. Sé bueno, Wellie. Ven aquí —se palmeó el hombro enérgicamente.

El loro abandonó un momento la industriosa destrucción de la peluca y ladeó la cabeza, mirándola. Kyria sonrió y siguió llamándolo. Lamentaba no saber silbar. De niña siempre había envidiado aquel talento en sus hermanos, pero, por más que lo había intentado, nunca había conseguido hacerlo. Le habría sido de gran ayuda en ese momento, pensó, pues Alex y Con, que a menudo dejaban suelto al pájaro de brillantes colores para que volara por la espaciosa habitación de los niños, solían llamarlo con un silbido. Se volvió hacia la multitud que se había reunido tras ella y la miró pensativamente.

—Albert, ¿tú sabes silbar?

Su primo la miró con sorpresa.

-¿Silbar?

— Sí, silbar.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo he hecho desde que era niño.

—Pues inténtalo, ¿quieres?

Albert lo intentó, pero el leve chillido que profirió sólo consiguió que el loro ladeara la cabeza en el otro sentido y emitiera un graznido desdeñoso.

— ¡Hola! —Gritó el loro—. ¡Hola!

— Sí, hola, Wellie —respondió Kyria, palmeándose el hombro otra vez—. Ven aquí, Wellie. Sé bueno, Wellie. Ven con Kyria.

El loro paseó la mirada alrededor de la multitud, parloteando y señalando, dejó escapar un grito y voló hasta una rama más alta, dejando caer la peluca al suelo, donde quedó tendida como un extraño animal sin vida. Kyria se apresuró a recogerla. Estaba hecha trizas, pensó, acobardándose un poco al pensar en el rapapolvo que sin duda le echaría más tarde su tía abuela. Ella se encargaría, pensó con cierta acritud, de que Alex y Con se llevaran también su parte.

La doncella a la que había mandado a la cocina volvió resoplando junto a ella, con un puñado de trozos de manzana y unas nueces.

—Tenga, señorita. Lo he traído tan rápido como he podido.

—Gracias, Jenny —contestó Kyria, tomando un pedazo de manzana y alzándolo para que el loro lo viera—. ¡Mira, Wellie, una golosina!

El loro giró la cabeza a un lado y a otro y dejó escapar unos cuantos ruidos agudos, pero se negó tercamente a moverse de su elevada percha.

— No he visto a los gemelos de camino a la cocina, señorita, pero le dije a Patterson que fuera a buscarlos.

—Estarán fuera —dijo Kyria—. No se perderían por nada del mundo un alboroto semejante.

Nada atraía con mayor prontitud a los niños que una algarabía. Aunque, naturalmente, casi siempre eran ellos el centro de cualquier alboroto que se produjera en Broughton Park.

Kyria siguió intentando engatusar al pájaro con los pedazos de comida, y él continuó ignorando sus ruegos. La multitud expectante que formaban los invitados hacía cada vez más ruido, y, cuando una de las mujeres profirió una risotada, el loro se removió en su rama. Kyria intentó acallar al gentío, pese a que sabía que, aunque los invitados se quedaran callados un momento, seguirían hablando cada vez más alto, y el ruido y la agitación harían que el pájaro se alejara volando. A los gemelos se les partiría el corazón si perdían al loro. Tenía que hacer algo.

Pero lo único que podía hacer, pensó, era acercarse al pájaro y alejarse del ruido y el movimiento de la gente, donde Wellington pudiera concentrarse en ella y en el sabroso bocado que le ofrecía. Pensó fugazmente en Alex, que era ágil como un mono y podía trepar casi a cualquier parte. Pero a ella también se le había dado muy bien trepar a los árboles de niña y, por suerte, esas cosas no se olvidaban.

Estudió el árbol, que no era malo para trepar, pues tenía ramas bajas en las que apoyarse, y luego observó su atuendo. Un elegante vestido con miriñaque no era precisamente lo más indicado para trepar a un árbol. Pero no tenía tiempo para cambiarse, de modo que, dando un suspiro, se agachó, agarró el bajo de su falda, lo alzó y metiéndoselo entre las piernas, arrebujó las enaguas e introdujo el borde de la tela en su cinturilla. La falda arremangada dejaba al descubierto una importante extensión de sus piernas enfundadas en polainas, y Kyria oyó a su espalda más de una exclamación de sorpresa, además del leve chillido de la siempre impresionable prima Wilhelmina. Incluso la doncella, habituada a las extrañas costumbres de la familia Moreland, la miró boquiabierta de asombro. Kyria sabía que su conducta sería la comidilla de todos durante varios días y que sin duda se convertiría en otro ejemplo de la larga lista de sus excentricidades.

Encogiéndose mentalmente de hombros, se guardó los pedazos de fruta y nueces en el bolsillo y se acercó al árbol. Agarrándose al tronco por la rama más baja, se impulsó hacia arriba, pasó una pierna sobre la rama y se trepó a ella. Una vez de pie, empezó a trepar, rama a rama, hasta que llegó a lo más alto que podía ascender con la seguridad de que las ramas soportarían su peso. Miró a la multitud reunida allá abajo, que la miraba con estupefacción. Era, se dijo sintiendo un leve cosquilleo de miedo en el estómago, una caída muy alta. Pensó que había sido tonta por subir hasta allí. Alzó la cabeza y miró la tracería de ramas que se extendía a su alrededor.

Wellington se había movido durante su ascensión y estaba encaramado en lo más alto del árbol. Kyria se sentó y, sujetándose cuidadosamente a la rama, metió la mano en el bolsillo, sacó un pedazo de manzana y lo tendió hacia el pájaro.

¿Ves? Una golosina, Wellie. Ven aquí y te la daré — le instó—. Sé bueno, Wellie. Ven aquí.

—Hola —respondió el loro, y profirió un sonido que se parecía notablemente a una carcajada.

— Sí, hola —Kyria disimuló su exasperación y agitó ligeramente la mano hacia el pájaro—. ¿Ves? Una golosina para Wellie —se palmeó el hombro. Se deslizó cuidadosamente sobre la rama, intentando engatusar al pájaro para que se acercara a ella.

Mientras se desplazaba poco a poco, se preguntó cuánto más podría avanzar por la rama, que se hacía cada vez más delgada. Se detuvo y, sujetándose a la rama con una mano, tendió la otra hacia el pájaro.

-Ven, Well...

Se oyó un fuerte crujido y, de pronto, Kyria cayó. Se golpeó con la rama que había debajo, se deslizó por ella y, girándose, intentó agarrarse frenéticamente. Sus manos se aferraron a la madera, y de pronto se detuvo en su caída, pero se encontró colgando de una rama a varios metros del suelo. Bajo ella, varias mujeres chillaban, mirándola con espanto. Kyria bajó la mirada hacia ellas y sintió un vuelco en el estómago al ver lo lejos que estaba del suelo. Iba a morir, pensó... y todo por intentar salvar a un estúpido loro.

Miró entonces hacia la pradera de césped y, más allá de ella, vio un caballo cuyo pelaje bayo relucía a la luz del sol cabalgando por el camino en dirección al árbol. Sobre su lomo iba sentado un hombre que, inclinado sobre el cuello del animal, cabalgaba como si fuera uno solo con su montura. Se le había caído hacia atrás el sombrero y su pelo, agitado por el aire, brillaba, dorado, al sol. Kyria sintió un repentino arrebato de esperanza, y una leve tibieza se extendió por su pecho. Se agarró con fuerza a la rama, viéndolo cabalgar hacia ella como un centauro. Sirvientes e invitados se apartaron cuando el desconocido saltó el seto de poca altura que separaba el camino de la pradera y corrió hacia el árbol. Kyria sintió que sus manos resbalaban sobre la rama, y su estómago se encogió de miedo. El jinete tiró de las riendas, se detuvo bajo el roble y, alzándose sobre los estribos, extendió los brazos hacia ella.

— Suéltese —dijo alzando la voz—. Yo la agarraré.

Kyria permaneció colgada un instante más, temiendo soltarse. Luego respiró hondo, cerró los ojos y abrió las manos. Cayó y, por un instante, se apoderó de ella el terror. Después chocó con el pecho del desconocido, cuyos brazos la rodearon al tiempo que el impulso de la caída los derribaba a ambos del caballo. Cayeron al suelo con un golpe seco.

Kyria quedó aturdida y abrió lentamente los ojos. Estaba tendida sobre el duro pecho del jinete, con su camisa blanca bajo la mejilla. Podía oír el latido de su corazón dentro de su pecho. Se movió cautelosamente, advirtiendo que todo su cuerpo parecía funcionar correctamente. Había sobrevivido. Alzó la cabeza, apartándola del pecho del hombre, y se encontró mirando los ojos más azules que había visto nunca. Sintió que le faltaba el aire, que no podía apartar la mirada. Él le sonrió, y el hoyuelo que se formó en su mejilla morena hizo

trastabillar el corazón de Kyria. Era una extraña sensación que Kyria no había experimentado antes, y que le causaba al mismo tiempo extrañeza y enojo.

—Vaya, querida —dijo él, los ojos brillantes de regocijo, la voz profunda y levemente acentuada—. Si llego a saber que en Inglaterra se podían recoger mujeres bonitas de los árboles, habría venido antes.

El timbre de su voz, su forma amorosa y suave de deslizarse sobre las palabras, hizo que un extraño calor se extendiera por las entrañas de Kyria. Sintió que se sonrojaba, y de pronto se dio cuenta de que tenía ganas de reír. Aquel impulso aumentó su exasperación; ella nunca, ni en su primera temporada en sociedad, se había comportado como una colegiala bobalicona y coqueta. El desenfado que mostraba el semblante del apuesto forastero la indujo a pensar que estaba acostumbrado a tratar con mujeres idiotas que se comportaban como tales cuando él les sonreía. Kyria lo miró con el ceño fruncido.

—No le veo la gracia —replicó, pareciendo enojosamente quisquillosa incluso a sus propios oídos.

— ¿De veras? —la sonrisa del desconocido no se apagó—. A mí, en cambio, siempre me divierte rescatar a muchachas bonitas de los árboles.

Kyria lo miró con reproche. Aquel hombre era sumamente irritante, pensó. Ni siquiera tenía la decencia de fingir que ella no se había comportado estúpidamente. Un auténtico caballero habría obviado lo ocurrido. Y, para colmo, ¡intentaba flirtear con ella!

— Yo no necesitaba que nadie me rescatara —le dijo altivamente.

La sonrisa de él se hizo aún más amplia.

—Oh, ¿de veras? El error ha sido mío, entonces.

Kyria hizo una mueca y empezó a incorporarse. Por un instante, el brazo con que él le enlazaba aún la cintura se tensó, apretándola contra él en aquella postura excesivamente íntima. Los ojos de ella centellearon, y ya se disponía a echarle una severa reprimenda cuando, antes de que pudiera decir nada, él la soltó y se levantó ágilmente, con aquella insufrible sonrisa aún en los labios. Se inclinó y le ofreció a Kyria la mano para levantarse. Ella ignoró quisquillosamente su mano extendida y se puso en pie, mirando a los sirvientes y los invitados, que los observaban con pasmo, aparentemente clavados en el sitio por el asombro. El hecho de que ellos se levantaran pareció liberar a los demás de su parálisis, y todos se acercaron a Kyria, armando un guirigay.

— ¡Oh, milady! —Smeggars, el mayordomo, fue el primero en llegar hasta ellos—. ¿Está herida?
—Estoy bien —le aseguró Kyria, sacudiéndose las faldas revueltas.
— ¡Prima Kyria! —Wilhelmina aprovechó la ocasión para romper en sollozos, escondiendo la cara en su pañuelo.
— ¡Condenada regadera! —rezongó lord Penhurst con aquel tono chillón que él consideraba irónico.
— ¡Pero bueno...! —exclamó indignada la amiga de la prima Wilhelmina, pero una mirada severa de lady Rochester le hizo tragarse sus palabras.
Por lo visto, la doncella de lady Rochester había acudido en auxilio de su señora, pues la indomable anciana llevaba la cabeza cubierta con un elegante gorro negro con reborde de encaje. Inclinándose sobre su bastón, miró a Kyria y profirió un áspero carraspeo.
— Como sigas así, algún día te romperás el cuello, Kyria. Recuerda lo que te digo.
— Sí, tía —contestó Kyria dócilmente, demasiado acostumbrada a las reprimendas de su tía abuela como para tomárselas a mal.
El desconocido volvió su encantadora sonrisa hacia la anciana y le hizo una elegante reverencia.
— Rafe Mclntyre, señora, a su servicio.
Lady Rochester intentó mostrarse inflexible, pero a Kyria le pareció advertir que el destello de una sonrisa cruzaba su boca.
¿Es usted americano? —preguntó la prima Wilhelmina, olvidando su llanto mientras miraba a Mclntyre.
— Sí, señora, así es. Soy amigo del novio.
— ¡Oh! —Kyria se giró para mirar al forastero, comprendiendo de pronto quién era—. Es usted el socio de Saint Leger.
Era también un buen amigo de Stephen, al que serviría de padrino de boda. Y ella se había comportado groseramente con él, pensó Kyria sintiendo una nuevo arrebato de vergüenza.
—Su antiguo socio —la corrigió él, posando en ella su brillante mirada azul.
Era guapo, no había duda, pensó Kyria. Cualquier hombre se habría dado por satisfecho con aquellos ojos luminosos y aquella sonrisa seductora, pero él además, pensó Kyria, había sido bendecido con una figura alta y de anchos hombros y un rostro bien modelado que enmarcaba un cabello castaño claro y abundante, ligeramente largo, rebelde y decolorado por el sol en mechones

dorados. Kyria comprendió que aquel hombre haría desmayarse a la mitad de las mujeres de la casa. Cualquier duda que pudiera plantearles su baja alcurnia quedaría de sobra compensada por la fortuna que, según se decía, había amasado Mclntyre gracias a las minas de plata cuando Stephen Saint Leger y él todavía eran socios. Por alguna razón, aquella idea enojó aún más a Kyria.

— A decir verdad —comentó lord Marcross, acercándose a Mclntyre con la mano extendida, cabalga usted magníficamente.

—Me temo que todo el mérito es del caballo —dijo Mclntyre, soslayando ágilmente el cumplido, y, volviéndose, buscó a su caballo con la mirada. El bayo estaba a unos metros de distancia, pastando despreocupadamente. Mclntyre sonrió y se acercó para tomar las riendas, pasándole una mano por el cuello—. La mitad de las veces parece que está a punto de quedarse dormido, pero lo cierto es que puede volar.

— ¿Lo compró en Inglaterra? —preguntó el primo Albert.

—En Irlanda —contestó Mclntyre, y un instante después varios hombres se congregaron a su alrededor para hablar de caballos.

— ¡Oh! —Kyria se acordó de pronto del loro — ¡Wellie! ¿Dónde está? ¿Se ha ido? —se volvió para mirar el árbol.

El loro voló de una rama a otra más baja con un destello de rojo y azul, y profirió un graznido, enojado al parecer porque nadie le prestara atención. Rafe abandonó momentáneamente la conversación y alzó la mirada. Luego miró a Kyria.

¿Eso era lo que intentaba hacer ahí arriba? ¿Atrapar a ese loro?

Kyria asintió con la cabeza. Rafe se llevó dos dedos a los labios y emitió un agudo silbido. Para desazón de Kyria, el loro se alzó de la rama y descendió en un amplio círculo para posarse sobre el hombro de Mclntyre.

—Wellie, bueno —croó el pájaro.

Kyria se quedó mirándolos, enojada. Rafe se echó a reír y pasó un dedo por la cabeza del pájaro.

—Odioso pajarraco —dijo ásperamente lady Rochester—. Siempre he dicho que es ridículo tener un loro en Inglaterra. Su sitio está en África.

—En las islas Salomón, tía —la corrigió Kyria—. Es oriundo de las Salomón.

— Nunca he oído hablar de ellas —replicó lady Rochester—. No sé por qué se le ocurrió a tu hermano que sería un buen regalo.

— He traído una jaula, milady —dijo tímidamente Jenny, la doncella, alzando una pequeña jaula.

Rafe le lanzó a Kyria una mirada inquisitiva, y ella asintió.
— Sí, por favor, póngalo ahí. Jenny, llévelo al cuarto de los niños y métalo en la jaula grande —al ver que Jenny hacía una mueca, añadió—. Está bien. Déjelo ahí de momento. Les diré a los gemelos que se ocupen de él. ¿Dónde están esos dos, por cierto?
Jenny miró hacia atrás y Kyria siguió su mirada. El preceptor de los gemelos permanecía al borde de la multitud, con aspecto consternado. Kyria le hizo una sena y él se acercó con reticencia.
— Ignoro dónde están, señorita —comenzó a decir, anticipándose a la pregunta de Kyria—. Los dejé estudiando geografía y volví a mi habitación para recoger el libro de latín. Cuando regresé, se habían evaporado — frunció el ceño — A decir verdad, milady, el señorito Alexander y el señorito Constantine muestran una falta de disciplina y de decoro que juzgo intolerable.
— ¿De veras? —preguntó Kyria con voz engañosamente sedosa—. Bien, señor Thorndike, a decir verdad, en mi opinión muestra usted una notoria falta de habilidad a la hora de hacer que unas mentes ávidas e inquisitivas como las de mis hermanos se interesen por sus asignaturas. Creo que la duquesa le explicó los métodos con que prefiere que eduquen a sus hijos. Cuando examiné sus cuadernos la semana pasada...
El preceptor alzó altivamente el mentón.
— Yo, señorita, enseño tal y como me enseñaron a mí.
— ¿Memorizando y repitiendo? —Preguntó Kyria alzando una ceja—. La geografía puede ser una materia fascinante, una exploración de tierras y gentes distintas a nosotros, no una retahíla de nombres de países y de capitales aprendida de memoria. Tal vez convendría que mi madre revisara los deberes recientes de mis hermanos y le explicara de nuevo lo que quiere.
— No será necesario, señorita —replicó el preceptor gélidamente. Porque voy a presentar mi dimisión — con ésas, giró sobre sus talones y se alejó con la espalda derecha como un palo.
Kyria dejó escapar un suave gruñido.
— Oh, cielos, es el tercero este año. Puede que me haya precipitado.
Rafe se echó a reír a su lado.
— Hablando por experiencia, imagino que los niños se alegrarán de perder de vista a su preceptor —hizo una pausa y luego añadió con una sonrisa, alzando una ceja—. ¿Constantine y Alexander? ¿Como los emperadores?

— Sí. Son gemelos, ¿sabe?, y mi padre es experto en cultura clásica. Y yo también estoy segura de que se alegrarán — suspiró ella.
En ese momento, el mayordomo, que se había apartado discretamente de los invitados, regresó con una de las doncellas a la zaga.
— Milady... -¿Sí, Smeggars?
— Martha tiene cierta información sobre el paradero de los gemelos, milady —fijó una mirada severa en la joven criada, que retorcía con nerviosismo el delantal entre las manos —. Hable, Martha.
— Yo, eh, bueno, no estoy del todo segura, señorita — comenzó la muchacha tímidamente.
—No importa. Dígame lo que piensa.
— Bueno, eh, esta mañana estuve limpiando la chimenea del cuarto de los niños, señorita, y oí hablar a los gemelos, y, bueno, me pareció que decían que iban a salir a cazar.
¿A cazar? —repitió Kyria, atónita—. ¿Está segura?
—No, señorita. Les oí hablar de la cacería y luego uno de ellos, el señorito Con, creo, dijo que, bueno, que iban a... intercedería... no, a interceptarla, creo. También estuvieron hablando de dónde era la cacería.
—Está bien, gracias, Martha —Kyria frunció el ceño, extrañada.
¿Hay cacería hoy? —preguntó Rafe.
— Sí. Nuestro vecino, el señor Winton, iba a celebrar una. Algunos de nuestros invitados se unieron a ella esta mañana, pero no entiendo por qué estaban hablando los gemelos de ir a ella. Son demasiado pequeños. Todavía no han cumplido once años, y, de todos modos, siempre hablan de la caza con gran repugnancia. Les encantan los animales, ¿sabe?, y... —Kyria se detuvo en seco y alzó la mirada hacia la cara del americano, atónita—. ¡Oh, dios mío!
— ¿Qué? ¿Qué ocurre? —él se irguió al advertir la expresión de alarma de Kyria.
— ¡Eso es! Están tramando algo. Lo sé. ¡Van a intentar detener la cacería! — Exclamó Kyria, llevándose las manos a la cabeza—. El señor Winton se pondrá furioso. ¡Y justo antes de la boda de Olivia! He de hacer algo. Debo detenerlos —se giró y echó a andar hacia los establos.
Pero Rafe le dio alcance y la agarró de la muñeca.
—Espere. Déjeme ayudarla.
El contacto cálido y áspero de sus dedos difundió una extraña sensación por el brazo de Kyria. Ella parpadeó, mirándolo, momentáneamente distraída.

— Pero yo... he de intentar encontrarlos. Lo siento, debe disculparme. Pero...
— No, eso es lo que le estoy diciendo. Yo la llevaré. — ¿Los dos en su caballo? Pero el animal estará cansado — Kyria miró vacilante el caballo de Mclntyre.
—Si apenas ha sudado una gota. Es muy fuerte, se lo aseguro. No hace falta que pierda el tiempo ensillando su caballo. Sólo dígame adonde hay que ir — Mclntyre la tomó del brazo sin ceremonias y la condujo hacia su caballo. La montó sobre él y subió tras ella—. ¿Adonde vamos? —preguntó, rodeándola con sus brazos para tomar las riendas.
Enmudecida de asombro, Kyria señaló con el dedo. Rafe clavó los talones en los flancos del caballo y partieron a galope tendido.

Capítulo 2

Kyria iba sentada de lado a lomos del caballo, con el costado pegado al pecho de Rafe, cuyos brazos la rodeaban para agarrar las riendas. Su calor la envolvía, y no podía evitar sentir cuan íntimamente se encajaba su trasero entre las piernas de él. Nunca antes había montado así a caballo, y ello resultaba bastante enervante. Sentía una desacostumbrada tibieza entre las piernas, una especie de suavidad, una agitación innegablemente excitante.

— Debería haber traído mi caballo —dijo, luchando por ignorar el tumulto que sentía en su interior.

¿Por qué? —preguntó, y su aliento agitó el cabello de Kyria.

— Bueno, yo... —se volvió y se encontró mirando fijamente el rostro de Rafe, del que sólo la separaban unos centímetros. De pronto sintió que se sofocaba y que se le secaba la garganta. Carraspeó—. Yo, eh, creo que, al final, habríamos ido más rápido. Su caballo va a cansarse.

— Ya le dije que es fuerte. Y usted es ligera como una pluma.

— En absoluto —contestó ella secamente — . Mido casi un metro setenta y cinco.

— Sí, es usted alta, desde luego —él sonrió; sus ojos azules la observaban con aprobación—. Enseguida me di cuenta. Eso me gusta. Aun así, no pesa usted lo suficiente para cansar a mi amigo —bajó el brazo y palmeó el cuello del caballo—. Usted dígame adonde hay que ir.

—Cruce ese prado —dijo Kyria señalando con el dedo mientras intentaba ignorar la sensación que le producía el contacto con el cuerpo de Rafe—. Sé dónde sueltan a los perros. El señor Winton es muy previsible. Estoy segura de que por eso Con y Alex han pensado que podrían cortarles el paso. Si subimos por Bedloe Hill, creo que podremos verlos.

Cruzaron a galope el prado y saltaron la cerca. Los cascos del bayo apenas rozaron el travesaño superior. Kyria, segura en el círculo que formaban los brazos de Rafe mientras la brisa enredaba su ya desordenado pelo, sentía la excitación de la carrera. Tenía el pulso acelerado y la respiración agitada. El olor masculino de Rafe excitaba su olfato, mezclándose con el olor del caballo y con el aire áspero del otoño.

Kyria dirigió a Rafe hacia una pendiente, y, al emprender su ascensión, aminoraron el paso. Desmontaron cuando el desnivel se hizo más abrupto y subieron a pie el resto de la colina. Rafe llevaba a su caballo de las riendas.

— Espero que podamos encontrarlos antes de que paren la cacería —dijo Kyria, preocupada—. El señor Winton se pondrá furioso si se la arruinan. Estaba ansioso porque nuestros invitados se unieran a él. Confía desesperadamente en que lord Badgerton le dé su aprobación. Es un consumado cazador. Y si Con y Alex arruinan la caza y le dejan por tonto... —suspiró — . De todas formas no aguanta a los gemelos desde que se les escapó la boa y...
¿La que? —la interrumpió Rafe. —La boa constrictor. Les encantan los animales. Tienen un auténtico zoológico en el cuarto de los niños.
Ah —Mclntyre la miró fascinado — . Y, eh, ¿qué pasó exactamente cuando se escapó la boa?
—Oh, que se comió el pavo real del señor Winton — Rafe sofocó una carcajada, y Kyria lo miró fijamente—. Sí, ríase cuanto quiera, pero le aseguro que al señor Winton no le hizo ninguna gracia. Los gemelos tuvieron suerte de que estuviera demasiado alterado para acordarse de poner munición en la pistola, o aquél habría sido el fin de Augusto.
— Augusto es la boa constrictor, supongo.
— Sí. Hizo falta toda la diplomacia de Reed, y también una bonita suma de dinero a modo de compensación, para aplacar al señor Winton. Estaba extraordinariamente orgulloso de ese pájaro. Aunque, en mi opinión, no se perdió gran cosa. Siempre me ha parecido que tener pavos reales paseándose por el jardín resultaba demasiado ostentoso. Además, hacen un ruido infernal.
—Estoy de acuerdo —los ojos azules de Rafe se iluminaron de regocijo.
Kyria le lanzó una mirada de reproche, conteniendo la sonrisa que amenazaba con aflorar a sus labios.
—A usted todo esto le divierte. Usted no tiene a ese hombre por vecino.
— No, afortunadamente —replicó Rafe con seriedad—. Qué horror, los pavos reales graznando a todas horas... o lo que sea que hagan los pavos reales.
—Chillan como si les estuvieran matando —le informó Kyria con desagrado.
— Deduzco, entonces, que nadie se percató cuando Augusto atacó al pavo.
Kyria dejó escapar una carcajada y se tapó la boca con la mano.
— ¡Es usted terrible! Eso no tiene ninguna gracia. Él le sonrió.
— Lo sé. Por eso no se ha reído usted.
—No he debido hacerlo —alcanzaron la cresta de la colina y contemplaron el paisaje que se extendía ante ellos. ¡Allí! —Gritó Kyria, señalando con el dedo—. Veo una chaqueta roja. ¡Rayos! Se han parado. Oh, Dios mío, deben de ser los gemelos.

— Vamos, entonces —Rafe la subió a la silla y se sentó tras ella.
Partieron al galope colina abajo. Pronto dejaron de ver las figuras distantes y tuvieron que fiarse de su memoria para orientarse entre la arboleda que se extendía más allá de la colina. Salieron a una senda estrecha, y Rafe dejó el caballo a rienda suelta. Cruzaron otra arboleda y salieron a una pradera de hierba que se extendía entre zonas boscosas. Y allí, pululando alrededor, había cierto número de jinetes y caballos. Rafe tiró de las riendas y pasó al trote entre el grupo hasta llegar al fondo de la pradera, donde una jauría de sabuesos ladraba y gemía, contenida por los guardianes. Delante de ellos permanecía de pie un hombre fornido con patillas en forma de chuleta de cordero, ataviado con chaqueta de maestro de caza. Tenía la cara casi tan roja como la chaqueta y hacía enérgicos aspavientos mientras gritaba a los dos niños que tenía enfrente.
Rafe comprendió de inmediato que aquéllos debían de ser los gemelos en cuestión. Finos como juncos y más bien altos para sus diez años, tenían el pelo negro y los ojos azules, y eran idénticos como dos guisantes de la misma vaina. Estaban de pie, mirando al hombre grueso, con los hombros erguidos y los brazos a los costados. Tras ellos, acobardado bajo un matorral, había un pequeño zorro rojo.
Rafe apenas había parado su caballo cuando Kyria se apeó de un salto y corrió hacia sus hermanos. Rafe ató su montura al arbusto más cercano y fue tras ella.
¡Señor Winton! —Kyria se interpuso entre el hombre fornido y sus hermanos. Lo siento muchísimo. Le pido disculpas en su nombre —se giró y miró enojada a sus hermanos. ¿Se puede saber qué habéis hecho?
Los dos niños cruzaron los brazos casi al unísono y la miraron con obstinación.
—Es cruel y perverso, Kyria —dijo uno de ellos con descaro—. Tú misma lo dijiste, igual que mamá.
— Sí, lo sé —dijo Kyria —, pero no tenéis ningún derecho a interrumpir la cacería del señor Winton.
¿Y qué derecho tienen ellos a asesinar a un pobre animal indefenso? —replicó el otro muchacho.
El caballero profirió un rugido y agitó la fusta hacia ellos.
— ¡Engendros de Satanás! ¡Alguien debería daros una paliza!
Kyria se giró bruscamente y miró al caballero con frialdad.

— Permítame recordarle, señor, que la educación de los gemelos es cuestión que atañe únicamente a sus padres, y que no tiene nada que ver con usted.
— ¡Son incorregibles!
Los ojos de Kyria brillaron.
— ¡No lo son! Son simplemente niños con buen corazón que aman a los animales y sufren cuando ven que se los mata por simple diversión.
— ¿Lo ve? —el caballero agitó el dedo índice hacia ella—. Esa actitud es precisamente la causa de su comportamiento. Ustedes les animan a corretear por ahí como salvajes y...
Kyria puso los brazos en jarras con decisión. —Nosotros les animamos a pensar por sí mismos.
— ¡Alguien debería darles una azotaina! —los ojos de Winton amenazaban con salirse de sus órbitas; su cara se estaba volviendo de un tono alarmantemente rojo. Dio un paso hacia los gemelos.
Kyria se movió de lado, interponiéndose de nuevo entre el caballero y sus hermanos.
Winton permaneció en la misma posición, con la fusta alzada amenazadoramente y el semblante desencajado de rabia. Rafe se colocó rápidamente entre el caballero y Kyria, deslizando la mano bajo su chaqueta mientras decía:
—Oiga, aguarde un minuto.
-¿Quién demonios es usted? —preguntó Winton.
—Pues —respondió Rafe, sacando un pequeño revólver de debajo de su chaqueta— soy el hombre de la pistola —todos lo miraron con asombro—. Le sugiero que se aparte de la señorita y de estos niños y se calme un poco. ¿Qué le parece?
— ¡¿Qué?! —El caballero miró la pistola y luego miró a Rafe—. Pero... pero...
— Sé lo que está pensando —continuó Rafe amablemente—. Está pensando que esta pistola no es gran cosa para que la lleve un hombre, y tiene toda la razón. Es un chisme más bien cursi. Pero, verá, me he percatado de que la gente de este país me mira mal cuando salgo a la calle con el Colt en el cinto, de modo que me parece mejor llevar ésta. Es menos alarmante, ¿sabe?, y además la puedo llevar en el bolsillo de la chaqueta, y ni siquiera se nota.
— ¡Hala! —oyó que exclamaba uno de los chicos a su espalda, y el señor Winton dio un paso atrás.

— Señor Mclntyre... —dijo Kyria débilmente.
—Descuide. No tengo intención de disparar —le aseguró Rafe jovialmente—. Aún no, al menos. Pero creo que ahora podemos discutir más tranquilamente los hechos. ¿Me equivoco, señor Winton? —el caballero asintió con la cabeza, lanzando otra mirada inquieta a la pistola de Rafe. Éste volvió a guardársela en el bolsillo, se apartó e, inclinándose hacia Kyria, murmuró—. Sólo quería detener la pelea.
Kyria hizo una mueca, pero a continuación se volvió hacia el señor Winton y dijo en un tono mucho más amable:
—Caballero, por favor, acepte mis disculpas por el comportamiento de los niños. Volverán a casa conmigo de inmediato y haré lo que esté en mi mano para asegurarme de que esto no se repita.
—Pero Kyria... —protestó uno de los chicos.
Kyria lo acalló con una mirada afilada y volvió a dirigirse al señor Winton.
—No quisiera que una riña insignificante estropeara la amistad que une a nuestras familias desde hace tanto tiempo. El duque y la duquesa siempre se han sentido afortunados por contar con un vecino tan excelente como usted.—
¡Pero han parado la cacería! —gritó el caballero, incapaz de refrenar su ira.
— Sí, lo sé, y al hacerlo han actuado inapropiadamente —convino Kyria con suavidad—. Le aseguro que hablaré de ello con mis padres.
—Pero ¿y la cacería? —la voz del caballero comenzaba a parecerse a un gemido.
—Espere un momento —dijo Rafe de nuevo—. Lo lamento, pero soy americano, así que estoy un poco confuso. Aclárenme una cosa. ¿Está diciendo que han salido ustedes con todos esos perros a cazar ese zorrito?
— Sí, desde luego. En eso consiste una cacería —Winton lo miró con desdén.
—Oh, ya veo —Rafe asintió, pensativo—. Sólo estaba... Bueno, en mi país normalmente uno sale a cazar un zorro solo, ¿sabe? No necesita la ayuda de un escuadrón.
El caballero alzó el mentón.
—Bien, yo, naturalmente, no necesito ayuda. Pero es así como se hace.
—Oh. Bueno, claro —Rafe miró a su alrededor—. El caso es que... creo que la parte contraria se ha cansado de esperar —se giró y miró intencionadamente el matorral delante del cual permanecían los gemelos. Los niños también se volvieron a mirar, y a continuación se apartaron, sonriendo. El pequeño zorro rojo se había ido.

— ¡Maldita sea! —Exclamó Winton, y miró furibundo a Kyria—. Su padre tendrá noticias mías.
—Estoy segura de que le encantará discutir la cuestión con usted.
Él sacudió la fusta hacia los gemelos una última vez, diciendo:
— ¡Deberíais llevar correa! —dio media vuelta y se alejó hacia su caballo.
Kyria suspiró mientras observaba alejarse a su vecino. Rafe le lanzó una mirada con la ceja levantada.
—Entonces —dijo despacio—, dígame, ¿llamaría usted a esta situación «un día cualquiera en estos contornos»?
Ella tuvo que echarse a reír. Resultaba difícil enfadarse con Rafe.
__Por desgracia me temo que a menudo si —dio media vuelta para mirar a los gemelos, que corrieron hacia Rafe y ella emocionados.
__¡Qué pistola tan fantástica! —Exclamó Alex —.¿Puedo verla? Por favor...
Rafe la saco y la sostuvo en la palma de la mano.
-Si, pero no puedes tocarla. Está cargada. Cuando lleguemoss a la casa, la descargaré y dejaré que le echéis un vistazo.
-¿De veras? —Alex sonrió—. Eso sería estupendo.
-¡Qué pequeña es! —dijo Con, mirándola atentamente Nunca había visto una igual. No tiene mucho alcance. Sólo se puede usar en distancias cortas, pero es muy fácil de llevar.
Eso es fácil de decir —les interrumpió Kyria, enojada— demostráis por las armas un interés muy extraño teniendo en cuenta vuestra preocupación por ese pobre zorro al que Winton intentaba cazar.
-¡No es lo mismo! —protestó Con .Ellos sólo quieren matar al pobre zorro por diversión. Theo dice que son necesarias.
-Sin duda lo son cuando se vive en el desierto australiano como Theo —señaló Kyria—. Pero ésa no es la cuestión- La cuestión es ¿por qué habéis tenido que hacerlo? ¡Y precisamente esta semana!
Con se encogió de hombros, pero Alex contestó con tranquilidad
-Me pareció que esta semana causaría mayor impacto. A fin de cuentas, era la cacería más importante que seguramente celebrará nunca el señor Winton, gracias a nuestros invitados.
—A eso me refiero exactamente. Habéis puesto en ridículo a ese hombre delante de algunas personas importantes a las que deseaba impresionar. Ahora costará el doble aplacarlo. Y sospecho que a nuestros invitados tampoco les ha hecho mucha gracia.

Mamá dice que uno no debe vacilar en sus convicciones sólo porque no sean mayoritarias —dijo Alex con un punto de pedantería.
Kyria dejó escapar un suspiro.
— No lo dudo. Pero no es ella quien intenta contentar a un sinfín de invitados y al mismo tiempo organizar la boda de Olivia —miró a su alrededor—. ¿Dónde están vuestros ponis? Nos vamos a casa. Así podréis explicarle a la tía Ermintrude por qué se escapó el loro de su jaula...
— ¡No! —gritaron los niños al unísono, alarmados.
— ¿Wellie está bien? —preguntó Alex con preocupación.
— Sí, desde luego que está bien. A esa criatura del diablo no puede pasarle nada —dijo Kyria secamente—, Pero voló por toda la casa provocando un enorme revuelo, y le quitó la peluca a la tía abuela y la hizo pedazos.
Los niños la miraron boquiabiertos.
— ¿En serio? —preguntó Con, atónito, y Alex dejó escapar una risita.
—Oh, sí, es muy gracioso, claro —le dijo Kyria, añadiendo—. Dudo que no os vaya a parecer tan divertido cuando os encontréis cara a cara con nuestra tía abuela.
—No —dijo Alex. Pero ella sólo te echa un rapapolvo y te da un par de golpes con el bastón, y yo prefiero eso a un sermón de papá. Me mira de una manera que me da la impresión de que le he decepcionado.
—Oh, sí —dijo Con. La peor fue la vez que perdí los soldaditos de plomo del tío Bellard. No dijo nada. Sólo me miró desilusionado.
Alex asintió enfáticamente con la cabeza.
— Es cierto.
— ¿Seguro que Wellington está bien? —preguntó Alex.
— Sí, pero se escapó fuera y tuve que salir tras él. Se subió al roble que hay junto a la casa —hizo una pausa y miró a Rafe. El señor Mclntyre, eh, consiguió que bajara.
Rafe miró a Kyria con una media sonrisa en los labios y ella recordó a su pesar cómo había caído en sus brazos y cómo había sentido que se cerraban a su alrededor como si fueran de hierro. Recordó también cómo se había estremecido su cuerpo. Pensando en aquel momento se sonrojó y apartó la cara, incapaz de aguantar la mirada de Rafe.
Los gemelos se volvieron hacia Rafe balbuciendo, agradecidos, pero él alzó una mano y dijo:

— Fue vuestra hermana quien arriesgó la vida para capturar a Wellington, además de defenderos delante de vuestro preceptor y del señor Winton. De modo que sospecho que es a ella a quien debéis darle las gracias.
— ¡Claro que sí! —exclamó Con, y rodeó a Kyria en un abrazo.
— ¡Eres la mejor! —dijo Alex, envolviéndola en sus brazos desde el otro lado.
Kyria se echó a reír y plantó un beso en la cabeza de los dos gemelos.
— ¡Pero eso no significa que vaya a defenderos delante de mamá. En eso estáis solos!
— ¡Pero si fue ella quien nos dijo que teníamos que defender nuestras convicciones!—dijo Con — . No se enfadará mucho, ¿verdad?
— No creo que quisiera decir que debíais defender vuestras convicciones escapándoos del cuarto de estudio para ir a acechar al señor Winton. Ni creo que le agrade saber que vuestro preceptor se ha despedido.
— ¿El bueno de Thorny? —Exclamó Alex—. ¡Bromeas! ¿Ha huido?
Con pegó un salto, dejando escapar un grito de alegría.
— ¡Qué bien! Era el peor preceptor que habíamos tenido.
—No. Spindleshanks fue el peor —dijo Alex.
— Era el más mezquino —convino Con—. Pero no era tan aburrido como el bueno de Thorny. Lo único que hacía el señor Thorndike era mandarnos copiar gramáticas latinas y cosas así, y era terriblemente aburrido.
—Puede ser, pero vosotros cambiáis de profesor más que yo de camisa — señaló Kyria, pero no pudo evitar sonreír a sus dos traviesos hermanos.
Los quería muchísimo, y le dolían los comentarios desdeñosos que se hacían sobre ellos. A veces su tendencia a meterse en líos resultaba exasperante, pero Kyria sabía que, por más alboroto que armaran, nunca lo hacían con mala intención. Eran sencillamente chicos despiertos e inteligentes a los que su intrépida curiosidad conducía a menudo por caminos que otros niños no se atrevían a transitar.
Habían alcanzado los árboles donde los niños habían atado sus ponis y, tras una breve discusión, acordaron que Kyria montara el pony de Alex y que los dos niños subieran en el de Con. Rafe ayudó a Kyria a subir a lomos del pony. Luego montó en su caballo y emprendieron el regreso.
Kyria miraba de cuando en cuando a Rafe. Recordaba cómo se había sentido montada en su caballo y se estremecía. Sentía una leve punzada de desilusión por no regresar del mismo modo, y ello le causaba cierta sorpresa. Ella no era

de las que se desmayaban por un hombre. Nunca secundaba a sus amigas cuando éstas cuchicheaban entre risitas sobre lo ancha que era la espalda de tal hombre o lo bonitos que eran los ojos de tal otro. Estaba dispuesta a admitir que algunos hombres eran guapos y que otros se mostraban inteligentes y encantadores, aunque rara vez encontraba esas tres cualidades juntas. Esos hombres, sin embargo, no despertaban emoción alguna en su pecho. Se había dado cuenta hacía tiempo que no era la clase de mujer capaz de perder la cabeza por un hombre.

Sus amigas le decían que era más dada a pensar que a sentir, y el apodo que le habían puesto los solteros más codiciados de la sociedad londinense, «La Diosa», reflejaba no sólo su belleza clásica, sino también su aire vagamente distante. El hecho de no haberse enamorado de ninguno de los solicitados caballeros que pretendían su mano le daba más de un quebradero de cabeza. Le habría gustado conocer un amor semejante al de sus padres. Aunque, de todos modos, daba igual, se decía. Aparte de unas pocas y notables excepciones, los maridos eran por lo general autoritarios y agobiantes, y el matrimonio un acuerdo sumamente desigual. En su opinión, la mujer renunciaba al casarse tanto a su nombre como a su libertad. Había resuelto mucho tiempo atrás no casarse, y los años transcurridos desde su presentación en sociedad sólo habían fortalecido su decisión.

Lanzó otra mirada a Rafe, que cabalgaba pausadamente junto a los ponis, con la cabeza inclinada, escuchando la cháchara de los gemelos. El pertenecía justamente, pensó con cierta irritación, a la clase de hombre que hacía desmayarse a casi todas las mujeres. Kyria tenía pocas dudas de que, cuando le presentara a los demás invitados de la casa, las mujeres se pirrarían por hablar con él. El pelo descuidadamente revuelto, los hombros anchos, los ojos azules como el cielo, la sonrisa devastadora... A Kyria no le costaba imaginarse a las señoras cuchicheando sobre él. Era un seductor, uno de sus hombres obsesionados con el galanteo. Sonreiría, halagaría y coquetearía a diestro y siniestro, confiando en añadir alguna conquista a su colección. Kyria, que se había presentado en sociedad nueve años antes, estaba familiarizada con ese tipo de hombres. Era, además, una experta en eludir sus acometidas.

Apretó con firmeza los labios. El señor Mclntyre descubriría muy pronto que ella no iba a caer en sus garras... Bueno, al menos metafóricamente hablando, se dijo esbozando una sonrisa al recordar que, literalmente hablando, ya lo había hecho.

El viaje de regreso a casa fue más lento que el de ida. Los gemelos parloteaban sin cesar, exigiendo un relato minucioso del vuelo de su loro, sopesando los posibles castigos que merecería su escapada, y deteniéndose de tanto en tanto para abrumar a Rafe con preguntas sobre su caballo, su pistola, su acento y cualquier cosa que se les viniera a la cabeza.

Kyria se habría apresurado a acallar sus preguntas, pero pronto advirtió que Rafe era de sobra capaz de vérselas con los gemelos, respondiendo a algunas de sus cuestiones, soslayando otras y, en ocasiones, volviendo las tornas con otras preguntas de su cosecha. Estaba un tanto sorprendida pues, en los años que hacía desde que era una de las bellezas soberanas de la sociedad londinense, había descubierto que los interrogatorios de los gemelos arredraban a la mayoría de sus pretendientes. A pesar de la alcurnia de su padre, la suya no era una familia poco dada a las formalidades. A diferencia de otras familias de la nobleza en las que los más pequeños permanecían encerrados en el cuarto de los niños y rara vez comían con los mayores, relacionándose con sus padres únicamente a las horas estipuladas, en el hogar de los Moreland los hermanos más pequeños podían frecuentar a sus mayores durante todo el día, y por lo general tomaban las comidas con ellos, a menos que los duques celebraran una de sus raras cenas de etiqueta. A quienes visitaban su casa, la presencia de los gemelos solía desconcertarles, y cierto futuro conde que cortejaba a Kyria había llegado al extremo de decirle a ésta que encontraba a los niños impertinentes y que no podía por menos que asombrarle la laxitud de su educación. Kyria había respondido sugiriéndole que sin duda sería más feliz si en adelante no volvía a visitarla.

A Mclntyre, en cambio, no parecía importunarle la locuacidad de los gemelos. Hablaba y reía con ellos a su manera lenta y suave. Parecía, pensó Kyria, estar acostumbrado a tratar con niños. Cuando se lo hizo notar unos minutos después, él volvió aquella lenta sonrisa hacia ella y dijo:

— Oh, me temo que pronto descubrirá que no me cuesta trabajo hablar con nadie. Si ello es una virtud o un defecto, tendrá que decidirlo usted, supongo —miró a Con y a Alex y añadió—. Creo que yo no era muy distinto de ellos. A su edad yo también solía meterme en líos.

-¿Y ya no? —preguntó Kyria, un poco sorprendida por el tono burlón de su voz. Si no tenía cuidado, pensó, él pensaría que estaba coqueteando..., lo cual no era cierto, desde luego.

Rafe sonrió y le guiñó un ojo.

—Bueno, supongo que mucha gente diría que todavía sigo haciendo travesuras.

Había algo en aquella voz, lenta y densa como dorada miel caliente, que agitaba algo en su interior, pensó Kyria, que apartó la mirada rápidamente y se alegró de que Alex distrajera la atención de Rafe haciéndole otra pregunta.

Cuando regresaron a la enorme y solemne pila de granito que formaba Broughton Park, el lacayo que abrió la puerta les dijo que los Moreland les estaban esperando en el salón principal. Alex y Con se escabulleron y subieron corriendo al cuarto de los niños, murmurando que debían comprobar si su loro había salido intacto de la aventura de aquella tarde. Kyria y Rafe comenzaron a subir la gran escalera principal, pero antes de que llegaran arriba, un hombre y una mujer aparecieron en lo alto de la escalera, sonriéndoles.

— ¡Kyria! ¡Rafe! —la mujer comenzó a bajar las escaleras, seguida de su acompañante. Era menuda, tenía grandes y expresivos ojos marrones y el cabello castaño oscuro, y su rostro mostraba una dulce sonrisa. Llevaba un vestido de terciopelo rojo oscuro, y el ligero chal que cubría sus hombros se había deslizado hasta su brazo, de modo que flotaba tras ella al andar. Era Olivia, la hermana de Kyria, cuyas nupcias iban a celebrarse dos días después—. Smeggars nos ha contado lo ocurrido —continuó, preocupada, al llegar junto a ellos —. ¿Estáis bien? Gracias, querido —este último comentario iba dirigido a Saint Leger, que había recogido el extremo que arrastraba del chal y se lo había echado solícitamente sobre los hombros.

— Sí, claro —le aseguró Kyria automáticamente —. Estoy segura de que Smeggars exageraba.

— ¡Rafe! Empezaba a preguntarme si vendrías —dijo

Stephen, el novio de Olivia, tendiéndole la mano a su amigo y antiguo socio—. Te esperaba hace dos días. Pensaba que tal vez hubieras decidido echar raíces en Irlanda.

— Me entretuve comprando un caballo —explicó Rafe, estrechando la mano de su amigo—. En este viaje no tengo horarios. Estoy completamente decidido a actuar conforme a mi capricho.

— Sé perfectamente cómo actúas —respondió Stephen, y los cuatro siguieron subiendo las escaleras.

La extensa y bulliciosa familia de Kyria y Olivia llenaba el salón principal, y, al entrar ellos, la estancia le pareció a Rafe un borrón de ruido y gente.

Entonces se adelantó una mujer alta y escultural que pareció asumir con facilidad el mando de la situación.
— ¿Qué tal está? —dijo, sonriendo y tendiéndole la mano a Rafe —. Usted debe de ser el señor Mclntyre. Hemos oído que rescató a mi hija esta tarde, por lo cual le estoy muy agradecida.
— Señora —Rafe se inclinó sobre la mano de la duquesa.
Sólo hacía falta mirar a aquella mujer, pensó, para ver a Kyria treinta años después. La duquesa de Broughton era tan alta como su hija y tenía su mismo cabello rojo, salvo por uno o dos mechones blancos entretejidos con él, y su pasada belleza seguía aún en gran parte presente en las firmes facciones de su cara.
— Sí, una gran exhibición —dijo un hombre acercándose a la duquesa y tendiéndole la mano a Rafe—. Soy el duque de Broughton. Encantado de conocerlo. El tío Bellard cuenta maravillas de usted.
—Gracias, señor. Yo también le tengo en gran estima.
Rafe había conocido al tío del duque dos meses antes, cuando el anciano caballero y él habían ayudado a Stephen y Olivia a dilucidar ciertos extraños incidentes que habían perturbado Blackhope Hall, el hogar ancestral de Stephen.
—Está deseando verlo —prosiguió el duque—, pero ya conoce al tío Bellard... No le gustan las reuniones populosas —a Rafe no le extrañó que el diminuto profesor, hombre extremadamente tímido y aficionado a los libros, no se sintiera a gusto entre aquel gentío. Broughton lanzó una mirada distraída alrededor de la habitación y dejó escapar un leve suspiro—. Confieso que a mí tampoco me gustan mucho.
—Lo sé, papá —Kyria lo tomó del brazo cariñosamente—. Preferirías estar fuera, en tu taller.
El duque sonrió un poco y su mirada adquirió una expresión abstraída.
—Hoy he recibido un nuevo cargamento de fragmentos de barro. Tienes que bajar a verlos, Kyria. Y usted también, eh...
— Señor Mclntyre, papá —dijo Kyria.
— Sí, claro. Señor Mclntyre —asintió con el cabeza, complacido, y se alejó pausadamente, con las manos unidas tras la espalda y la cabeza gacha.
—Por favor, no se ofenda —le dijo Kyria a Rafe—. Mi padre sabe quién es. Es sólo que las cosas triviales, como los nombres, suelen escapar de su mente, sobre todo cuando hay antigüedades de por medio. Supongo que está

pensando en su nuevo cargamento. Mamá tendrá suerte si consigue retenerlo aquí hasta la cena —Kyria le lanzó una mirada de soslayo, diciendo—. Si se siente con ánimos, puedo presentarle al resto de la familia,
—Adelante —respondió Rafe con ligereza—. Estoy dispuesto a todo.
Kyria lo condujo hasta el lugar donde una mujer morena permanecía sentada, enfrascada en conversación con un hombre mayor. Cuando Kyria dijo su nombre, la mujer alzó la mirada vagamente. Entonces su cara se iluminó.
— ¡Ah, Kyria! ¡Oh! —se levantó — . ¿Estás bien? Smeggars dijo...
— Smeggars exagera —dijo Kyria con firmeza —. Estoy bien. Thisbe, permíteme presentarte al señor Mclntyre, el padrino de lord Saint Leger.
— ¿El qué? ¡Ah, sí, claro, la boda! Se me había olvidado. El doctor Sommerville y yo estábamos teniendo una charla sumamente interesante sobre los alótropos del carbono. ¿Sabías que...?
— Estoy segura de que no —respondió Kyria apresuradamente, y se volvió hacia Rafe explicando—. Thisbe es científica.
—Encantada de conocerlo —dijo Thisbe, tendiéndole la mano. Era alta, como Kyria, pero su pelo, que llevaba recogido hacia atrás con descuido, era tan negro como la noche. Sus ropas eran sencillas más que elegantes. No era tan guapa como Kyria, y sin embargo sus facciones marcadas poseían una belleza asombrosa, y sus ojos azules mostraban un vivo brillo de inteligencia—. Usted es el magnate de la plata, ¿no es eso? —continuó ella con la desconcertante franqueza que Rafe empezaba a esperar de los miembros de la familia Moreland.
— Sí, supongo que lo soy —contestó él —. O, mejor dicho, lo era. Vendimos nuestra mina.
— ¿Y ahora a qué se dedica?
— Decidí hacer un viaje por Europa y empecé haciéndole una visita a Saint Leger. Naturalmente, cuando me dijo que iba a casarse, tuve que quedarme.
Thisbe asintió con la cabeza.
—Confío en que no le haya causado molestias posponer su viaje.
—No, en absoluto. Mis planes son muy flexibles — dijo Rafe amablemente—. Pienso pasar un mes o dos en Francia, y luego ir a Italia.
— ¿Irá a los museos? —preguntó Thisbe, interesada. A Kyria le sorprendió que Rafe sonriera y dijera que, en efecto, iría. No le había parecido de los que visitaban museos. Claro que, se recordó ácidamente, sin duda se había percatado al instante de cuál era el mejor modo de encandilar a su hermana.

—Thisbe y Theo, nuestro hermano mayor, son gemelos — le dijo Kyria a Rafe—. Por desgracia, parece que él no podrá estar de vuelta para la boda.
—Estaba en Australia cuando le avisamos —explicó Thisbe—. Es explorador, ¿sabe usted?
— ¿De veras? ¿Y adonde ha ido?
—A todas partes, en realidad. A África, al Amazonas, a la India, a Birmania, a Ceilán, a Arabia... —contestó Kyria—. Lleva años viajando —miró a Rafe, esperando la clase de comentarios que por lo general suscitaba la afición peripatética de Theo. Algunos se mostraban intrigados; otros, perplejos, pero casi todos convenían en que, en palabras de lord Marcross, era «una cosa endiabladamente peculiar que el heredero de un ducado anduviese por ahí, recorriendo desiertos, junglas y lugares semejantes».
— Lamento que no esté aquí —dijo Rafe—. Me habría gustado conocerlo.
—Es un hombre extremadamente interesante —dijo Thisbe con viveza.
—Hay muchos que piensan que buscar aventuras alrededor del globo no es cosa conveniente para un futuro duque — señaló Kyria.
Rafe se encogió de hombros.
— ¿Por qué no?
—Desde luego, ¿por qué no? —Thisbe le sonrió—. Tiene usted toda la razón, señor Mclntyre.
—Creo que hay algo que no alcanzo a comprender. ¿Qué se supone que ha de hacer un futuro duque? —preguntó él.
— Atiborrarse —respondió Thisbe, y Kyria no pudo evitar echarse a reír.
— Sospecho que ellos no lo expresarían de ese modo. —No, pero es lo que quieren decir —replicó Thisbe—.
A la gente no le gusta que Theo vuelva a casa moreno como una nuez y cargado de historias interesantes, en lugar de pasarse la vida en un aburrido club para caballeros o cazando perdices.
—Creo que ellos dirían que debería dedicar su tiempo a familiarizarse con los dominios que heredará algún día — señaló Kyria.
— Sí, pero Reed ya se ocupa de todo eso. A él le gustan esas cosas —la voz de Thisbe reflejaba la evidente perplejidad que le producían las peculiares aficiones de su otro hermano—. Hacer cuentas, administrar la granja, la bolsa y todo eso... ¿Por qué iba el pobre Theo a preocuparse de cosas que odia y que a Reed le encantan?

— ¿Qué le encanta a Reed? —preguntó una profunda voz masculina, y al girarse Kyria vio a su otro hermano, que se había acercado a ellos mientras hablaban.

— Ocuparte de los negocios de la familia por todos nosotros —dijo Kyria, sonriéndole afectuosamente.

Reed era un hombre apacible, dos años mayor que Kyria, no tan alto ni tan guapo como Theo, pero atractivo a su modo, siempre discreto. Tenía el pelo castaño oscuro, pulcramente recortado, y sus ojos grises, bajo las cejas negras y rectas, eran francos y luminosos. Kyria sabía que se le consideraba el más normal de los miembros del clan Moreland, pues no se sentía arrastrado por ninguna de las aficiones, peculiares en opinión del resto de la nobleza británica, que atraían a los otros Moreland. A pesar de que era culto, distaba mucho de ser un erudito, como su padre o su tío abuelo, y prefería pasar su tiempo administrando los dominios de su padre, en lugar de explorar países lejanos, zambullirse en una investigación científica o convertirse en adalid de una causa política. La suya era una naturaleza pragmática, y en medio de sus allegados, más imaginativos, incluso excéntricos, ello lo convertía en una especie de rareza, y, al mismo tiempo, en la persona a la que recurrían casi todos los miembros de la familia cuando tenían algún problema de índole práctica.

Kyria presentó a Rafe y a Reed, que se dieron la mano afectuosamente.

— Ah, tengo entendido que he de darle las gracias por...

— Creo que si alguien más dice «rescatar a Kyria», me pondré a gritar —comentó Kyria en tono de advertencia.

Reed le lanzó una mirada divertida y continuó suavemente:

— Iba a decir por ayudar a los gemelos a salir ilesos de ese pequeño trance.

—Ya lo sabe todo el mundo, ¿eh? —preguntó Kyria.

Reed se encogió de hombros.

—El señor Winton ha enviado a un criado con una nota furibunda acerca de la conducta de los gemelos. Papá me la ha dado a mí, claro, dado que él nunca lee las notas de Winton.

— ¿Qué vas a hacer? —preguntó Kyria.

— ¿Y por qué tendría que hacer algo? -—preguntó Thisbe—. La caza del zorro es una costumbre bárbara.

— A decir verdad, yo preferiría evitar un enfrentamiento con nuestro vecino —dijo Reed—. Me temo que tendré que mandarle parte del cargamento de coñac que recibí el otro día. Un buen licor suele aplacar su ira.
Olivia y Stephen se reunieron con ellos en ese momento, y Stephen se ofreció a enseñarle a Rafe su habitación. Al salir del salón, Stephen murmuró:
— ¿Aún no te da vueltas la cabeza?
Rafe se echó a reír.
— Ha sido una tarde interesante —se detuvo en la puerta del salón y miró atrás, fijando sus ojos en Kyria. Stephen siguió la dirección de su mirada.
—Ah —dijo—. ¿Por ahí sopla el viento?
—Es la mujer más hermosa que he visto nunca.
Stephen asintió con la cabeza.
—Los caballeros más gallardos de Londres la llaman «La Diosa». La han perseguido duques y condes... y hasta un príncipe. Y ella los ha rechazado a todos.
— ¿De veras? —una leve sonrisa comenzó a formarse en los labios de Rafe.
— Olivia dice que está decidida a no casarse nunca. La sonrisa de Rafe se hizo aún más amplia.
— Siempre me han gustado las mujeres decididas. Stephen miró a su amigo achicando los ojos. —Rafe, esa mujer va a ser mi cuñada. Sé que te gustan los desafíos, pero con ésta no puedes...
—Stephen, por favor, yo no soy tan grosero —replicó Rafe.
—Lo sé —dijo Stephen—. Es sólo que... Bueno, me siento responsable de Olivia... y también de su familia, supongo. Y sé que tú no eres de los que se casan.
— En eso tienes mucha razón —contestó Rafe con ligereza. La guerra le había enseñado lo fácilmente que podían romperse para siempre los lazos del amor. El único modo de pasar la vida con el corazón intacto era guardárselo para uno mismo—. Sólo un poco de coqueteo para pasar el rato, amigo mío —sonrió—. Seguramente tu flamante cuñada estará familiarizada con el arte del flirteo.
Stephen se echó a reír.
— Sí, imagino que sí. Puede que en eso hayas encontrado a una rival a tu altura. Pero será mejor que tengas cuidado o puede que seas tú quien acabe con el corazón destrozado.

Rafe no se molestó en contestar. Su corazón estaba fuera de peligro desde hacía más de diez años. Estaba, se dijo, completamente a salvo.

Sin embargo, mientras Stephen y él salían del salón, no pudo resistir la tentación de mirar por última vez a Kyria por encima del hombro.

Capítulo 3

Los preparativos de la boda de Olivia ocuparon por completo los dos días siguientes. Kyria estuvo tan atareada que apenas dedicó tiempo a Rafe Mclntyre. Le resultaba un tanto exasperante pensar que, de haber sido uno más de sus muchos pretendientes, ni siquiera habría reparado en él. A diferencia de otros hombres allí presentes, él no revoloteaba a su alrededor, ni intentaba trabar una conversación galante, y, sin embargo, ella siempre era consciente de dónde estaba y de qué hacía.

Kyria pasaba la mayor parte del día de acá para allá, arreglando las flores que llevaba el jardinero del invernadero de la casa, resolviendo crisis domésticas con el mayordomo o el ama de llaves, aplacando a este o aquel invitado por algún desaire imaginario, y procurando que todos los invitados se entretuvieran de un modo u otro. Agradecía la presencia de lady Saint Leger, la madre de Stephen, por ser amable, respetuosa y estar siempre dispuesta a aburrirse con tal de que reinara la paz en la casa. Kyria podía contar con ella para mantener ocupados a los invitados más tímidos o tediosos.

Descubrió para su sorpresa que otra persona con la que siempre podía contar era Rafe Mclntyre. Este no merodeaba a su alrededor, y, aun así, parecía estar siempre a su disposición cuando lo necesitaba para entretener a los invitados del sexo masculino jugando al billar o a las cartas durante una tarde de lluvia, para decirle unas palabras amables a una tímida solterona o para sacar con galanteos a lady Rochester de su enfurruñamiento. Kyria agradecía su ayuda y, no obstante, en cierto modo encontraba irritante que fuera capaz de engatusar tan fácilmente a todo el mundo, hombre o mujer, para que hiciera lo que él quería. Ello confirmó su opinión de que era un inveterado donjuán.

El día de la boda amaneció luminoso y áspero, sin la lluvia que Kyria había temido estropeara la ceremonia. Kyria y su doncella, Joan, ayudaron a Olivia a vestirse. Thisbe y la duquesa se reunieron con ellas, pero, para asombro de todas, incluida ella misma, su madre, que por lo general era persona poco dada a sentimentalismos, se echó a llorar cuando Kyria y Joan acabaron de arreglar el vestido blanco alrededor de Olivia.

— Oh, querida —dijo, enjugándose los ojos con el pañuelo — Había prometido no llorar —la duquesa se inclinó y le dio a su hija menor un beso en la mejilla—. Queridísima Olivia, eres una novia preciosa. Nunca he creído que mis hijas debieran casarse para llevar una vida plena y feliz. Ya conoces mi opinión sobre el matrimonio y el lugar de las mujeres en la sociedad...

— Sí, madre, la conozco —dijo Olivia con una sonrisa.
—Todos la conocemos —añadió Kyria.
—No seas impertinente —dijo la duquesa, a pesar de que una sonrisa cruzó su rostro—. Olivia, verte hoy me llena de satisfacción. Creo que tu prometido te quiere muchísimo. Has elegido con acierto, y no sabes lo orgullosa que estoy de que Thisbe y tú os hayáis casado tan bien. Como madre, siento una gran satisfacción sabiendo que serás feliz, y, al mismo tiempo, una gran pena por ver a mi hija abandonar su hogar... —hizo una pausa y parpadeó con los ojos llenos de lágrimas—. En fin, te dejo con tus
hermanas. He de irme o me temo que tendré los ojos embarazosamente colorados en la ceremonia -miró a sus tres hijas con una sonrisa en los labios y salió de la habitación.
Thisbe permaneció observando unos minutos mientras Kyria abrochaba la larga hilera de pequeños botones de perla que subía por la espalda del vestido de satén blanco de Olivia. Luego se levantó y empezó a pasearse inquieta por la habitación, acercándose para mirar por la ventana que daba al patio lateral.
— Me pregunto qué tal le irá a Damián con los gemelos — dijo. En ausencia del preceptor, su marido había asumido la tarea de vigilar a Constantine y Alexander el día de la boda.
—Le prometieron a mamá que hoy se portarían bien — dijo Kyria, mirando a Joan, que estaba ocupada extendiendo la larga cola del vestido de Olivia—. Los amenazó con quitarles sus animales si no lo hacían. Y el señor Mclntyre prometió darles lecciones de boxeo si eran buenos. Naturalmente, el problema con los gemelos es que, en realidad, nunca pretenden portarse mal. Sencillamente, ocurre.
—Lecciones de boxeo —dijo Thisbe con desagrado—. A veces están tan sedientos de sangre... Ayer me estuvieron contando cómo se dispara una pistola. Parece que tu señor Mclntyre les dio una lección de física aplicada utilizando un arma como ejemplo.
—Todos los niños están sedientos de sangre —contestó Kyria con ligereza—. Y no es mi señor Mclntyre.
— Siempre parece estar donde estás tú —replicó Thisbe con cierta sorna—. Creo que has conquistado al amigo americano de Saint Leger.
—Eso hace pensar su actitud —dijo Kyria fríamente—, Pero yo creo que no es más que un donjuán.

— ¡Kyria! Creo que juzgas mal a Rafe —protestó Olivia, girándose para mirar a su hermana.

Kyria puso las manos en los hombros de Olivia y la obligó a girarse con firmeza. Después acabó de abrocharle los botones.

¿Eso crees?

— Sí. Creo que está loco por ti. Y Stephen también lo cree —Olivia sonrió, alzando sus alargadas cejas castañas—. Yo confiaba en que a ti también te gustara. En cuanto lo conocí, pensé que tal vez fuera posible. Es muy diferente de otros hombres.

—Tiene un acento peculiar —reconoció Kyria.

— ¡Oh, Kyria! Es más que eso. Ha hecho y visto muchas más cosas que los hombres que conocemos. Luchó en una guerra; su casa fue quemada. Viajó al oeste en busca de fortuna y la encontró. Por lo que Stephen y él me han contado sobre su aventura minera, fue un esfuerzo enorme... y muy peligroso también.

— ¿Peligroso? —preguntó Kyria—. ¿Peligroso por qué? ¿Te refieres a bajar a la mina?

—Creo que más peligroso aún era enfrentarse a una tierra salvaje. Stephen me contó que una vez los atacó un oso pardo.

—¿Un qué?

—Una especie de oso enorme y feroz. Y tuvieron que defenderse de hombres que pretendían arrebatarles sus derechos. Stephen me dijo que, cuando transportaban la plata, el señor Mclntyre cabalgaba con el rifle en ristre por si los asaltaban los ladrones.

Kyria se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

— No me cuesta imaginar que se haya enfrentado a muchos peligros, pero no veo por qué eso le hace particularmente atractivo como candidato a marido.

— ¿Marido? —Olivia intercambió una mirada significativa con Thisbe—. Entonces, has pensado en ello.

Kyria se sonrojó.

— ¿Acaso no es eso lo que estabas insinuando? No he pensando en el señor Mclntyre como marido. No he pensado en él en absoluto.

— Es un hombre terriblemente atractivo para no pensar en él —dijo Thisbe —. A mí me parece que pones demasiado empeño en negarlo.

Kyria les hizo una mueca a sus hermanas y se apartó de Olivia, diciendo enojada:

—El hecho de que vosotras hayáis decidido casaros no es razón suficiente para que empecéis a maquinar planes para casarme a mí también.
—Como si tú no hubieras estado siempre maquinando para encontrarme novio —protestó Olivia sentándose ante el tocador para que la doncella de Kyria empezara a arreglarle el pelo.
—Eso era distinto —le dijo Kyria—. Yo sabía que tú serías feliz si te casabas con el hombre adecuado, igual que Thisbe. Pero hay mujeres que, sencillamente, no están hechas para casarse.
— ¿Y tú eres una de ellas? —preguntó Thisbe — . ¿Cómo has llegado a esa conclusión?
— Es evidente, ¿no? —replicó Kyria—. Hace nueve años que me puse de largo. He conocido a los solteros más codiciados y sin embargo aún no he encontrado a uno solo con el que desee casarme.
—Eso no significa que no puedes encontrarlo algún día —respondió Thisbe.
—A mí me parece señal de que no será así —contestó Kyria.
— Sólo has buscado entre los solteros de Inglaterra — le recordó Olivia—. Por eso deberías echarle un vistazo más de cerca a algún americano.
—Americano, inglés, ¿qué más da? Una vez casada, tu vida ya no te pertenece. El matrimonio es una institución absolutamente desigual. Pierdes el control sobre tu dinero, prometes obedecer a un hombre... Incluso tienes que renunciar a tu apellido.
— Bueno, sí, claro, y las leyes deben cambiarse — convino Thisbe—. Pero la gente no puede dejar de casarse hasta que eso pase.
— Pues a mí me parece una idea excelente.
— Además, eso no es lo que impide que te cases —le dijo Olivia—. Acabas de reconocer que es porque no has encontrado al hombre adecuado. Y, cuando lo encuentres, no te importará nada más.
— Mi querida y dulce Olivia —Kyria se acercó a su hermana y se inclinó para besarla suavemente en la mejilla—. Tú eres feliz, y con toda razón. Vas a casarte con un hombre maravilloso que te quiere muchísimo. Y posees un carácter tan dulce y encantador que estoy segura de que nada te hará más feliz que casarte y tener hijos. Pero, como bien sabes, yo no poseo tu dulce naturaleza. Soy testaruda y obstinada. Estoy acostumbrada a hacer lo que se me antoja. La idea de sentarme frente al fuego cada noche mientras mi marido ronca en su sillón y un bebé da brincos en mi rodilla no me colma de placer. Me encanta ir a fiestas y flirtear. Mi vida transcurre exactamente como yo

quiero. Hago lo que deseo y cuando lo deseo, y no tengo que responder ante nadie. Es la situación perfecta para mí.
—Pero ¿y el amor? —preguntó Olivia, y sus ojos se ensombrecieron mientras miraba a su hermana en el espejo—. ¿Cómo puedes ser feliz sin amor?
— Me las he arreglado bastante bien hasta ahora sin el amor de un hombre. Sospecho que podré seguir así — sonrió a su hermana con afecto — . Además, no puede decirse que carezca de amor. Te tengo a ti, y a Thisbe, y a Reed y a los gemelos, y a mamá y a papá. Tengo una vida muy ajetreada. Y soy bastante feliz sin un hombre.
— Yo también lo era, hasta que conocí a Stephen — respondió Olivia—. Entonces me di cuenta de que en mi vida había en realidad un enorme vacío. Sólo que yo no lo sabía.
—Pues yo me contentaré con seguir en la ignorancia —dijo Kyria con ligereza.
—¿Seguro que no te interesa el señor Mclntyre? — insistió Olivia, frunciendo el ceño, preocupada.
— Segurísimo. Admito que es atractivo y hasta encantador de una manera un tanto tosca —al otro lado de la habitación, Thisbe sofocó una carcajada, pero cuando Kyria se giró hacia ella inquisitivamente, su hermana mayor se limitó a sonreír y dejó escapar una leve tosecilla—. En cualquier caso —continuó Kyria con firmeza—, no necesito que ningún hombre me rescate, y tengo experiencia suficiente con redomados donjuanes como para no dejarme engatusar por ellos.
— ¿Redomados donjuanes? —dijo Olivia—. Pero, Kyria, si apenas conoces a ese hombre... ¿Cómo puedes...?
— Lo conozco lo suficiente —concluyó Kyria con obstinación — . He llegado a la conclusión de que sólo hay cuatro tipos de hombres. Uno es el de los hombres graves y dignos que discursean sobre la admiración que sienten por ti y sobre su devoción por tu ingenio, tu belleza y tu espíritu. Ésos pretenden casarse y pasar el resto de sus días abrumándote con sus atenciones y cuidados. Luego está el aventurero, que quiere casarse contigo por tu dinero y pasar el resto de su vida derrochándolo. También está el donjuán, que quiere sencillamente divertirse, bailar y seducirte, y no tiene ningún deseo de casarse. Y, por último, está el hombre que ve en toda mujer un reto y una conquista, y que ansia enseñorearse de tu corazón y de tu cuerpo, una vez conseguido lo

cual se da por satisfecho y desaparece sin dejar rastro. No estoy segura de a cuál de las dos últimas categorías pertenece el señor Mclntyre.

— ¡Kyria! —exclamó Olivia, atónita—. ¡Qué visión tan cínica de la vida!

—No, de la vida no —contestó Kyria—. Sólo de los hombres —sonrió — . No pongas esa cara de pasmo, querida. He aprendido a mantenerme alejada de los que quieren casarse conmigo y a divertirme con los galanteadores. Incluso con los que sólo buscan una conquista puede ser divertido entablar una lucha de ingenios.

—Entonces creo que el señor Mclntyre es tu tipo — intervino Thisbe.

Kyria pareció momentáneamente desconcertada. Luego se encogió de hombros y dijo con ligereza:

— Bueno, hay algunos que son demasiado peligrosos.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Olivia.

— Quiere decir —dijo Thisbe sagazmente— que hay ciertos hombres a los que ni siquiera una cínica puede resistirse.

— ¡Lo sabía! —exclamó Olivia—. Te sientes atraída por él.

—Desde luego que no — Kyria alzó la barbilla obstinadamente—. Pero ¿se puede saber qué hacemos aquí sentadas, hablando de ese americano, cuando es de ti, querida mía, y de tu amor de quien deberíamos hablar?

Olivia sonrió, dispuesta a dejarse conducir a una conversación sobre la manifiesta superioridad de Stephen Saint Leger sobre los demás hombres, y, durante los minutos siguientes, sus hermanas y ella se deleitaron hablando del novio de Olivia y de su inminente luna de miel.

Joan puso la última horquilla en el pelo de Olivia y se retiró, y Kyria exclamó con placer:

— ¡Oh! ¡Estás preciosa!

Kyria y Joan le sujetaron el velo con alfileres y Olivia se levantó, dejando que las otras alisaran y sacudieran sus faldas y su cola hasta que todo estuvo tal y como debía estar. Se miró fijamente en el espejo con cierto asombro. Hasta ella tenía que admitir que esa tarde, al menos, estaba preciosa, pensó Kyria.

Las lágrimas inundaron los ojos de Kyria, que sintió una fría punzada de dolor en el pecho. Se sentía llena de orgullo y de contento por su hermana pequeña, y tenía la ferviente esperanza de que su vida de casada fuera maravillosa. Sin embargo, también tenía presente que iba a perder a su hermana. No había sentido el dolor de la separación al casarse Thisbe, pues ésta y su flamante esposo se habían instalado en la enorme casa de los Broughton con el resto de

la familia. Olivia, en cambio, se iría a vivir a Blackhope Hall, la casa solariega de los Saint Leger, y en adelante Kyria sólo la vería de visita. Pensó en las muchas sesiones de cuchicheos entre hermanas que habían compartido a lo largo de los años, acurrucadas en la cama de la una o de la otra hasta bien entrada la noche, y en las incontables veces que habían acudido la una a la otra con un problema, un temor o una alegría, y de pronto sintió ganas de llorar.

— ¡Oh, Olivia! —rodeó a su hermana con los brazos y la apretó con fuerza—. Soy tan feliz por ti...

— Gracias —dijo Olivia con la voz rasposa por las lágrimas—. Voy a echaros muchísimo de menos. Thisbe... — se giró, y Thisbe se unió a ella, rodeando con los brazos a sus hermanas—. Ya nunca será igual —dijo Olivia.

— Será mejor —dijo Thisbe con firmeza.

— Sí. No llores. Stephen se enfadará conmigo si te mando a la ceremonia con los ojos colorados —bromeó Kyria.

—Prométeme que vendréis a visitarme en cuanto volvamos.

—Claro —contestó Thisbe—. Pronto estarás harta de nosotras, de tanto como iremos a visitarte.

—Ahora —dijo Kyria, sonriendo y arrumbando con firmeza los pensamientos tristes al fondo de su mente—, es hora de que partamos hacia la iglesia.

Los arduos esfuerzos de Kyria se vieron recompensados por el hecho de que la boda transcurriera sin un solo tropiezo. De pie junto a su hermana, observando el rostro bello y luminoso de Olivia bajo el velo nupcial, comprendió que cada minuto de trabajo había merecido la pena.

Miró a Olivia, que miraba a Stephen con ojos llenos de amor, y por un instante sintió una punzada de envidia. ¿Cómo sería, se preguntaba, sentir tanto amor por un hombre? Miró hacia el público buscando a sus padres. La suya también había sido una unión por amor. Su madre, aunque de origen distinguido, no era ciertamente comparable al duque por nacimiento, pero éste se había enamorado locamente de ella en el instante en que irrumpió en su despacho exigiendo mejores condiciones para los trabajadores de las factorías de los Broughton. Se habían casado a pesar de las protestas de la familia del duque y pese al desdén que sentía la madre de ella por los miembros de la nobleza. Completamente distintos, el apacible, dubitativo y estudioso Broughton y su fiera, decidida y liberal esposa llevaban treinta y tres años felizmente enamorados. El suyo era el dechado de amor con el que Kyria

había crecido, y no podía concebir la idea de casarse faltándole esa emoción arrebatadora. Y, reflexionaba Kyria con ironía, con todas las bendiciones que le había concedido la vida, el amor parecía ser la única que le faltaba.

Su mirada retornó a Stephen y Olivia y luego se deslizó más allá de la pareja, hacia Rafe Mclntyre. Él sonrió y le guiñó un ojo, y Kyria apartó rápidamente la mirada, sonrojándose. Lo que había dicho Olivia sobre el señor Mclntyre, pensó, era absurdo. Completamente absurdo. Ella no sentía interés alguno por aquel hombre, y estaba segura de que él tampoco por ella, más allá, quizá, de un flirteo sin consecuencias a fin de pasar el rato hasta que su amigo se casara y él regresara a los Estados Unidos. Únicamente su ingenuidad podía llevar a Olivia a pensar que los delicados galanteos de Mclntyre reflejaban un interés real por ella.

Además, añadió para sus adentros, de todos modos ella no estaba interesada en Mclntyre. Había algo excesivamente altanero en la expresión de sus ojos, que eran, por cierto, demasiado azules, y la forma en que se arrugaba su piel alrededor de los ojos cuando sonreía no era ciertamente algo que hiciera palpitar el corazón de Kyria con más fuerza. Rafe Mclntyre era muy consciente del efecto que surtía sobre las mujeres, pensó Kyria, y ella estaba decidida a demostrarle que no era como las otras.

Aunque se sintiera un poco atraída por él, tenía la certeza de que no era el hombre del que podía llegar a enamorarse. A fin de cuentas, había cosas que importaban mucho más en un hombre que el atractivo físico, el encanto o la habilidad de montar a caballo como si fuera un centauro. Estaba convencida de que no podía admirar el carácter de Mclntyre. Éste era un sureño, un hombre que había luchado para preservar la institución de la esclavitud y que había sido propietario de otros seres humanos. Kyria no era tan dada a las reformas políticas como su madre, la duquesa, pero defendía los mismos ideales humanistas que los demás miembros de su familia. No concebía la idea de enamorarse de alguien con tan poco respeto por la vida de otros.

No. Aunque su corazón diera un vuelco cada vez que lo veía, Kyria estaba segura de que Rafe Mclntyre no era hombre para ella.

Stephen alzó el velo de Olivia y la besó, y Kyria se percató de pronto, con esa misma extraña mezcla de alegría y pesar, de que la ceremonia había acabado. Los recién casados echaron a andar por el pasillo a la cabeza de la comitiva nupcial, y Rafe le dio el brazo para escoltarla tras ellos. Ella apoyó la mano en el hueco de su codo y de pronto se sintió tan azorada como una colegiala. No

miró a Rafe mientras seguían a Stephen y Olivia, y, cuando alcanzaron el vestíbulo de la iglesia, hizo amago de apartarse, quitando la mano de su brazo. Rafe puso su mano sobre la de ella y la retuvo un momento, y Kyria alzó la mirada hacia él con ojos centelleantes.

— Disculpe, señor Mclntyre, pero parece usted tener la exasperante costumbre de no soltar a una mujer cuando ella lo desea.

Los dientes blancos de Rafe brillaron en su rostro moreno.

— Le pido perdón, milady. Mi madre decía siempre que, lamentablemente, me faltaban modales. Sólo quería decirle algo, pero cada vez que la veo parece usted huir como una liebre.

Kyria irguió la espalda y alzó las cejas altivamente.

— He estado muy ocupada estos últimos días, señor Mclntyre. Lamento no haber podido atenderle. Sin embargo, estoy segura de que habrá encontrado la compañía de otras personas.

Él se echó a reír.

— Cierto. Pero ninguna podía compararse con usted. —Es usted un adulador irreductible.

—No se trata de adulación. Es la verdad. —Señor Mclntyre... —Kyria apartó la mano de su brazo y cruzó las manos—, ha dicho que deseaba decirme algo.

—Sí. Tengo entendido que esta noche habrá baile.

— Después de la recepción y el banquete de bodas, habrá un pequeño baile, sí.

— Quería pedirle que me concediera el honor de bailar un vals conmigo — continuó Rafe—. Eso es todo. Sólo quería asegurarme de obtener mi petición antes de que su libreta de baile esté llena —sonrió—. Sé bailar el vals, se lo prometo, a pesar de ser americano — Kyria lo miró un tanto extrañada y él explicó—. Lady Rochester me preguntó el otro día si había leído a Shakespeare. Parecía creer que crecí en una cabaña de madera en medio del monte.

— Oh, cielos —Kyria reprimió una sonrisa—. Me temo que mi tía abuela siente una pasión secreta por las novelas de James Fenimore Cooper. Le pido disculpas.

Él se encogió de hombros.

— No tiene importancia. En realidad, viví en una cabaña de madera en Colorado cuando buscaba plata. Pero de pequeño vivía en un lugar algo más civilizado... y tuve que aprender toda clase de galanterías, incluyendo el baile.

Así que creo que puedo prometerle que no la pisaré —hizo una pausa, clavando sus ojos en ella, y Kyria sintió de nuevo aquel extraño traspié en el corazón—. ¿Me concederá el honor de un baile?

— Desde luego —Kyria sonrió, confiando en que él no hubiera advertido en su rostro nada que delatara la inquietante sensación que había experimentado, y se alejó para reunirse con sus padres.

Los recién casados recibieron a sus invitados en uno de los grandes salones de Broughton Park y, a continuación, los invitados afluyeron al interior de otro de las enormes y elegantes estancias construidas casi dos siglos antes para una familia de alta alcurnia cuyos descendientes, menos encopetados, rara vez usaban hoy día. Allí se había dispuesto el gran banquete de boda, resultado de las largas horas de trabajo y planificación de Kyria y el personal de Broughton Park. Los festejos culminaron con un baile en el gran salón, durante cuyo transcurso los recién casados partieron para emprender su luna de miel.

Kyria, que se mantenía atenta a cualquier posible contratiempo, conferenciaba con el mayordomo y se aseguraba al mismo tiempo de que ningún invitado se sintiera desairado o falto de conversación, tuvo poco tiempo para disfrutar de la velada. Incluso después de que Stephen y Olivia abandonaran la fiesta tras el primer vals, Kyria se pasó la mayor parte del tiempo iniciando conversaciones allí donde reinaba el silencio o alentaba el aburrimiento, y asegurándose de que no hubiera ninguna dama sin pareja de baile. A ese fin, reclutó los servicios de su hermano Reed y de Rafe Mclntyre, pues pronto comprobó que, tal y como le había dicho, Rafe sabía, en efecto, bailar el vals, y muy bien, por cierto, y que cada vez que abandonaba con su pareja la pista de baile, ella iba siempre sonriendo y arrebolada de placer.

—Está claro que tiene usted un don especial —le dijo Kyria a Rafe cuando regresó junto a ella tras acompañar a una parlanchina lady Malcross, con la que había estado bailando—. Lady Malcross suele ser más dada a las lágrimas que a las sonrisas.

Él sonrió alzando las cejas.

-¿Celosa?

— En absoluto —replicó ella—. Sencillamente me habría gustado contar con su presencia en otros bailes que he dado.

—No más de lo que lo me habría gustado a mí —contestó él, tendiéndole la mano—. Ahora... me debe usted algo por mis esfuerzos de la última hora.

—¿De veras?

— Sí. ¿Qué hay de ese baile que me prometió esta tarde?
— Oh, pero... —Kyria se detuvo, luego sonrió y, dándole la mano, dejó que la llevara a la pista de baile—. Está bien. Supongo que debería averiguar por mí misma qué clase de magia obra usted.
—No es magia en absoluto —le dijo él, apoyando la mano en su cintura. Se quedaron parados, esperando que comenzara la música—. ¿Sabe cuál es mi secreto? — Kyria sacudió la cabeza—. Que escucho lo que dice una dama.
Kyria hizo una mueca.
—Tiene que ser algo más.
— Se sorprendería usted. Usted está acostumbrada a las atenciones de los hombres. Mírese. Claro que su pareja de baile o cualquier otro hombre la escuchan, la miran, le responden. Pero tomemos por ejemplo a lady Malcross, cuyo marido probablemente se queda dormido mientras ella habla y cuyos hijos están tan acostumbrados al relato de sus achaques que se limitan a asentir con la cabeza y a murmurar «mmm» sin oír una sola palabra de lo que dice... Una mujer así florece cuando alguien la escucha y le presta atención de verdad.
—Estoy segura de que no tiene nada que ver con su cara —dijo Kyria secamente. —¿Con qué cara?
— Con la suya —replicó Kyria—. No sea modesto, señor Mclntyre. Estoy segura de que está acostumbrado a que las mujeres se desmayen en su presencia.
Él dejó escapar una risa.
— Dios mío, querida, qué cosas dice usted.
La música comenzó al fin, y Rafe comenzó a girar con Kyria por la pista de baile. Se movía con agilidad y elegancia, su mano en la cintura de ella, llevándola con suave firmeza. No hubo empujones, tirones o torpes traspiés; sólo una deliciosa sensación de deslizarse flotando, segura en sus brazos. El miraba la cara de Kyria, sus intensos ojos azules fijos en los de ella, y por un instante pareció que no había nadie más en el salón.
Kyria jadeaba levemente, temblorosa, comprendiendo al fin por qué se arrebolaban de placer las mejillas de las parejas de baile de Rafe Mclntyre. Podía sentir el sofoco extendiéndose a través de ella, una excitación casi perturbadora, y se preguntaba cómo era posible que ni siquiera a lady Malcross se le ocurriera algo que decir mientras bailaba con aquel hombre. Ella se sentía como si todo pensamiento hubiera volado de su cabeza.

Algo brilló en los ojos de Rafe. Su mano se crispó suavemente sobre la cintura de Kyria y ésta comprendió que era una respuesta a su propia emoción. Por un instante, fue como si sintiera lo que sentía él, como si lo conociera, no con palabras o mediante pensamientos coherentes de una u otra naturaleza, sino como si estuvieran conectados de algún modo.

La música cesó y dejaron de bailar. Kyria se sintió de pronto desorientada. Aquel momento de intimidad se había evaporado, dejándola levemente huérfana y vacía. Se quedaron parados un momento, mirándose el uno al otro. Luego Kyria dio media vuelta y se alejó.

Rafe salió a la terraza y respiró hondo. El aire era frío, pero le producía una sensación agradable en la piel después del calor de la habitación. Estaba aún extrañamente alterado por su baile con Kyria. Había sentido algo mientras bailaban, algo que nunca antes había experimentado, y no estaba seguro de qué era. Sólo sabía que era excitante y perturbador al mismo tiempo.

Caminó a lo largo de la terraza y bajó los escalones, llevándose la mano a la chaqueta para sacar un cigarro. Arrancando el extremo de un mordisco, raspó un fósforo contra la suela de su zapato y encendió el pequeño cigarro.

Paseó por los senderos del jardín, fumando y mirando a su alrededor el parque iluminado por antorchas colocadas a lo largo de las veredas. El camino doblaba la esquina de la casa y llevaba a la pradera lateral donde había visto a Kyria por primera vez. Sonrió un poco para sí mismo al mirar el inmenso roble. Se dio la vuelta y miró más allá de la amplia y bien cuidada carretera de entrada, hacia el prado que se extendía al otro lado.

Un destello de movimiento llamó su atención. Escudriñó la oscuridad. Alguien iba caminando por la carretera. Su figura oscura apenas se distinguía entre el fulgor de las antorchas que bordeaban ambos lados el camino.

Le pareció extraño que alguien subiera por el camino a aquella hora, sobre todo teniendo en cuenta que la fiesta nupcial se hallaba en pleno apogeo, y miró al hombre con curiosidad. Llevaba sombrero y gabán y caminaba a buen paso, con los brazos cruzados sobre el pecho como si quisiera evitar que el calor del abrigo escapara de su cuerpo. De pronto, otra figura salió de entre los árboles y se lanzó sobre el hombre que caminaba por la carretera.

— ¡Eh! —gritó Rafe, y echó a andar hacia ellos.

Los dos hombres se enlazaron, moviéndose en una extraña y desmañada danza. Rafe tiró el cigarro y echó a correr, lamentando haber dejado sus armas guardadas en un cajón de su cuarto. Un destello metálico hendió la oscuridad,

entre los dos hombres, y luego desapareció, dejando a uno de ellos encogido en el suelo.

Capítulo 4

Rafe gritó de nuevo. El agresor miró hacia atrás y, al ver que Rafe corría con todas sus fuerzas hacia él, dudó un momento, se agachó y le quitó algo al hombre al que había atacado. Éste rodó sobre el suelo, encogiéndose sobre sí mismo. El atacante alzó la mirada de nuevo hacia Rafe, dio media vuelta y echó a correr para ocultarse entre los árboles. Rafe se detuvo junto al hombre tendido en el suelo.

—¿Se encuentra bien? —se inclinó sobre el hombre y dijo con lo que confiaba fuera un tono tranquilizador—: ¿Puede hablar? ¿Qué ha ocurrido?

El hombre dejó escapar un gemido, y Rafe le giró suavemente de espaldas. Su gabán se abrió, dejando al descubierto una mancha oscura que se extendía sobre su camisa blanca. Rafe se sacó el pañuelo del bolsillo, lo dobló y taponó con él la herida del desconocido. Éste abrió los ojos y miró a Rafe con espanto.

—No pasa nada —se apresuró a decir Rafe—. No le haré daño. Voy a llevarlo a la casa para ver qué podemos hacer con esa herida.

El hombre tendió una mano hacia él y se aferró a su solapa.

—Por favor... Ky... —musitó.

¿Qué? —Rafe lo miró, sorprendido—. ¿Kyria?

La mano del hombre soltó a Rafe y cayó sobre una pequeña bolsa que llevaba atada al cinto. Cerró la mano sobre la bolsa y dijo:

—De le... por favor...

¿Quiere que le dé esto a Kyria? —Preguntó Rafe—. Podrá hacerlo usted mismo en cuanto lo lleve a la casa.

El hombre habló de nuevo, farfullando en un idioma que Rafe no entendió. Rafe deslizó cuidadosamente las manos bajo él y empezó a levantarlo. Era un hombre delgado, no tan alto como Kyria, y Rafe lo levantó fácilmente, poniéndose en pie. El hombre dejó escapar otro gemido.

—Lo siento —murmuró Rafe, y echó a andar hacia la casa, pidiendo ayuda a gritos.

Un momento después, la puerta principal se abrió y en su hueco apareció la silueta de un lacayo. Éste se quedó paralizado un momento. Después se giró para gritar hacia el interior de la casa y comenzó a bajar los escalones a todo correr. Unos segundos después, dos lacayos más salieron a la carrera de la casa.

Los criados ayudaron a trasladar al desconocido a la casa, entrando por la puerta de la cocina, donde fueron recibidos por el grito sofocado de una doncella.

—Traiga al mayordomo —ordenó Rafe, y la chica asintió con la cabeza y salió corriendo.

Depositaron al hombre sobre la larga mesa de madera del comedor del servicio. Rafe cambió su pañuelo, empapado de sangre, por una servilleta, intentando detener la hemorragia.

—Traigan vendas —les dijo a los lacayos, que seguían parados junto a la mesa, mirando perplejos al hombre al que habían metido en la casa—. ¡Aprisa!

Uno de los lacayos salió a toda prisa y, poco después, Smeggars entró apresuradamente en la cocina. Se detuvo al ver al hombre extendido sobre la mesa.

— Dios mío. Pensaba que la chica estaba histérica — alzó la mirada hacia Rafe — . ¿Qué ha pasado, señor?

— Alguien ha atacado a este hombre —explicó Rafe—. Yo estaba fuera, fumando un cigarro, cuando lo vi subir hacia la casa —contó cómo había salido el asaltante de entre los árboles, abalanzándose sobre el hombre—. Creo que ha sido apuñalado.

— ¡Cielo santo! —exclamó Smeggars —. Traeré vendas.

— He mandado a un criado a por ellas —le dijo Rafe—. Si me trae unas tijeras, le cortaré la camisa.

—Desde luego, señor —Smeggars salió de la cocina y regresó un momento después con las tijeras en la mano. Iba seguido de un lacayo con un rollo de venda en una mano y una pequeña caja de hojalata en la otra.

Rafe cortó la camisa empapada de sangre y descubrió cuidadosamente la herida. A pesar de sus esfuerzos, el hombre gritó de dolor. La herida no era ancha, pero sí profunda. Rafe dobló una de las vendas y la apretó contra la herida ensangrentada.

—Hay que coser la herida —dijo Rafe —, Yo puedo hacerlo, pero deberíamos avisar a un médico.

— He mandado a uno de los criados en busca del doctor. Su mujer y él han venido esta noche —contestó Smeggars.

— Bien. Entonces, esperaremos —Rafe se inclinó sobre el hombre, escuchando su respiración. Cuando respiraba, se oía un ominoso gorgoteo — .

No tiene buena pinta. Tal vez tenga perforado un pulmón —Rafe se volvió hacia Smeggars—. ¿Lo conoce usted?
Smeggars sacudió la cabeza.
—No lo había visto antes de esta noche, señor. Parece... parece extranjero.
Rafe asintió con la cabeza. A pesar de la palidez causada por la impresión y la pérdida de sangre, el hombre parecía demasiado atezado para ser inglés. Su pelo era abundante, negro y corto, y se rizaba ligeramente sobre la frente.
— Preguntó por lady Kyria —dijo Rafe.
¿Qué? —Smeggars se volvió hacia Rafe, asombrado—. ¿Está seguro, señor?
Rafe asintió con la cabeza.
—Creo que será mejor que mande a buscarla.
— Pero señor... —el mayordomo lanzó una mirada espantada al hombre herido.
—Lo sé. No es visión para una dama —dijo Rafe—. Pero tal vez ella pueda decirnos quién es. Y él parecía querer hablar con ella, darle eso que lleva colgado del cinturón —Rafe miró a Smeggars —. Imagino que, si lady Kyria lo conoce, querrá que la avisemos.
—Tiene razón, desde luego —Smeggars dejó escapar un leve suspiro y dio media vuelta para ir en busca de Kyria.
El doctor apareció poco después de que Smeggars se marchara. Se detuvo en seco y miró atónito al hombre tumbado sobre la mesa.
— ¡Dios mío! Pensaba que el lacayo estaba borracho —Rafe le enseñó los vendajes y las cosas que le había llevado el criado y se apartó para que pudiera examinar al herido — . Creo que tiene el pulmón perforado —dijo finalmente el doctor—. Y ha perdido mucha sangre.
— Lo sé —Rafe miró al doctor—. No tiene buena pinta, ¿verdad?
— Me temo que no —el paciente gimió y abrió los ojos. Vertió un borbotón de palabras y el doctor miró a Rafe—. ¿Sabe qué ha dicho?
Rafe sacudió la cabeza.
—No. Ni siquiera reconozco la lengua.
—Por favor... Ky... Ky...
—¿Kyria? —preguntó Rafe, acercándose al hombre—. Hemos mandado a buscarla. Aguante, enseguida vendrá.
El doctor se apartó para enviar a uno de los criados a buscar aguja e hilo. Luego se acercó al hombre herido y cambió el vendaje empapado en sangre por uno nuevo. El hombre de tez oscura gimió de dolor y tosió. La sangre

empezó a gotearle por la comisura de la boca. Dio otra bocanada dolorosa. Rafe había visto la muerte suficientes veces como para reconocerla en el rostro de aquel hombre. Miró al doctor y vio en su semblante la confirmaron de lo que ya sabía. Aquel hombre agonizaba, y ni los vendajes ni la aguja y el hilo podrían impedir su muerte.

— Por favor... —la mano del hombre se movió un poco hacia su cintura. Luego su cara se giró hacia un lado y un leve suspiro escapó de su garganta. Quedó inmóvil.

—Ha muerto —dijo suavemente el doctor.

Se oyó el tamborileo de unos tacones de mujer en el suelo de piedra del pasillo, y Kyria entró corriendo en la habitación con el rostro arrugado en un ceño.

— ¡Rafe! ¿Qué ha pasado? Smeggars me ha dicho... —Rafe se acercó rápidamente a ella, pero no pudo impedir que viera la mesa. Kyria dejó escapar un gemido y se llevó la mano a la boca. Su rostro palideció—. ¿Está...?

El brazo de Rafe le rodeó los hombros, sujetándola.

— Está muerto.

Kyria profirió un leve grito de espanto y se giró instintivamente, enterrando la cara en la camisa de Rafe. Éste alzó la otra mano y le acarició la espalda.

—Lo siento. No pude llegar a tiempo.

Kyria cerró las manos sobre su chaqueta y se aferró a ella, demasiado impresionada por la visión del cuerpo que yacía sobre la mesa para hablar o incluso formular un pensamiento coherente. Poco a poco la conmoción empezó a remitir, y Kyria se dio cuenta de que estaba aferrada a Rafe. Alzó la cabeza y retrocedió, intentando ocultar el hecho de que le costaba cierto esfuerzo apartarse de él.

— Lo siento —dijo un tanto temblorosa — . Nunca había visto...

—Claro que no. Lamento que hayas tenido que verlo — dijo Rafe—. Pero preguntó por ti. Pensé que debías conocerlo.

—¿Qué? —Kyria miró a Rafe y luego, con visible esfuerzo, se dio la vuelta y miró de nuevo al hombre que permanecía tendido, inmóvil, sobre la mesa. Tragó saliva, sintiendo un leve mareo, pero se obligó a dar un paso adelante y a mirar más de cerca el rostro del muerto. Luego se volvió hacia Rafe, diciendo — . Nunca había visto a este hombre. ¿Qué ha pasado? ¿Estás seguro de que preguntó por mí?

— La primera vez dijo «IRRI», y, luego, hace un momento, me pareció que intentaba decir tu nombre otra vez.
— Sí, milady —dijo el doctor—. Decididamente, parecía estar intentando decir su nombre. Y dijo «por favor». Eso es todo lo que pudimos entender. Hablaba en una lengua extranjera.
—No lo entiendo — Kyria se obligó a mirar de nuevo al muerto y sacudió la cabeza—. Es un completo desconocido para mí. No logró imaginar por qué preguntó por mí. ¿Qué ocurrió?
— Alguien lo atacó —explicó Rafe — . Yo estaba fuera, fumando un cigarro. Rodeé la casa hasta la parte delantera. Lo vi venir por la carretera. Me pareció raro, así que seguí mirándolo, y, de pronto, otro hombre salió corriendo de entre los árboles y empezaron a pelear. Yo corrí hacia ellos, pero no llegué a tiempo. El otro hombre lo apuñaló y se dio a la fuga.
— ¡No puedo creerlo! —exclamó Kyria, temblorosa—. Estás diciendo que alguien atacó a un hombre justo delante de nuestra casa. Pero ¿por qué? ¿Y quién podía ser? ¿Por qué dijo mi nombre?
—No tengo ni la menor idea. Pero me dio la impresión de que quería darte algo. Tenía una pequeña bolsa atada a la cintura. Cuando llegué junto a él, dijo tu nombre y puso la mano sobre la bolsa, diciendo: «por favor, dele...». Pensé que quería que te diera la bolsa. Supongo que a eso venía.
—Pero ¿por qué? Yo ni siquiera lo conozco.
Rafe se encogió de hombros.
— No lo sé. Pero tal vez debas mirar qué hay en la bolsa —Kyria tomó aire con brusquedad y dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza—. No te preocupes. Yo la sacaré. Espera —Rafe tomó a Kyria del brazo y la sacó de la habitación, conduciéndola a un banco del pasillo—. Siéntate aquí. Smeggars te traerá un vaso de agua.
— Sí, claro, milady —Smeggars se alejó a toda prisa, aliviado por tener algo útil que hacer.
—Quédate aquí un momento —le dijo Rafe—. Traeré la bolsa.
Kyria asintió y apoyó la cabeza contra la pared, cerrando los ojos. No le sirvió de mucho, pues siguió viendo el rostro del muerto: sus ojos abiertos y fijos, la palidez espectral de su piel atezada. Se llevó la mano al estómago revuelto. Nunca había visto un muerto, o al menos, uno que no estuviera preparado para su enterramiento, en un ataúd, y la experiencia la había perturbado. Pensó en cómo se había aferrado a Rafe, dejando que la envolviera en sus brazos. Había

sido una muestra de debilidad, y lo sabía. Pero a su pesar recordaba la deliciosa calidez del abrazo de Rafe, lo segura que se había sentido rodeada por su calor, inhalando su aroma masculino, mezclado con el leve olor del tabaco y la colonia, sintiendo la fortaleza de sus brazos alrededor de ella y oyendo el latido tranquilizador de su corazón. Algo se agitó dentro de ella, y comprendió con culpable sobresalto cuánto se habían alejado sus pensamientos de la visión de la muerte que acababa de contemplar.

—Milady... —Kyria alzó la mirada y vio a Smeggars, que sostenía una pequeña bandeja con una vaso de agua. Tomó el vaso y bebió un sorbo, agradeciendo la distracción.

— Smeggars... no le cuente esto a nadie.

— Desde luego, señorita. ¿Qué desea que haga con el... eh...?

—Mande avisar al alguacil, por supuesto. Pero dígales a los sirvientes que lo saben que guarden silencio. No quiero que ni mi familia ni los invitados se enteren. Siento muchísimo lo de ese pobre hombre, pero me niego a permitir que esta triste noticia arruine la boda de mi hermana.

Smeggars asintió con la cabeza, comprensivo.

—Me encargaré de que nadie diga nada.

—Gracias —Kyria bebió otro sorbo de agua, sintiéndose un poco más calmada.

Miró hacia la cocina y vio a Rafe de pie en la puerta, con una bolsa de lona en la mano.

—Aquí tienes.

Kyria se levantó y miró vacilante la bolsa atada con un cordel.

—¿Estás seguro de que preguntó por mí?

Rafe se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que dijo tu nombre y algo así como «dele» o «por favor, dele» y luego empezó a farfullar en una lengua extranjera.

—¿De veras? ¿En qué lengua?

—Ninguna que yo conozca. De modo que, con casi toda certeza, no era francés, ni español, ni alemán —miró a su alrededor—. ¿Abrimos esto?

—Sí. Vamos... vamos a otro sitio.

Kyria echó a andar por el pasillo con Rafe a su lado, y salió de la zona del servicio, entrando en un amplio vestíbulo. Alejándose del salón de baile, entró en el más pequeño de los cuartos de estar. Rafe colocó la bolsa en una mesa, junto a la puerta, y Kyria desató el cordel, metió la mano dentro y extrajo un

objeto cuadrado y duro envuelto en terciopelo. Desenvolvió cuidadosamente el paño, dejando al descubierto una cajita. No pudo evitar lanzar un leve grito de admiración.

La caja era de marfil, con una tapa curvada, como un cofrecillo. Estaba cubierta de intrincadas filigranas labradas y de una suerte de figurillas humanas. Pero lo más llamativo era una enorme gema oscura, toscamente cortada, colocada en el centro de uno de los lados de la caja.

— ¡Es preciosa! —exclamó Kyria, alzando la caja y mirándola con detenimiento. Pasó un dedo sobre los bajorrelieves y sobre la piedra casi negra, observándola con atención. Había algo atrayente en la caja, una belleza que la arrastraba.

Rafe se adelantó para mirarla, acercándose tanto a la espalda de Kyria que casi podía tocarla. Kyria tragó saliva, turbada por su presencia. Percibió de nuevo su olor, sintió el calor de su cuerpo, y le pareció que sus fibras nerviosas cobraban vida de improviso, temblando, como si ansiaran extenderse a través del breve espacio que las separaba del contacto de Rafe.

_¿Qué es? —preguntó él — . ¿Cristal?

—No, creo que no —contestó Kyria, pasando el dedo sobre la joya—. Creo que es un diamante negro. Son muy raros.

— ¿Un diamante? - preguntó Rafe, asombrado — . ¿Los hay de colores?

Kyria asintió.

—Los hay amarillos y marrones, azules, incluso rosas. Pero los negros son muy infrecuentes, y a menudo se encuentran en zonas donde no suelen hallarse diamantes. Proceden principalmente de Brasil y de algunas partes de África. Éste es enorme, lo cual, desde luego, es extremadamente raro.

Rafe la miró, intrigado.

—Pareces saber mucho de diamantes.

Kyria dejó escapar una risa azorada.

— Bueno, me gustan las joyas. Es un tanto frívolo, pero... —se encogió de hombros—. Me encanta la belleza de las gemas y los metales preciosos.

—La belleza no es frívola —contestó Rafe, posando la mirada en su rostro—. La belleza es por lo que han luchado siempre los seres humanos. En el arte, en la música, en la arquitectura... y en la orfebrería.

Kyria sonrió levemente.

— Sí, pero las joyas y los vestidos no son precisamente cosas serias. No como la ciencia, digamos, o las condiciones de vida de los trabajadores, o el voto de las mujeres.

—Ah, ya veo. Como esas cosas con las que se comprometen otros miembros de tu familia.

Kyria asintió con la cabeza.

—Me temo que mi madre a veces me encuentra un tanto superficial. Thisbe persigue grandes descubrimientos. Theo explora territorios ignotos —se encogió de hombros — . Y yo diseño collares y pendientes.

—¿De veras?

Kyria movió la cabeza afirmativamente.

— Diseñé el collar de perlas que Olivia llevaba hoy. Está hecho con un antiguo collar que pertenecía a la familia desde hacía generaciones, pero que era demasiado anticuado para ponérselo. De modo que hice recolocar las perlas.

—Me fijé en él —dijo Rafe—. Me pareció precioso. Tienes mucho talento.

Kyria sonrió, y un rubor se extendió por sus mejillas.

—No, no es cierto. Sólo soy una aficionada. Hay un joyero en Londres que hace todo el trabajo por mí.

—Pero el diseño era muy bello. Ese joyero no podría haber hecho el collar sin tu diseño.

Kyria había recibido cumplidos por sus joyas con anterioridad, pero rara vez admitía fuera de su familia que hubiera diseñado una pieza. Sabía que su círculo social lo habría considerado otra excentricidad suya, por más bellas que les parecieran sus creaciones. La fabricación de joyas no era una ocupación adecuada para un miembro de la nobleza. De hecho, a la alta sociedad ninguna ocupación le parecía conveniente para una mujer de origen noble. Y, aunque su familia siempre alababa las piezas que hacía, en el fondo Kyria estaba segura de que, aun considerándolas hermosas, no les atribuían la misma importancia que a los asuntos que ocupaban a otros miembros de la familia.

Le causó una leve sorpresa haberle hablado a Rafe de su afición, y sospechaba que seguramente no lo habría hecho de no haber estado conmocionada por lo ocurrido. Estaba también un tanto sorprendida porque le complaciera tanto que a Rafe le gustara su trabajo. Estaba acostumbrada a que los hombres ensalzaran su belleza, pero no las cosas que hacía.

—Al principio, diseñé el collar para mí —continuó—. Pero entonces me di cuenta de que a Olivia le sentaría mucho mejor. Las perlas tienen un lustre tan suave... Y, además, son perfectas para una boda.
Rafe sonrió y sus ojos recorrieron el rostro de Kyria.
—Tienes razón. A ti las perlas no te sentarían bien. No son lo bastante brillantes. Tú eres mujer para diamantes —extendió una mano y le acarició la mejilla con los nudillos—. O quizá para esmeraldas del color de tus ojos.
Un estremecimiento atravesó a Kyria al sentir el contacto de su piel. Alzó la mirada hacia él y lo miró a los ojos, incapaz de apartar la mirada, consciente de que el aliento se le aceleraba en la garganta. Podía sentir el calor de su cuerpo. Recordaba el tacto de su camisa bajo la mejilla, el calor y el consuelo de sus brazos rodeándola. Pero el calor que sentía en ese instante tenía poco que ver con el consuelo.
Sabía que él quería besarla. Se había enfrentado otras veces a hombres que intentaban robarle un beso. Era experta en dar un paso atrás o en volver la mejilla, haciendo un comentario trivial que cambiaba el sentido de la situación. Pero no hizo ninguna de aquellas cosas. Se quedó parada, mirando a Rafe, sintiendo que su sangre corría con repentino ardor por sus venas. Quería besar a Rafe, deseaba sentir sus labios con una excitación que burbujeaba en sus nervios como champán.
Las manos de él se posaron sobre sus brazos, envolviendo al principio ligeramente las muñecas, deslizándose luego lentamente por sus brazos. Ella se estremeció de nuevo al sentir el contacto de sus manos, levemente ásperas, deslizándose sobre su piel suave. Las manos de Rafe alcanzaron sus hombros y se crisparon, atrayéndola hacia sí mientras se inclinaba hacia ella. Kyria sabía que debía protestar, que debía retirarse, pero no lo hizo. Dejó que la atrajera hacia sí y alzó la cara hacia la de él. La boca de Rafe se posó sobre la suya, lenta y suavemente, tozando sus labios con creciente urgencia. El corazón de Kyria palpitaba con fuerza en su pecho. Había recibido algunos besos de pretendientes impetuosos, pero nunca antes se había sentido así. Nunca había deseado apretarse contra un hombre, ni deslizar las manos hasta su pecho y clavarlas en sus solapas, aferrándose a él bajo el asalto del placer.
Rafe dejó escapar un sonido gutural cuando ella se reclinó contra él, y sus brazos la envolvieron, apretándola contra su cuerpo duro como una roca. Kyria sintió la fortaleza de sus músculos a través de sus ropas. Sus cuerpos permanecían pegados de la cabeza a los pies. Ella deslizó los brazos hacia

arriba y le rodeó el cuello, abrazándolo con ímpetu mientras él se apoderaba de su boca.

— ¡Kyria! —la voz de su padre resonó en el pasillo, llamándola.

Kyria se irguió y se apartó bruscamente. Rafe abrió los brazos, soltándola, y por un instante se quedaron parados, mirándose el uno al otro, conmovidos por la intensidad de lo que acababan de experimentar. Kyria exhaló un leve suspiro y se dio la vuelta, llevándose las manos a las mejillas sofocadas.

— ¿Kyria? ¿Estás ahí? —la voz del duque sonó de nuevo mientras sus pasos resonaban en el pasillo.

Kyria se aclaró la garganta y dijo:

— Sí, papá. Estoy aquí —alzó la mano para atusarse el pelo, confiando en que no se le notara lo sofocada y alterada que estaba. Se encaminó hacia la puerta en el momento en que su padre se detenía junto a ella y se asomaba a la habitación.

—Ah, estás ahí, querida —dijo el duque, sonriendo afectuosamente al entrar en la habitación — . Smeggars me ha dicho que creía haberte visto venir hacia aquí. Me manda tu madre. Dice que vayas a ayudar a Olivia. Ha subido a ponerse su ropa de viaje. ¿Qué estabais...? ¡Oh! — se detuvo al ver la cajita blanca sobre la mesa. Se acercó a ella, intrigado, y la tomó cuidadosamente entre las manos — . ¡Qué hermoso artefacto! ¿De dónde lo has sacado? Es bizantino, ¿no?

—¿Lo es? —preguntó Kyria, y Rafe y ella se acercaron al duque, que permanecía parado admirando la caja.

—Oh, sí, eso creo. Pero no es mi especialidad, desde luego —se volvió hacia Rafe, explicando—. Yo me siento mucho más atraído por el Alto Imperio Romano, ¿sabe usted?, e incluso por civilizaciones más antiguas: los griegos, los etruscos, los cretenses... En realidad no sé mucho del Bajo Imperio, pero diría decididamente que esta pieza parece bizantina —pasó un dedo por la tapa redondeada, olvidado ya de su misión, como siempre le ocurría cuando encontraba un objeto antiguo—. Este estilo, parecido a un cofre con joroba, es típicamente bizantino, al igual que el marfil labrado, en mi opinión no tan bello como su orfebrería esmaltada, que era realmente magnífica para aquella época. Apostaría a que esta caja fue fabricada con anterioridad al apogeo de su arte. Este cristal también es muy raro. Por lo general usaban cornalina y turquesa.

—Creo que no es un cristal, papá. Me parece que es un diamante negro sin desbastar.
—¿De veras? —él alzó la mirada de la caja, sorprendido—. Un diamante negro, ¿eh? Nunca había visto uno.
— Yo tampoco —dijo Rafe—. Pero su hija parece saber mucho de joyas.
— Oh, sí, desde luego — Broughton se echó a reír y lanzó una mirada afectuosa a su hija—. Así es mi Kyria. Bueno, bueno, querida mía, esto es muy interesante. Yo diría que es una pieza muy especial, dada la complejidad de los bajorrelieves y la rareza de la gema. Naturalmente, en aquella época no habrían podido pulirla —empujó la tapa de la caja—. Esto es muy extraño.
—¿El qué? —preguntó Kyria.
— Pensaba que se abriría —contestó su padre — . Desde luego, es una caja, pero no parece tener tapa, o, al menos, tapa que se abra.
—¿De veras? —Kyria tomó la caja y la examinó de cerca—. No veo la línea de separación, pero, con tantos grabados, puede que esté oculta.
— Sin duda no es maciza —intervino Rafe — , No parece lo bastante pesada.
—No, yo diría que no —convino el duque—. Debería abrirse. Tiene que haber algún cierre escondido o algo así.
—¿Eso era típico en la artesanía bizantina? —preguntó Rafe.
Broughton se encogió de hombros.
—Francamente, querido muchacho, no lo sé. Necesitaríamos un experto en ese campo. Alguien como Jennings o... ¿quién más? El doctor Atkinson. El arte paleo-cristiano oriental es una de sus especialidades, si no recuerdo mal. Quizás el tío Bellard conozca a alguien más.
—¿Qué antigüedad puede tener? —preguntó Rafe—. Si no he olvidado mis lecciones de historia, el Imperio Bizantino fue la época de Constantino y Justiniano. ¿Me equivoco?
El duque asintió con la cabeza.
— No. Fue fundado en el siglo VI después de Cristo y se prolongó hasta la fundación del Imperio Otomano, hacia 1400. Yo me inclinaría a pensar que pertenece a una época temprana, tal vez anterior al siglo XI. Pero habría que hablar con un experto en la materia, desde luego. ¿De dónde has sacado esto, Kyria? Ignoraba que te interesaran las antigüedades arqueológicas.
—No me interesan. Quiero decir que me parece un objeto precioso, pero no sé nada de él. No sabía que era tan antiguo, ni de dónde procedía, hasta que me lo has dicho —contestó Kyria—. No sé de dónde viene. Esta noche ha venido

un hombre. Ha sido horrible, papá. Alguien lo atacó cuando se acercaba a la casa, y ha muerto.
— ¡Muerto! —exclamó Broughton, mirando espantado a Kyria. Luego se volvió hacia Rafe.
—Yo lo vi —le dijo Rafe — . Ahuyenté al agresor y traje al hombre a la casa, pero murió poco después.
— ¡Cielo santo! ¡Qué cosa tan horrible!
—Le dije a Smeggars que no se lo contara a nadie — explicó Kyria—. No quiero que Olivia y Stephen se enteren. No quiero que nada estropee la boda.
— No, claro que no. Tienes razón, querida —el duque dejó la caja sobre la mesa y se sentó en la silla más cercana—. Esto es terrible. ¿Quién era ese hombre? ¿Y qué tiene que ver con esta caja?
—El hombre la llevaba encima —explicó Rafe—. La llevaba en una bolsa atada alrededor de la cintura. Es evidente que era muy importante para él. Y, al parecer, se la traía a lady Kyria.
— ¡ A Kyria! Pero ¿por qué?
—No lo sé —Rafe le habló de las ultimas palabras del moribundo—. Deduzco que venía a entregarle la caja a ella.
—Pero ¿quién podría mandarle una cosa así? ¿Y por qué?
—Lo ignoro —dijo Kyria—. Lo único que se me ocurre es que sea de Theo.
— ¡De Theo! Bueno, supongo que eso tendría cierto sentido —convino su padre.
Kyria se volvió hacia Rafe.
—Theo es mi hermano mayor, el gemelo de Thisbe. Viaja por todo el mundo, y a menudo nos envía regalos, sobre todo para Con y Alex. A ellos suele mandarles animales exóticos, pero también ha mandado otras cosas. Alguna pieza de arte nativo, una gema, cosas así. A mi madre le mandó una vez un precioso chai de la India y a Reed un ábaco, ¿te acuerdas, papá?
El duque asintió vagamente.
— Sí. Aunque me extraña que haya mandado algo tan antiguo. La última vez que estuvo aquí tuvimos una discusión sobre eso, ¿sabéis? Estaba empeñado en que los tesoros antiguos de un país debían permanecer en ese país en lugar de ser llevados al extranjero para su estudio. Yo, naturalmente, estoy en contra de la práctica de expoliar los yacimientos antiguos para vender sus tesoros. Pero, por otro lado, no se puede quedar uno de brazos cruzados viendo cómo todos esos objetos se convierten en polvo, ¿no os parece? Negligencia,

descuido, falta de dinero... —el duque frunció el ceño y su rostro se congestionó al recordar la discusión.

—Estoy segura de que Theo está de acuerdo contigo en eso —dijo Kyria suavemente—. No creo que quiera que le ocurra nada malo a un tesoro antiguo. Puede que por eso haya mandado la caja.

— Señor, no quisiera meterme donde no me llaman — comenzó Rafe — , pero no puedo evitar recordar cómo llegó aquí esa caja. El hombre que la llevaba ha sido asesinado. Su atacante se inclinó sobre él después de apuñalarlo y no huyó hasta que me vio corriendo hacia él. Me pregunto si iba tras la caja. Si la caja podría ser la razón de que lo matara.

Kyria asintió con la cabeza, preocupada. Broughton miró a Rafe con horror.

—¿Insinúa que...? ¿Cree usted que existe el riesgo de que intenten robarla?

—Creo que cualquiera que posea esa caja podría estar en peligro —contestó Rafe llanamente, y sus ojos se posaron en Kyria.

Capítulo 5

El duque inhaló una brusca bocanada de aire.

—¿Cree usted que Kyria podría estar en peligro?

Kyria le lanzó a Rafe una mirada de reproche y se volvió hacia su padre.

—No, papá, estoy segura de que no corro ningún peligro. El señor Mclntyre sólo está planteando una posibilidad. No hay modo de saber por qué apuñalaron a ese hombre. Podría tratarse de una rencilla personal. O quizás haya sido un ladrón de poca monta que no iba tras la caja en particular. Puede que viera a ese hombre caminando y pensara que era un blanco fácil. ¿No es así, señor Mclntyre? —Kyria se volvió hacia Rafe con una mirada intencionada.

Rafe la miró suavemente.

—Es absurdo arriesgarse —contestó—. Sólo digo que deberíamos tomar precauciones. No sabemos qué es esa caja exactamente, ni cuánto vale. Ni siquiera sabemos por qué te la traía ese hombre. Pero, a juzgar por lo antigua que dice usted que es y por ese enorme diamante, no me extrañaría que alguien quisiera robarla. Y quien mató al que la entregó podía tener conocimiento de la caja y haber atacado por ello a ese hombre. Si es así, sabe que esa cosa está en la casa. Ahora bien, no pretendo decir que sepa que Kyria la tiene o que intente hacerle daño para conseguirla. Si embargo, no puedo dejar de pensar que esa cosa estaría mucho mejor en un lugar seguro.

— Sí, sí, tiene usted mucha razón. No debes llevártela a tu habitación, Kyria —dijo su padre — . Quizás yo podría guardarla en el cuarto de mis colecciones. Todas las cajas tienen cerradura, y las puertas de la habitación están provistas de un cerrojo muy recio.

— Y hay rejas en las ventanas —añadió Kyria—. Lo cual le da cierto aire de prisión.

Rafe sonrió.

— La vi el otro día desde el jardín. Me pregunté si tenían a algún pariente loco allí encerrado.

— No, sólo a papá —dijo Kyria, tomando afectuosamente a su padre del brazo—. Estoy de acuerdo contigo. Creo que lo mejor será guardar la caja en el cuarto de tus colecciones. El diamante es muy valioso, aparte del valor de la caja.

El duque le palmeó el brazo.

—Muy bien, querida mía —tomó la caja diciendo—. Voy a llevarme esto al cuarto de las colecciones, y luego nos reuniremos con los demás.
—Pero no les diremos nada de todo esto esta noche — le recordó Kyria.
— Oh, no. Tienes razón. Bueno, a tu madre he de decírselo, claro, pero esperaré hasta que Olivia y Stephen se hayan ido. Y estoy seguro de que Reed querrá hablar con el alguacil —frunció el ceño—. Quizá convenga que mañana celebremos una reunión familiar sobre este asunto. Es de lo más desconcertante.
Olivia estaba en medio de su habitación con Thisbe y la duquesa cuando Kyria entró. Ya se había vestido para su viaje de novios con un traje marrón bastante sencillo, pero adornado con elegantes botones dorados en la pechera de la chaqueta y cuyo corte realzaba su excelente figura. Se dio la vuelta cuando Kyria entró en la habitación. Tenía las mejillas encarnadas y sus ojos brillaban de excitación. Estaba más guapa y feliz de lo que Kyria la había visto nunca, lo cual reforzó la convicción de su hermana de no permitir que nada estropeara el día de su boda.
— ¡Kyria! —exclamó Olivia, extendiendo los brazos—. ¿Dónde estabas? Ya casi estoy lista.
— Lo siento, tesoro —componiendo su sonrisa más radiante, Kyria cruzó apresuradamente la habitación, abrazó a su hermana y le dio un beso en la mejilla—. Estaba hablando con Smeggars sobre la comida —Kyria sabía que el mejor modo de atajar la curiosidad de sus hermanas y su madre era sacar a relucir los quehaceres domésticos.
— Oh —Olivia despachó con un gesto de la mano la explicación de Kyria—. Bueno, ya estás aquí —retrocedió y se giró para que Kyria la viera—. Tenías razón sobre el traje de viaje. Es perfecto.
— Sí, lo es —dijo Kyria.
— Estás guapísima —declaró su madre, acercándose para besar a Olivia en la mejilla—. Mis tres hijas son preciosas. Por dentro y por fuera —añadió mirando a Kyria y a Thisbe con una sonrisa—. Vamos. Olivia ha de marcharse.
Al mirar a su madre, a Kyria la sorprendió ver en sus ojos el destello de las lágrimas. Thisbe, por su parte, se estaba enjugando abiertamente las lágrimas de las mejillas. Kyria sintió un nudo en la garganta y tragó saliva. Tomando el bolso de tela de Olivia, se lo tendió a su hermana y la sacó de la habitación a rastras.

Ya abajo, Stephen y su esposa subieron al carruaje ducal mientras sus invitados salían a borbotones de la casa para despedirlos. Kyria, sonriendo y agitando la mano mientras el carruaje se despedía, no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a la carretera y preguntarse dónde había sido asaltado aquel enigmático desconocido. Se estremeció, imaginándose la escena.

—¿Tienes frío? —preguntó una voz suave tras ella, y, al darse la vuelta vio a Rafe Mclntyre a su lado. Él se quitó la chaqueta y rodeó con ella los hombros de Kyria, que el elegante vestido de noche dejaba desnudos.

— Gracias —Kyria se arrebujó en la chaqueta, sintiendo de inmediato su calor—. ¿Dónde... dónde fue?

— Allá abajo —él señaló la linde de los árboles, donde la carretera que llevaba a la puerta principal de la casa describía una curva.

Kyria observó el carruaje mientras éste se dirigía hacia aquel lugar, y dejó escapar un leve suspiro de alivio cuando lo dejó atrás.

— Es tan triste... —dijo con una exhalación — . No dejo de pensar en ese pobre hombre.

A su alrededor, la gente empezaba a regresar a la casa, donde continuaría la fiesta. Resultaba terriblemente macabro pensar que pudieran bailar y reír habiendo un hombre muerto en el piso de abajo.

— No estaría bien decírselo —dijo Rafe como si le hubiera leído el pensamiento—. No tiene nada que ver con ellos.

— Lo sé. Tienes razón. Será mejor dejarles disfrutar de la velada —Kyria se volvió hacia él — . Sin embargo, me cuesta un poco fingir que no ha pasado nada. Creo que alegaré un dolor de cabeza para retirarme temprano.

Él asintió con la cabeza y, mientras ella se giraba para marcharse, dijo con suavidad:

— Quizá deberías cerrar la puerta con llave esta noche. Sólo por si acaso.

— Creo que estás intentando asustarme —le dijo Kyria.

Pero más tarde, cuando estaba arriba, en su alcoba, después de que la doncella se marchara, Kyria se sorprendió girando la llave en la cerradura.

Kyria no durmió bien esa noche. Sus pensamientos retornaban sin cesar al hombre muerto: la horrible palidez de su piel, la patética forma en que su mano yacía sobre la mesa, con la palma vuelta hacia arriba. ¿Quién era? ¿Lo había mandado Theo allí con aquel encargo? ¿Y por qué? No hallaba respuestas. Únicamente nuevos interrogantes.

Pensó también en la caja. Sintió la tentación de levantarse y bajar al cuarto de las colecciones de su padre para verla otra vez, pero le espeluznaba la idea de atravesar los salones a oscuras después de lo ocurrido esa noche.

La caja era elegante en su sencillez, y el diamante era asombroso. Debido a la afición de su padre por las antigüedades arqueológicas, estaba acostumbrada a ver piezas de rareza y hermosura excepcionales, pero aun así le causaba asombro pensar en la maestría de los bajorrelieves y en la destreza necesaria para ocultar el cierre de la caja, pues sin duda ésta tenía que abrirse de algún modo. Y pensar que una gema de tal magnificencia había sido desenterrada hacía tantísimo tiempo... Recordó el suave tacto del marfil en sus manos, el peso de la caja, la oscura y fría profundidad del diamante. Y, mientras pensaba en estas cosas, no pudo evitar recordar el modo en que Rafe había sujetado la caja, sus manos recias y morenas contra el marfil blanco, sus dedos suaves deslizándose sobre los bajorrelieves...

En su vientre brotó una suave tibieza, y la piel de sus brazos se erizó cuando pensó en cómo se habían deslizado aquellas manos sobre sus brazos. Nadie la había besado nunca como él. Sabía que no debía haberlo permitido. Apenas podía creer que hubiera consentido que la besara. Se decía que era porque estaba confusa por la muerte del desconocido. Pero sabía que tales razonamientos no eran más que excusas. El hecho era que el beso de Rafe había hecho agitarse algo dentro de ella, algo más poderoso que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Ello resultaba excitante y temible, y la hacía dudar de sí misma, sensación que también era nueva para ella.

Le irritaba haber sentido tal oleada de deseo, pues era demasiado honesta y pragmática como para disfrazar con otro nombre lo que había experimentado por un hombre que era de manera tan obvia un embaucador, un donjuán. Ella no era de las que caían rendidas ante las palabras edulcoradas de los hombres, y odiaba pensar que pudiera dejarse seducir tan fácilmente por la belleza física.

Pero, mientras pensaba esto, era consciente de que no podía despachar a Rafe Mclntyre de un plumazo. Tenía la sensación de que era mucho más que un inveterado galán. Estaba, por ejemplo, la prontitud y la frialdad con que se había enfrentado a la agresión sufrida por el desconocido, su fácil asunción del mando. Smeggars le había dicho cuan hábilmente había vendado la herida del hombre de la caja antes de que llegara el doctor. Por frívolas que fueran sus palabras, por fácil que fuera su sonrisa, había también un atisbo de

oscuridad que se agitaba tras sus ojos, una cierta vigilancia que nunca lo abandonaba por entero.

Se le ocurrió de pronto que no sabía nada de su vida, salvo que había sido socio de Stephen Saint Leger, y se descubrió ansiando saber más. Tal vez, pasado ya el ajetreo de la boda, pudiera salir a caballo con él para enseñarle la finca. Le enseñaría sus lugares favoritos y podrían hablar...

Kyria se sentó con un gruñido de disgusto y se atareó un momento golpeando la almohada para ahuecarla. Le producía cierta desazón permitir que sus pensamientos se descarriaran de aquel modo. ¡Ni que fuera una estúpida colegiala!

Y así transcurrió gran parte de la noche, su mente saltando de un pensamiento a otro mientras ella daba vueltas en la cama. No se quedó dormida hasta casi el amanecer, y unas horas después la sacó del sueño el ajetreo del pasillo.

Bostezó y se tapó los ojos con los brazos, deseando poder darse la vuelta y volver a dormirse. Pero sabía que muchos de sus invitados se iban esa mañana y que debía hacer cuanto pudiera por despacharlos cuanto antes para que su familia y ella pudieran sentarse a discutir los extraños acontecimientos de la noche anterior. De modo que se levantó, llamó a su doncella para que la ayudara a vestirse y se pasó el resto de la mañana supervisando el sinfín de tareas que había que cumplir para que toda aquella gente partiera en sus carruajes o fuera llevada a la estación del tren del pueblo.

A las dos de la tarde todos los invitados que tenían prevista su marcha para ese día se habían ido, dejando tras de sí, por desgracia, a un nutrido número de personas que se quedaría aún un día o dos más en la casa. Kyria pensó sombríamente que en aquel grupo se hallaban muchos de los invitados más quisquillosos, la mayoría de los cuales, por ser parientes de diverso grado, se consideraban en el derecho de pasar largas temporadas en la casa familiar. Pero al menos no tenía que exprimirse el cerebro pensando en cómo entretenerlos, pues, tal y como su madre le había dicho, «por el amor de dios, Kyria, no les procures muchas diversiones o los tendremos aquí hasta Navidad». En cualquier caso, lord Penhurst no necesitaba entretenimiento alguno, tan sólo un sillón confortable en el que sestear la mayor parte del día, al igual que lady Rochester, la cual necesitaba también uno o dos parientes más jóvenes a quienes lacerar los ratos que estaba despierta.

De este modo, Kyria pudo escabullirse con la conciencia tranquila al cuarto de antigüedades de su padre, donde la familia había decidido reunirse a media

tarde. Descubrió que era la última en llegar, lo cual no era del todo extraño, como Reed se apresuró a señalar con una sonrisa.

Estaban agrupados alrededor de la larga mesa central, repleta, como siempre, de objetos diversos que su padre estaba restaurando. Salvo Theo y Olivia, estaban allí todos sus hermanos, además de Damián, el marido de Thisbe, sus padres y el tío abuelo Bellard.

El tío Bellard, hombre solitario, bajo y más bien rechoncho, con los hombros hundidos por los muchos años que había pasado encorvado sobre los libros, había permanecido encerrado en sus habitaciones casi todo el tiempo durante los días anteriores a fin de evitar a los invitados, y particularmente a su hermana Hermione, la quisquillosa lady Rochester. Sin embargo, a Kyria no le extrañó que la perspectiva de hallarse frente a una caja antigua lo hubiera sacado de sus habitaciones. No era tan aficionado a las antigüedades como su padre, pero su intelecto brillante e inquisitivo y su amor por la historia sin duda habrían suscitado su interés por ver la caja. Tampoco sorprendió a Kyria que Con y Alex estuvieran allí. Casi todas las familias habrían considerado que unos niños que no tenían aún once años eran demasiado pequeños para participar en una conversación importante de cualquier clase que fuera. Una de las muchas extravagancias de los Moreland era tratar a los niños como miembros iguales de la familia que, aunque jóvenes y necesitados de consejo, eran criaturas inteligentes cuyas ideas y opiniones se tenían en cuenta.

Sin embargo, cuando vio a Rafe Mclntyre sentado a la mesa, entre su familia, sintió una curiosa mezcla de sorpresa y excitación. Su pulso se aceleró, y se descubrió lamentando no haberse mirado en el espejo antes de entrar en la habitación. Recordó de nuevo su noche en vela y la irritación que había sentido hacia él y hacia su propio comportamiento. Molesta, preguntó con aspereza:

—¿Qué hace él aquí?

—Tus modales, Kyria —la reprendió su madre.

— Lo siento, mamá —dijo Kyria, mirando a Rafe con desagrado—, pero el señor Mclntyre no es un miembro de la familia.

—No, pero fue él quien encontró a ese hombre —le recordó Reed—. Acaba de contarnos lo que pasó anoche.

Kyria no podía discutir la lógica de la argumentación de Reed, de modo que se limitó a sentarse en una silla vacía, junto a su hermana, aliviada al menos por no tener que sentarse al lado de Rafe. Miró al otro lado de la mesa y Rafe

le guiñó un ojo. A su pesar, una sonrisa afloró a sus labios, lo cual resultaba en sí mismo irritante.

—Bueno —continuó Reed—, supongo, Kyria, que tú ya conoces los detalles que rodearon la muerte de nuestro visitante y el descubrimiento de la caja, dado que estabas allí. Así que, a menos que alguien desee hacerle alguna pregunta más al señor Mclntyre, me gustaría pasar a la cuestión de qué he averiguado acerca de nuestro misterioso visitante.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Kyria, sorprendida.

—No mucho —admitió Reed — . Hablé con el alguacil anoche y esta mañana, pero no ha averiguado nada, salvo que un hombre de tez morena se bajó del tren en el pueblo ayer por la tarde y preguntó por Broughton Park. Al parecer, vino caminando hasta aquí. No obstante, el señor Mclntyre y yo revisamos sus bolsillos anoche, y descubrimos unas cuantas cosas —Reed abrió un sobre y, sacudiéndolo, depositó unos cuantos objetos sobre la mesa— . Encontramos un billete de tren desde Londres, así como la cuenta de una habitación en una pensión de Londres y el pasaje de un barco procedente de Estambul que llegó hace tres días a Southampton. Tanto el nombre del billete como el de la cuenta coinciden con el nombre que figura en las tarjetas de visita de este tarjetero.

— ¿Quieres decir que sabes quién es? —preguntó Damián, inclinándose hacia delante con interés mientras se ajustaba los anteojos de alambre.

—Doy por hecho que el nombre de las tarjetas y del billete es con toda probabilidad el del hombre que los llevaba encima, aunque, naturalmente, no puedo estar seguro —dijo Reed cautelosamente.

— Oh, Reed, pareces un notario —exclamó Kyria con impaciencia—. Di nos de una vez quién era.

— En la tarjeta dice «Leónides Kousoulous» —dijo Reed.

—Entonces, ¿era griego? —preguntó Thisbe.

— Eso encajaría ciertamente con su aspecto físico — admitió Reed, y miró hacia Rafe inquisitivamente.

—La lengua que hablaba podía ser griego —convino Rafe — , Estudié griego antiguo en la escuela, pero tengo entendido que el idioma moderno es muy distinto, y yo, desde luego, nunca he oído hablarlo a un nativo.

Reed abrió el tarjetero dorado y sacó una de las tarjetas de visita, que le tendió a su padre.

—También dice algo bajo el nombre, y parece haber una dirección. Me temo que mi griego es también un poco rústico, pero pensé que tal vez tú podrías descifrarlo.
El duque asintió con la cabeza mientras observaba la tarjeta.
— Sí. Según dice aquí, era «tratante de antigüedades». Pero la dirección es de Estambul.
— Sí, y el punto de partida del barco que tomó hasta Inglaterra era también Estambul —le recordó Reed — . Entre los billetes ingleses que encontramos en sus bolsillos había varias monedas que parecen turcas.
— Mmm. Interesante —dijo Broughton, asintiendo con la cabeza, pensativo— . Bueno, a nadie puede extrañarle, supongo, que un comerciante de antigüedades estuviera en posesión de semejante objeto. El tío Bellard cree, al igual que yo, que es de origen bizantino.
— Oh, sí —el tío Bellard sacudió la cabeza alegremente, semejando más que nunca un pájaro, y palmeó los dos gruesos tomos colocados sobre la mesa, delante de él — . Esa tapa redondeada es típica, lo mismo que los bajorrelieves de tema bíblico. Yo no soy un experto en la materia, pero casualmente tengo aquí un par de libros sobre el Bajo Imperio. Esta mañana les estuve echando un vistazo después de que Broughton me enseñara la caja, y he encontrado un dibujo o dos —abrió los dos libros por las páginas señaladas y comenzó a pasarlos alrededor de la mesa—. Ambas son de entre el siglo VI y el siglo XI después de Cristo, y, como veréis, se parecen mucho a esta caja. Una es de marfil, con incrustaciones de cornalina y turquesa, y la otra de esmalte.
Todos examinaron atentamente las ilustraciones. Thisbe alzó la mirada tras estudiar la página.
— Sí, pero ¿qué aspecto tiene la caja en cuestión? Todavía no la hemos visto. Por lo menos, yo.
—Oh, sí, claro. Lo siento muchísimo —Broughton se puso en pie y se acercó a una de las vitrinas acristaladas que había junto a la pared. La abrió y sacó la caja de marfil. La depositó sobre la mesa y todo se inclinaron hacia ella para mirarla.
—Es preciosa —dijo la duquesa, maravillada—. ¿Qué son esos relieves? ¡Y qué piedra! Es magnífica.

—Es un diamante negro, mamá —explicó Kyria, tan embelesada como los otros con la caja, a pesar de que ya la había visto antes—. O, al menos, estoy casi segura de que lo es. ¿No es precioso?
—Los bajorrelieves son escenas bíblicas —explicó el tío Bellard — . Estoy casi seguro de que uno es la parábola de los panes y los peces, y otro la de la traición en el huerto de Getsemaní. No estoy del todo seguro respecto a las dos escenas más pequeñas que aparecen en los lados.
—¿Qué hay dentro? —preguntó Alex, siempre curioso.
—No lo sabemos —dijo Kyria—. No hemos podido abrirla.
-¿Qué?
—La he mirado de arriba abajo —dijo Broughton — . No encuentro un intersticio, una bisagra, una cerradura... ¡nada! Estoy seguro de que tiene que abrirse, pero está claro que el cómo es un misterio.
— ¡Hala! —exclamó Con, entusiasmado, y rodeó la mesa para colocarse entre su tío abuelo y su padre, inclinándose hacia la caja hasta que prácticamente se tumbó sobre la mesa. No había nada que le gustara más que un rompecabezas.
— Los bizantinos eran excelentes artesanos —continuó su padre — . Seguramente intentaron preservar lo que contenía la caja con un mecanismo secreto.
—No hay duda de que la reliquia era muy importante para ellos —añadió el tío Bellard, asintiendo con la cabeza.
— ¿La reliquia? —preguntó Kyria—. ¿Qué reliquia? ¿De qué estás hablando?
—El tío Bellard y yo estamos de acuerdo en que probablemente se trate de un relicario —explicó Broughton. Al ver las miradas atónitas de la mayoría de los que rodeaban la mesa, añadió—. Es decir, un recipiente, normalmente en forma de caja, que servía para guardar una reliquia sagrada: una astilla de la santa cruz, digamos, o el hueso del dedo de un santo, o algo así.
— ¡Un hueso! —exclamó Kyria, y todo el mundo miró con repugnancia la caja.
—¿Creéis que todavía habrá un dedo dentro? —preguntó Alex, obviamente complacido ante aquella idea.
— Dudo seriamente de que haya algo dentro —dijo Reed llanamente—. A fin de cuentas, esa cosa tiene cientos de años. Y, de todas formas, no tenía por qué ser un dedo. Había muchas cosas que podían convertirse en reliquias. Aunque, obviamente, ésta no podía ser muy grande —miró la caja, la cual no medía más de quince centímetros de largo y la mitad de ancho.

— Bien, entonces tiene sentido que ese hombre viniera de Estambul —comentó Thisbe—, dado que la caja es de origen bizantino. Pero lo que me pregunto es por qué la trajo aquí. ¿Por qué preguntó por Kyria?
Reed se encogió de hombros.
— Nadie lo sabe. Eso fue lo único que entendió el señor Mclntyre de lo que dijo. Sospecho que es un regalo de Theo.
—Parece tremendamente peculiar —dijo Damián.
— Los regalos de Theo a menudo lo son —señaló Reed—. Sin embargo, la última vez que supimos de él estaba en Australia.
— Con él nunca se sabe —dijo Thisbe — . Va allá donde lo lleva su capricho. Y, en caso de que estuviera en Australia, adonde le enviamos la carta sobre la boda de Olivia, tal vez decidiera regresar a casa, en cuyo caso probablemente habría tomado un barco que tendría que atravesar el canal de Suez, ¿no?
— Sí, tienes razón. Y habría estado cerca de Turquía. —Pero, si iba a venir a la boda de Olivia, ¿dónde está? —preguntó la duquesa juiciosamente.
— Sí, ¿y por qué no ha traído la caja en persona? — añadió Kyria.
Reed respondió encogiéndose de hombros.
— No tengo ni la menor idea. Quizá lo acometió otro de sus caprichos y decidió quedarse en Estambul y enviarnos la caja.
— ¿Crees que es un regalo de bodas? —preguntó Kyria, pensativa—. Es un poco extraño.
—¿Por qué no mandó una nota explicándolo? —añadió la duquesa—. Theo suele garabatear una nota cuando menos.
—Es cierto —dijo Kyria.
Rafe Mclntyre tomó la palabra.
—No conozco a su hijo, señora, pero tal vez le dijo al hombre que traía la caja lo que quería transmitirle a su familia. Sólo que no sabemos qué es.
La duquesa hizo un gesto de asentimiento.
— Sí, eso tiene sentido, supongo. Theo nunca se ha sentido tan cómodo con la pluma y el papel como el resto de mis hijos.
Reed dejó escapar un soplido.
— Quieres decir que preferiría enfrentarse a un elefante furioso antes que escribir una carta.
— Aun así, estoy de acuerdo con Kyria —comentó Thisbe — . Un relicario antiguo parece un extraño regalo de boda. Especialmente para Olivia. Parece más apropiado para papá.

—No es de mi época —señaló el duque — . Además, ese joven dijo «Kyria».
—Tal vez quisiera decir «kyrie» —sugirió Damián suavemente, y todos se volvieron a mirarlo—. Es el término griego para «señor», ¿no? ¿Kyrie eleison? Tal vez se refería a lord Broughton.
—Pero a mí nadie me llama así —señaló el duque.
— Sí, pero un griego no tiene por qué conocer las sutilezas de los títulos nobiliarios británicos —dijo Thisbe, y se volvió hacia Rafe—. ¿Podría haber dicho «Kyrie»? Rafe se encogió de hombros.
— Supongo que es posible. Una vez dijo solamente la primera sílaba, y la primera vez... No sé. No estoy seguro de cómo era el final de la palabra. Sonaba a «Kyria», pero las dos palabras son muy parecidas, claro está.
—Pero ¿por qué iba a mandarle Theo eso a papá? — preguntó Kyria—. El sabe que no es de la época que estudia.
Reed asintió con la cabeza.
—Parece más lógico que se lo mandara a Kyria por el diamante. Todos sabemos que le encantan las gemas. Aunque he de decir que me parece muy extravagante, incluso tratándose de Theo.
Todos asintieron alrededor de la mesa. Se quedaron callados un momento, mirando el relicario. Luego el duque dijo:
— ¿Sabes, Kyria?, ese tipo al que mencioné anoche, ese Jennings, vive casualmente no muy lejos de aquí. A un par de horas a caballo. No sería difícil llevarle esto y enseñárselo, para saber qué opina. Estoy seguro de que él podría decir muchas más cosas acerca de este relicario que el tío Bellard o que yo. Lleva años estudiando el Imperio Bizantino. Podría escribirle, a ver si quiere recibirte.
Kyria se sentó más derecha, sonriendo.
—Eso sería maravilloso. Me encantaría. Quizás incluso sepa cómo se abre.
—Mañana tengo que ir a Londres —dijo Reed—. Lo siento, Kyria, pero es un asunto importante. Tardaré un par de semanas en volver, pero puedo llevarte cuando regrese.
Kyria se enojó.
— Yo no necesito escolta, Reed. Soy muy capaz de ir a ver al señor Jennings yo sola.
—Kyria... —su hermano mayor frunció el ceño—, no creo que sea buena idea.
— ¿Porque es una mujer? —preguntó la duquesa, inclinándose hacia delante con la mirada encendida.

— No —contestó Reed automáticamente—. Bueno, sí — se encogió levemente bajo la mirada fiera de su madre, y luego estalló—. Maldita sea, madre, no es una cuestión de igualdad entre los sexos. ¡Podría ser peligroso! Mira lo que le pasó a la última persona que tuvo esa caja. Ignoro por qué atacaron al señor Kousoulous, pero no puedo descartar la posibilidad de que fuera por la caja. Salta a la vista que es muy valiosa. Supongo que no querrás que Kyria vaya por el campo llevando esa caja.
— No, claro que no —la duquesa se reclinó hacia atrás, ceñuda.
—Nadie sabrá que llevo la caja —protestó Kyria—. No me pasará nada.
— Oh, no, querida —dijo el duque, preocupado—. No puede ser. Si hay la más remota posibilidad de que quien atacó a ese hombre vaya tras de ti...
Todo el mundo empezó a hablar a la vez, pero la voz de Rafe se alzó sobre el bullicio.
— Yo la acompañaré —todas las cabezas se volvieron hacia él — . Tenía previsto ir a Londres y pasar luego al continente, pero no había fijado fecha para mi partida, de modo que puedo retrasar el viaje para acompañar a Kyria a casa de ese caballero —explicó.
— ¿Está seguro? —preguntó amablemente la duquesa—. Eso, naturalmente, me tranquilizaría.
— No es ningún problema —le aseguró Rafe — . Mi intención al partir hacia Europa era hacer un viaje de placer, trasladarme de un sitio a otro conforme a mi capricho. Da igual que me quede unos pocos días más aquí. Y me llevaré mis pistolas, por si acaso surgiera algún contratiempo desagradable.
— Es terriblemente bueno con sus pistolas —afirmó Alex —. El otro día nos hizo una demostración. Es un fenómeno.
—Oh, Alex, no hables así —suspiró su madre. El duque parecía encantado.
— Ahí lo tienes, Kyria. El señor Mclntyre puede acompañarte. Así todo irá bien.
— No necesito que nadie me acompañe —dijo ella obstinadamente, lanzándole una mirada a Rafe.
—Esperemos que no —contestó él, sonriéndole —. Pero más vale prevenir que curar, decía siempre mi madre.
— Bien —Broughton sonrió, complacido por haber solventado la cuestión — . Entonces, todo arreglado. Le enviaré a Jennings una nota.
La reunión familiar se disolvió poco después, y el duque devolvió el relicario de marfil a su lugar en la vitrina. Kyria se dispuso a salir de la habitación

sintiéndose sumamente enojada. Lo último que pretendía era comprometerse a pasar un día entero en compañía de Rafe Mclntyre.
Antes de que alcanzara la puerta, Rafe se adelantó y la detuvo, diciéndole con una sonrisa:
—No será tan terrible, señorita. Apenas notará mi presencia.
Eso, pensó Kyria, no era en absoluto cierto. Ese era precisamente el problema: que siempre era demasiado consciente de su presencia. Aun así, no podía evitar sentirse poco razonable. Rafe le estaba haciendo un favor al ofrecerse a acompañarla, y ella sentía que se había comportado de manera grosera con él.
—Lo siento, señor Mclntyre. No me malinterprete. Lo que ocurre es que me irrita que los demás intenten protegerme.
— Su familia sólo está preocupada por el posible peligro. Y con toda razón — señaló él.
Kyria suspiró.
—Lo sé. Y en realidad el problema no es mi familia. Normalmente están dispuestos a dejar que nos movamos con libertad. Por eso se nos considera tan peculiares.
— ¿Quién es, entonces, quien la ha empujado a defender tan ferozmente su independencia? —levantó una mano, diciendo — . No, espere, déjeme adivinar. ¿Sus pretendientes?
—Estoy harta de oír que soy delicada como una flor, que necesito protección... Míreme, señor Mclntyre. ¿Le parezco delicada? Soy más alta que muchos hombres. Es ridículo.
Él sacudió la cabeza.
— Bueno, a mí me gustan las mujeres corpulentas. Kyria arqueó una ceja, murmurando: —¿Corpulentas?
Los ojos azules de Rafe danzaron.
—Eso tampoco le parece bien, ¿eh? —se inclinó hacia ella y el pulso de Kyria empezó a acelerarse—. Pero yo tengo una ventaja sobre esos tipos. Cuesta imaginarse a una persona como una delicada flor cuando la primera vez que la ves está colgada de un árbol como si fuera un mono.
Kyria no pudo evitar sonreír.
—Aunque sea tarde, gracias por salir en mi ayuda — vaciló y luego añadió—. Y gracias por ofrecerse a acompañarme. Papá habría insistido en que no fuera sola, y él odiaría tener que alejarse de sus cacharros. Le pido disculpas por mi descortesía.

— Disculpas aceptadas —dijo él, añadiendo—. Siempre y cuando, claro, salgamos a dar un paseo de prueba.
—¿Un qué?
— Ya sabe: salir a montar mañana, mientras su padre espera noticias del señor Jennings, para ver si alguien sale a nuestro encuentro.
Kyria lo miró, dándose cuenta de que había maniobrado hábilmente para obligarla a hacer precisamente lo que no quería. ¡Y dos veces, además! Rafe le sonrió, cruzando los brazos, y se apoyó descuidadamente contra el quicio de la puerta. Había en él algo tan encantador que Kyria no pudo evitar echarse a reír.
—Está bien —dijo—. Mañana iremos a dar una vuelta por el campo.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Kyria y Rafe salieron a recorrer la finca a caballo. Kyria pensó en evitar cualquier conato de intimidad llevándose a los gemelos, que, sin preceptor, seguían algo revueltos. Sin embargo, imaginaba la sonrisa que le lanzaría Rafe si lo hacía, el brillo sagaz de sus ojos. Sería como reconocer que no se atrevía a estar a solas con él, y de inmediato descartó la idea. Así pues, después del desayuno, cuando Reed había partido ya rumbo a Londres, Kyria ordenó que les llevaran los caballos y ambos salieron a cabalgar.

Kyria sentía a su pesar cierta animación mientras cabalgaban el uno junto al otro. Se había puesto su nuevo traje de montar, con la falda azul marino y la chaqueta de corte militar con recamado negro en la pechera. Lo había encargado justo antes de que se marcharan de Londres y aún no lo había estrenado. Esa mañana parecía perfecta para ello, pues era fría aunque seca, con un sol de otoño que derramaba su pálida luz sobre el paisaje.

Mostró a Rafe las granjas de la propiedad, respondiendo a los saludos de los trabajadores que hacían una pausa en sus quehaceres para darle la bienvenida, y deteniéndose de cuando en cuando a conversar con este o aquel granjero. Luego, con una sonrisa malévola, le preguntó si quería ver el lugar encantado de la zona.

—Desde luego —dijo él, y el hoyuelo de su mejilla se hizo más profundo—. Una visita nunca está completa sin un lugar encantado.

Atravesaron una arboleda y salieron a un pequeño claro. Delante de un hermoso laurel se levantaban seis piedras de diversa altura. Algunas no medían más de un metro veinte de altura, pero otras alcanzaban el metro ochenta. Eran más bien estrechas y formaban un pequeño grupo desordenado, ni en círculo ni en línea recta. Estaban erosionadas por la intemperie y recubiertas de liqúenes, y algunas se inclinaban un poco hacia uno u otro lado. El lugar, rodeado de árboles por tres de sus lados, era apacible y silencioso, salvo por el leve rumor de la brisa entre las ramas desnudas. Desmontaron, ataron los caballos a un árbol y se acercaron a las piedras.

— ¿Por qué está encantado este sitio? —preguntó Rafe—. A mí me parece muy agradable.

—¿De veras? —Kyria lo miró, levemente sorprendida—. A mucha gente le disgusta. Les da miedo.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.
—No lo sé. Quizá por el silencio. O puede que sea por la leyenda local.
—¿Y cuál es esa leyenda?
— Oh, la de un señor malvado que se encaprichó de una hermosa doncella. Ella solía venir a este sitio de madrugada a bailar con sus hermanas. Él la siguió y las vio bailando, y deseó tanto a la muchacha que se apoderó de ella e intentó violarla, pero sus hermanas eran brujas, ¿sabes? Por eso bailaban en el claro, bajo el laurel, y cuando él intentó hacer daño a su hermana, se pusieron tan furiosas que juraron vengarse allí mismo. Pero, con las prisas y la rabia, se equivocaron de hechizo, y todos se convirtieron en piedra en el acto.
— Ah, ya veo. Entonces, la piedra más alta debe de ser el malvado señor.
—Desde luego. Y la más pequeña, junto a él, la que se aparta, es el objeto de su deseo intentando alejarse de él. Y las otras, un poco más retiradas, son las hermanas.
— Una de ellas era muy baja —comentó él, señalando la roca de menor altura.
Kyria se echó a reír.
— Está arrodillada, gimiendo de pena y rabia.
— Ah, comprendo —Rafe asintió—. Parece un lugar demasiado bonito para semejante historia.
— Lo sé. Es uno de mis sitios preferidos. A mí me parece... bueno, un lugar mágico —le lanzó una mirada de soslayo, levemente azorada—. Olivia, naturalmente, dice que no es mágico en absoluto, que seguramente es un asentamiento muy antiguo: un lugar de enterramiento, quizá, o tal vez lo que queda de un fuerte prerromano derruido. Pero Theo asegura que es realmente un anillo como el de Stonehenge: un lugar de culto de los antiguos druidas, y que el resto del círculo fue derribado durante la Edad Media por cristianos celosos de su fe. Esas cosas se hacían, ¿sabes? —sonrió—. Creo que Theo también prefiere un poco de magia.
— Éste es un sitio especial —dijo Rafe, dándose la vuelta y mirando el claro—. Fuera lo que fuese. Celebro que me hayas traído.
Pasearon junto a las piedras, y Kyria se detuvo para pasar la mano por algunas de ellas. Le causaba cierta sorpresa su deseo de enseñarle a Rafe aquel lugar. Rara vez iba allí acompañada. Le gustaba sentarse sola allí y soñar despierta, dejando que el resto del mundo se desvaneciera.
Se sentaron un rato bajo un gran roble, recostándose en el tronco del árbol sin hablar apenas, disfrutando sencillamente del silencio. Rafe deslizó la mano

hasta la de ella y sus dedos se entrelazaron. Kyria lo miró, consciente de que debía decir algo, protestar de algún modo. Pero no dijo nada. Le gustaba sentir su mano, su calor, la carne áspera contra su piel suave. Por alguna razón, aquello le parecía bien.

—¿Cómo es el sitio donde vives? —preguntó—. ¿Es muy distinto a esto?

Siempre le habían encantado las historias que contaba Theo sobre los sitios que había visitado, y a menudo envidiaba la vida de su hermano. Ella también ansiaba conocer otros lugares, vivir grandes aventuras. Aunque en muchos sentidos estaba satisfecha de su vida, también ansiaba a veces algo distinto.

Rafe sonrió.

—Inglaterra es muy hermosa y verde... y muy pequeña. Donde yo vivo, en las Rocosas, las montañas son gigantescas. Un lugar así, tan majestuoso, hace que uno se dé cuenta de su insignificancia. En invierno la nieve tiene varios pies de profundidad, y nieva durante tanto tiempo que te entra la fiebre de las cabañas y piensas que vas a volverte loco de tanta blancura y tanta soledad. El Oeste es inmenso: grandes llanuras de hierba, enormes manadas de búfalos — se encogió de hombros — . Pero es muy distinto de donde yo me crié. Virginia es un lugar mucho más civilizado. Hasta las montañas tienen un tamaño más normal.

—¿Cómo era el sitio donde creciste?

—Ríos anchos y lentos, campos y campos de tabaco... Y caluroso como el infierno en verano —sonrió levemente, recordando—. Nuestra casa era de ladrillo rojo, cuadrada y bonita, con una chimenea a cada lado.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Kyria.

Él la miró un momento y luego desvió los ojos, encogiéndose de hombros.

—Fue después de la guerra. Eran tiempos... difíciles —Rafe miró el claro; su rostro se endureció—. Todo era distinto. Yo era distinto. Era hora de cambiar de aires — le soltó la mano y se levantó con un movimiento fluido, tendiéndole la mano para ayudarla a incorporarse — . Como ahora —dijo con jovialidad, a pesar de que su expresión era remota e ilegible.

Kyria tomó su mano y se levantó. Pero, cuando él se disponía a soltarla, ella le retuvo la mano un momento y lo miró intensamente. Había algo que le rondaba la cabeza desde que lo conocía, una pregunta que, educada como había sido en las creencias humanistas de su madre, la mortificaba siempre que estaba con Rafe, pero que, por cortesía, había evitado formularle. Ahora, sin embargo, sorprendiéndose un poco a sí misma, balbució:

—¿Cómo podías...? ¿Cómo podías tener esclavos?
Él alzó las cejas, aunque sus ojos permanecieron igual de ilegibles, y se limitó a decir:
— Me temo que estás mal informada. Yo nunca he tenido esclavos.
Kyria lo miró con perplejidad. Su sorpresa se mezclaba con un repentino alivio. Era raro que se alegrara tanto de haberse equivocado.
— Yo... no es que esté mal informada. Nadie me lo dijo. Sólo di por sentado que...
El le lanzó una sonrisa un tanto desviada, casi una mueca.
— En el sur había muchísima gente que no tenía esclavos, ¿sabes? Mi madre y yo estábamos entre esas personas. Eramos pobres. Mi madre se casó mal, en opinión de su familia... y de ella misma, en realidad, cuando mi padre murió dejándola sin un penique. Él era maestro de escuela, muy guapo, decían, pero completamente falto de fortuna, me temo. Después de su muerte, pasamos a depender de mi tío.
—Oh. Yo... lo siento —Kyria se sonrojó, avergonzada porque su acostumbrada franqueza hubiera obligado a Rafe a hablar de un tema que, obviamente, le incomodaba.
Él se encogió de hombros.
— No hace falta que te disculpes —sonrió un poco más sinceramente y prosiguió—. No fue la vida terrible de un huérfano que imaginas. Mi tío era un hombre muy bueno. Le dio a mi madre una casita en su plantación, y yo me crié con sus hijos. Incluso tenía mi propio pony. Y, cuando crecí, me mandó a la universidad. Iba a convertirme en abogado —se detuvo—. Pero entonces estalló la guerra, y todo acabó —Rafe hizo amago de alejarse, pero Kyria le puso la mano sobre el brazo y lo detuvo. Sabía que el quería zanjar la cuestión, pero ella no podía dejarlo así. De pronto le parecía muy importante saber algo más.
— Entonces ¿por qué... —empezó —.... por qué luchaste?
Él la miró fijamente un momento y luego dijo: —Dije que soy sureño, milady. No que luchara por el sur.
Kyria apartó la mano y lo miró con perplejidad mezclada con una extraña oleada de alegría.
—¿Quieres decir que...?
Él asintió con la cabeza secamente.

— Sí, luché por la Unión. Por la abolición, debería decir, pues a mí en realidad la Unión me importaba un bledo —Kyria apenas oyó sus últimas palabras, pues él se giró mientras decía—. Y traicioné a mi hogar —se acercó apresuradamente a los caballos y Kyria tuvo que echar a correr para alcanzarlo.

— ¡Espera! —gritó, asombrada por sus palabras — . Lo que hiciste fue maravilloso. Valiente y...

Él se giró, con el rostro endurecido y cerrado sobre sí mismo.

—No quiero hablar de la guerra —dijo con firmeza.

—Pero yo sólo quería decir que...

Rafe dio un rápido paso hacia delante, sobresaltándola, y la agarró por los hombros. Antes de que ella pudiera reaccionar, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Su boca era áspera, casi rasposa, y lo repentino de su beso dejó a Kyria sin aliento. Se quedó inerme un momento, sintiendo que sus sentidos giraban en un torbellino antes de que la ira la embargara, y retrocedió, empujando el pecho de Rafe.

—¿Qué pretendes? —estalló; sus ojos verdes brillaban como esmeraldas — . ¿Crees que puedes someterme con un beso?

—Te he besado para callarte —replicó él. Un destello de humor tiraba de la comisura de su boca cuando prosiguió—. Está claro que no he tenido éxito.

—Desde luego que no, ni nunca lo tendrás —le advirtió Kyria—. Yo no soy una tabernera a la que puedas...

El resto de su respuesta quedó sofocada cuando él profirió una media carcajada y la tomó en sus brazos de nuevo, apoderándose de su boca. Su beso fue más suave y más lento, sus labios se movieron sobre los de ella de un modo que la hizo olvidar su ira y reclinarse contra él, rodeándole el cuello con los brazos. Su boca se abrió bajo la de él, y dejó escapar un leve gemido de inesperado placer. Los brazos de Rafe la rodearon con fuerza, apretándola contra sí. Sus pechos se aplanaron contra el sólido pecho de él, y ella pudo sentir la dura línea de sus piernas a través de la tela del traje de montar.

Rafe alzó la cabeza un momento sólo para cambiar el sesgo de sus bocas y besarla de nuevo. El corazón de Kyria martillaba en sus costillas. Sentía deseos de apretarse contra él hasta fundirse en su cuerpo. Era la sensación más extraña que había experimentado nunca: ardiente, singular y excitante. Deseaba que aquel instante se prolongara eternamente.

Las manos de Rafe se deslizaron por su espalda y rodearon sus caderas, hundiéndose en sus nalgas y apretándola contra sí. Kyria dejó escapar un gemido al sentir su miembro duro, y un fuego se agitó en su interior. El deseo se apoderó de ella, sorprendiéndola en su intensidad, y tembló, aferrándose a él.

Rafe alzó la cabeza y sus brazos se aflojaron en torno a Kyria. La miró un instante a los ojos. Ella alzó la mirada y se sonrojó, momentáneamente enmudecida. Él hizo amago de hablar, pero las palabras parecieron atascarse en su garganta, y, deteniéndose un momento, carraspeó.

—Creo que es hora de que volvamos —dijo finalmente.

Pasó un momento antes de que retrocediera. Kyria se dio la vuelta y se alisó la chaqueta y la falda, intentando recuperar el control sobre sus sentidos.

— Sí —su voz salió débil y temblorosa; se detuvo, tomó aliento y dijo con mayor firmeza—. Sí, sin duda tienes razón.

El trayecto de regreso a Broughton Park transcurrió en silencio, mientras Kyria trataba de ordenar sus pensamientos. Cuando llegaron a la casa, un mozo se apresuró a hacerse cargo de los caballos y un lacayo les abrió con presteza la puerta.

—Milady —dijo con evidente alivio, tomando el sombrero y la fusta de Kyria.

—¿Qué ocurre, John?

—Ha venido un hombre, un extranjero —el interés de Kyria se avivó de inmediato. Notó que el lacayo había puesto gran cuidado en no referirse a su visitante como a un caballero. Miró a Rafe y vio que él también estaba intrigado—. Está en el saloncito azul —prosiguió John—. Quería ver a Su Excelencia, pero el señor dejó órdenes estrictas de que no se le molestara —Kyria supuso que, tras el tumulto de los días anteriores, su padre se habría encerrado en su taller y no saldría hasta la hora de la cena—. Su Excelencia la duquesa dijo que usted se encargaría de este asunto cuando volviera. Le dije al visitante que tal vez tardara en volver, pero insistió en esperarla. De modo que lo llevé al saloncito.

El lugar al que el lacayo había conducido al visitante indicaba su opinión sobre él, pues se trataba del salón más pequeño y sencillo. Algo en el tono del lacayo indujo a Kyria a pensar que había estaba vigilando cuidadosamente la habitación desde entonces y que volvería a someter al forastero a minucioso escrutinio cuando se marchara.

—Muy bien, lo recibiré. Gracias, John —echó a andar por el pasillo, sin sorprenderse de que Rafe la acompañara.

El hombre al que encontró sentado en el sillón de terciopelo verde, esperándola, era bajo y de tez olivácea, con grandes ojos redondos engarzados en una cara redonda. Llevaba el pelo negro engrasado y apartado de la cara, lo cual realzaba en cierto modo el efecto infantil de sus grandes ojos y sus carnosos mofletes. El olor a musgo de su colonia saturaba el aire.

El hombre se levantó al ver entrar a Kyria y Rafe en la habitación y les dirigió una amplia sonrisa. Kyria observó que aquella mueca no se transmitía a su mirada, que se mantuvo acerada y penetrante. Iba elegantemente vestido con un traje marrón de estilo europeo, y junto al sofá en el que había estado sentado había un bastón negro de puño dorado. En tres de sus dedos brillaban anillos de oro, uno de ellos adornado con un rubí rojo sangre a juego con el que centelleaba en medio de su corbata de seda marrón claro.

— Ah, lady Moreland, disculpe mi intrusión, se lo ruego —dijo en un inglés correcto, aunque fuertemente acentuado, haciéndole una reverencia—. Soy Youssef Habib.

—¿Cómo está usted? —respondió Kyria educadamente.

Él lanzó una mirada curiosa hacia Rafe, quien, con su habitual desparpajo americano, le tendió la mano.

—Le ruego me perdone por no haber escrito pidiendo una cita —continuó Habib—, pero tenía un asunto urgente que tratar con su padre.

—Lo lamento, pero el duque no recibe a nadie hoy — contestó ella—. Así que me temo que haya perdido usted su tiempo.

— Se trata de un asunto de la mayor importancia —le dijo el hombre con expresión grave.

— Tal vez quiera usted explicármelo a mí —dijo Kyria—. Me ocuparé de que mi padre reciba su recado.

— Soy tratante de objetos preciosos, milady —le dijo Habib—. Ornamentos y vasijas, cerámicas de todas clases, estatuas, cajas..., todo ello de la mayor antigüedad. Me han dicho que su padre se encuentra en posesión de cierto objeto, una caja de marfil con escenas labradas.

Kyria levantó una ceja.

—¿Se lo han dicho? ¿Puedo preguntar quién?

— Cuando se lleva tanto tiempo como yo en este negocio, milady, uno oye cosas... —dijo haciendo un gesto vago—. Se dice que, hace no mucho tiempo,

una caja similar a ésa apareció en un bazar de Estambul. Más tarde, la caja desapareció de la tienda..., cuyo propietario fue asesinado.
Kyria se puso rígida y fijó en el tratante de antigüedades una mirada gélida que habría hecho las delicias de su tía abuela, lady Rochester.
— ¿Insinúa usted que mi familia tiene algo que ver con ese robo?
— No, no, señora —se apresuró a asegurar el hombre—. Naturalmente, estoy seguro de que su padre ignora por completo lo ocurrido. Pero hay otras personas con menos escrúpulos. Algunos comerciantes de antigüedades no se molestan en preguntar de dónde proceden las mercancías.
— ¿Y qué tiene eso que ver con mi padre? ¿O con usted, señor Habib?
— Como le dije, milady —prosiguió Habib en un tono obsequioso que exasperó a Kyria—, me he enterado de que su estimado padre está en posesión de esa caja. Estoy interesado en comprársela. Verá, tengo un cliente que colecciona ese tipo de objetos, y que me ha expresado su deseo de adquirirla. Así que, como verá, si pudiera hablar con su padre y ver la...
—Lo siento, señor Habib, pero me temo que pierde usted el tiempo —dijo Kyria—. Mi padre no tiene interés en vender ninguna de sus posesiones.
— Si pudiera hablar con el duque... —empezó Habib, pero Kyria lo atajó al instante.
— El duque no recibe visitas —dijo con firmeza, levantándose para llamar a los lacayos con la campanilla.
— Mi cliente estaría dispuesto a pagar una elevada suma por esa mercancía, se lo aseguro —continuó el hombre, siguiendo a Kyria.
Rafe le cortó el paso.
— La señora ha dicho que no.
— Ah, John —dijo Kyria cuando uno de los lacayos entró en la habitación —. El señor Habib ha concluido el asunto que lo ha traído aquí. Haga el favor de acompañarlo a la puerta.
— Sí, señorita —John se adelantó, presto a cumplir su orden.
—Desde luego, milady. Gracias por su tiempo —dijo el señor Habib con otra sonrisa impostada—. Pero, por favor, en caso de que su padre cambiara de opinión... — sacó una tarjeta del bolsillo y garabateó algo en su dorso—. Aquí tiene mi tarjeta. Me he tomado la libertad de escribir en la parte de atrás mi dirección en Londres. Estaré allí un par de semanas más, y me agradaría muchísimo tener noticias de su padre.

Kyria tomó la tarjeta y Habib salió de la habitación seguido por John. Kyria se volvió hacia Rafe alzando las cejas.

—Qué interesante.

— Sí, ¿verdad? —dijo Rafe—. ¿Qué dice la tarjeta?

— Y. Habib, Beirut y Estambul —leyó Kyria, y se la dio a Rafe — . Por lo menos, ésta puedo leerla. Está en francés. Ha escrito el nombre de una fonda de Londres en la parte de atrás.

— Me preguntó cómo se habrá enterado tan pronto de dónde está la caja — comentó Rafe, mirando la tarjeta.

—Yo diría que lo más probable es que fuera él quien mató al señor Kousoulous —un escalofrío le recorrió la columna al formular aquella idea. ¿Y si había estado conversando con un asesino?

— Podría ser. Desde luego, podría haber seguido a Kousoulous, o al hombre que lo mató, y que su rastro lo hubiera traído hasta aquí.

— Lo que sé es que Theo jamás querría tener algo que ver con un objeto robado —dijo Kyria con convicción.

— Me preguntó qué sabrá Habib realmente de la caja — reflexionó Rafe—. No la ha descrito con mucha precisión.

— Sí, y parecía dar por sentado que se la enviaron a mi padre, no a mí. Tampoco ha mencionado a Theo, ni al hombre que la trajo aquí.

— Supongo que es posible que estuviera buscando información, tal vez confiando en echarle un vistazo a la caja.

—Bien —dijo Kyria con expresión decidida—. Ahora tengo aún más ganas de hablar con ese experto amigo de mi padre.

Kyria y Rafe partieron hacia la casa del doctor Jennings dos días después. El duque había mandado un mensajero a su colega para preguntarle si podía recibirlos el miércoles, y Jennings había garabateado una respuesta muy breve en la misma nota del duque, diciendo que podían ir.

La noche anterior a su partida, Kyria tuvo problemas para dormir. Dio vueltas en la cama, y le parecía que, cuanto más se empeñaba en dormirse, más despierta estaba. Finalmente salió de la cama, se puso una bata y unas zapatillas y bajó a la biblioteca en busca de un libro. De camino tenía que pasar ante el despacho de su padre y, al hacerlo, se detuvo y, cambiando de idea, entró. Sabía que lo que realmente quería era ver de nuevo la caja de marfil.

Desde que el difunto señor Kousoulous le llevara el relicario, había ido cada día al cuarto de antigüedades de su padre para mirar la caja. Su belleza era tan atrayente que se sentía arrastrada inexorablemente hacia ella. Se sentaba ante la caja un rato y la miraba fijamente. Lo cierto era que se sentía un poco estúpida, y a veces se preguntaba si su padre se sentiría así respecto a sus adquisiciones.

Se acercó al cajón superior del escritorio de su padre y sacó una llavecita que había dentro de un pequeño cajón escondido bajo una hoja de papel escrita. Su padre cerraba con llave el cuarto donde guardaba sus colecciones ante la improbable posibilidad de un robo, pero no le importaba que los miembros de la familia fueran a mirar sus artefactos, y tanto su mujer como sus hijos sabían dónde guardaba las llaves. Kyria tomó la llavecita, abrió con ella el cajón del medio y a continuación sacó un manojo de llaves anilladas.

Recorrió el pasillo hacia el cuarto de la colección de antigüedades, abrió la puerta y entró, encendiendo la lámpara de gas de la pared. Esquivó diversas estatuas hasta llegar a la pared del fondo, donde su padre guardaba la caja de marfil. Abrió la puerta de la vitrina y sacó el artefacto. El marfil estaba frío y Kyria lo acarició, explorando con las yemas de los dedos los grabados incisos que envolvían la caja.

Se sentó en una silla y puso el relicario sobre la mesa, apoyó la barbilla en la mano, con el codo apoyado sobre la mesa, y observó la caja. ¿Qué había en su interior? Imaginaba alguna clase de tesoro oculto a ojos del mundo en aquel hermoso recipiente. Se preguntaba si los años habrían destruido lo que contenía, o si se lo habrían llevado los ladrones, o si seguía allí, esperando a que alguien abriera la caja y lo sacara a la luz.

Se inclinó hacia la caja y examinó el diamante negro. Era oscuro y espectral, asombroso en su tosca vastedad, y, sin embargo, no era su tamaño lo que provocaba maravilla. A pesar de la tosquedad de su corte, poseía el hechizo de los diamantes, el poder y la belleza por los que la humanidad se sentía atraída desde hacía siglos.

Kyria trazó su forma con la punta de los dedos, apoyando la cabeza en el brazo, sobre la mesa, y parpadeó. Se le cerraron los párpados mientras miraba el reflejo de la lámpara de gas danzando en la superficie de la gema. La luz se agitaba en la piedra negra, viva y movediza. El humo se enroscaba en una fina pluma hacia arriba. Hacía frío y la luz era tenue. Las gruesas paredes ahuyentaban el calor ardiente.

Se arrodilló, esperando. La oscuridad empezaba a remitir y pronto sería la hora. Podía oír el canto de los pájaros afuera, a medida que los cuervos crecían en número y fuerza. La luz de las antorchas jugaba en las paredes, proyectando sombras fantasmagóricas. Su corazón palpitaba con fuerza, dividido entre el miedo y la expectación. Pronto llegaría el momento. Muy pronto...

Kyria se despertó sobresaltada. Se sentó bruscamente, mirando a su alrededor, confusa. Su corazón latía desbocado, y su aliento salía a toda prisa de su garganta. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba sentada en el cuarto de la colección de su padre. La caja de marfil permanecía sobre la mesa, delante de ella.

Respiró hondo, temblorosa. ¡Qué sueño tan extraño! Ignoraba dónde transcurría y qué sucedía en él. Su aire fantasmal la había asustado. A pesar de que intentaba retenerlos, los detalles se le escapaban, disipándose. Se apartó de la mesa y tomó el relicario. Se quedó mirándolo un momento, acariciando pensativa el diamante negro. Luego sacudió la cabeza y, reuniendo de nuevo sus pensamientos, devolvió la caja a su vitrina y cerró ésta con llave antes de salir.

El trayecto hasta la casa de Jennings no era largo: apenas dos o tres horas a caballo. En circunstancias normales, Kyria habría tomado el carruaje de la familia, pero Rafe insistió en ir a caballo, alegando que prefería ir al aire libre, donde pudiera ver al enemigo acercarse. Kyria sabía que resultaba un tanto extraño hacer una visita en traje de montar, pero, dado que aquel hombre era un erudito, seguramente ni siquiera lo notaría.

El agradable tiempo de octubre se mantenía, y el sol brillaba pálidamente sobre ellos mientras trotaban. Kyria se sintió un tanto azorada al principio. No podía dejar de pensar en el beso que se habían dado unos días antes. Aquélla era la primera vez que estaban solos desde entonces, y se hallaban en una situación muy semejante. Miró a Rafe, sintió que su corazón palpitaba un poco más rápido y se preguntó si él también estaría pensando en aquel beso. Rafe la miró como si hubiera sentido su mirada fija en él, y sus ojos se encontraron. Incluso el aire que se extendía entre ellos pareció crepitar de tensión.

Entonces Rafe apartó la mirada y aquel instante se rompió. Siguieron cabalgando en silencio. Kyria mantuvo los ojos apartados de él, procurando

que su corazón se aquietara y sus mejillas perdieran su arrebol. Pasaron varios minutos antes de que pudiera volver a mirarlo.

Notaba que los ojos de Rafe escudriñaban constantemente los alrededores. Su vigilancia le recordaba a Kyria sin cesar la pequeña bolsa que colgaba de su silla. Dentro iba el relicario, envuelto en terciopelo, tal y como el desconocido se lo había llevado a ella. ¿Sería realmente tan valioso que alguien había matado a Kousoulous para conseguirlo? ¿Era el asesinato obra del hombre que la había visitado dos días antes? Se lo imaginó aguardando, merodeando por la zona, vigilando la casa, esperando a que salieran...

Pero no. Kyria se sacudió con firmeza para sus adentros. Se estaba dejando llevar por el miedo sin motivo alguno. Aunque el tratante que había intentado comprar la caja fuera el asesino de Kousoulous o hubiera ordenado su muerte, era improbable que siguiera aún merodeando por la finca.

Poco a poco sus nervios se aquietaron y consiguió disfrutar del viaje. La turbación inicial que ambos sentían se disipó y avanzaron el uno junto al otro en apacible silencio durante la mayor parte del trayecto, charlando de cuando en cuando acerca de la visita de Rafe a Inglaterra o sobre Stephen y Olivia y los extraños acontecimientos que habían unido sus destinos.

Pareció transcurrir un tiempo sorprendentemente corto antes de que llegaran al pueblo de Upper Lapham, donde residía el doctor Jennings. Dejaron sus caballos en el establo de la fonda y preguntaron por la casa de Jennings.

El hogar del erudito, una angosta casita de campo de dos plantas, estaba cubierta casi por entero de hiedra, de modo que el marrón de su ladrillo sólo se veía en algunas partes. Un diminuto y descuidado jardín la separaba de la calle.

Rafe se adelantó y tocó la aldaba de la puerta. Respondió el silencio. Rafe llamó de nuevo, más fuerte esta vez. Aguardaron, pero de nuevo no obtuvieron respuesta. Rafe miró a Kyria, y, alzando la mano, comenzó a aporrear la puerta. Por encima de ellos se abrió de golpe una ventana, y una voz de hombre gritó:

— ¡Basta! ¡Márchense!

Sorprendidos, Rafe y Kyria alzaron la mirada y vieron que un hombre sacaba la cabeza por la ventana del segundo piso, justo a la derecha de la puerta. Tenía el pelo negro y encrespado y llevaba las gafas de montura de alambre colocadas sobre la cabeza. La parte inferior de su rostro permanecía oculta por

una barba igualmente negra y crespa. El hombre los miraba con el ceño fruncido.
—¿Doctor Jennings? —empezó Rafe amablemente.
— ¡Vayanse! —repitió el nombre, y, escondiendo la cabeza, cerró la ventana.
Kyria y Rafe se miraron el uno al otro. —En fin —comentó Rafe—, no es exactamente un tipo cordial, ¿no?
— Mi padre dijo que había respondido a su nota. Debería estar esperándonos —dijo Kyria, y luego añadió—. Mi padre dijo que era un poco raro.
— Si por raro entiende desagradable, yo diría que es nuestro hombre.
Rafe se volvió hacia la puerta y tocó de nuevo la aldaba de bronce. Al cabo de unos minutos, la ventana se abrió de golpe.
— ¡Detengan ese ruido infernal! ¡Estoy intentando trabajar! —el mismo hombre asomó la cabeza sobre ellos, inclinándose sobre la ventana—. Les dije que se fueran.
— Pero si nos estaba usted esperando... —dijo Rafe rápidamente, antes de que el hombre volviera a apartarse de la ventana.
—¿Doctor Jennings? Mi padre le mandó una carta — explicó Kyria—. El duque de Broughton. Soy lady Kyria Moreland.
— ¡Broughton! —el hombre los miró con recelo — . Imposible. Decía que vendrían el veintiséis —empezó a retirarse de la ventana.
— Hoy es veintiséis —dijo Kyria.
— ¡Tonterías! —el doctor Jennings la miró hoscamente—. Hoy es veinticinco. Lo pone aquí, en mi calendario... — se metió en la habitación. Un momento después reapareció su cabeza—. ¿Insinúan ustedes que hoy es martes?
— Sí, señor —respondió Kyria.
— ¡Maldición! —Jennings hizo una mueca y añadió—. Le ruego me disculpe, señora.
— Entonces, ¿va a recibirnos? —preguntó Kyria, dedicándole la clase de sonrisa que pocos hombres podían resistir.
El doctor Jennings se mostró inmune a la fuerza de su sonrisa, pues continuó con el ceño fruncido. Finalmente suspiró y dijo:
— Está bien, está bien. Por Broughton. Un buen tipo, y un estudioso excelente —continuó, concediéndole al parecer al duque sus mayores elogios, y añadió maliciosamente—, aunque sea duque.

Desapareció de nuevo, cerrando la ventana, y al cabo de unos segundos oyeron girar la cerradura de la puerta y el doctor Jennings abrió la puerta. Aunque era por la tarde, llevaba lo que parecía ser una camisa de dormir con una bata larga anudada sobre ella y zapatillas de terciopelo en los pies. Su pelo, visto más de cerca, contenía no sólo unos anteojos sino también un lápiz inserto entre su crespa melena, encima de la oreja.

—Pasen, pasen —dijo de mala gana—. Están dejando entrar el frío.

Girándose, los condujo a través de la pequeña casa, cruzando dos habitaciones, ambas repletas hasta el techo de libros y papeles. En ninguna de ellas había un fuego encendido, y la casa estaba helada. Jennings les hizo pasar a su estudio, en cuya chimenea ardía alegremente un fuego. El erudito quitó un montón de libros de dos sillas y los dejó sobre su mesa.

—Vamos, vamos, siéntense. ¿Té? La condenada ama de llaves se ha largado. Le ruego me disculpe, milady. Pero podría preparar un té —miró a su alrededor vagamente, como si la tetera pudiera materializarse de pronto en la habitación.

— No, gracias, no queremos nada —le aseguró Kyria—. No deseamos robarle más tiempo del necesario.

—Justo en mitad de una investigación —refunfuñó Jennings, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué era lo que decía Broughton? A ver, ¿dónde está la caja? — empezó a rebuscar entre los papeles de su escritorio—. Un relicario bizantino, ¿no era eso?

— Sí, así es —Kyria abrió la bolsa atada con un cordel, sacó la cajita de marfil y la desenvolvió — . O, al menos, eso cree mi padre. Esperaba que usted pudiera decirnos algo más.

El doctor Jennings extendió las manos y tomó la caja. Sus ojos se iluminaron de interés.

—Oh, sí, es un ejemplo magnífico de artesanía bizantina. Sí, desde luego — sus manos recorrieron delicadamente la caja. Alzó la mano, buscó desmañadamente sus gafas tocándose la cabeza, las encontró por fin y se las bajó para estudiar con detenimiento la caja—. Mmm. Escenas bíblicas. Naturalmente, resulta difícil precisar algo más sin saber su origen. ¿De dónde lo han sacado?

— Alguien nos lo trajo. No tenemos ni idea de dónde procede.

El hombre sacudió la cabeza, chasqueando la lengua.

—Convendría saber dónde fue hallada. Pero creo que puedo asegurar sin temor a equivocarme que Broughton tiene razón. Es posterior a, eh, digamos el siglo VI. Yo diría que seguramente anterior al siglo XI.
—¿Puedo decirnos algo más sobre ella? —preguntó Rafe—. Con un diamante de ese tamaño, yo diría que ha de ser una pieza muy rara, ¿no le parece?
—¿Diamante? —Jennings lo miró con sorpresa y giró la caja para mirar la gema de su parte frontal—. ¿Eso es lo que es? Pensaba que era una piedra vulgar —miró la gema con más detenimiento—. No, no, claro, es translúcido —Jennings parpadeó rápidamente; luego dejó el relicario sobre la mesa, delante de él, y se giró hacia ellos con una mirada extraña.
— ¿Qué ocurre? —Rafe se adelantó un poco en su silla, intrigado por la expresión del erudito—. ¿Reconoce la caja?
—No, yo... eh, bueno, no puede ser —hizo una pausa con expresión preocupada—. Es sencillamente imposible.

Capítulo 7

—¿Qué es imposible? —preguntó Kyria, emocionada. Miró a Rafe y vio que él también parecía intrigado — . ¿Sabe algo sobre esa caja?

—Es sólo una leyenda —se apresuró a decir Jennings, pero parecía indeciso cuando volvió a mirar el relicario.

—¿A qué se refiere? —preguntó Rafe — . Por favor, díganos lo que está pensando.

En lugar de responder, Jennings tomó la caja de nuevo y la giró en sus manos, explorándola cuidadosamente con los dedos.

—¿Saben cómo se abre?

—No, no hemos dado con el modo de abrirla —contestó Kyria—. ¿Usted lo sabe?

— No. No será fácil. Los bizantinos eran artesanos muy hábiles.

— ¿Había visto una igual antes? —preguntó Rafe, escudriñando el rostro del estudioso.

—No, no personalmente.

—Pero ha oído algo, ¿verdad? —insistió Rafe.

— Sí —admitió el otro—. He oído hablar de una caja como ésta. He oído... Pero no es más que una leyenda, un mito. No sé de nadie que la haya visto de verdad... —Jennings echó un último vistazo a la caja y suspiró—. Existe la leyenda de que unos sacerdotes bizantinos fabricaron un relicario especial para una reliquia muy valiosa. Se dice que la caja estaba labrada en marfil y construida de tal modo que sólo podían abrirla aquéllos a quienes se confiaba su custodia. El relicario llevaba engarzada una enorme piedra negra de profundidades insondables. La piedra, el relicario entero, eran reverenciados como objetos de gran poder místico, como convenía a la reliquia que contenía la caja...

—¿Qué reliquia era ésa?

— Una pieza del Labarum —miró los rostros perplejos de los otros dos y dijo—. ¿Qué saben de Constantino?

—¿El emperador? —preguntó Kyria—. Yo... bueno, ¿no... eh... no fue él quien fundó realmente el Imperio Bizantino?

— Sí. Bueno, primero he de explicarles un poco de historia —dijo Jennings —. Constantino llegó al poder en el siglo IV. Han de saber que, en aquella época, el Imperio Romano estaba gobernado por una tetrarquía —hizo una pausa y miró inquisitivamente a su audiencia.

—¿Cuatro gobernantes? —sugirió Rafe.
Jennings asintió, satisfecho.
—Exactamente. Era un imperio tetracéfalo. Se desencadenó una lucha por el poder entre los cuatro gobernantes. Uno de ellos, Majencio, se proclamó emperador único. Se produjo una gran conmoción, y al final Constantino tuvo que enfrentarse a Majencio en el campo de batalla. Las tropas de Constantino eran muy inferiores en número: aproximadamente veinte mil soldados frente a los cien mil de Majencio —Rafe y Kyria asintieron con la cabeza, y el doctor Jennings prosiguió su relato—. Han de saber que, en esa época, los cristianos eran perseguidos en Roma. Eran proscritos, torturados y ejecutados en razón de su fe. Pero Constantino, que no era cristiano, tuvo una visión antes de entrar en batalla. En esa visión, dijo, le fue revelado que vencería bajo el signo de Cristo. Debido a ello, hizo fabricar un nuevo estandarte que sus soldados llevaron a la batalla contra Majencio. Ese estandarte de batalla, que se conocía como el Labarum, consistía en un largo venablo recubierto de oro, con un madero cruzado sobre él, de modo que semejaba una cruz. En la punta del venablo había un festón con las iniciales de Cristo, las letras griegas X y P superpuestas, con la X cruzada sobre el centro de la P.
— He visto ese símbolo —dijo Kyria, asintiendo.
— Se lo conoce como el crismón o monograma del nombre de Cristo. Era un símbolo popular de la Cristiandad. Colgando del madero cruzado había un pendón púrpura, entremezclado de oro y bordado con hilo de pan de oro y joyas, y, sobre ese pendón, estaba escrito en griego Touto Nika, que en latín suele traducirse como «In hoc signo vinces», que significa «bajo este signo vencerás».
— Y supongo —dijo Rafe cuando Jennings se detuvo y los miró— que, bajo ese estandarte, el ejército de Constantino, mucho más pequeño, derrotó al enorme ejército del otro emperador.
— Exacto —Jennings asintió con satisfacción — . Como muestra de gratitud por su victoria, Constantino proclamó el Edicto de Milán en el año 313 después de Cristo, que ordenaba que, de allí en adelante, se tolerara el cristianismo en todo el Imperio Romano y cesara la persecución de los cristianos —Jennings se recostó en su silla, uniendo las manos sobre la tripa, y continuó en tono doctoral — . Finalmente acabó habiendo dos gobernantes: Constantino en Roma, gobernando la parte occidental del Imperio, y Licinio en Bizancio, gobernando la parte oriental. Posteriormente, Constantino tuvo

que luchar contra Licinio, que contaba con un ejército mucho mayor que el de Constantino y con una flota mucho más numerosa. Constantino debía poner sitio a Bizancio, pero la flota de su enemigo le cortaba el paso. Esa flota, mucho más grande, salió en persecución de los barcos de Constantino, pero una tormenta se abatió sobre ella, destruyendo ciento treinta navios y segando la vida de cinco mil hombres. Después de eso, Constantino pudo derrotar a Licinio y convertirse en el único gobernante del Imperio Romano. Así que, como ven, consiguió dos victorias milagrosas bajo el Labarum sagrado, y el estandarte de batalla pasó a ser una reliquia religiosa —se detuvo con cierto dramatismo y añadió—. Es un pedazo del Labarum sagrado lo que, según se dice, se halla en el interior de un relicario de marfil de gran belleza, decorado con una joya tan negra como la medianoche. El relicario del santo estandarte.

—¿Nuestro relicario? —preguntó Kyria, mirando atónita la caja de marfil.

Jennings se encogió de hombros.

— Como he dicho, tan sólo es una leyenda. Y, aunque ese relicario hubiera existido, sin duda alguna se perdió o fue destruido durante el saqueo de Constantinopla —la mirada que le lanzó al relicario, sin embargo, era vacilante—. Todas esas historias acerca de los monjes que lo protegieron son sólo meras habladurías. Nadie ha encontrado nunca pruebas de ello.

—¿Qué monjes? —preguntó Kyria—. ¿Qué historias?

— Es parte de la leyenda —explicó Jennings — . Lamentablemente, es cierto que, durante la Cuarta Cruzada, los caballeros que supuestamente se habían embarcado para preservar la Cristiandad en Egipto acabaron saqueando Constantinopla, la principal ciudad cristiana del Imperio Oriental. La iglesia bizantina era inmensamente rica y poseía gran cantidad de obras de arte: relicarios como éste, cálices, altares, estatuas, iconos... Muchas de ellas fueron robadas sin recato algo y llevadas a las ciudades europeas, especialmente a Venecia.

— ¡Bromea usted! —exclamó Rafe. Jennings sacudió la cabeza.

— Por desgracia, no. Fue un desgraciado episodio de la historia de la Cristiandad —les lanzó una mirada irónica, añadiendo—. Por una curiosa coincidencia, Constantinopla era el principal rival de Venecia como punto de salida de la ruta comercial a Oriente —se encogió de hombros—. En cualquier caso, la leyenda cuenta que, al ver lo que iba a ocurrir, algunos jerarcas de la iglesia decidieron salvar el relicario del santo estandarte y se lo confiaron a un

grupo de monjes que salieron secretamente de la ciudad y lo llevaron a una región remota, donde lo custodian desde entonces.
—¿Dónde? —preguntó Rafe con pragmatismo.
El erudito se encogió de hombros.
— ¿Quién sabe? En algún lugar de los páramos de Turquía, tal vez. No hay noticias sobre ese particular. Es simplemente una leyenda, habladurías a las que el paso del tiempo ha dado lustre.
— Y, sin embargo, aquí hay un relicario que encaja con la descripción — señaló Kyria.
El doctor Jennings volvió a mirar la caja.
— Sí —dijo—. En efecto.
Quedaron en silencio un momento. Finalmente, Rafe se removió y dijo:
— Doctor Jennings, ¿hay algún modo de averiguar algo más sobre ese relicario? ¿Alguien que pueda decirnos algo más?
El doctor Jennings se removió un poco en su asiento, y finalmente farfulló:
— Bueno, está Nelson Ashcombe. —¿Quién es?
— Un eminente arqueólogo —contestó Jennings y luego suspiró — . Por lo menos, lo era. Estos últimos años...
— He oído hablar de él —dijo Kyria—. Mi padre me ha hablado de él.
Jennings asintió con la cabeza.
— Era bastante conocido, uno de los mejores en su campo. Sus excavaciones eran sufragadas por lord Walford.
— Lord Walford era amigo de mi padre —dijo Kyria—. Murió hace un par de años.
— Sí —dijo Jennings — . Creo que el joven lord Walford ha seguido siendo el mecenas de Ashcombe. Pero la reputación de Ashcombe ha declinado. Se ha pasado los últimos años buscando ese ma... eh, ese maravilloso relicario.
— ¿Qué? —Rafe miró a Kyria y luego al otro hombre—. ¿Quiere decir que cree en su existencia?
Jennings asintió de nuevo con expresión compungida. —Ha destruido su credibilidad... o casi.
— Supongo, entonces, que, en caso de demostrarse que tenía razón, se armaría un gran revuelo —sugirió Rafe—. Si esa caja es realmente el relicario que ha estado buscando.
— No puede ser —dijo Jennings tercamente — . El hecho de que sea de marfil y no pueda abrirse no significa que contenga un fragmento del santo

Labarum. Es mucho más probable que sea simplemente un relicario del periodo bizantino, o incluso una réplica del relicario del santo estandarte. Una falsificación —suspiró — . Estoy seguro de que van a llevárselo a Ashcombe, pero desearía que no lo hicieran. Se pondrá tan eufórico al pensar que puede justificar su absurda teoría que se convencerá de que es su relicario. No creo que le quede ni una pizca de objetividad. Si va por ahí tratando de hacer pasar esta caja por el relicario del santo estandarte, arruinará su reputación ante la comunidad científica. Francamente, me extraña que el actual lord Walford no lo haya despedido ya.

— Puede que le sea leal —señaló secamente Kyria.

— Y usted cree que yo no —respondió Jennings — . Lo cierto es que admiro a Ashcombe. Es un arqueólogo brillante. Pero soy ante todo un historiador, y la historia se basa en hechos, no en mitos y leyendas.

— Supongo, entonces, que alguien debería haberle dicho eso a Herr Schliemann cuando partió en busca de Troya apoyándose en los relatos de Homero —replicó Kyria.

El señor Jennings se mostró elegantemente avergonzado.

— Sí, sí, lo sé. Pero al menos en ese caso había alguna evidencia escrita, no sólo absurdas historias transmitidas de generación en generación. Y no tienen ustedes ninguna prueba de que éste sea el relicario —los miró desafiante ¿Dónde ha estado todos estos años? ¿Por qué ha aparecido ahora?

—Interesantes preguntas —comentó Rafe unos minutos después, cuando abandonaron la casa del profesor y se encaminaron hacia la posada—. Ojalá supiéramos las respuestas.

El día, que había amanecido luminoso, se había nublado mientras estaban en casa de Jennings. Caminaron apresuradamente, vigilando las nubes cada vez más bajas.

— Sí, ojalá —dijo Kyria, haciendo una mueca al sentir una gota en la mano— . ¿Eso era una gota de lluvia?

— Sí —contestó Rafe, y un instante después el cielo pareció abrirse y la lluvia comenzó a caer con fuerza sobre ellos.

Kyria dejó escapar un leve grito y, subiéndose las largas faldas de su traje de montar, echó a correr. Bajaron a la carrera la calle mayor, hasta la fonda donde habían dejado los caballos, pero no pudieron evitar mojarse.

Entraron corriendo en la fonda, cuyo patrón salió a su encuentro clamando contra el tiempo y ofreciéndoles el confort de un comedor privado con un

buen fuego. Aceptaron con presteza y el posadero los condujo a una estancia acogedora, seguido un momento después por su jovial esposa, que les llevó unas toallas.

— Tenga, señorita —dijo la mujer, dándole a Kyria una toalla y desbrochándole rápidamente la chaqueta mojada, que le quitó de los hombros — . Voy a colgar esto en la silla, junto al fuego. Así se secará enseguida. Usted siéntese ahí, y el fuego le quitará el frío.

La condujo a un taburete, y luego se dio la vuelta para ayudar a la criada que había llevado la bandeja del té. Finalmente se marchó, prometiendo regresar con una comida caliente.

Kyria se estremeció y acercó su taburete al fuego, desplegando la falda para que se secara antes. Debajo de la falda, la camisa entallada estaba sólo un poco mojada y se secaría pronto, pero su pelo estaba completamente empapado y chorreaba casi suelto. Se quitó las horquillas, las dejó a un lado y empezó a secarse la cabellera con una toalla.

Rafe, que se había quitado la levita, se detuvo al verla. La miró retorcer su larga y espesa melena y frotarla con la toalla, pasándose después los dedos por ella, deshaciendo los nudos y estirando el pelo. Algo se estremeció dentro de él, y pensó en las habitaciones del piso de arriba de la posada. Se le secó la boca mientras contemplaba cómo jugaba la luz del fuego sobre la piel blanca de Kyria, tiñéndola de oro y refulgiendo sobre su pelo, rojo como las llamas. Se aclaró la garganta y se dio la vuelta, buscando algo que decir.

—Bueno, ejem... Quizá deba alquilar un carruaje para regresar a Broughton Park. El tiempo parece habernos traicionado.

— Puede que cuando acabemos de comer haya escampado — contestó Kyria, y Rafe se alegró de que no pareciera haber notado que la había estado mirando boquiabierto, como un colegial — . Ven, siéntate conmigo junto al fuego. Entrarás en calor.

Rafe vaciló un momento. Después se acercó a la otra silla. Se entretuvo colgando su chaqueta sobre el brazo de la silla para que se secara y luego se sentó. Kyria, que estaba ocupada aventando su cabellera delante del fuego, no lo miraba. Él se relajó en la silla mientras la miraba desenredarse el pelo, y sintió que sus dedos ansiaban extenderse y reemplazar a las manos de Kyria. Paseó la mirada por su figura, por la tiesa camisa blanca mojada, que se pegaba a sus pechos. Era consciente de que lo que más deseaba en el mundo era sentarla sobre sus rodillas y besarla hasta que los dos ardieran de deseo.

Pero, comprendiendo que ya se había excedido aquel día en la arboleda, procuró pensar en otra cosa.

—¿Piensas ir a ver a ese tal Ashcombe? —preguntó.

—¿A quién? Ah, no sé —Kyria suspiró y se volvió hacia él—. ¿Tú qué opinas?

— No estoy seguro —Rafe se agachó, recogió la bolsa, que Kyria había dejado en el suelo, delante de su silla, y sacó la caja de marfil. La sostuvo en sus manos, inclinándose hacia el fuego. La luz de las llamas danzaba sobre su superficie blanca, realzando las profundidades de la gema negra. Rafe pasó acariciadoramente el pulgar sobre el diamante — . Puede que sólo sea una leyenda, como dijo Jennings. Pero aun así... tengo la sensación de que es un objeto muy especial. ¿Y si Ashcombe tuviera razón?

— Sí, sé lo que quieres decir —Kyria extendió la mano y pasó el índice sobre la piedra. Su dedo rozó el pulgar de Rafe, y el contacto resonó en su interior. Retiró la mano apresuradamente, sobresaltada. Era consciente de que lo que realmente deseaba era acariciar los dedos de Rafe, trazar los huesos de su mano, y aquella idea la turbaba.

Llamaron a la puerta y entró la posadera, seguida por dos criadas cargadas con bandejas. Dispusieron una cena suntuosa sobre la mesa y luego dejaron que Rafe y Kyria la disfrutaran a solas.

Rafe descubrió que tenía poco apetito. No dejaba de pensar en Kyria y en cuánto deseaba acariciar su pie! blanca y desnuda, perderse en su jugosa boca... Se removía inquieto en la silla, intentando fijar su atención en la comida. No debía pensar en Kyria. Era demasiado tentador, dada su situación, solos en una posada, lejos de todos sus conocidos. Había creído que podría coquetear con ella sin exponerse, que sería divertido flirtear con una mujer sofisticada que conocía aquel juego tan bien como él. Pero el día que habían salido a montar por Broughton Park había descubierto lo equivocado que estaba. El ansia repentina que se había apoderado de él en la arboleda lo había pillado por sorpresa. Había deseado tirarse al suelo con ella y tomarla allí mismo, olvidándose de todo. Lo cual era, desde luego, impensable. Hacer el amor con Kyria sería una canallada, aunque ella se mostrara dispuesta y apasionada. Kyria era una dama joven y de refinada educación, y a pesar de que había sobrepasado con creces la edad en que la mayoría de las mujeres se casaban, Rafe estaba seguro de que aún era virgen. Tenía presente hasta qué punto protegía a las jóvenes la sociedad en que se había educado él; estaba

seguro de que, en la sociedad inglesa, mucho más estricta, las mujeres vivían incluso más vigiladas y custodiadas que en los Estados Unidos. Además, la reacción de Kyria al besarla lo había convencido de que era virgen. Se había mostrado apasionada, pero torpe y sorprendida por las emociones que la embargaban.

Un hombre de honor no seducía a semejante mujer. La única opción era el matrimonio. Pero tampoco podía pensar en casarse con Kyria. Era un invitado en su casa; tomarse aquel asunto a la ligera sería insultarla doblemente. Por otra parte, era la cuñada de su mejor amigo, un hombre que le había salvado la vida y por el cual Rafe estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Y, aunque hubiera sido lo suficientemente vil como para pasar por alto todas esas cosas, sabía que sus sentimientos hacia Kyria bastaban para impulsarlo a alejarse de ella. Apreciaba y respetaba a Kyria demasiado como para hacer algo que pudiera perjudicarla. Ella poseía una naturaleza apasionada y romántica, y estaba seguro de que, en su caso, ambas cosas eran lo mismo. A quien le entregara su cuerpo, le entregaría también su corazón. Él, en cambio, no podía darle ninguna de las dos cosas.

Rafe sabía que era considerado un buen partido. Tenía fortuna y educación y era lo bastante mayor como para sentar la cabeza. Algunos podían pensar que una familia como los Moreland no consideraría a un americano corriente lo bastante bueno para una de sus hijas, pero él conocía lo suficiente a la familia como para sospechar que tales consideraciones no influían sobre ellos. Con todo, pensó amargamente, él no podía ser un buen marido. Era un proscrito en su hogar y en el seno de su familia, un hombre cuyo pasado estaba en ruinas. La marea de la guerra había arrasado su vida. Cuatro años de lucha sangrienta lo habían despojado no sólo de su juventud, sino también de su corazón. Las aciagas consecuencias de la guerra le habían arrebatado todo lo demás. Él era un trotamundos que probablemente nunca sentaría la cabeza. No tenía nada que ofrecerle a una mujer. Y Kyria se merecía mucho más que un hombre cuya vida se había construido sobre un naufragio.

La única solución razonable era, pues, mantener las manos y los pensamientos apartados de Kyria. Pero, por desgracia, eso era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Por más que lo intentaba, no podía apartar sus ojos de ella, ni evitar que sus pensamientos retornaran una y otra vez al recuerdo de sus besos.

Kyria era agudamente consciente de la presencia de Rafe. Cenaron en la intimidad. Ningún hombre, fuera de su familia, la había visto así, con el pelo

suelto sobre los hombros. Rafe tenía el cuello de la camisa abierto, dejando al descubierto su garganta nudosa y morena, y se había desabrochado los puños y subido las mangas, desnudando sus antebrazos. Ella pensó que así debía de ser la luna de miel de una pareja de recién casados, y aquella sola idea bastó para que evitara la mirada de Rafe. Se preguntaba qué estaba pensando él, si también había pensado en lo cerca que estaban de las camas anónimas de los cuartos de la fonda. No podía evitar que se le fueran los ojos tras las manos fuertes y morenas de Rafe, cuyo dorso salpicaba un levísimo vello. Había algo en sus manos que le producía un extraño cosquilleo en el estómago. Se sentía poseída por un anhelo inexpresable, por un ansia que nunca antes había sentido.

Intentaba mantener la atención fija en la comida, cortando y masticando con determinación. Pero todo le sabía a serrín. Por fin dejó el tenedor y el cuchillo, produciendo un tintineo. Alcanzó su copa y tomó un trago de vino. No podía permanecer allí sentada, pensando, sintiendo... Dejó bruscamente la copa a un lado y se levantó de la mesa. Sus ojos se posaron en el rostro de Rafe. Él se levantó, escudriñando su cara, y su expresión inquisitiva y preocupada se desvaneció. Kyria comprendió que sabía lo que ella estaba sintiendo, aquel ardor abrasador, aquel ansia apremiante, y aquella certidumbre le produjo al mismo tiempo vergüenza y excitación. Su modo de mirarla revelaba que él estaba poseído por las mismas emociones.

Kyria contuvo el aliento y se apartó, sintiendo que el corazón le martillaba en el pecho. Rafe extendió el brazo y la agarró de la muñeca. Ella lo miró. Se dijo que debía apartarse de él, pero en lugar de hacerlo se sorprendió dando un paso adelante. Fijó los ojos en los de él, y un instante después estaba en sus brazos.

Cápitulo 8

La boca de Rafe se posó sobre la de ella, ansiosa e indecisa, mientras los brazos de Kyria se enlazaban alrededor de su cuello. El sabor y el tacto de Rafe era una delicia para ella. Su piel ardía contra la suya, separadas sólo por la fina tela de sus camisas. Los brazos de Rafe se cerraron sobre ella, y sus puños apretaron el tejido de la camisa y de la falda. Estaban tan cerca, tan pegados, que Kyria podía sentir el palpito pesado del corazón de Rafe a través de su cuerpo, cuya vivida fuerza enardecía su excitación. El deseo se agitaba dentro de ella, multiplicándose con cada movimiento de los labios de Rafe, con cada roce de sus dedos. La rápida inhalación de aire de Rafe, el leve gemido de su garganta, el olor envolvente de su piel... todo ello vibraba en el interior de Kyria como una caricia, haciendo crecer su ardor en espiral.

Las manos de Rafe descendieron, acariciadoras, por su espalda, trazando la curva de sus caderas, y sus dedos se clavaron en las nalgas de Kyria, apretándola contra él. Kyria sentía su deseo ardiente y duro, y un deseo loco de rodearlos con sus piernas y apretarse contra él se apoderó de ella. Entre sus piernas cundió un doloroso palpito agridulce, y sintió ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

Rafe deslizó la mano entre sus cuerpos unidos hasta alcanzar sus pechos. Kyria se estremeció al sentir su caricia, y sus pechos parecieron hincharse al contacto de la mano de Rafe. Los dedos de éste, suaves y hábiles, la acariciaron a través de la fina tela de algodón de la camisa entallada, deslizándose sobre su pezón y asiendo su seno. Su pulgar rodeó el duro botón del pezón, excitándolo lentamente hasta que cobró vida. Kyria dejó escapar un leve gemido, perdida en una neblina de placer. Él le desabrochó ansiosamente la camisa y se la abrió, deslizando la mano por debajo del cuello abierto y bajo el encaje suave de la combinación. Un estremecimiento de gozosa sorpresa atravesó a Kyria cuando las puntas de los dedos de Rafe se deslizaron sobre su piel desnuda, acariciando la suave esfera de sus pechos y endureciendo aún más con su caricia el pezón ya tieso.

El abandonó su boca y comenzó a trazar una senda de fuego por su garganta y su pecho. El aliento de Kyria le raspaba la garganta, la tensión atenazaba su vientre, aumentando con cada caricia de los labios de Rafe sobre su piel, hasta que sintió que iba a estallar.

Los labios de Rafe encontraron la carne tersa de su pecho, y Kyria se sobresaltó, embargada por el deseo. Entre sus piernas cundía un calor

ardiente; su sangre palpitaba dentro de ella como el trueno. Hundió los dedos en el pelo de Rafe. La lengua de éste describía lentos círculos sobre la cima de su pecho y se deslizaba hasta el botón carnoso del pezón, bajando el cuello de encaje de la combinación para acceder al círculo marrón rosáceo. Kyria jadeaba, asombrada por las cosas que le hacía su boca... Y más asombrada aún por el deseo que latía cada vez más fuerte en su interior. El se metió su pezón en la boca, tirando de él suavemente, y Kyria se reclinó contra él, apenas capaz de sostenerse en pie bajo la acometida del placer. Sus sentidos giraban en un torbellino. Nunca había imaginado un placer semejante. Nunca había soñado que pudiera desear lo que deseaba en ese instante: el ansia fiera e instintiva que anhelaba sentir a Rafe, cono
cerio, poseerlo. Rafe alzó la cabeza con un gruñido. Se quedó mirando un momento su cara, con ojos brillantes y el deseo escrito en el semblante.
-Kyria... Cielo santo, cuánto te deseo -gruñó, soltándola-. No podemos. Sería... -masculló un juramento y subió la combinación de Kyria para cubrirle los pechos, juntando los lados de la camisa-. Lo siento. No he debido... hacer lo que he hecho -miró hacia la puerta abierta.
Kyria siguió su mirada y se sonrojó al darse cuenta de que podía haber entrado alguien. Se habían dejado cegar por el deseo. ¿Qué le estaba pasando? Empezó a abotonarse la camisa con dedos temblorosos. Apenas se atrevía a mirar a Rafe. ¿Qué pensaría de ella? Siempre había sido tan serena y comedida... Le asustaba pensar en cómo había perdido el control apenas unos minutos antes. Si Rafe no hubiera tenido la sensatez de detenerse, ¿adónde les habrían llevado los besos y las caricias? Se llevó los dedos temblorosos a la boca y se acercó al fuego.
-No puedo decir que lamente lo que he hecho - continuó Rafe-. No soy tan caballeroso. Pero ha sido un error. Debí... dominarme.
Kyria se giró para mirarlo, irritada de pronto.
-Te recuerdo que tú no eres el único al que esto atañe. No es sólo culpa tuya. Creo que yo también he tenido algo que ver.
Rafe la miró con perplejidad. Había esperado que se echara a llorar, angustiada, o incluso que se asustara ante la fuerza de su pasión, pero por lo visto Kyria nunca dejaba de sorprenderlo.
-No soy una niña -le espetó ella-. No hace falta que me protejas de mi propia debilidad. No tienes que asumir responsabilidad de actos que, al menos en parte, son culpa mía.

Resultaba particularmente enojoso, pensó, saber que, en realidad, él había intentado protegerla, que había sido él quien había pensado en las consecuencias y se había detenido, y no ella.

-¡No era eso lo que quería decir! -exclamó Rafe, enfadado al ver que ella rechazaba sus disculpas. Le había costado un esfuerzo enorme dominarse, y ella desdeñaba su sacrificio como si no valiera nada-. Desde luego que no hay que protegerte de ti misma. Pero, maldita sea, yo soy más mayor y tengo más experiencia que tú y...

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Kyria, alzando la barbilla, desafiante-. ¿Cómo sabes que tienes más experiencia que yo? Puede que haya besado a docenas de hombres. O incluso que haya hecho algo más que besarlos.

Estaba tan hermosa, allí parada, con los ojos centelleantes y el color subido, el pelo cayéndole en desorden sobre los hombros y la camisa mal abotonada, que Rafe no sabía qué deseaba más, si besarla o zarandearla. Finalmente dejó escapar un gruñido de frustración y, quitando su chaqueta de la silla, se la puso mientras se dirigía a la puerta.

-Haré que ensillen los caballos.

Salió y cerró con fuerza a su espalda, dejando a Kyria mirando impotente la puerta. A ella le habría encantando lanzarle algo, pero era demasiado educada como para romperle la loza a la posadera. De modo que se limitó a rezongar para sus adentros mientras se retorcía el pelo todavía mojado, haciéndose un moño que se sujetó como pudo. No sabía con quién estaba más furiosa, si con Rafe o consigo misma. Aquel hombre ni siquiera había intentado justificarse alegando que se había dejado arrastrar por su belleza. Pero ¿cómo había podido ella comportarse de forma tan ajena a su carácter?

Se puso la chaqueta y se la abotonó hasta arriba. Luego procuró dominarse para mostrar al menos una apariencia de compostura, y cuando Rafe volvió a entrar en la habitación fue capaz de dispensarle un recibimiento educado y sereno, si bien algo frío.

La lluvia había cesado, aunque el cielo seguía gris, y Rafe le preguntó si prefería ir a caballo o alquilar un carruaje y atar sus caballos tras él. Kyria optó rápidamente por lo primero. No quería ni pensar en hallarse encerrada con Rafe en un carruaje durante todo el trayecto de regreso a casa. Prefería arriesgarse a que lloviera.

Apenas hablaron de camino a Broughton Park. Su silencio era más frío que el aire de octubre. Avanzaban a buen paso, lo cual no sólo tenía la ventaja de

desfogar parte de sus emociones reprimidas, sino que acortó el viaje e hizo menos violento su silencio.

Rafe pasó todo el camino maldiciéndose para sus adentros. Lo había complicado todo, y no sabía si podría arreglarlo. Lo cierto era que ni siquiera debía intentarlo. Debía sencillamente despedirse de los Moreland y retomar su viaje por Europa. Estaba claro que no podía dominarse en lo que a Kyria concernía. Si se quedaba, se pondría en una situación que debía evitar a toda costa. Y, sin embargo, era consciente de que no deseaba marcharse.

Las emociones de Kyria eran tan turbulentas y quizás incluso más confusas que las de Rafe. Lo ocurrido entre ellos había sido como una descarga eléctrica. Nunca se había visto en tal situación, y no estaba segura de qué debía pensar. Estaba perpleja y deslumbrada, y se sentía sumamente insegura de sí misma. Había actuado de un modo completamente ajeno a ella, y eso le molestaba. Por lo general era serena y mesurada. Ningún hombre había perturbado sus sentidos, ni quebrantado su aplomo de aquel modo. El hecho de que Rafe lo hubiera logrado, o de que pudiera hacerlo otra vez en cualquier ocasión, le infundía cierto temor. Y, sin embargo, deseaba sentir otra vez aquel placer salvaje y explosivo, más intenso que cualquier cosa que hubiera conocido hasta entonces.

¿Qué habría sentido él? No dejaba de recordar sus palabras: él tenía más experiencia que ella. ¿La habría encontrado insuficiente? A ella le había parecido que estaba tan lleno de pasión como ella. Recordaba el arrebato de calor de su cuerpo al besarse, la tensión de sus brazos, su respiración agitada... Tragó saliva, dándose cuenta de que el deseo volvía a brotar dentro de ella al recordar lo ocurrido. Se sonrojó, avergonzada, y, al mirar a Rafe, se alegró de que no la estuviera mirando.

La lluvia se contuvo hasta que llegaron a Broughton Park. Kyria llevó el relicario directamente a su padre, y Rafe se excusó y subió a su cuarto. A Kyria le causó cierta sorpresa que no fuera con ella a ver al duque, pero se alegró de librarse de su presencia durante un rato. Sin embargo, sintió una punzada de amargura al darse cuenta de que él parecía deseoso de perderla de vista.

El duque estaba ansioso por conocer los detalles de su entrevista con Jennings, y antes de que acabara su conversación, varios miembros de la familia, incluidos los gemelos, entraron en la habitación para conocer el resultado de sus pesquisas. Pasó largo rato antes de que acabaran de hablar y el duque

guardara de nuevo el relicario en el cuarto de las antigüedades. Sin embargo, a pesar de la hora tardía, Kyria no se sentía cansada, sino extrañamente nerviosa.

Le costaba conciliar el sueño. Seguía recordando lo ocurrido entre Rafe y ella en la posada. Con sólo pensarlo el deseo la atravesaba en oleadas, y se preguntaba cómo iba a mirar a Rafe a la cara al día siguiente, y si podría hablar con él como si nada hubiera pasado. Temía que, en cuando la mirara, se pondría colorada y le flaquearían las piernas, y todo el mundo se daría cuenta de que algo raro pasaba entre ellos.

Al final, resultó que no había nada de qué preocuparse. A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, tras pasar largo rato acicalándose y componiendo una expresión de serena belleza, supo por medio de Thisbe que Rafe había salido temprano a montar con el primo Albert.

-Un joven encantador -comentó la duquesa-. Ha sido de gran ayuda, ¿verdad, Kyria?

-¿Qué? Sí, supongo que sí.

-Los gemelos lo adoran -señaló Thisbe.

-Lástima que sea americano -dijo lady Rochester, que, a pesar de que había acabado de desayunar hacía largo rato, tenía la costumbre de quedarse sentada a la mesa cada mañana, con lo cual conseguía agriar el buen ánimo de cuantos se cruzaban con ella.

Thisbe le lanzó una mirada irónica a Kyria y luego dijo:

-No creo que eso tenga nada que ver, tía Hermione.

Lady Rochester fijó en ella su mirada de barrena.

-¿Ah, no? Mmmm -señaló con la cuchara a Thisbe y prosiguió-. Entonces es que no has visto cómo mira a Kyria.

- ¡Tía Hermione! exclamó Kyria.

-¿Acaso crees que estoy ciega? -preguntó la anciana dama quisquillosamente, con el rostro encendido de satisfacción. No había nada que le gustara más que sembrar cizaña-. Ese yanqui está interesado en ti, recuerda mis palabras.

-No es un yanqui. Es un sureño -le dijo la duquesa-. Me explicó la diferencia el otro día. A mí me cae bastante bien. Luchó para defender sus convicciones. Y - añadió con una nota de alivio- ha ayudado a mantener ocupados a Alex y a Con desde que se despidió su preceptor. Tardaré semanas en encontrar otro.

-Incluso nos ha quitado de encima al primo Albert -dijo Thisbe con una sonrisa-. Lo cual es digno de un santo

- No seas malintencionada, Thisbe -le dijo lady Rochester, y ladeó la cabeza-. Pero no hay modo de saber cómo es su familia. Podrían ser cualquier cosa.
-Creo que su padre era maestro de escuela -dijo Kyria.
-¿Lo veis? A eso me refiero.
-Yo no veo nada de malo en que su padre fuera maestro de escuela -dijo la madre de Kyria, irguiéndose.
-Ha recibido una buena educación -continuó Kyria-. Antes de la guerra estudiaba leyes.
-En una universidad americana -replicó lady Rochester desdeñosamente-. Además, ¿qué importa eso? No se le puede aceptar en la familia a un simple picapleitos.
La duquesa miró atónita a la tía de su marido.
-¿Quién ha hablado de aceptarlo en la familia?
-Francamente, Emmeline, convendría que prestaras un poco más de atención a lo que pasa delante de tus narices. Os acabo de decir que ese joven mira a Kyria de un modo que...
- ¡Oh, por el amor de Dios! -exclamó la duquesa-. La mitad de los solteros de Londres miran a Kyria así... y lamento decir que muchos hombres casados también. Los hombres siempre se enamoran de ella.
-Sí, pero ¿acaso les devuelve ella la mirada? -preguntó sagazmente lady Rochester.
La duquesa, cuyo tenedor resonó en su plato, miró a la anciana achicando los ojos.
-¿Qué insinúas exactamente?
-Tía Hermione, mamá, por favor -dijo Kyria apresuradamente, sonrojándose. Lanzó una mirada significativa hacia los lacayos que permanecían de pie a ambos lados del aparador-. Te aseguro que estás en un error, tía Hermione. El señor McIntyre y yo somos simples conocidos.
Lady Rochester alzó una ceja y proclamó:
-Pues no lo parece cuando te vas con él de excursión al campo.
-El señor McIntyre se comportó como un perfecto caballero -dijo Kyria llanamente, devolviendo la mirada acerada de la anciana.
-Lo que pasa no tiene importancia. Lo que importa son las apariencias -replicó su tía abuela.
Una mirada a las mejillas sofocadas y a los ojos centelleantes de su madre bastó a Kyria para comprender que la duquesa estaba a punto de decirle a lady

Rochester lo que opinaba de ella, así que se apresuró a decir:
-Estoy segura de que nadie podrá decir nada al respecto, tía Hermione. Debes de estar cansada -añadió, lanzando una mirada cargada de intención a la hija de lady Rochester-. Prima Rosalind, ¿no crees que es hora de que la tía Hermione se eche su siesta matutina?
-¿Qué? ¡Oh, sí, sí! -Rosalind se levantó de un salto y comenzó a revolotear alrededor de su madre, colocándole el chal, alcanzándole su bastón y llamando a un lacayo para que la ayudara.
Cuando las dos mujeres salieron de la habitación, el sofoco de la duquesa había remitido y pudo decir con una sonrisa reticente:
-Gracias, Kyria, querida. Si no llega a ser por ti, habría dicho algo de lo que me habría arrepentido. Creo que lady Rochester disfruta sacándome de quicio.
-Disfruta sacando a todo el mundo de quicio -dijo Thisbe-. Cada vez que pienso en las cosas que dijo de Damian cuando nos prometimos, me pongo absolutamente furiosa.
La duquesa fijó en Kyria sus penetrantes ojos azules.
-Querida mía, ¿hay algo de verdad en lo que ha dicho? ¿Estás interesada en el señor McIntyre?
-Claro que no, madre -respondió Kyria-. Quiero decir que, bueno, apenas nos conocemos y, de todos modos, en fin, ya sabes que no tengo intención de casarme.
-¿Qué? ¿Qué es eso de casarse? -el padre de Kyria entró en la habitación y miró a su alrededor distraídamente.
-Nada, papá -le dijo Thisbe con una sonrisa, y se levantó para darle un beso en la mejilla-. Sólo estábamos charlando con la tía Hermione.
-No estará aquí, ¿no? -preguntó el, duque con ansiedad, y lanzó una mirada recelosa en tomo a la habitación.
-No, Henry, acaba de irse -le aseguró la duquesa, y su marido dejó escapar un suspiro de alivio.
-Bien. A esta hora ya suele haberse ido.
Kyria se echó a reír.
-Me preguntaba por qué últimamente te ponías a trabajar antes de desayunar.
-Esa mujer es un demonio -dijo el duque, sentándose y tomando un rápido sorbo del café que le había servido uno de los criados-. ¿Sabéis que ayer me preguntó por qué siempre estaba rodeado de carcamales? Os aseguro que...
-Lo sé. El pobre tío Bellard está encerrado a cal y canto en sus habitaciones -

dijo Kyria.
-Dado que las habitaciones del tío Bellard consisten en un dormitorio, un cuarto de estar y un despacho, y son bastante más grandes que la casa de mucha gente, difícilmente se puede sentir lástima por él -señaló la duquesa-. Además, es culpa suya. Tía Hermione sólo es su hermana. No tiene ningún poder sobre él. Debería plantarle cara.
-Ya sabes cuánto le desagradan los conflictos al tío Bellard -dijo Thisbe-. Se nota cuánto le interesa tu relicario, Kyria, porque se aventuró a bajar a pesar de que la tía Hermione todavía merodeaba por aquí. Pero, dinos, ¿qué te dijo el doctor Jennings sobre la caja?
Thisbe era uno de los pocos miembros de la familia que no se habían unido a ellos la noche anterior al regreso de Kyria, pues para entonces Damian y ella ya se habían retirado. Kyria le contó lo que había dicho el doctor Jennings, y Thisbe respondió con el asombro que cabía esperar.
-¿Qué vas a hacer ahora? -preguntó cuando Kyria acabó su relato-. ¿Cómo vas a averiguar si es realmente el relicario del santo estandarte o como se llame?
-No sé qué hacer. Ignoro si podré averiguar si es auténtico. Ojalá pudiera abrirlo, pero, aunque así fuera, no cabe duda de que, después de tanto tiempo, estará vacío.
-Nelson Ashcombe tiene bastante reputación -dijo el duque-. No he oído decir que su fama hubiera declinado últimamente. Su mecenas era lord Walford, que, como sabéis, era amigo mío. Podría escribirte una carta de presentación. Tengo entendido que es un auténtico ermitaño.
-Me gustaría conocer su opinión -admitió Kyria-. Supongo que podría acudir a ese tratante que vino a visitarnos y ver si puede decimos algo más. Pero no quiero enseñarle la caja. Había algo en él que no me gustó. Y no dejo de preguntarme si estará relacionado con lo que le pasó al pobre señor Kousoulous.
-Por otra parte, aunque el señor Ashcombe creyera que se trata en efecto del relicario del que hablaba el doctor Jennings, tampoco podrías estar segura -comentó Thisbe-. Quiero decir que el doctor Jennings tiene razón. Sin saber de dónde procede, es bastante difícil afirmar si es auténtico o sólo un relicario como otro cualquiera. O quizás incluso una falsificación.
-Lo sé. Ojalá Theo hubiera mandado una explicación de alguna clase.
La duquesa frunció el ceño.
-Me parece muy impropio de Theo enviarnos una cosa tan peligrosa.

-Estoy segura de que no era consciente de ello - dijo Thisbe, defendiendo a su hermano gemelo-. O eso, o la muerte del señor Kousoulous no tiene nada que ver con la caja. A fin de cuentas, no tenemos ninguna prueba de que estuviera relacionada con el relicario. Sé que Theo jamás pondría en peligro a Kyria, ni a ninguno de nosotros.
-Me pregunto si volverá pronto -dijo Kyria.
-Si no viene, pronto recibiremos una carta suya - dijo su madre con firmeza-. Al final, siempre nos dice dónde está. Creo que será mejor esperar hasta que tengamos noticias de Theo para que vayas a Londres, Kyria. No me gusta la idea de que viajes llevando esa caja.
-Tal vez el señor McIntyre quiera acompañarla otra vez -sugirió su padre.
Kyria advirtió por el destello de sus ojos que estaba tan ansioso como ella por saber algo más sobre el relicario.
-Lo dudo -dijo Kyria rápidamente. Lo último que queria era que su padre le pidiera a Rafe que la acompañara, poniéndolo en una situación de la que difícilmente podría zafarse-. Seguramente mamá tiene razón. Deberíamos esperar hasta tener noticias de Theo. Más adelante, cuando regresemos a Londres, puedo hacerle una visita al señor Ashcombe.
El duque pareció desilusionado, pero no puso objeciones. Kyria notó la mirada de su hermana clavada en ella, pero no se atrevió a mirarla. Estaba segura de que Thisbe se preguntaba por qué se había apresurado a negar que Rafe quisiera acompañarla a Londres, pero no le apetecía hablar de lo ocurrido el día anterior, ni siquiera con su hermana.
Kyria no tuvo que enfrentarse a Rafe hasta esa noche, durante la cena, pues para cuando él regresó de su paseo a caballo, ella había conseguido atarearse con diversos quehaceres domésticos y no lo vio.
Al entrar en la antesala donde se reunían antes de la cena, sintió de inmediato los ojos de Rafe clavados en ella, y no pudo evitar volverse hacia él. Rafe la estaba mirando intensamente, y sus ojos azul brillante provocaron, como de costumbre, un revuelo de mariposas en el estómago de Kyria. Ella se llevó una mano a la tripa sin darse cuenta y, por un instante, pareció desacostumbradamente vulnerable. Rafe sonrió entonces, y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Él se abrió paso poco a poco por la habitación hasta llegar a ella y se inclinó para murmurarle al oído:
-¿Estoy perdonado?
Kyria alzó la mirada hacia él y escrutó sus ojos. -No tienes más culpa que yo -

replicó suavemente. -¿Quieres que me vaya? -preguntó él-. Sin duda debería irme a Londres, o tus padres empezarán a pensar que no voy a irme nunca.
Kyria se echó a reír.
-Créeme, hay otros miembros de la familia de los que preferirían librarse primero. Por mí no te vayas -por extraña e inquieta que se sintiera, no quería que aquello acabara-. Pero, naturalmente, si deseas irte, es muy distinto...
Él sacudió la cabeza ligeramente. -No, no deseo irme.
-Yo tampoco quiero que te vayas -Kyria alzó la mirada hacia él y Rafe sonrió.
-Entonces, todo arreglado.
A la mañana siguiente, Kyria estaba sentada en el saloncito de su madre, intentando concentrarse en un bordado mientras Thisbe trabajaba en sus notas y su madre, sentada ante su pequeño secreter de caoba, ponía al día su correspondencia, cuando oyó unos fuertes pasos en el vestíbulo. Alzó la mirada, sorprendida, pues por lo general los sirvientes se movían sigilosamente.
Su rostro quedó flojo de asombro cuando dos hombres irrumpieron en la habitación. Uno, bajo y fornido, tenía la espalda y el pecho muy anchos e iba embutido en una chaqueta de sarga. Su compañero era más alto y delgado y tenía una quijada larga y afilada. Kyria no los había visto nunca, y no podía imaginar por qué habían entrado en el cuarto de estar de su madre sin anunciarse. Contuvo la respiración, sintiendo de pronto un nudo de temor en el estómago.
Al oír el ruido, Thisbe levantó la mirada del cuaderno en el que había estado anotando números, y su madre se apartó del pequeño escritorio. La pluma cayó de su mano, salpicando de tinta la carta, y ella hizo amago de levantarse con expresión indignada.
-¿Quiénes son...? -comenzó la duquesa, y se detuvo bruscamente cuando el hombre de la cara afilada sacó una pistola del bolsillo de su chaqueta y le apuntó con ella.
-Eso no importa -dijo el hombre ásperamente con fuerte acento del East End londinense-. Deme la caja y todo irá bien.
-¿La caja? -la voz de la duquesa sonó fría y comedida, como si estuviera recibiendo a un vecino para tomar el té-. Me temo que no sé a qué se refiere.
Kyria sintió un arrebato de admiración por su madre. El desconocido, en cambio, se mostró irritado. Movió la pistola apuntando a la duquesa y dijo:

-Claro que lo sabe. A mí no me engaña. Quiero la caja y no voy a marcharme hasta que me la dé.
-Ella no la tiene -dijo Kyria, levantándose-. No sabe nada de ella.
-¿Ah, no? -el hombre volvió su atención hacia Kyria-. Pues a lo mejor tú puedes decirme dónde está, ya que sabes tanto.
Mientras hablaba, el más alto se acercó a Kyria con expresión hosca y amenazadora.
-Está guardada bajo llave -dijo Kyria, ignorándolo-. Por seguridad. Ninguna de nosotras puede sacarla.
-Alguien tendrá la llave -gruñó el de la cara afilada.
-Nosotras, no -contestó Kyria con calma. No sabía qué hacer. Estaba claro que ellas tenían pocas esperanzas de vencer a dos hombres armados, pero, si podían ganar tiempo, seguramente alguien, un sirviente o un invitado, notaría algo e iría en su ayuda. Alguien se lo diría a Rafe. Estaba segura de que Rafe las rescataría.
-No está aquí -añadió Thisbe, componiendo una expresión estúpida que Kyria nunca hubiera creído posible-. Nosotros no somos más que las mujeres de la casa.
Kyria miró a su madre y vio en su cara tal expresión de horror que tuvo que apretar los labios para no echarse a reír a pesar de la situación.
-Es cierto -añadió Kyria-. No pensarán que nosotras sabemos dónde se guarda algo tan valioso.
-Puede ser -admitió el de la pistola y, cruzando rápidamente la habitación, agarró a la duquesa del brazo y, atrayéndola hacia sí, apretó la pistola contra su cabeza-. Pero seguro que conocen a quien lo sabe, y me van a llevar hasta él si no quieren ver los sesos de su madre esparcidos por la habitación.
-¡No! -gritaron Thisbe y Kyria al unísono, dando un paso adelante, pero el más alto extendió el brazo y agarró a Kyria del brazo, deteniéndola.
-Quíteme las manos de encima, estúpido -dijo ásperamente la duquesa-. A menos que quiera meterse en un lío todavía mayor. Si cree que voy a ceder a sus amenazas...
El hombre dejó escapar un soplido desdeñoso.
-No hace falta, Alteza. Ellas lo harán por usted - señaló con la cabeza a sus hijas, que estaban al otro lado de la habitación, mirándolo con los ojos muy abiertos y las caras pálidas.
-Sólo mi padre puede entrar en la habitación - comenzó Kyria.

-¡Kyria! -exclamó la duquesa.
-Y no está -añadió Kyria-. Lo siento muchísimo, pero las llaves están guardadas bajo llave en su despacho. De modo que, como ven, es imposible.
-No lo es, si quieren que su madre viva -replicó el hombre, haciendo un gesto con la cabeza a su compañero, que seguía en silencio. Movió la pistola amenazadoramente sobre la sien de la duquesa-. Ahora, llévenme a ese despacho.

Capítulo 9

El hombre alto empujó a Kyria hacia la puerta, agarrándola del brazo. Tan extraña procesión recorriendo el pasillo no podía pasar inadvertida. Thisbe y Kyria se miraron, y ésta comprendió que su hermana estaba pensando lo mismo que ella. Kyria confiaba en que su padre no estuviera en su despacho.
—De todos modos, no sé para qué quieren esa vieja caja —comentó Thisbe, fingiéndose de nuevo estúpida—. Yo, personalmente, preferiría algo nuevo, ¿tú no, Kyria?
—Desde luego que sí —contestó Kyria, contenta de que Thisbe intentara distraer a los hombres.
—Cerrad el pico —gruñó el que sujetaba a la duquesa— . A mí qué me importa lo que penséis vosotras de la caja.
— Bueno, yo diría que la opinión de una mujer de gusto y alcurnia es inapreciable tratándose de un objeto artístico —contestó Kyria—. Sólo digo que es probable que les den más dinero por algo nuevo y más atractivo. Un collar de piedras preciosas, por ejemplo.
—Quiero la caja. Tengo órdenes —dijo él secamente.
— Sí, estoy segura de ello —dijo Kyria—. Confío en que su jefe le haya advertido...
— ¡Eh! —exclamó el hombre—, que yo no tengo jefe. Yo soy mi propio jefe, ¿sabes?
—¿Quiere decir que es a usted a quien le interesa la caja? —preguntó Thisbe con cara de pasmo.

— No, claro que no. Pero yo sólo trabajo para mí mismo, ¿sabes? Ese tipo tiene un encargo, y yo lo acepto. Somos iguales.

Kyria dejó escapar una risita.

—Lo dudo. ¿Cuánto le pagó? ¿Le dijo que, en ciertos círculos, esa caja valdría miles y miles de guineas? Tal vez incluso más —confiaba en que el hombre no notara que estaba contradiciendo lo que Thisbe y ella acababan de decir. A pesar de ello, deseaba calibrar la debilidad que advertía en el hombre de la pistola: el orgullo de ser su propio jefe—. Sospecho que va a pagarle una miseria y que piensa vender la caja por cientos, no, miles de veces lo que va a ofrecerle a usted. Y es usted el que corre con todos los riesgos.

Sus palabras fueron acogidas con un silencio hosco. Kyria tenía pocas esperanzas de poder convencer al hombre de que depusiera su actitud, pero confiaba en que sus cavilaciones lo distrajeran. El otro hombre, el que la sujetaba del brazo con fuerza, no parecía pensar en absoluto. En ese momento cruzaron un pasillo diagonal que llevaba al interior de la casa. Kyria miró automáticamente hacia el fondo y vio con horror que Con doblaba la esquina con una sonrisa en la cara y un bate de cricket en la mano. El muchacho se detuvo bruscamente al verlos. Kyria le lanzó una mirada feroz, suplicándole para sus adentros que comprendiera y corriera a pedir ayuda. Con, al parecer, captó el mensaje, pues dio media vuelta y dobló corriendo la esquina, desapareciendo de su vista. Sin embargo, el intruso que sujetaba Kyria profirió un gruñido y Kyria comprendió, asustada, que había visto a su hermano.

— ¡Hay un niño! —gritó, señalando con el dedo. Soltó el brazo de Kyria y echó a correr detrás de Con, pero su compañero lo detuvo con un gesto.

— ¡Chico! —gritó el de la pistola—. Ven aquí —hizo una pausa—. Si no vienes, apretaré el gatillo, y no volverás a ver a tu madre.

— ¡Constantine, te lo prohibo! —gritó la duquesa.

— ¡Tú cállate! —el hombre alzó la mano libre y abofeteó a la duquesa.

Kyria dejó escapar un gruñido y se acercó a él, alzando las manos como garras. El hombre alto la sujetó por los brazos, retirándola. El otro hundió los dedos en el pelo de la duquesa, atrayéndola hacia sí, y apretó la pistola contra su sien.

— Conque eres revoltosa, ¿eh? —dijo el de la cara chupada, mirando a Kyria—. Adelante, ven aquí, niña, y ella será la primera en morir —alzó la voz — . ¿Lo has oído, chaval? Si quieres ver a tu madre viva, ven aquí.

Kyria hundió las uñas en las palmas de sus manos con tanta fuerza que se hizo sangre. Permanecieron unos segundos en silencio, paralizados. Luego se oyó un ruido de pasos y todos se giraron para ver a Con caminando hacia ellos lentamente, con el bate de cricket todavía colgándole flojamente de la mano. Tenía los ojos enormes en la cara pálida, y parecía más pequeño que de costumbre. Alzó la mirada hacia el intruso mientras se acercaba, y las lágrimas inundaron sus ojos azulados.

—No va a hacerme daño, ¿verdad, señor?

Kyria, que nunca había oído a su hermano expresar la más mínima inquietud por su propia salud, sintió un arrebato de esperanza. Ella sabía algo que sus asaltantes ignoraban: que, allá donde estuviera Con, Alex no andaba muy lejos. Con un poco de suerte, habría permanecido detrás de Con, fuera de su vista, pero lo habría oído todo y habría ido a buscar ayuda.

—Tranquilo, tranquilo, Con —dijo Kyria dulcemente, sacándose un pañuelo del bolsillo e inclinándose sobre su hermano para enjugarle las lágrimas, ocultando así su cara momentáneamente de sus captores — . Estoy segura de que este señor no le hará nada a un niño pequeño.

Con, alzando la mirada hacia su cara, le lanzó una sonrisa conspirativa antes de volver a componer una expresión de terror y decir con voz temblorosa: — ¿Estás segura? Parece tan feroz...

— Sí, estoy segura. Haz lo que te dice y todo saldrá bien —puso la mano sobre el hombro de Con, apretándolo contra su costado, de modo que el bate de cricket quedó más o menos escondido entre sus faldas. A pesar de que los hombres ya habían visto el bate, Kyria pensó que era preferible mantenerlo alejado de su vista, por si acaso les daba por pensar en él y caían en la cuenta de que era un arma formidable.

El hombre alto la agarró del brazo con una mano y con la otra asió a Thisbe, y todos echaron a andar de nuevo por el pasillo. Con siguió gimoteando mientras avanzaban, fingió tropezarse y cayó una vez al suelo, retrasándolos aún más. Sin embargo, no pudieron evitar llegar finalmente al despacho. Kyria se sintió desolada cuando, al abrir la puerta, vio a su padre sentado tras el escritorio, hojeando unos papeles. Lo que era peor aún: el viejo lord Penhurst estaba también en la habitación, roncando en un sillón de orejas con el pañuelo sobre la cara. El duque alzó vagamente la mirada al oír la puerta, y se quedó pasmado. Abrió la boca para hablar, pero de su garganta sólo salió un gruñido. Penhurst resopló y se despertó, diciendo:

—¿Has dicho algo, Broughton? —se quitó el pañuelo de la cara y miró al grupo parado junto a la puerta—. ¡Cáspita! —el viejo se sentó más derecho y se inclinó hacia delante, golpeando con su bastón el suelo—. ¿Qué demonios significa esto? —se volvió hacia el duque—. Menudo despertar, Broughton.
—¿Qué...? ¿Por qué...? ¿Quiénes son ustedes? —farfulló el duque, poniéndose en pie con la cara del color de su camisa blanca almidonada—. Emmeline, ¿estás bien?
— Perfectamente —contestó su mujer con firmeza, a pesar de que la señal roja que tenía en la mejilla desmentía sus palabras.
— Quiero la caja —dijo el intruso, empujando a sus rehenes hacia el centro de la habitación y arrastrando a la duquesa con él hacia el duque—. O me da la caja, o su mujer pagará por ello.
— Dios mío —jadeó Broughton; su expresión, por lo general agradablemente absorta, se crispó mientras rodeaba el escritorio—. ¿Se atreve a ponerle la mano encima a mi esposa?
— ¡Quédese donde está! —el intruso apretó la pistola contra la sien de la duquesa—. Me atreveré a más, como no me dé lo que quiero —continuó—. ¿Dónde está su grandeza ahora, eh, duque?
— ¡Qué impertinencia! —exclamó lord Penhurst, subrayando su comentario con un golpe del bastón — . Echa a ese granuja, Broughton.
El de la pistola le lanzó una mirada iracunda al viejo y luego se volvió hacia el duque.
—¿Qué prefiere? ¿Va a darme la caja o quiere que use esto contra su esposa?
— ¡No cedas, Henry! —ordenó la duquesa—. Ya sabes que no soporto a los fanfarrones.
Su marido le lanzó una mirada angustiada.
— Emmeline..., no puedo permitir que te haga daño.
— Es una amenaza absurda —respondió la duquesa, girándose para mirar a su captor—. Si la lleva a cabo, perderá toda su ventaja. El único modo de conservarla es no dispararme, lo cual significa que, en realidad, su amenaza es inútil.
— ¡Si no se calla la boca, le pego un tiro ahora mismo! — gritó el hombre—. Y no crea que no soy capaz. Tengo otros tres a los que puedo usar para que el duque me dé la caja. ¿A cuántos cree que me dejará matar antes de dármela?
— ¡Basta! —ordenó Broughton — . Le daré la caja. Pero está en otra habitación —se volvió, regresó a su escritorio y abrió un cajón.

— ¡Quieto!—gritó el de la pistola.
— He de sacar las llaves —explicó Broughton juiciosamente, metiendo la mano en el cajón.
— Dixon —el de la pistola miró a su compañero y señaló con la cabeza el cajón.
Dixon soltó a Kyria y a Thisbe y se acercó rápidamente al duque. La mano izquierda del duque salió del cajón sujetando un manojo de llaves, pero, al empezar a sacar la otra mano, Dixon lo agarró de la muñeca y tiró de ella hacia abajo. Un abrecartas cayó de la mano del duque y resonó en el cajón abierto.
El duque suspiró y miró a su mujer tristemente. Kyria vio que la duquesa le sonreía dulcemente, con los ojos llenos de lágrimas.
— Henry...
Broughton se irguió e intentó acercarse a ella, pero Dixon lo agarró del brazo.
—Está bien, duque —dijo el de la pistola—. Ésa ha sido su última oportunidad. La próxima vez que intente algo, disparo. Después le tocará el turno a una de estas jovencitas... o tal vez al pequeño.
Al oír estas palabras, Con dejó escapar un chillido y se acercó corriendo a su madre, agarrándose a sus faldas.
— ¡Madre! ¡Por favor, no dejes que me haga daño!
Kyria notó que aún llevaba en la mano el bate de cricket. Tenía la sospecha de que estaba tramando algo, y confiaba en que no actuara precipitadamente. Su padre salió el primero, seguido por la duquesa, con Constantine a un lado y el hombre de la pistola al otro. El hombre se detuvo en la puerta y miró a los demás, que iban a su zaga. Se disponía a decir algo, pero de pronto se detuvo y lanzó una mirada irritada a lord Penhurst, que se había puesto en pie y estaba golpeando obstinadamente el bastón contra el suelo.
— ¡Maldito rufián! —gritó Penhurst, agitando amenazadoramente el bastón hacia él—. ¡Te veré en prisión!
El hombre de la pistola hizo un gesto brusco con la cabeza y dijo:
—Tráelos a todos.
Dixon miró a Thisbe, a Kyria y a lord Penhurst como s¡ su mente se hubiera obturado ante el problema de qué hacer con los tres. Acabó soltando a las mujeres y haciendo aspavientos, indicándoles que salieran de la habitación, como una granjera con un grupo de pollos.

Había poco que Kyria pudiera hacer por retrasar su avance, pues la sala de las colecciones del duque estaba justo junto a su despacho. Lord Penhurst, sin embargo, se las arregló muy bien, enredando con el bastón mientras soltaba una retahíla de invectivas contra sus captores.

—Los jóvenes de hoy en día no respetan nada — refunfuñaba—. En mis tiempos no nos andábamos con tonterías. Por cosas como ésta los habrían deportado. O colgado, con todo probabilidad. Que es exactamente lo que se merecen. Broughton, deberías tener más cuidado con quién dejas entrar en tu casa.

— Penhurst, eso no es justo —protestó el duque, parándose y dándose la vuelta para dirigirse al viejo, que iba a la zaga del grupo—. Yo no les pedí que vinieran.

— Mmm. Esto no hubiera sucedido cuando tu padre estaba vivo, eso es lo único que digo —replicó Penhurst—. Entonces sabíamos cómo tratar a los granujas. Tú eres demasiado tolerante, siempre lo has sido. Siempre ayudando a los trabajadores, siempre cediendo a sus demandas...

—Lord Penhurst —lo interrumpió la duquesa—, esto no tiene nada que ver con pagar un sueldo decente por una jornada de trabajo. En todo caso, refuerza mi convicción de que no es de extrañar que exista el crimen cuando a la gente se la trata injustamente. Quizá si este hombre, por muy despreciable que sea, hubiera tenido oportunidad de ganarse la vida honradamente para mantener a su familia...

— Yo no tengo familia —se sintió obligado a señalar Dixon.

—A mí no me venga con ésas —dijo el de la pistola, ofendido—. Yo no he tenido un solo trabajo honrado en toda mi vida.

—¿Lo veis? —lord Penhurst agitó su bastón — . Eso es lo que digo. Unos inútiles, todos ellos. Deberían meterlos en un barco y mandarlos a Australia.

Kyria intentó mirar a su alrededor. Le pareció ver que algo se movía junto a una puerta, al otro lado del pasillo, pero no se atrevió a mirar en esa dirección. El duque se detuvo frente a la puerta de la sala de su colección y se encorvó sobre el manojo de llaves, buscando despacio entre ellas. Kyria y Thisbe se detuvieron tras su madre y el captor detrás de ésta. Kyria advirtió que al hombre de la pistola le corrían gotas de sudor por la cara. Como apenas hacía calor, supuso que estaba más nervioso de lo que evidenciaba su bravuconería. El duque encontró al fin la llave y la introdujo en la cerradura. Abrió la puerta y entró seguido por los demás.

— ¡Madre mía! —exclamó el de la pistola al ver las vitrinas repletas de objetos antiguos, los jarrones, las estatuas y las diversas piezas de cerámica que cubrían las mesas de la habitación.

Kyria notó que su hermano pequeño se apartaba de su madre y que, deslizándose tras ella, se colocaba detrás del hombre de la pistola con el bate de cricket colgándole de la mano. El de la pistola, boquiabierto todavía por la profusión de objetos de la habitación, pareció no notar que Con se movía. Broughton cruzó la estancia y se acercó a la vitrina del fondo con la llave en la mano. De pronto se detuvo y miró fijamente la vitrina.

— ¡Dios mío!

—¿Qué? —el hombre de la pistola lo miró.

—No está —dijo Broughton, asombrado. Señaló la vitrina de cristal, en la que se veía un espacio vacío entre un collar colocado en una repisa y una pequeño jarrón—. ¡La caja ha desaparecido!

— ¡Qué! —exclamó el hombre de la pistola, soltando a la duquesa y adelantándose, presa de agitación — . ¿Qué dice? No intente tomarme el pelo... —agitó la pistola hacia el duque.

— ¡No lo intento! —no había nada de falso en la angustia y el temor que reflejaba la voz del padre de Kyria—. ¡Han robado el relicario!

El hombre de la pistola bajó la mano mientras miraba boquiabierto el lugar vacío de la vitrina. Con aprovechó ese momento para golpearlo, alzando el bate con todas sus fuerzas y descargándolo astutamente contra su brazo. El intruso dejó escapar un aullido de dolor y la pistola cayó de su mano y se disparó, rompiendo una de las lámparas de gas del otro lado de la estancia. El rufián dio media vuelta, profirió un chillido de rabia, agarró a Con, lo zarandeó un instante y luego lo arrojó a un lado. La duquesa gritó:

— ¡Con! —y corrió hacia su hijo.

Kyria se abalanzó sobre el hombre y empezó a golpearlo con brazos y piernas, mientras él intentaba quitársela de encima. Thisbe intentó ayudar a su hermana, pero Dixon la agarró del brazo. Lord Penhurst golpeó al hombre en los nudillos con el bastón, y Dixon profirió un grito de dolor, soltó a Thisbe y se volvió hacia el viejo con un gruñido. En ese momento, Rafe irrumpió en la habitación con una pistola en cada mano, seguido de Alex, armado con un atizador de hierro. Evaluando rápidamente la situación, Rafe se guardó una de las pistolas en el cinto y, dándole la vuelta a la otra, golpeó a Dixon en la cabeza con la culata. Hizo caer al hombre al suelo de una patada y a

continuación le asestó otro golpe con la culata de la pistola. Entonces se acercó a Kyria, que seguía luchando con el otro ladrón. Pero, antes de que pudiera llegar hasta ella, la duquesa se apartó de su hijo, se agachó para recoger el bate de cricket que Con había dejado caer, y, alzándose como un ángel vengador, con los ojos iluminados y salvajes, profirió un grito casi inhumano y, agitando el bate, golpeó al hombre en la cabeza con todas sus fuerzas. El hombre se desplomó como un árbol talado. La duquesa se irguió sobre él y lo miró, presa de furia.

— ¡Cómo se atreve a tocar a mi hija!

— ¡Emmeline! —Broughton se acercó corriendo a su mujer y la estrechó entre sus brazos — . Oh, gracias a Dios. ¡Qué miedo tenía de perderte! —miró por encima del hombro de su mujer y vio a su hija mayor, que había asido el objeto más cercano para utilizarlo como arma—. ¡Thisbe! ¡No! ¡El jarrón etrusco, no!

Hubo unos momentos de confusión mientras cada uno por su lado se aseguraban de que los demás estaban bien. Rafe cruzó la habitación en dos zancadas y tomó a Kyria en sus brazos. Ella cerró los brazos instintivamente alrededor de su cintura y se reclinó contra su pecho, cerrando los ojos, aliviada.

— Sabía que vendrías —musitó.

— Claro —contestó él, rozándole el pelo con los labios —. Menos mal que estaba Alex. ¿Estás bien?

Kyria asintió con la cabeza.

— Sí, estoy bien —sin embargo, no se apartó del refugio de sus brazos—. Era mi madre quien estaba en peligro. Y Con. ¡Con! —dejó escapar un gemido al recordar lo sucedido, y se giró para mirar a su hermano menor, que seguía tendido en el suelo, todavía ligeramente aturdido. Los otros miembros de la familia se habían reunido a su alrededor y la duquesa estaba arrodillada junto a él.

—Eres un héroe —le decía la duquesa a su hijo mientras le apartaba el pelo de la frente. Se giró, rodeó a Alex con el brazo y lo atrajo hacia sí—. Los dos lo sois.

—Es a ti a quien han hecho daño —dijo Broughton, extendiendo los brazos y ayudando a incorporarse a su mujer. Se giró y lanzó una mirada furibunda a los rufianes que permanecían inconscientes en el suelo—. ¡Cuando pienso que ese tipo te golpeó!

— Sobreviví —dijo la duquesa, sonriendo a su marido mientras le acariciaba la mejilla.

Un ruido de pasos cortó la conversación y, un instante después, una multitud de sirvientes alertados por el disparo irrumpió en la habitación. Unos segundos más tarde aparecieron los pocos invitados que quedaban en la casa. Kyria se dio cuenta de que seguía abrazada a Rafe y se apartó de él, avergonzada.

— Caramba —dijo el primo Albert suavemente, mirando a su alrededor—, ¿qué hacen esos hombres en el suelo?

—Esta casa es condenadamente rara —dijo con firmeza lord Penhurst—. Siempre lo ha sido. ¡Aquí no hay quien duerma! —después, dio media vuelta y salió arrastrando los pies, encorvado sobre su bastón.

Hubo exclamaciones y explicaciones, y el mayordomo mandó a un lacayo en busca de un trozo de cuerda para atar a los malhechores. Tardaron varios minutos en librarse de los invitados curiosos, y, cuando al fin lo consiguieron y pudieron cerrar la puerta, sus huéspedes indeseados empezaban a despertarse. Dixon dejó escapar un gruñido e intentó llevarse la mano a la cabeza, sólo para descubrir que estaba atado. Profirió otro gruñido y apoyó la cabeza en el suelo.

—Maldito seas, Sid —gimió—. ¿Por qué dejé que me metieras en esto? Salir de la ciudad no trae buena suerte. Te lo dije.

—Cállate —gruñó el hombre de la cara afilada—. El dinero bien que lo aceptaste.

—Creo que no os pagaron lo suficiente, ¿no os parece? — preguntó Rafe tranquilamente, y, cruzando la habitación, se agachó junto a los hombres. Agarró al de la pistola por los brazos, lo sentó y lo empujó contra la pared. Lo miró fijamente a los ojos y continuó con voz plana y dura—. Está bien, ¿quién os contrató?

El de la pistola dejó escapar un soplido de desdén.

—No voy a decir nada.

— Ahora no estás hablando con un caballero inglés, Sid. A mí no me gusta jugar limpio. Me gusta ocuparme de mis asuntos, pero tú te has puesto en medio de mi camino. ¿Entiendes lo que te digo? Puedes hablar ahora mismo, delante de un honesto y considerado duque, o puedes hablar más tarde... cuando estemos solos —se detuvo un momento y luego añadió con una leve sonrisa—. Y, créeme, acabarás diciéndomelo.

Algo en sus ojos pareció convencer a Sid de que hablaba en serio, pues el hombre hizo una mueca y, apartando la mirada de Rafe, dijo.
—No puedo decirle nada. No sé nada.
—Alguien te contrató. ¿Cómo se llamaba?
— No lo sé —Sid se encogió de hombros — . Estas cuerdas están muy apretadas.
—Y más que van a estarlo si no empiezas a contestar a mis preguntas.
— Yo no sé nada —la voz de Sid se convirtió en un gañido parecido al de su compañero—. No me dio ningún nombre. Sólo me dijo que quería que le hiciera un trabajito, y le dije que sí. Me pagó la mitad y dijo que me daría el resto cuando le llevara la caja.
—¿Qué te contó sobre la caja?
— Sólo que era pequeña y blanca, hecha de marfil o algo así, y que tenía una gran piedra negra en un lado.
—¿Qué aspecto tenía?
—No lo sé. El de un caballero como otro cualquiera. Un caballero extranjero.
—¿Extranjero?
— Hablaba raro —hizo una pausa y añadió — . No como usted. Parecía franchute o algo así.
—¿Era francés?
— ¡Y yo qué sé! Sólo era un extranjero. —¿Era moreno o rubio?
—Moreno, supongo. No presté mucha atención. Rafe hizo una mueca.
— No eres muy observador, ¿eh? No sé cómo te las habrías apañado para entregarle la caja al hombre adecuado — se volvió hacia el otro hombre—. ¿Y tú, Dixon? ¿Puedes decirme cómo era el hombre que os contrato?
El más alto lo miró con expresión bobalicona.
— Yo no vi a nadie, señor. Fue Sid quien me contrató. Le dije que esto acabaría mal. Salir de la ciudad sólo trae complicaciones.
Rafe lo observó un momento y luego se giró hacia Sid.
—Está bien. ¿Cómo os encontró?
— No sé a qué se refiere.
—No creo que el hombre que os contrató pusiera un anuncio en el periódico buscando un ladrón. ¿Cómo sabía que haríais el trabajo?
Oh. Le preguntó a Tommy, el tabernero, y Tommy le dijo que yo era el mejor.
—¿Qué tabernero? —El de El toro azul. —¿Dónde está eso?

— En Londres, ¿dónde va a estar? — Sid miró a Rafe como si éste fuera idiota.
—¿En qué parte de Londres?
—En Cheapside, junto a los muelles.
—¿Y fue allí donde te encontraste con el tipo que os pagó?
Sid asintió con la cabeza y el movimiento le produjo una mueca de dolor.
— Sí. Tommy me dijo que me pasara por allí, y ese tipo me estaba esperando.
Los Moreland habían presenciado atentamente el interrogatorio. Kyria se adelantó y dijo:
—¿Dónde tenía que encontrarse con él? Supongo que habrán fijado un encuentro para que le entregue la caja.
La mirada de Sid se deslizó sobre Kyria y sus labios empezaron a curvarse para emitir un soplido de burla, pero el hombre fijó entonces sus ojos en Rafe, que lo estaba mirando con fijeza, y, tragándose el soplido, contestó:
— Ibamos a encontrarnos mañana por la noche, cuando volviera a la ciudad. En El toro azul.
Kyria se volvió hacia Rafe.
— Podríamos ir allí. Podríamos cortarle el paso y averiguar quién es.
Rafe asintió con la cabeza y se levantó.
— Me temo que por ahora no vamos a sacarle nada más —miró al hombre un momento y añadió — . Puede que luego tenga otra pequeña charla con él, pero por ahora creo que Smeggars puede encerrarlo. ¿Tenéis alguna mazmorra a mano?
Sid y su compañero palidecieron. Kyria sonrió.
— Sólo la bodega, pero supongo que servirá. Broughton llamó a los sirvientes y Smeggars regresó con varios lacayos para llevarse a los malhechores al sótano. En cuanto salieron de la habitación, Kyria se volvió hacia Rafe, presa de excitación.
— Podemos tomar el tren de mañana a Londres. Luego, por la noche, iremos a El toro azul y...
—No, espera un momento —dijo Rafe—. Tú no puedes ir a un sitio así.
—¿Por qué no? —contestó Kyria.
—Para empezar, porque todo el mundo se fijaría en ti —dijo Rafe—. Las mujeres como tú no frecuentan sitios como El toro azul.
—Llevaré un disfraz —dijo Kyria con decisión.

—Espera, espera un minuto —intervino el duque—. ¿No estás olvidando, querida mía, que hay un problema más inmediato?
—¿Cuál? —Kyria se volvió hacia él, sorprendida.
—Que el relicario ha desaparecido —señaló Broughton.
— ¡Qué! —Rafe alzó las cejas y miró fijamente al duque.
— Oh —el entusiasmo de Kyria se desinfló—. Es cierto. La caja no está.
Todos se volvieron hacia la vitrina abierta, en la que ahora sólo quedaba un espacio vacío donde antes había estado la caja, entre un jarrón y un collar.
—¿Cómo es posible que haya desaparecido? —preguntó Rafe, acercándose a la vitrina.
— No lo sé. Me quedé de una pieza cuando fui a abrir la vitrina y vi que no estaba. No sé qué ha podido pasar. La vitrina estaba cerrada con llave, y la puerta de la habitación también.
—¿Quieres decir que no sabes dónde está? —preguntó la duquesa, sorprendida—. Pensaba que estabas haciéndote el tonto delante de ese hombre. Creía que la habías cambiado de sitio.
Broughton sacudió la cabeza, compungido.
—No. Ha desaparecido.
Se miraron los unos a los otros, consternados. Con alzó la mano tímidamente.
—No, señor —dijo con una vocecilla débil—, no ha desaparecido. Yo sé dónde está.
—¿Tú? —exclamó la duquesa, y todos se giraron para mirar a Con.
— Bueno, ¿y dónde está? —preguntó Kyria al ver que Con no decía nada.
El pequeño dijo por fin, avergonzado:
— En nuestro cuarto —un silencio asombrado acogió su confesión. Rápidamente añadió — . No sabía que ibais a necesitarla.
—Pero... ¿cómo? ¿Por qué? —preguntó Kyria finalmente, estremeciéndose al pensar que un objeto tan valioso estuviera en el cuarto de sus hermanos, entre las pelotas, los bates y las jaulas de los animales.
—Era un rompecabezas —dijo Con sencillamente.
— Ah —dijo Kyria, y los miembros de su familia asintieron, comprensivos. Todos conocían la afición de Con por los rompecabezas.
— Pensé que encontraría el modo de abrirla si la miraba despacio —hizo una pausa y miró alrededor.
Thisbe se irguió. Algo en el tono de su hermano parecía haberla alertado.
—¿Y lo conseguiste?

Él asintió con la cabeza.
-Sí.
Su anuncio fue acogido con una algarabía. Fue la voz de Rafe la que finalmente se alzó sobre las demás.
—Bueno, muchacho, ve a por ella, y enséñanoslo.
Con salió corriendo con Alex tras él, y volvió unos minutos después llevando la caja de marfil. Su padre se la quitó y la revisó cuidadosamente.
—No le he hecho nada —protestó Con.
— Está bien —dijo el duque, dejando la caja sobre la mesa—. Ahora, enséñanos cómo la abriste.
— Miré y miré la caja —comenzó Con, disfrutando del interés que despertaba—. Pensaba que la clave tenía que estar en los bajorrelieves, en alguna parte, porque era fácil esconder una rendija entre tantas líneas. Así que saqué mi lupa y la miré por todos lados. Y, claro, encontré algo. Sólo que no era una raya: era un agujero. Dos agujeros, para ser exacto —señaló con el dedo uno de los bajorrelieves, justo encima del diamante — . Lo que hay que hacer es meter un alambre en esos dos agujeros — sacó del bolsillo de su chaqueta dos alambres cortos y finos y los insertó en los agujeritos ocultos entre los bajorrelieves. Luego giró suavemente los alambres hasta que, al fin, se oyó un suave clic—. Ya está abierta. Ahora hay que subir la tapa —puso los pulgares a ambos lados de los agujeros, empujó y la tapa curvada se alzó.
Todos se inclinaron hacia delante para ver qué había dentro. Kyria contuvo la respiración.
Dentro de la caja había un pedazo de tela púrpura, descolorida y deshilachada. Entre la trama púrpura brillaban hilos dorados, y en el fondo de la caja había varias gemas sueltas. En un borde de la tela había una curva bordada en oro que parecía formar parte de una letra.
—Dios mío —musitó Rafe—. El estandarte de batalla de Constantino.

Capítulo 10

—¿Eso es? —preguntó Alex—. Es lo que Con y yo pensamos esta mañana, cuando abrió la caja, pero no estábamos seguros.

— Encaja con la descripción, desde luego —dijo Kyria—. Supongo que no podemos estar seguros, pero a mí me parece muy probable.

—Es asombroso que la tela se haya conservado tanto tiempo, ¿verdad? —comentó la duquesa, inclinándose para observar el tejido.

—Algunos lo considerarían un verdadero milagro — dijo Rafe.

—Parece raro, pero, por otra parte, también están las momias de Egipto.

— Pero esas momias recibían un tratamiento especial.

— Cierto, aunque el clima árido también ayudó. Y este trozo de tela ha estado en una caja sellada, de modo que le llegaba muy poco aire —dijo Broughton—. Y no sabemos dónde ha estado escondido todos estos años. Tal vez haya sido en un clima muy seco.

— En cualquier caso, creo que es bastante probable que sea el santo estandarte del que nos habló el doctor Jennings —dijo Kyria—. O eso o es una falsificación muy bien conseguida. Creo que deberíamos intentar averiguar algo sobre esto, ¿no?

— Sí, querida mía, tienes mucha razón —dijo su padre—. Creo que se impone un viaje a Londres. Deberías enseñarle esto a Ashcombe. Y creo que también deberías hablar con alguien del Museo Británico.

—En mi opinión, está claro que esta caja es peligrosa —señaló Rafe—. Después de lo sucedido esta tarde, sería una estupidez no asumir que el señor Kousoulous fue asesinado por alguien que ambicionaba esta caja. Y que probablemente todavía sigue tras ella. El alguacil puede encerrar a los dos tipos que entraron en la casa, pero eso no detendrá a quienes los contrató para que robaran la caja. Esa persona encontrará a otro que haga el trabajo sucio, o lo hará él mismo.

—Por eso tenemos que averiguar quién es y detenerlo —dijo Kyria.

—Pero ¿cómo vais a hacer eso? —preguntó Thisbe—. No sabéis quién contrató a esos tipos.

— No, pero está esa taberna en la que iban a encontrarse. Podemos ir allí y ver quién aparece. Y está el señor Habib, que parecía ansioso por comprar el relicario. Creo que es muy posible que él tenga algo que ver en todo esto. El sabía que la caja estaba aquí.

—Pero, Kyria, querida, no me gusta la idea de que te mezcles en este asunto —comenzó a decir la duquesa, frunciendo el ceño—. Podrías correr peligros aún mayores.
—Por eso voy a ir con ella a Londres —dijo Rafe con firmeza.
Esta vez, Kyria no se opuso a que Rafe la acompañara.
—Cuando lleguemos a Londres, Reed también estará allí. Y les diremos a los sirvientes que permanezcan alerta para que nadie entre en la casa —Kyria hizo una pausa y añadió—. Además, esa gente, sea quien sea, pensará que la caja sigue aquí, al menos durante algún tiempo. Si alguien corre peligro sois vosotros por quedaros aquí, en Broughton Park.— ¡Con y yo también podemos ir! —exclamó Alex con entusiasmo—. Podemos ayudaros.
— Desde luego que no —dijo su madre con firmeza. —Pero ¿por qué no? — preguntó Con — . No tenemos preceptor, así que...
— Lo tendréis dentro de poco —replicó la duquesa—. Ya he escrito a una agencia y les he dicho que busquen nuevos candidatos. Mientras tanto, podéis seguir estudiando con Thisbe y Damián.
—Pero el señor Mclntyre nos ha enseñado muchísimas cosas y...
—El señor Mclntyre ha sido muy amable, pero ése no es su trabajo. Y no voy a permitir que vosotros dos también os pongáis en peligro. Ya es suficiente con que vaya Kyria.
— ¡Pero nosotros podemos ayudar! —protestó Alex—. Hoy hemos ayudado, ¿no? Y Con es quien descubrió el secreto de la caja.
— Además —señaló su hermano gemelo — , Kyria acaba de decir que pensarán que la caja está aquí, en Broughton Park, así que en realidad corremos más peligro si nos quedamos aquí que si vamos a Londres con Kyria.
Los gemelos siguieron suplicando, pero su madre se mantuvo inflexible. El duque devolvió al relicario a su lugar en la vitrina y cerró ésta con llave, y todos comenzaron a salir de la habitación. Kyria se encaminó hacia su cuarto con intención de avisar a su doncella para que empezara a hacer el equipaje, pero Rafe se adelantó y, posando la mano sobre su brazo, la detuvo.
—Quería hablar contigo —dijo con expresión grave—. A pesar de lo que le has dicho a tu madre, creo que esto será peligroso. Si nos mezclamos en este asunto, esos tipos sabrán que estamos en Londres y posiblemente imaginarán que la caja también.

Kyria suspiró, segura de que Rafe iba a intentar disuadirla de que fuera a Londres, o, al menos, de que tomara parte en las pesquisas. Él le aseguraría que se encargaría de todo y que ella no tenía que preocuparse. Kyria había oído cosas parecidas en boca de sus admiradores cuando quería hacer algo o ir a alguna parte que no se consideraba adecuada para una dama. Podría haber dicho las palabras por él: «Una dama de su clase no sabe, y, en realidad, es preferible que no sepa las cosas que pueden pasarle a una mujer en tal o cual situación».

Cruzó los brazos y aguardó oír aquellas palabras en boca de Rafe, lamentando haber mostrado tanta alegría cuando él irrumpió en la habitación para ayudarlos. Había sido un error reconocer que deseaba que acudiera en su auxilio. Los hombres tendían a tomar esa clase de cosas como una señal de que las mujeres no podían hacerse cargo de situaciones comprometidas.

—Así que he pensado que es conveniente que lleves un arma —continuó él. Sus palabras estaban tal alejadas de lo que Kyria esperaba oír, que se quedó mirándolo pasmada un momento, muda de asombro—. ¿Has disparado alguna vez?

—No —reconoció Kyria, todavía algo confusa.

— Puedo enseñarte esta tarde, si quieres. Creo que será mejor que lleves el revólver pequeño durante el viaje. No es de gran ayuda a cierta distancia, pero es ligero y fácil de llevar en el bolsillo o en el bolso. Y apuntar no tiene mucho sentido. Sólo tienes que señalar hacia el centro y disparar. Pero, dentro de la casa, creo que conviene que tengas cerca una de calibre 45, por si entra algún intruso. Podemos practicar esta tarde —se detuvo y la miró con sorpresa—. ¿Por qué sonríes?

Kyria sacudió la cabeza.

—Por nada. Es sólo que... que no esperaba que dijeras eso. Ningún hombre se había ofrecido a darme un arma. Él sonrió.

— Bueno, posiblemente en las fiestas de Londres no hace falta.

— No, pero sé por experiencia que la mayoría de los hombres habrían dicho que sería mucho mejor que, sencillamente, me quedara en casa.

Él se echó a reír.

— Oh, pero eso sena una estupidez. ¿Cómo iba a conseguir, entonces, irme contigo a Londres?

— Entonces, ¿no intentarás persuadirme de que no vaya contigo a esa taberna mañana por la noche? —preguntó Kyria.

—Oh... En cuanto a eso, no sé. Esa taberna podría ser peligrosa.
— Puedo llevar mi pistola —dijo Kyria.
—No sé si con eso será suficiente. Sospecho que ese tugurio estará lleno de asesinos y ladrones. No me gustaría que tuviéramos que abrirnos pasos a balazos para escapar de allí. Pero eso no es lo peor. Una mujer como tú en un lugar así podría ser una señal inequívoca de que pasa algo raro.
Kyria lo miró entornando los ojos.
—Como si tú no estuvieras tan fuera de lugar como yo en un sitio como ése.
Él se encogió de hombros.
— Puede que tenga que ensuciarme un poco, buscar algo de ropa vieja —sonrió—. Puedo presentar un aspecto bastante lamentable.
—Yo también puedo disfrazarme —replicó Kyria.
—Las mujeres no van a sitios así.
—Iré como una mujer de mala vida.
Una imagen de Kyria con un vestido escotado y los pechos rebosándole sobre la tela cruzó la mente de Rafe. Apartó la mirada rápidamente para que ella advirtiera en su cara lo que estaba pensando.
— Preferiría no tener que quitarte de encima a los clientes, si no te importa —dijo secamente.
—Y yo preferiría que no me dejaras fuera de esto — contestó Kyria con firmeza—. Tengo tantas razones como tú para desear averiguar quién es ese hombre... Más, en realidad, puesto que el relicario me lo mandaron a mí — Kyria suspiró.
Por un momento, al ofrecerse Rafe a enseñarle a disparar en lugar de exigirle que se quitara de en medio, había tenido la esperanza de que él fuera distinto a los demás hombres, de que no quisiera envolverla en algodones y protegerla sin embargo, de pronto parecía que eso era justo lo que iba a hacer, intentando embaucarla para que no participara en la investigación. Sin duda Reed y él idearían alguna artimaña para salir de la casa a hurtadillas, sin ella, e ir solos a la taberna. Estaba preguntándose cómo podía impedirlo cuando Rafe suspiró y dijo:
— Supongo que tendremos que buscar algún otro modo de hacerlo. Quizá podamos tomar un coche de alquiler y apostarnos fuera de la taberna, a ver quién entra y quién sale. Naturalmente, no habrá mucha luz, pero quizá logremos ver a alguien con pinta de extranjero. Todo dependerá de lo estrecha que sea la calle, claro.

Kyria sonrió. Quizá Rafe no fuera como los demás hombres, después de todo.
—Podría vestirme de hombre —sugirió.
Él soltó un gruñido.
—Tú no puedes pasar por un hombre.
—Claro que puedo. Por un chico joven. Soy bastante alta, y puedo ponerme ropa de Theo, de cuando era pequeño. Una chaqueta de tweed disimula mucho.
— No con tus andares —señaló Rafe. Continuaron charlando amigablemente mientras se dirigían a la habitación de Rafe para recoger un juego de pistolas y un poco de munición. Cruzaron el jardín y bajaron hasta el prado donde Rafe había llevado a los gemelos para darles una lección de física aplicada con ayuda de un rifle. Rafe colocó las latas que había usado días antes y que seguían tiradas junto a una gran peña, y le explicó a Kyria cómo se cargaba el revólver. Después le enseñó a apuntar, amartillar y disparar la pistola. Hizo una demostración para ella, haciendo volar las latas de la roca con cuatro disparos seguidos. Kyria lo miraba con los ojos como platos, pero se limitó a decir:
—Abusón...
Él sonrió.
—Bueno, querida, tenía que enseñarte mis credenciales como profesor, ¿no crees? —Rafe colocó de nuevo las latas y le tendió la pistola por la culata. Luego se situó a su lado—. Está bien, ahora alza el brazo y apunta. Conviene que agarres la pistola con las dos manos. Tiene un poco de retroceso.
Se acercó más a ella mientras hablaba y, colocando la mano bajo el brazo de Kyria para sujetarlo, posó la otra mano levemente sobre sus ríñones. Kyria sintió de inmediato su contacto. Notó su olor y sintió su cálido aliento en la mejilla cuando él se inclinó un poco más hacia ella para inspeccionar el cañón del arma. Era eso, pensó, y no el peso de la pistola, lo que la hacía temblar. Se preguntaba si él estaría pensando, igual que ella, en aquella tarde en la posada, si el hecho de estar tan cerca surtía sobre él el mismo efecto que sobre ella.
—Está bien, ahora aprieta el gatillo, no tires de él — dijo Rafe.
Kyria tragó saliva, intentó concentrarse y apretó el gatillo. Su mano se elevó, impulsada por la fuerza de la pistola, sobresaltándola. Miró las dianas. La bala no había alcanzado ninguna. Rafe se echó a reír suavemente al ver su expresión desolada.

— No te preocupes. Pronto les darás a todas. ¿Has notado ese tirón? Tienes que estar preparada. Por eso es bueno sujetarse el brazo con la otra mano. Ahora, respira hondo y expira y luego aprieta el gatillo...

Poco después, al hacer volar una de las latas, Kyria profirió un grito de alegría. Siguieron practicando un rato, hasta que Rafe se dio por satisfecho con sus progresos, y regresaron a casa. Parecía un poco irreal, pensaba ella, regresar a su casa con aquel hombre en un áspero día de otoño, portando los revólveres que habían estado disparando. Se preguntaba cuándo acabaría todo aquello. ¿Volvería él a América? Kyria sintió una aguda punzada de dolor al pensar que tal vez no volvieran a verse. Alzó la mirada hacia él. Parecía imposible, pensó, que Rafe desapareciera de su vida. Rafe se giró, sintiendo al parecer sus ojos clavados en él, y le sonrió, haciendo que Kyria se sonrojara y desviara los ojos.

Se separaron ante la puerta del cuarto de Kyria, y Rafe le obligó a tomar el pequeño revólver para que lo llevara consigo cuando partieran al día siguiente. Kyria pasó el resto del día haciendo el equipaje. Esa noche, ya tarde, antes de desvestirse y meterse en la cama, bajó al despacho de su padre y sacó la llave de la sala de las colecciones. Era una idiotez, se dijo, revisar de nuevo el relicario, pero sabía que no podría dormir hasta que se cerciorara de que estaba a buen recaudo, en su sitio. Abrió la puerta y se acercó a la vitrina. Se quedó mirando un momento su interior. La caja estaba a salvo, en el lugar exacto donde debía estar. No había necesidad de sacarla. Sin embargo, Kyria se dio cuenta de que deseaba sostenerla en sus manos. Aquella extraña sensación que parecía hacerse más fuerte cada vez que contemplaba la caja.

Finalmente abrió la puerta, tomó el relicario y lo sostuvo durante unos minutos, trazando con los dedos, acariciadoramente, el dibujo de los bajorrelieves y la forma del diamante. Había algo en la piedra que la apaciguaba, que la atraía, y se sentía extrañamente reacia a apartarse de ella. Por fin, sin embargo, volvió a dejar el relicario en la vitrina y cerró ésta, dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta con llave.

Más tarde, arriba, en su dormitorio, dejó que Joan la ayudara a desvestirse y le cepillara el pelo. Después, anudándose la bata, sacó un cuaderno de dibujo y un lápiz de uno de sus cajones y se sentó en una confortable butaca junto a la ventana. Deseaba plasmar sobre el papel, antes de que se le olvidara, un diseño que había estado agitándose al fondo de su conciencia mientras su

doncella le cepillaba el pelo. Trazó una larga curva hacia arriba, siguió a partir de su extremo hacia abajo y enroscó la línea sobre sí misma como una caracola. Un rápido trazo hacia arriba en el centro la dividió en dos mitades. Concluyó sombreando suavemente algunas partes. Observó un momento el diseño y luego comenzó a dibujar un collar. Sería de oro, pensó. Una sarta de aquellos símbolos, cada uno unido al siguiente. Quizás unos pendientes, con la misma figura grabada sobre cuadrados de oro. Sus dedos añadieron hábilmente pequeñas cuentas que pendían de la parte inferior de cada cuadrado.

Todo tenía cierto aire clásico, pensó. Le recordaba a las joyas antiguas que coleccionaba su padre, a pesar de que no recordaba ninguna con ese diseño en particular. Ladeó la cabeza, pensativa. Sólo cierta clase de vestido quedaría bien con aquellas joyas... Pasó a una nueva página y comenzó a esbozar un vestido. Sus dedos se movían rápidamente sobre el papel. Sonreía mientras dibujaba. Se imaginaba lo que diría su madre sobre su frívola naturaleza: ¡dibujar vestidos después de todo lo sucedido ese día! Pero dibujar le calmaba los nervios, y el resultado le complacía.

Mientras dibujaba, su mente vagó de nuevo hasta el recuerdo de Rafe, y su sonrisa se hizo más amplia. Se habría sorprendido de haber podido ver cómo se suavizaba su rostro y se iluminaban sus ojos. Rafe no era como había imaginado al encontrarse con él por vez primera. Le excitaba la idea de ir con él a Londres a hacer averiguaciones sobre el relicario, y era consciente de que esa excitación se debía sólo en parte a la investigación.

Se levantó con una leve sonrisa aún en los labios y guardó el cuaderno de dibujo en una de sus maletas. Pasara lo que pasase, pensó mientras se quitaba la bata y la dejaba a los pies de la cama, aquel viaje prometía ser interesante.

Las antorchas que flanqueaban las paredes proyectaban un resplandor dorado y movedizo sobre los bloques de piedra de color arena e iluminaban los costados de los hombres que había frente a ella. Aquellos hombres caminaban con paso mesurado, y ella los seguía dócilmente. No podía ver sus caras, sino sólo sus espaldas, cubiertas con ropajes blancos. Grandes brazaletes de oro le ceñían los brazos, tirando de ellos hacia abajo, y en la cabeza sentía el peso de un tocado. Podía sentir el olor empalagoso del incienso, que hacía que le escocieran los ojos. La noche anterior no había podido dormir. Estaba tan emocionada, tan asustada... Ahora había llegado el momento, y el miedo atenazaba gélidamente su estómago, difundiéndose por su pecho.

Casi había llegado el momento...

Los ojos de Kyria se abrieron de repente. Se quedó tendida un momento, presa del pánico, sintiendo que la respiración le raspaba la garganta. Su cerebro tardó unos segundos en reaccionar. ¡Qué sueño tan estrafalario y, sin embargo, tan extrañamente familiar...! Había soñado antes lo mismo, o algo muy parecido, aunque no pudiera acordarse con exactitud. Había ese olor penetrante y el parpadeo de las luces y... el miedo.

Se estremeció levemente y se arrebujó entre las mantas, que había apartado un poco sin darse cuenta. Suponía que la causa de aquel extraño sueño eran los nervios, el exceso de furia y temor producido por los sucesos de aquel día. Aun así, resultaba perturbador. No tenía sentido. Ignoraba dónde transcurría el sueño, cuál era su papel y quiénes eran aquellos hombres sin rostro.

Acurrucándose un poco más en la cama, intentó quitarse aquel sueño de la cabeza. Pero transcurrió mucho tiempo antes de que lograra dormirse.

Kyria y Rafe tomaron el tren a la mañana siguiente. Los gemelos habían persuadido a su madre para que les dejara ir al pueblo con ellos, y subieron al tren para echarle un vistazo al compartimento antes de que Kyria finalmente los echara y los mandara de vuelta con el cochero, que los estaba esperando en el andén.

Kyria no se olvidaba ni un instante del pequeño revólver que llevaba guardado en el bolsito de tela, ni de la maleta que llevaba Rafe, dentro de la cual viajaba el preciado relicario. Ella misma lo había guardado esa mañana y, durante el trayecto en carruaje hasta el pueblo, había abierto la maleta para echarle un vistazo a la caja. Sentía deseos de abrirla otra vez, pero se contenía. Sabía que era absurdo mostrar un interés excesivo por la maleta. Tendría que contentarse con saber que estaba a buen recaudo guardada entre las piernas de Rafe y el tabique del tren, y que Rafe llevaba un revólver bajo la levita.

Miró por la ventana mientras el tren empezaba a alejarse de la estación haciendo sonar su silbato. El cochero y los gemelos ya se habían ido. Ella volvió a recostarse en su asiento.

— He estado pensando en lo de esta noche —comenzó—. Lo mejor es que me disfrace como una vieja borracha para entrar en la taberna.

—¿Ah, sí? —Rafe la miró con interés — . Creía que ibas a ir de muchacho.

—Me he dado cuenta de que tiene sus inconvenientes. Aunque me ensuciara la cara, seguiría pareciendo demasiado joven y también, en fin, un poco

afeminado ¿no crees? Quiero decir que podría pasar por un chico, pero no por uno de los que frecuentan esa clase de establecimientos.
—En eso tienes razón —convino Rafe.
— Y, como tú decías, si fuera disfrazada como una mujer de la calle, podrían presentarse toda clase de complicaciones. Pero ¿quién se fija en una vieja borracha? — preguntó Kyria con satisfacción — . Me pondré ropa vieja y sucia. Me ensuciaré el pelo y la cara y me pondré un gorro. Y puedo ennegrecerme un par de dientes. Alex lo hizo una vez para gastarle una broma a Olivia, así que sé cómo hacerlo.
— Creo que lo mejor sería que esperáramos en el carruaje y vigiláramos la taberna.
— Pero entonces sólo veríamos quién entra y quién sale. ¿Y si nuestro hombre está dentro cuando lleguemos? Y, además, ¿no levantaría sospechas que hubiera un coche parado delante de la taberna? Apuesto a que no es la clase de establecimiento al que se llega en cabriolé.
—Puede ser, pero es mucho mejor que llevarte allí dentro y que alguien descubra tu disfraz.
—No lo descubrirán —dijo ella—. Me disfrazaré de tal modo que ni siquiera tú me reconocerás. Me acercaré a tu mesa y te suplicaré una copa, y luego, al cabo de un rato, fingiré que me quedo dormida.
La boca de Rafe se curvó en una sonrisa.
—Lo tienes todo pensado.
Siguieron debatiendo las ventajas de su plan durante unos minutos, y después guardaron silencio. Acunada por el traqueteo del tren, Kyria empezó a quedarse dormida. No había dormido bien la noche anterior. Después de aquella extraña pesadilla, le había costado largo rato conciliar el sueño. Sus ojos acababan de cerrarse cuando la despertó la puerta del vagón, que se abrió con estruendo, dejando paso a un revisor que pasó corriendo. Justo antes de que llegara a la puerta del fondo del vagón, ésta se abrió y otro hombre uniformado apareció en ella y empezó a hablar excitadamente con el otro.
Kyria miró extrañada a Rafe. Él se encogió de hombros, se levantó y, acercándose a la puerta abierta de su compartimento, se asomó al pasillo. Una extraña expresión cruzó su cara cuando se volvió hacia Kyria.
— Hablaba muy deprisa, pero creo que ha dicho que han pillado a un par de crios sin billete en el coche de los caballos, haciéndose pasar por mozos de cuadra.

— ¡Los gemelos! —Kyria se levantó de un salto — . No debía dejar que nos acompañaran a la estación.

Kyria y Rafe recogieron su maleta y siguieron al revisor hasta el coche de los caballos, donde un grupo de mozos de cuadra se había reunido alrededor de un hombre enjuto, ataviado con uniforme de ferroviario, el cual sujetaba por el cuello de la camisa a dos muchachos que, vestidos con camisas y pantalones bastos y con la cara manchada por unos cuantos artísticos tiznajos, hablaban juiciosa y prolijamente con él.

Los polizones eran, en efecto, los gemelos, y al cabo de unos minutos de explicaciones con el revisor y del pago de sendos billetes, y tras disculparse por las molestias que pudieran haber causado, Kyria y Rafe regresaron a su compartimento con los niños a la zaga.

— Deberíamos bajarnos en la próxima estación y tomar el siguiente tren de vuelta a Broughton Park. Os estaría bien empleado —les dijo Kyria ásperamente.

— Pero tenéis que estar en Londres esta noche —señaló Con — . Si nos lleváis a casa, perderéis la oportunidad de pescar al tipo que contrató a esos ladrones.

—Además, podemos ayudaros —dijo Alex —. Mira cómo nos metimos en el tren sin que nadie se enterara.

— Sí, hay que reconocer que sois muy escurridizos — reconoció Rafe, sonriendo—. Lo que no sé es si estáis practicando para ser sabuesos o para delincuentes.

Kyria suspiró.

— Es un milagro que no me hayan salido canas de los disgustos que me dais —suspiró de nuevo y se sentó—. Ahora poneos vuestra ropa y lavaos la cara y las manos. Enviaré un telegrama a casa en la siguiente estación para decirles que estáis con nosotros —los gemelos sonrieron y se encaminaron al aseo para lavarse. Kyria miró a Rafe y sacudió la cabeza—. Ojalá pudiera mandarlos a casa inmediatamente. Pero me temo que, salvo el jefe de mozos, ninguno de los sirvientes es capaz de meterlos en cintura. Tendremos que quedarnos con ellos hasta que mi madre pueda enviar a Jenkins a recogerlos. Estoy segura de que lo sabían, los muy granujas —hizo una mueca mirando a Rafe — . Oh, deja de sonreír. Eres peor que Theo. Tú siempre les animas.

— Su ingenio es admirable.

Kyria apretó los labios, intentando parecer severa, pero finalmente se echó a reír.

— Sea como fuere, pienso dejarlos al cuidado del mozo más fornido y veloz hasta que llegue Jenkins.

El resto del viaje transcurrió sin incidentes, aunque en Paddington Station Con se despistó unos minutos al ver a un organillero con un mono.

Fueron recibidos en la estación por el segundo cochero, que se había quedado en Londres junto con el escaso servicio que residía en su casa de la ciudad cuando la familia se hallaba en Broughton Park. A Kyria le extrañó que Reed no fuera a recibirlos, y el cochero le explicó que su hermano había partido hacia Liverpool en viaje de negocios unos días antes. Kyria se sintió un tanto contrariada por la noticia, pero se rehizo rápidamente. Estaba segura de que Rafe y ella podían ocuparse del asunto del relicario.

Por cuestiones de decoro, Rafe se ofreció a tomar una habitación en un hotel, pero Kyria desdeñó su sugerencia diciendo que los gemelos y los sirvientes de la casa harían sobradamente las veces de carabina. En realidad, no le gustaba la idea de estar en Broughton House sin Rafe.

Cuando llegaron a Broughton House, una sólida mansión georgiana de ladrillo rojo, Kyria llevó el relicario al despacho de su padre y lo guardó en la caja fuerte empotrada de la pared. Después habló con Phipps, su mayordomo en Londres, y le preguntó por el extranjero que le había llevado el relicario.

Su corazonada de que Kousoulous había visitado su casa de Londres resultó acertada, pues tanto Phipps como el lacayo que había abierto la puerta al extranjero recordaban bien su visita. Kousoulous hablaba en un inglés entrecortado, apenas comprensible, pero ambos estaban de acuerdo en que había preguntado específicamente por ella.

— ¡Qué descaro! —añadió el lacayo—. No llamarla ni siquiera «señorita» o «señora»...

— Un impertinente —dijo Phipps—. Le dije que preguntara por usted en Broughton Park. Espero haber hecho lo conecto.

— Sí, desde luego —Kyria no podía evitar pensar que, de haber estado ella allí, aquel pobre hombre no habría muerto.

Kyria eligió a un lacayo llamado Denby para vigilar a los gemelos. Era lo bastante joven y robusto como para correr tras ellos, y sus brazos fornidos parecían capaces de levantar a un gemelo en cada mano. Su único defecto era

una naturaleza plácida que tal vez le indujera a pasar por alto las travesuras de los gemelos.

Recordándoles a los niños que regresarían a Broughton Park en cuanto Jenkins fuera a recogerlos, Kyria los dejó en manos de Denby. Los gemelos protestaron, pero cedieron al fin cuando Kyria les dijo que podían ayudarla a disfrazarse para su incursión de esa noche en la taberna del puerto.

Esa noche, cuando Kyria bajó las escaleras ataviada para su aventura, Rafe se quedó pasmado. Mientras ella se vestía, había estado intentando inventar una excusa para dejarla en casa. No deseaba que corriera peligro alguno, y entrar en un tugurio como sin duda resultaría ser El toro azul podía convertirse en la situación más peligrosa que pudiera imaginar.

Pero cuando Kyria entró en el cuarto de estar, Rafe se puso inconscientemente en pie, boquiabierto de asombro. En lugar de Kyria vio a una anciana encorvada y sucia, varios centímetros más baja que ella y mucho más vieja. Un pañuelo grasiento cubría su cabeza, tapando en parte una maraña de pelo marrón, espolvoreado de blanco, deslustrado y sucio. El mismo pañuelo cubría parte de su frente, y bajo él la piel blanca como la leche de Kyria, salpicada aquí y allá de tiznajos, parecía varios tonos más oscura. Su nariz parecía más ancha y sus ojos más pequeños, y sus labios eran finos e incoloros. Caminaba apoyándose en un bastón, como si le doliera la espalda, y su cuerpo esbelto quedaba oculto por un montón de andrajos abultados, de un color indistinto, que le conferían una figura maciza e informe. Unos zapatos con las punteras agujereadas completaban el disfraz. Al ver que Rafe no decía nada, Kyria sonrió, mostrando su jugada maestra: parecían faltarle cuatro dientes, y el resto eran de un desagradable color amarillento.

— ¡Cielo santo! —exclamó Rafe, retrocediendo involuntariamente.

Kyria rompió a reír, seguida por los gemelos, que habían bajado a ver el resultado de su obra.

— ¿No es genial? —gritó Alex, rodeando a Kyria para mirarla otra vez—. Estás horrible —dijo alegremente.

—Genial —dijo Rafe con sorna—. Bueno, al menos no tendré que preocuparme de quitarte de encima a tus admiradores.

—Te dije que pasaría inadvertida —le recordó Kyria—. ¡ Ah! Una última cosa... Tengo que rociarme con un poco de alcohol. Lo mejor sería un poco de ginebra barata, pero no creo que haya.

Fueron al salón de fumar, acompañados por los gemelos, y, como no pudieron encontrar una botella de plebeya ginebra en el armario de los licores, rociaron con whisky la ropa hecha jirones de Kyria.

Kyria se guardó el pesado revólver que le había dado Rafe en un bolsillo, entre los pliegues de su ropa, y ocultó la pequeña pistola bajo su manga. Rafe, por su parte, iba armado con un par de Colts y un cuchillo cuya funda ocultaba bajo la manga de la chaqueta. Tomaron uno de los carruajes de la familia, uno viejo que no llevaba la divisa ducal, y el cochero se encaminó a Cheapside sin rechistar, a pesar de que pareció extrañarle su destino. A medida que se acercaban al puerto, las calles fueron haciéndose más y más estrechas, hasta que apenas hubo sitio para que el carruaje pasara entre los edificios. Las casas eran oscuras y mugrientas, y sólo unas pocas farolas alumbraban el camino.

Pronto encontraron la taberna en cuestión, un angosto edificio de ladrillo de color irreconocible bajo la costra de suciedad acumulada por los años. Un letrero con un toro azul colgaba sobre la puerta. Rafe había ordenado al cochero que pasara de largo frente a la taberna y los dejara una manzana más allá, para que desde la taberna nadie pudiera verlos apearse de un coche tan extraño en aquel vecindario.

Rafe se bajó del carruaje y miró cuidadosamente alrededor. Luego ayudó a bajar a Kyria y ella también echó un vistazo en torno. La calle estaba tan oscura que apenas se veía nada, pero Kyria percibió al instante el olor de aquel lugar. El hedor a podrido saturaba sus fosas nasales.

Rafe ordenó al cochero que aguardara en una calle lateral.

—¿Lista? —le preguntó a Kyria en voz baja.

— Sí, vamos. No quiero que nos vean aquí fuera — dijo ella.

Rafe miró a su alrededor una vez más. Se caló bien el sombrero y, dando media vuelta, se encaminó hacia la taberna, refrenándose para no darse la vuelta y mirar a Kyria. Ésta dejó que se adelantara unos pasos. Su corazón se fue acelerando a medida que Rafe se alejaba de ella, hasta que fue engullido por la oscuridad de la calle apenas iluminada. De pronto se halló completamente sola en aquella mísera calle, con Dios sabía qué clase de criminales merodeando a su alrededor. El miedo se agitó dentro de ella, pero logró dominarlo y, tomando aire, se internó en la oscuridad.

Capítulo 11

Rafe caminaba despacio, atento a los pasos de Kyria tras él. Al llegar a la puerta de la taberna, se detuvo y lanzó una mirada furtiva a su derecha. Kyria estaba apoyada contra el lateral de un edificio, tosiendo como si fuera a echar el bofe.

Abrió la puerta y entró. La taberna consistía en una sola habitación de techo bajo, mal iluminada y provista de una desvencijada barra al fondo. Un cantinero de torvo aspecto permanecía tras ella, mirando ceñudo a su alrededor. Apoyados contra la barra, varios tipos de hosco semblante bebían cerveza. Por el resto del local había dispersas mesas y sillas en diversos estadios de desmoronamiento, más de la mitad de las cuales estaban ocupadas por una variedad de tipos humanos, cada uno de peor catadura que el anterior.

Adoptando la pose desafiante y la mirada de acero que había empleado en más de un salón del Oeste americano, Rafe se acercó a una mesa vacía, apoyada contra la pared de la izquierda, desde donde podía vigilar el resto del establecimiento y particularmente la entrada. El tabernero se acercó un momento después, cerniéndose sobre él. Rafe alzó la cabeza y clavó en él una mirada desabrida. El tabernero apartó los ojos y ladró finalmente:

— ¿Qué quiere?

— Una pinta de cerveza —contestó Rafe con idéntica aspereza.

Se miraron el uno al otro de nuevo y a continuación el cantinero se alejó arrastrando los pies. En ese instante la puerta se abrió y Kyria entró tambaleándose. Cruzó a trompicones la habitación y se detuvo en todas las mesas para mendigar una bebida, recibiendo a cambio hoscas negativas. Rafe la observaba con el cuerpo atenazado por la tensión, aguardando el momento de salir en su defensa. Pero ninguno de los presentes hizo más que gruñirle y, al cabo de unos minutos, la vieja encorvada y retorcida se detuvo frente a él.

—¿Invita a una copa a una pobre vieja, señor? —preguntó con voz áspera, teñida del acento del East End.

Él la miró ceñudo, pero Kyria se dejó caer en una silla, junto a su mesa, y siguió suplicando. Por fin, girando bruscamente la cabeza, Rafe alzó la mano y le pidió al tabernero una copa.

—Gracias, amable señor, gracias —dijo Kyria, buscando su mano, intentando darle una palmada.

—Compórtese —masculló Rafe, y apartó la mano con fingida repugnancia, procurando no sonreír a los ojos alegres de Kyria.

—Oh, vamos, no le agüe la fiesta a una pobre vieja — replicó Kyria con voz rasposa, añadiendo en voz baja—. ¿Has visto algo?
—No, nada. Parece sólo una taberna llena de tipos de mala catadura.
— Hemos llegado antes que él —dijo Kyria con satisfacción.
El tabernero llevó una botella y dos vasos y los dejó bruscamente sobre la mesa, lanzándole una mirada de asco a Kyria. Después de que se fuera, ella alzó un vaso y lo miró fijamente.
—Esto apesta —musitó—. Y estoy segura de que este vaso no está lavado.
— Viértete un poco en el vestido —sugirió Rafe — .
Así olerás aún peor —tomó un sorbo y reprimió un escalofrío— Creo que vamos a tirar unos cuantos vasos al suelo esta noche.
Fingieron beber mientras, subrepticiamente, tiraban parte de la bebida al suelo.
—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Kyria, alzando su vaso como si brindara y derramando buena parte de su contenido sobre la mesa.
—Esperar —dijo Rafe— y ver quién entra.
Asintiendo con la cabeza, Kyria se acomodó en la silla y volvió los ojos hacia la puerta. Así comenzó su espera.
El tiempo pasaba despacio. Vieron cómo iban emborrachándose poco a poco los parroquianos de la taberna. Observaron atentamente a cada uno de ellos, pero ninguno parecía hallarse fuera de lugar en un sitio como aquél. Tras verter el contenido de dos vasos en el suelo, Kyria apoyó la cabeza sobre el brazo y fingió dormirse para no tener que ingerir más alcohol.
Rafe observó cómo se gestaban y seguían su curso dos peleas, y apartó sin inmutarse sus bebidas cuando los contendientes chocaron contra su mesa y se alejaron girando. Unos entraban y otros salían, pero nadie parecía buscar a nadie.
Rafe estaba preguntándose si el ladrón les habría mentido cuando se abrió la puerta y entró un hombre que llamó su atención. Iba envuelto en un gabán azul oscuro y una densa barba cubría la parte inferior de su rostro. Caminaba ligeramente encorvado, con las manos metidas en los bolsillos, y mientras avanzaba parecía escudriñar a la concurrencia.
Sintiendo que su pulso se aceleraba, Rafe le dio un codazo a Kyria. Ella abrió los ojos y miró con los párpados entornados al extraño, que, cruzando la habitación, se dejó caer en una silla. Se giró hacia la barra y alzó la mano, y a Rafe le pareció que había en aquel gesto una altanería inconsciente que no

encajaba con su humilde atuendo. El tabernero se acercó lentamente y Rafe notó que al llegar a la mesa cambiaba sutilmente de actitud. Se inclinó de un modo que, en un hombre tan torvo, indicaba cierta sumisión, y regresó unos minutos después con una botella de whisky y un vaso. Un error, pensó Rafe, complacido. El hombre se había disfrazado para pasar inadvertido, pero había delatado su verdadero rango pidiendo una botella de buen whisky. Además, a pesar de que miraba de cuando en cuando a su alrededor, mantenía la mirada fija en la puerta de la taberna.

— Creo que lo tenemos —masculló Rafe y, al levantarse para acercarse a la barra con intención de pedir otra copa, pasó tan cerca del recién llegado como pudo sin llamar la atención.

Cuando regresó a la mesa, Kyria gruñó y se frotó ostensiblemente la cara, mirando a su alrededor. Después giró la cabeza hacia la mesa y miró a Rafe.

—¿Lo has visto?

— No muy bien —murmuró Rafe, apoyando la barbilla en la mano para disimular el leve movimiento de sus labios—. Esto está muy oscuro, y lleva el gorro prácticamente calado hasta los ojos. La barba oculta el resto de su cara.

—¿Es falsa? —preguntó Kyria.

— Apostaría a que sí —suspiró Rafe—. Además, con esa ropa abultada es difícil adivinar su estatura y su complexión.

—¿Es extranjero?

—Es muy moreno para ser inglés —dijo Rafe—, pero no estoy seguro de que eso signifique que sea extranjero. No es el tratante que nos visitó, de eso estoy relativamente seguro. Tiene una cicatriz junto al ojo que le baja el párpado de manera extraña.

—¿Será también parte del disfraz?

— No lo sé. Podría ser auténtica —tomó un sorbo de su bebida y procuró no hacer una mueca de asco. Kyria se agitó inquieta en la silla.

—¿No deberíamos ir a hablar con él?

— Esperaremos hasta que se vaya. Lo abordaremos fuera. Éste no es buen sitio para emprender una discusión.

Rafe siguió mirando a hurtadillas al desconocido. Al cabo de unos minutos, éste comenzó a impacientarse. Escudriñaba la habitación con mayor atención y luego fijaba la mirada sin disimulo en la puerta. Finalmente, pasada media hora, torció desagradablemente la boca, se levantó y se encaminó hacia la puerta.

Rafe tocó a Kyria en el brazo, y ella alzó de nuevo la cabeza y miró con expresión bobalicona a su alrededor. El desconocido ya estaba casi en la puerta cuando Rafe se puso en pie. Kyria se levantó y se colocó rápidamente a su lado. Echaron a andar hacia la puerta. En la excitación del momento, Kyria se olvidó de arrastrar los pies como una borracha.

Mientras salía, el desconocido agarró de pronto a un hombre que entraba en ese momento en la taberna. Girando el cuerpo bruscamente, propinó un fuerte empujón al recién llegado y lo lanzó contra el grupo más cercano, lo cual desató al instante una algarada.

— ¡Maldición!

Rafe y Kyria corrieron hacia la puerta, pero perdieron preciosos segundos mientras Rafe apartaba a empujones a un par de contendientes. Salieron a trompicones y, al mirar a un lado y otro de la calle, vieron al desconocido corriendo calle abajo. Echaron a correr tras él. El hombre dobló la esquina de un edificio y un instante después sintieron un silbido junto a ellos y el leve choque de un objeto incrustándose en la pared de ladrillo, a su espalda. Rafe dejó escapar un áspero juramento y, agarrando a Kyria, la empujó hacia el portal más cercano, cuyo olor bastó para marearla.

— ¿Eso era un tiro? —preguntó Kyria, tapándose la nariz y la boca para no notar aquel hedor.

— Sí. Nos está disparando —contestó Rafe.

— ¡Maldita sea! ¡Lo hemos perdido! Sabe quiénes somos. ¿Cómo lo habrá adivinado?

—Supongo que se dio cuenta cuando nos levantamos detrás de él. Puede que no hayamos sido muy sutiles — hizo una pausa y prosiguió — . Tal vez no sepa quiénes somos exactamente. Podría haber mucha gente interesada en sus actividades. Pero desde luego sabe que lo estamos siguiendo.

Hizo una pausa y aguzó el oído. Se oyó un repiqueteo de cascos y un traqueteo de ruedas de carruaje sobre los adoquines de la calle. Rafe asomó la cabeza por la puerta y vio que un carruaje desaparecía calle abajo.

—Creo que se ha ido —salió cautelosamente. Miró calle abajo, en la dirección por la que se había ido el carruaje, y echó a andar hacia el lugar de donde suponía había salido el carruaje, pero de pronto algo llamó su atención.

Un figura permanecía parada en el hueco de un callejón cercano, completamente ataviada de blanco. Rafe contuvo la respiración y en ese instante la figura desapareció.

— ¡Qué demonios...! —Rafe echó a andar hacia allí, y Kyria lo siguió.
—¿Qué? ¿Qué ocurre?
— Había una extraña... —Rafe se acercó corriendo al callejón donde había visto la figura y se asomó a él. Estaba oscuro como boca de lobo, y no se veía nada más allá de unos pasos de distancia. Frunciendo el ceño, dio media vuelta—. Nada. Ya se ha ido.
Se encaminaron hacia la calle lateral donde los esperaba su carruaje.
— Deberíamos habernos ido antes que él —dijo Kyria—. Podíamos haber esperado a que saliera para hablar con él.
— Sí, habría sido lo más sensato —contestó Rafe y, mirándola, sonrió—. Habrá que recordarlo para la próxima vez.
—¿Quién crees que era? Rafe se encogió de hombros.
—El hombre que quiere tu relicario... o alguien que actúa en su nombre.
Kyria suspiró.
—Estamos igual que antes.
—Bueno, al menos le hemos echado un vistazo.
— No era el señor Habib —dijo Kyria — . Eso al menos lo sabemos. Lo cual parece indicar que hay más de una persona interesada en el relicario.
— Sí, aunque supongo que podría ser un socio de Habib.
— Sid dijo que era extranjero —dijo Kyria—. Por otra parte, puede que sean dos personas que actúan por separado.
-Sí.
— No creo que esto nos esté sirviendo de mucho. —Todavía nos queda el tabernero —señaló Rafe — .
Sid dijo que fue él quien arregló el encuentro, ¿cierto?
—Cierto.
—Entonces puedo interrogarlo, a ver si puede decirnos quién era nuestro hombre.
—Está claro que parecía conocerlo —convino Kyria, y su cara se iluminó.
Habían llegado al carruaje y subido a él. Rafe miró a Kyria y dijo:
— Supongo que no podré persuadirte de que vuelvas a casa y dejes que yo interrogue a ese hombre.
— Desde luego que no —dijo Kyria con alegre firmeza.
—No será divertido.

—No. Pero tampoco lo fue que me amenazaran esos ladrones —replicó Kyria—. Y tal vez necesites ayuda. No puedo dejar que te enfrentes tú solo al tabernero.

Se acomodaron en el carruaje, esperando a que pasaran los minutos, pues habían acordado que lo mejor era abordar al tabernero cuando todos los clientes se hubieran ido. Pasó algún tiempo antes de que eso ocurriera, y Kyria se adormiló un par de veces. Cuando despertaba, sobresaltada, veía a Rafe allí sentado, completamente despierto, con la cortina de la ventanilla subida, vigilando la puerta de la taberna.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Kyria, removiéndose en su asiento mientras parpadeaba para mantener los ojos abiertos.

—Una costumbre que adquirí en la guerra. En misiones de reconocimiento. Nunca la perdí. A veces viene bien —se irguió ligeramente y se inclinó hacia delante—. Creo que está cerrando. Están saliendo en grupos —sacó un reloj de su bolsillo y lo miró. Luego alzó la mirada hacia ella—. ¿Lista?

Kyria asintió con la cabeza. Se deslizaron fuera del carruaje y recorrieron rápidamente la calle. Al acercarse, la puerta se abrió y dos clientes salieron tambaleándose. El tabernero apareció en la puerta, dispuesto a echar el cierre, pero Rafe se acercó rápidamente y empujó la puerta.

—Eh, tú —gruñó el tabernero — . Está cerrado. Vete a casa.

— No quiero beber —le dijo Rafe, entrando en la taberna. Kyria se deslizó tras él—. Quiero información.

Él los miró achicando los ojos. —¿No habéis venido antes?

— Sí. Pero ahora queremos hacerte unas preguntas.

— Largo de aquí. No pienso contestar a ninguna pregunta — señaló con la cabeza la puerta, pero Rafe metió la mano bajo su chaqueta y sacó uno de sus Colts de cañón largo.

— ¿Qué me dices ahora? —preguntó Rafe.

El tabernero se limitó a mirarlo hoscamente y dejó caer las manos. Kyria rodeó a Rafe y empujó la puerta. Rafe señaló una de las mesas.

—¿Por qué no nos sentamos?

El tabernero lo miró con desprecio, pero obedeció.

— Yo no sé nada.

—¿No quieres oír las preguntas primero?

— No soy ningún soplón —contestó llanamente el otro hombre.

— Intentémoslo con un poco de persuasión —Rafe volvió a introducir la mano bajo la chaqueta, pero esta vez sacó una cartera—. Kyria...
Ella tomó la cartera y la abrió, sacó un billete de diez libras y lo dejó sobre la mesa, delante del tabernero. Éste resopló.
—Ya os lo dije, no soy ningún soplón.
Kyria dejó sobre la mesa tres billetes más, hasta que la expresión del tabernero se tornó menos hosca. Al quinto billete, dijo en tono cansino:
—¿Qué queréis saber?
—Un par de tipos... uno llamado Sid y el otro Dikon... —comenzó Rafe.
— Sí, los conozco —contestó el tabernero—. Sid viene por aquí a menudo.
—Les presentaste a un hombre..., un extranjero, tal vez.
-Sí, ¿y qué?
—¿Quién era ese hombre?
El tabernero se encogió de hombros.
—No me dijo su nombre. Sólo dijo que necesitaba a un tipo para que le hiciera un trabajito. Y yo me acordé de Sid.
—¿Era el mismo tipo que ha estado en la taberna esta noche? ¿Ése al que le serviste una botella entera de whisky?
—No sé nada sobre él —dijo el otro, recogiendo los billetes de la mesa y reclinándose en su silla mientras cruzaba los brazos con obstinación.
— ¿Cincuenta guineas te soltarían la lengua? —preguntó Kyria.
Él frunció el ceño. La avaricia se batía con el miedo en su semblante.
— Ni cien guineas —vaciló un momento y luego añadió—. No sé el nombre de ese caballero. Ni quiero saberlo. Tiene unos ojos fríos como la muerte. Así que yo no pregunto y él no me lo dice. Es mejor así.
—¿Crees que dice la verdad? —preguntó Kyria mientras volvían al carruaje tras dejar al tabernero allí sentado, con su puñado de billetes.
— Sospecho que sí. O no sabe su nombre, como dice, o está demasiado asustado para decirlo. Sea como sea, no le sacaremos nada más.
Ella suspiró mientras Rafe la ayudaba a subir al coche.
—¿Qué hacemos ahora?
—Todavía podemos recurrir a ese tratante de antigüedades —respondió Rafe. Entró en el carruaje y cerró la puerta, y partieron calle abajo—. Sólo sabemos que también podría estar implicado en esto. El hombre de la taberna podría ser alguien a quien Habib contrató para intimidarte al descubrir que no ibas a venderle la caja.

—O también podría ser alguien que usó a Habib como intermediario para intentar comprar el relicario antes de robarlo —dijo Kyria.
—Además, podemos visitar a ese experto del que nos habló el doctor Jennings —continuó Rafe.
— ¿Nelson Ashcombe? Me gustaría ir a verlo, sólo para confirmar que el relicario es auténtico —admitió Kyria—. Pero no creo que él pueda ayudarnos a identificar al ladrón.
—Lleva años buscando el relicario. No me sorprendería que conociera el nombre de otras personas interesadas en conseguirlo. Quizás incluso sepa cuál de ellas no dudaría en robarlo.
—Podría ser —Kyria se animó un poco al pensar en las posibilidades que aún se les ofrecían.
Regresaron a casa comentando los acontecimientos de la noche y preguntándose si el hombre de la taberna habría descubierto quiénes eran.
Kyria se retiró el pañuelo de la cabeza, se quitó las horquillas que sujetaban sus greñas postizas y desenvolvió el chai mugriento que le rodeaba los hombros y los brazos. Le picaban algunas partes del cuerpo, y se preguntaba si sería simplemente por la tela áspera de aquellos andrajos o si éstos habrían servido de cobijo a los diversos insectos que pululaban por el suelo de la taberna.
La casa estaba en silencio cuando llegaron. Hacía largo rato que los gemelos y casi todos los sirvientes dormían. Kyria sabía, sin embargo, que Joan la estaría esperando en su dormitorio, como siempre hacía. Esa noche, por una vez, pensaba aprovecharse de su presencia. Joan podría dormir hasta tarde a la mañana siguiente, pero Kyria no pensaba meterse en la cama hasta que se hubiera quitado toda aquella porquería de encima.
Subieron juntos las escaleras hasta el segundo piso y recorrieron el pasillo que llevaba a sus dormitorios. Había algo muy íntimo en aquella situación, pensó Kyria. Las luces del pasillo estaban casi apagadas, y con Reed fuera y los gemelos en el cuarto de los niños, en la planta de arriba, ellos eran los únicos ocupantes de aquel piso. Kyria no podía evitar pensar que Rafe dormiría sólo unas puertas más allá de su habitación. Recordaba cómo se había sentido rodeada por sus brazos duros como hierro. Recordaba sus besos, ardientes y ávidos, y el contacto de sus manos, y temblaba de deseo. Intentaba no mirar a Rafe, temerosa de que su rostro reflejara sus pensamientos.
Al llegar a su cuarto, la puerta se abrió y apareció la doncella.

—Me pareció oírla, milady —dijo Joan, haciendo una genuflexión — . Tengo preparado el baño. La estaba esperando para subir un caldero de agua caliente.
—Joan, eres mi salvación —dijo Kyria, sonriendo—. No hay nada que desee más.
La doncella asintió con la cabeza y bajó apresuradamente las escaleras en dirección a la cocina. Rafe se detuvo junto a la puerta y se inclinó sobre la mano de Kyria. No pudo evitar sonreírse al ver el cómico aspecto que presentaba, en parte Kyria y en parte una vieja borracha: su pelo rojo, exuberante y hermoso como nunca, se había soltado de las horquillas y, bajo él, sus ojos verdes y luminosos refulgían en todo su vivido esplendor entre los tiznajos y las arrugas pintadas de su cara.
—Es usted una mujer entre un millón, milady —dijo suavemente.
Kyria sonrió, mostrando sus dientes ennegrecidos.
—Oh, déme un beso, señor...
Él se echó a reír.
—Ten cuidado. Podría tomarte la palabra.
Kyria alzó una ceja.
—Creo que estoy a salvo —se dio la vuelta y entró en la habitación, y Rafe se quedó allí parado un momento, mirando el suelo.
Imaginó a Kyria en el baño, y su deseo se agitó. Pensó en su cuerpo alargado, blanco y ligero, hundiéndose en una elegante bañera e imaginó el agua cubriendo el esplendor de sus pechos.
Se dio la vuelta bruscamente y recorrió el pasillo en dirección a su cuarto. Sabía que era mejor no pensar en tales cosas. El problema era, desde luego, que no podía dominar su imaginación, inflamada por el recuerdo de Kyria entre sus brazos. Hacía sólo unos días que se habían besado en la habitación de la fonda, aunque desde entonces habían pasado muchas cosas, y sus sentidos guardaban el recuerdo de cada uno de aquellos instantes: la suavidad sedosa de la piel de Kyria bajo sus dedos, el leve olor a lavanda que conservaba su pelo, los dulces gemidos de rendición que escapaban de sus labios.
Dejó escapar un leve gruñido de frustración y cerró la puerta de su dormitorio con más ímpetu del necesario. Cuanto más conocía a Kyria, más la deseaba... y más consciente era de que no podía tomársela a la ligera. Kyria era capaz de hacerle olvidar las duras lecciones que había aprendido y preguntarse si su corazón y su alma no estarían tan muertos como pensaba.

Se paseó durante unos minutos por el dormitorio. Revolvió distraídamente las cosas de su vestidor, se acercó a la ventana, miró afuera sin ver nada, y al fin se dejó caer en el sillón que había junto a la cama. Intentaba olvidarse de la imagen de Kyria en la bañera, pero no podía pensar en otra cosa. Haciendo una mueca, se levantó y comenzó a quitarse la ropa vieja, tirándola al suelo. Tenía la impresión de que aquélla seria una noche muy larga.

En su habitación, Kyria descubrió que librarse de todo vestigio de su disfraz iba a llevarle mucho más tiempo del que esperaba. Finalmente, ya limpia y restregada, se puso un camisón y se metió en la cama, pero, una vez en ella, comprendió que el sueño tardaría en llegar.

Pensaba en Rafe tumbado en su cama, sólo unas puertas más allá. Nadie la vería si se deslizaba en su habitación. Sin embargo, se sonrojó al pensarlo. No recordaba que otro hombre hubiera surtido nunca aquel efecto sobre ella. Cuando pensaba en los besos que habían compartido en la fonda, le ardía la sangre y su vientre se volvía cálido y húmedo. Juntó las piernas, pues ello parecía aliviar la creciente comezón que sentía entre ellas al recordar las manos de Rafe sobre su cuerpo y se removió en la cama, inquieta, intentando pensar en otra cosa. Pensó en el relicario guardado en la caja fuerte, y sintió deseos de bajar para asegurarse de que estaba a salvo. Era absurdo e innecesario, se dijo, pero no podía negar que sentía la urgencia de sacarlo de su escondite y admirarlo de nuevo. Era consciente de la extrañeza de aquel deseo. Se sentía inexorablemente atraída hacia el relicario, casi compelida a mirarlo, y ello le irritaba. ¿Por qué de pronto se hallaba sujeta a aquellos apremiantes deseos? Había vivido su vida entera en pleno dominio de sí misma, y ahora, de improviso, parecía a merced de este o aquel capricho, insegura de lo que estaba ocurriendo y del porqué de su conducta. Ya ni siquiera sabía qué quería. Aquella pérdida de aplomo la perturbaba y, sin embargo, tenía que admitir que también había algo excitante en ella. Resultaba hasta cierto punto emocionante saber que, cuando se levantara a la mañana siguiente, no sabría exactamente qué iba a pasar ese día, ni cómo iba a sentirse.

Sonrió para sí misma y rodó sobre la cama, alzando la mirada hacia el pesado dosel de terciopelo verde que cubría su lecho. Su vida no era aburrida desde que Rafe Mclntyre había irrumpido en ella a caballo. Y estaba casi segura de que no quería que volviera a ser como antes de que él apareciera.

Cerró los ojos y, sonriendo, se dejó llevar por el sueño.

Las sombras se agitaban en las paredes en un baile grotesco y amenazador. La espera era tan dura... Un escalofrío recorrió su cuerpo, pero no supo si era por la frialdad de las gruesas paredes de piedra o por la idea de lo que la aguardaba.

Era el deber de todos los que servían a la Madre. Después de aquella noche, Su bienaventurada gracia descendería sobre ella como un manto. Y los murmullos de la sangre y el dolor ya no significarían nada.

Se irguió, escuchando. Se oía un susurro creciente, leve como el murmullo de las hojas. Aquel sonido creció y se hinchó hasta convertirse en la melodía familiar que formaban los cánticos, el arrastrar de pies, el tintineo de las campanas y el tundido de los tambores. Estaban acercándose. Él estaba a punto de llegar.

Se levantó, dando involuntariamente un paso hacia atrás, hasta que sintió la piedra dura y fría en su espalda. El aliento se le heló en la garganta.

La hora había llegado.

Capítulo 12

Kyria abrió los ojos de repente. Se quedó tumbada un momento, sin saber dónde estaba ni qué ocurría. El corazón le martillaba en el pecho y una pátina de sudor cubría su rostro.

Giró la cabeza. La luz se filtraba por los bordes de las cortinas. Debía de ser por la mañana. Y estaba allí, en Broughton House. Se humedeció los labios y se pasó una mano por la cara, apartándose los mechones sueltos.

¿Qué la había despertado? Había estado soñando, pensó. Poco a poco, los jirones del sueño fueron filtrándose en su conciencia. Había sido tan extraño, tan distinto a sus otros sueños... Había soñado aquello mismo o algo muy parecido antes, más de una vez, y ello le inquietaba.

Se preguntaba si aquel sueño estaría en cierto modo relacionado con el relicario. Nunca había tenido aquellos sueños antes de que la caja llegara a su casa, y los había sufrido dos veces justo después de haber estado contemplando el relicario. Recordó que esa noche, a pesar de que no había bajado a mirar el relicario, había pensado mucho en él. Por otro lado, el relicario no aparecía en el sueño, como tampoco el señor Habib, ni el señor Kousoulous, ni ninguna otra persona relacionada con aquel asunto. En realidad, en aquellos sueños no había nadie, más que ella... y unos hombres cuyas espaldas le resultaban irreconocibles.

Se sentó lentamente. Sentía los párpados pesados y tenía ganas que quedarse acostada y dormirse otra vez, pero sabía que no podía hacerlo. Con un suspiro, se levantó, se lavó la cara y llamó a Joan.

Los gemelos estaban abajo cuando entró en la sala de desayuno, excitados de curiosidad por lo ocurrido la noche anterior. Kyria miró a Denby y notó que parecía un poco cansado. Esperaba que aguantara hasta que el jefe de mozos de Broughton Park llegara para llevarse a casa a Con y a Alex.

Su relato de los acontecimientos de la noche anterior desilusionó a los gemelos. Sin embargo, pronto olvidaron su decepción y comenzaron a urdir planes para atrapar al hombre de la taberna. Rafe se reunió con ellos poco después, y los gemelos le obsequiaron con sus flamantes planes, en la mayoría de los cuales aparecían ellos mismos persiguiendo osadamente a aquel villano.

—No creo que a la duquesa le hiciera mucha gracia que os dejáramos recorrer todo Londres registrando guaridas de ladrones —comentó Rafe.

—Tú irás con nosotros —dijo Alex—. Y Kyria también, si quiere —añadió magnánimamente.

— Vaya, gracias por dejarme participar —le dijo Kyria — . Sin embargo, no creo que pueda ser, porque vosotros vais a quedaros aquí, con Denby. El señor Mclntyre tiene razón: mamá se llevaría un gran disgusto si os permitiera andar por ahí haciendo lo que se os antoje, sobre todo teniendo en cuenta que la desobedecisteis y os escapasteis a Londres con nosotros.
— De todos modos, ya está enfadada —razonó Con — . Nos castigará, de todas formas. Así que por lo menos podríamos divertirnos un poco.
Kyria no pudo reprimir una sonrisa.
— Eres un perfecto caradura..., los dos lo sois. Está bien, podéis venir con nosotros esta tarde cuando vayamos a vigilar a ese tratante de antigüedades ¿Qué os parece?
— ¡Genial! —exclamó Alex, saltando de su silla. —¿Qué vamos a hacer con el señor Habib? —preguntó Con.
— Vosotros no vais a hacer absolutamente nada — contestó Kyria con severidad — . No vamos a ir allí a armar ningún lío.
—Bueno, quizás sólo un poco —dijo Rafe.
—¿Qué quieres decir? —Kyria lo miró con sorpresa—. Pensaba que sólo íbamos a vigilar al señor Habib y a seguirlo si iba a alguna parte.
— Sí, pero he estado dándole vueltas. No podemos quedarnos allí sentados, en el carruaje, durante horas y horas, esperando a que Habib decida salir de su habitación. ¿Y si no sale? ¿O si ya se ha ido cuando lleguemos?
— Bueno, nos aseguraremos de que esté allí —dijo Kyria, y añadió con el ceño fruncido—. Supongo que parecería un poco raro que hubiera un carruaje parado delante de la posada.
Con asintió con la cabeza.
—Y, si entráis en el patio, saldrán los mozos y querrán ocuparse de los caballos.
— Será mejor quedarse fuera del patio —dijo Alex — . Pero ¿y si el señor Habib sale y toma un carruaje en el patio? No sabréis que es él cuando lo veáis salir.
—Eso es verdad —dijo Kyria—. Bueno, supongo que uno de nosotros tendrá que quedarse dentro de la posada, en alguna parte, vigilándolo, y luego... —suspiró—. Será un derroche de tiempo y de esfuerzo. Está claro que deberíamos haberlo pensado mejor.
— Yo ya lo he hecho —dijo Rafe con una sonrisa—. Eso es lo que estaba a punto de decir. Anoche, como no podía dormir, estuve dándole vueltas —le

pareció prudente no mencionar la razón de su insomnio—, y se me ocurrió que sería mucho mejor que hubiera alguien que no llamara la atención rondando por la posada. Alguien que pueda mezclarse con los mozos de cuadras.

— Sí, pero ¿quién...? —Kyria se detuvo al comprender—. ¡Tom Quick!

Rafe asintió con la cabeza.

—Exacto.

Tom Quick trabajaba para su hermana Olivia, a la que ayudaba en sus investigaciones. Era un muchacho simpático y avispado, de dieciséis o diecisiete años. Nadie, ni siquiera él, sabía con certeza su edad. Se había criado en las calles y su apellido no procedía de su padre, al que nunca había conocido, sino de sus compañeros de andanzas, que se lo habían dado por la rapidez de sus manos y de su ingenio. Su carrera como ladronzuelo había acabado un buen día al intentar robarle la cartera a Reed Moreland. Reed había advertido de inmediato la inteligencia y la vivacidad de aquel muchacho, y en lugar de entregarlo a la policía, se lo había llevado a casa y le había procurado comida, ropa y educación. Como resultado de ello, Tom sentía devoción por Reed, y, cuando éste le había pedido que trabajara al servicio de su hermana, el muchacho se había apresurado a aceptar. Llevaba dos años a las órdenes de Olivia y había desarrollado por ella una devoción semejante a la que sentía por su hermano. En su trabajo más reciente, Tom había acompañado a Olivia a casa de los Saint Leger, disfrazado como el criado de Olivia, para ayudarla a desenmascarar a la espiritista que estaba dejando sin un céntimo a la madre de Stephen Saint Leger. Fue en esa ocasión cuando Rafe conoció tanto a Olivia como a Tom Quick.

— Ahora que Stephen y Olivia están de viaje de novios, supongo que Tom estará aburrido y se alegrará de tener algo que hacer.

— Estoy segura de que tienes razón. Voy a enviarle una nota ahora mismo — dijo Kyria.

La adición de Tom Quick a su aventura contó con la aprobación de los gemelos, que reconocían en el muchacho a un espíritu afín.

—¿Podemos ir con Tom? —preguntó Con—. Tal vez podamos ayudarlo.

—No —dijo Kyria, cortante—. Desde luego que no.

—Distraeríais a Tom —añadió Rafe—, Tendría que preocuparse de manteneros a salvo, y de ese modo no podría seguir a Habib —Con hizo una mueca, pero se encogió de hombros y guardó silencio, reconociendo que Rafe

tenía razón—. Podemos encontrarnos con Tom en la posada —prosiguió Rafe—. Él se quedará allí para vigilar a Habib. Kyria y yo iremos a hablar con Habib para que Tom vea quién es. Puede que Habib esté compinchado con el hombre de la taberna o puede que no, pero en cualquier caso supongo que, si le hacemos algunas preguntas, se sentirá obligado a hacer algo y Tom podrá seguirlo.

—¿Podemos hablar también nosotros con él? —preguntó Alex, esperanzado.

Kyria le lanzó una mirada de advertencia.

—Alex...

—Oh, está bien —dijo él—. Valía la pena intentarlo.

—Ahora, cuando el señor Mclntyre y yo nos vayamos a casa del arqueólogo, quiero que os dediquéis a vuestros estudios —continuó ella.

— Pero nuestros libros están en casa —dijo Con.

— Estoy segura de que aquí hay libros suficientes para una mañana de estudio —contestó Kyria—. Después de desayunar subiré a echarles un vistazo. Ahora, sugiero que subáis al cuarto de estudio antes de que me arrepienta.

Los gemelos se retiraron a toda prisa, y Kyria y Rafe pudieron acabar su desayuno en paz. Cuando terminaron, Kyria subió al cuarto de estudio y revisó los libros que los gemelos ya habían elegido. Tal y como sospechaba, Con y Alex habían rebuscado entre los libros que tenían a mano y elegido un tema que les interesaba y que, por lo tanto, los mantendría ocupados y tranquilos casi toda la mañana. Kyria los dejó estudiando y se fue al piso de abajo, donde Rafe y el carruaje la estaban aguardando. Abrió la caja fuerte, sacó el relicario y lo guardó en la misma maleta que habían llevado en el tren.

Al subir al carruaje, Rafe creyó ver un destello blanco en la esquina
de la casa. Se detuvo y se giró para mirar en aquella dirección, pero no vio nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kyria—. ¿Qué haces?

— Nada —Rafe frunció el ceño — . Me ha... me ha parecido ver algo. No tiene importancia.

Se dirigieron primero a casa de Nelson Ashcombe, el arqueólogo del difunto lord Walford. Tal y como había prometido, el duque les había proporcionado una carta de presentación para Ashcombe en la que le pedía que recibiera a Kyria y a Rafe. Fue, por tanto, una sorpresa para Kyria que, tras darle la misiva a una criada más bien desarrapada, ésta regresara al cabo de unos minutos con una negativa.

—¿Qué? —preguntó Kyria, pensando por un momento que no había entendido bien a la criada.

La muchacha parpadeó y luego dijo más despacio, alzando la voz:

— He dicho que el señor no quiere verlos. —¿Eso le ha dicho?

—No. Ha sido más pomposo y ha dicho un montón de palabrejas que una chica formal como yo no podría repetir. Pero venía a decir que estaba muy ocupado y que no podía entretenerse con dile-no-sé-cuántos y señoritingas.

—¿Diletantes? —Kyria alzó una ceja y empezó a formular una respuesta sarcástica, pero luego apretó los labios. Le habían enseñado a no culpar a los sirvientes de los defectos de sus amos. Al cabo de un momento dijo con calma—. Por favor, dígale al señor Ashcombe que tengo en mi poder cierto objeto que creo encontrará de sumo interés. Un objeto que lleva buscando mucho tiempo.

La criada pareció indecisa, pero al fin dio media vuelta y desapareció de nuevo escaleras arriba. No pasó mucho tiempo antes de que regresara.

— El señor Ashcombe está indispuesto —dijo secamente—. Ha dicho... —pareció luchar con el modo de decirlo y finalmente se dio por vencida y continuó—. Ha dicho que les diga que se vayan.

—Muy bien, gracias —Kyria dio media vuelta y salió, esperando a que Rafe y ella estuvieran fuera para dar rienda suelta su irritación—. ¡Habráse visto! ¡Qué hombre tan grosero!

—Supongo que hay poca gente que se atreva a ignorar los deseos de un duque —dijo Rafe.

—Desde luego que sí. No es que yo espere que todo el mundo me reverencie porque mi padre sea duque; en realidad, me desagrada bastante —hizo una pausa y añadió con franqueza—. Sin embargo, tienes razón: rara vez me ignoran, y aunque parezca arrogante por mi parte, resulta de lo más exasperante. Sobre todo tratándose de un asunto tan importante. ¡Y mi padre era amigo de su benefactor!

— Dado que el benefactor ha muerto, es posible que Ashcombe no se sienta obligado a prestar atención a sus amigos.

—Está claro que así es —Kyria suspiró mientras Rafe le ofrecía la mano para subir al carruaje — . Cualquiera habría pensado que al menos sentiría cierta curiosidad por el relicario, teniendo en cuenta que lleva mucho tiempo buscándolo.

—El doctor Jennings dijo que había perdido credibilidad precisamente por ello —señaló Rafe—. Tal vez haya pensado que pretendíamos tomarle el pelo. O tal vez otras personas hayan intentado acceder a él diciendo lo mismo.
Kyria se sentó y tamborileó con los dedos sobre la maleta un momento.
—¿No dijo el doctor Jennings que el hijo del difunto lord Walford era quien financiaba ahora a Ashcombe?
—No estoy seguro. Puede que sí. ¿Tú lo conoces?
—No. Creo que vivió en el extranjero hasta que murió su padre y tuvo que regresar para nacerse cargo de su herencia. Puede que lo haya visto alguna vez, pero no me acuerdo de él —sonrió—. Eso, sin embargo, puede remediarse — abrió la ventanilla y le dijo al cochero—. A casa de lady Esterby, por favor.
—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Rafe.
—Vamos a hacer una visita. Es un poco pronto, pero a lady Esterby no le importará una vez te ponga los ojos encima.
Él alzó vagamente las cejas.
—¿Y eso por qué?
— Bueno, aun a riesgo de inflar tu vanidad —dijo Kyria, prologando con sorna su respuesta—, se debe a que lady Esterby le encantan los hombres guapos. Y un hombre rico le resulta todavía más interesante, dado que tiene cinco hijas en edad casadera. Es, además, una de las mayores chismosas de la ciudad, razón por la cual vamos a verla.
— ¿Y qué podemos ganar con esa visita..., aparte, claro, de encasquetarme a la madre de cinco hijas casaderas?
Los labios de Kyria se curvaron hacia arriba.
—Estoy segura de que sabrás manejarla perfectamente. Y esperemos que el resultado sea descubrir dónde podemos encontrar exactamente al actual lord Walford esta noche.
Lady Esterby los recibió con cierta sorpresa, pero su expresión se suavizó de inmediato cuando Kyria le presentó a Rafe, añadiendo que era el socio americano de lord Saint Leger. Lady Esterby se convenció de pronto de que Kyria debía de estar ansiosa por ver a sus hijas mayores y ordenó al mayordomo que las condujera al salón de té.
Cuando las muchachas entraron riendo, con aspecto algo soñoliento y perplejo, Kyria le lanzó a Rafe una mirada cargada de intención, mediante la cual él comprendió que su trabajo consistía en entretener a las jóvenes. No le

costó mucho esfuerzo trabar conversación con ellas: sólo un cumplido o dos y una pregunta acerca de su última fiesta. Kyria y la madre de las chicas, por su parte, se zambulleron en un festín de chismorreos. Pasaron varios minutos entretenidas con vagos rumores y escándalos antes de que Kyria lograra dirigir la conversación hacia el difunto lord Walford.

—¿No volvió su hijo para ocuparse de su herencia? —preguntó Kyria en determinado momento.

—Oh, sí —lady Esterby asintió con la cabeza—. Un hombre guapísimo. Y muy formal —Kyria asintió, animándola a continuar—. El sobrino de mi marido asegura que es un muchacho excelente. He intentado convencer a George de que traiga a lord Walford a cenar con nosotros, pero, naturalmente, no está dispuesto a hacer el más leve esfuerzo para ayudar a mis niñas, a pesar de que es el heredero de Esterby. Ya sabes cómo son los jóvenes.

—No sabía que Walford fuera de la edad de su sobrino —comentó Kyria.

—Oh, no lo es. Creo que ejerce sobre George la fascinación del héroe —dijo lady Esterby, en uno de sus raros momentos de agudeza — . Lord Walford debe de ser varios años mayor que tú. Por eso, supongo, no os habéis conocido. Se fue de Londres unos años antes de que te presentaras en sociedad.

— Sí, tenía entendido que había estado en el extranjero.

—Creo que hubo una especie de escándalo, pero no consigo recordar qué fue —continuó lady Esterby, compungida—. Eso fue cuando mis hijas eran pequeñas, ¿sabes?, y yo por entonces no prestaba mucha atención a estas cosas. Naturalmente, ahora es un caballero muy respetable. Los jóvenes suelen pasar temporadas alocadas. Creo que estuvo en Oriente... ¿o fue en Egipto? Confundo todos esos sitios —admitió lady Esterby con una risita—. Me temo que nunca he tenido cabeza para los estudios, no como tus hermanas y tú. Pero creo que estaba muy interesado en todas esas cosas antiguas, igual que su padre... y que el duque, claro.

—Entiendo. Quizá por eso no lo he visto en las fiestas.

—No, no es muy sociable —dijo lady Esterby con un suspiro—. Creo que George lo conoce de más de algún club. Pero sin duda estará en la fiesta de Editha Tarkey esta noche. Son primos lejanos, creo —lanzó una mirada ceñuda a sus hijas, que estaban sentadas como tres muñecas en fila en el sofá, riéndose de algún comentario de Rafe—. Espero que Sally no esté resfriada. Anoche estornudó dos veces durante la cena. Sería sencillamente espantoso

que esta noche apareciera en la fiesta de los Tarkey con la nariz colorada. En esta época del año hay tan pocas fiestas...

Habiendo obtenido la información que buscaba, Kyria dejó que lady Esterby parloteara un rato más sobre sus hijas y luego puso hábilmente punto final a la visita.

— Espero que hayas obtenido lo que buscabas — gruñó Rafe mientras su carruaje se dirigía de nuevo a Broughton House—. Mis tímpanos nunca volverán a ser los mismos.

—La culpa es tuya, por hacerles reír tanto —replicó Kyria—. Pero, sí, he averiguado dónde estará lord Walford esta noche. No es de extrañar que no le haya conocido si sólo va a las fiestas de lady Tarkey. Hay siempre tanta gente que uno apenas puede moverse.

—Entonces, supongo que no te costará que te inviten.

—Oh, no. Estoy segura de que habrá una invitación esperándome en la mesa del recibidor.

—¿Habrá baile? —Rafe le lanzó una sonrisa indolente—. ¿Sabes?, nunca me concediste un segundo vals.

Kyria no pudo evitar sonreír, divertida.

—Te prometo un vals..., siempre y cuando haya sitio para bailar, claro.

Regresaron a Broughton House y, tras un almuerzo ligero, salieron de nuevo en el carruaje, esta vez con Alex y Con sentados frente a ellos. Cuando llegaron a la posada cuya dirección había anotado Habib en el dorso de su tarjeta de visita, encontraron a Tom Quick a la entrada del patio, apoyado contra un muro de ladrillo, con los brazos cruzados y el pelo rubio reluciendo al sol mientras observaba pasar a la gente que entraba y salía de la posada.

Al ver llegar el carruaje de los Moreland, sonrió, se adelantó a abrir la puerta y le hizo una reverencia a Kyria. —Bienvenida, milady. Señor Mclntyre... Parece que hoy es mi día de suerte. Esta mañana estaba sentado en la oficina, muerto de aburrimiento —se inclinó hacia delante, sonriendo a los gemelos, y continuó—. Pero, bueno, ¿qué travesura habéis hecho para conseguir que os traigan aquí?

— ¡Ninguna! —contestó Con, indignado.

— Hemos hecho nuestros deberes —dijo Alex — . Y no tenemos preceptor.

— Ya habéis ahuyentado a otro, ¿eh?

—Me temo que esta vez la culpa fue mía —admitió Kyria—. El preceptor y yo tuvimos una pequeña discusión acerca de sus métodos educativos, entre otras cosas.
La sonrisa de Quick se hizo más amplia mientras miraba a Kyria.
—Pues, tratándose de discusiones, milady, yo apostaría por usted.
—En eso tienes razón —dijo Rafe.
Tom le ofreció la mano a Kyria para bajar del carruaje. Rafe bajó tras ella. Los gemelos también se disponían a apearse, pero Kyria los detuvo.
—Vosotros os quedáis aquí.
— Pero, Kyria, ¿por qué no podemos ir con Tom? Nosotros también deberíamos echarle un vistazo al señor Habib, ¿no crees? ¿Y si lo vemos en alguna parte? Deberíamos saber qué pinta tiene —dijo Con juiciosamente.
Kyria suspiró y lanzó una mirada a Tom.
—Yo cuidaré de ellos, no se preocupe —le dijo él—. Entraremos sin armar jaleo y le echaremos un vistazo a ese tipo cuando se encuentre con ustedes. Luego volveremos a salir y yo vigilaré a los gemelos.
Algo más tranquila, Kyria entró con Rafe en la posada, procurando no mirar atrás para ver qué hacían Tom y los gemelos. La posada era un establecimiento limpio y respetable, con un gran salón público reluciente de bronce y caoba pulida. El hospedero, al verlos, salió a su encuentro y les preguntó qué deseaban. Al mencionar Rafe el nombre del señor Habib, la mirada del posadero adquirió una expresión calculadora, pero se limitó a inclinar la cabeza y se ofreció a indicarles la estancia privada donde Habib estaba acabando de almorzar.
El posadero llamó a la puerta, la abrió e introdujo en su interior a Rafe y Kyria. Habib estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el jardín trasero. Los restos de su almuerzo estaban sobre la mesa, en medio de la pequeña habitación. Al oírles entrar se giró y sus ojos se agradaron por la sorpresa.
—¡Lady Moreland! ¡Cuánto me alegro de verla! — comenzó a decir con su voz de pesado acento. Se adelantó, haciendo una reverencia y juntando las manos sobre el pecho—. Y el señor...
—Mclntyre —le dijo Rafe.
Habib le hizo un gesto impaciente al posadero.
— Retírese, por favor —siguió al hombre hasta la puerta y la cerró. Luego se volvió y le ofreció a Kyria una amplia sonrisa—. ¿Ha reconsiderado mi oferta? ¿Sí? ¿Me venderá la caja?

—No, no he venido a venderle la caja, señor Habib — respondió Kyria con firmeza.
—Hemos venido a preguntarle qué sabe de los hombres que entraron en la casa de los Moreland el otro día — dijo Rafe ásperamente.
—¿Qué hombres? No entiendo.
— Fueron a robar la caja..., la caja que usted quería. Lo cual me parece un tanto sospechoso —continuó Rafe.
— ¡Pero yo estoy dispuesto a comprarla! ¿Por qué iba a robarla? —dijo Habib, y se encogió de hombros, mirando inocentemente de Kyria a Rafe y viceversa.
—Tal vez porque me negué a vendérsela —contestó Kyria—. Y tal vez porque no le importa el modo de conseguirla.
— Milady, me ofende usted —dijo Habib con expresión dolida, llevándose la mano al corazón — . Soy un famoso comerciante. Tengo una reputación.
— ¿Y cuál es esa reputación? —preguntó Rafe con voz tan acerada como su mirada—. ¿Se le conoce acaso por su habilidad para obtener lo que quieren sus clientes sin hacer preguntas?
—No lo entiendo —repitió Habib—. ¿Qué está diciendo?
Kyria miró hacia la ventana y vio que la cara de Con aparecía al otro lado, asomándose al interior. Con se apartó del cristal haciendo aspavientos. Kyria puso los ojos como platos y miró rápidamente a Habib. Este, por suerte, estaba mirando a Rafe y no vio al chico.
—Atrapamos a los que intentaron robar la caja —dijo Rafe—. Están en prisión. Y se apresuraron a implicarle a usted.
— ¡A mí! —Habib miró boquiabierto a Rafe —. ¿Dicen que yo tengo algo que ver con esto? ¡Mienten!
Kyria lanzó una mirada furtiva a la ventana, donde Alex y Con estaban asomados al cristal, con las manos alrededor de los ojos para ver mejor. Tras ellos, Tom también escudriñaba atentamente la habitación. Kyria los miró con el ceño fruncido. Con la saludó agitando la mano alegremente. Kyria lo miró con enojo y les indicó con la cabeza que se fueran. Luego giró la cabeza para ver si Habib estaba mirado. El mercader seguía mirando fijamente a Rafe, pero Kyria había perdido el hilo de la conversación. Rafe estaba diciendo:
— ...sobre el hombre al que conocieron en El toro azul, en Cheapside. ¿Conoce usted esa taberna?

— ¡No! ¡Nunca he estado allí! —a la frente del mercader afloraban grandes gotas de sudor.
— Confesaron que había prometido pagarles cierta suma —continuó Rafe, mintiendo con todo descaro
— ¡Mienten! Yo no... yo no he...
—¿Para quién quiere usted comprar esa caja? ¿Quién es su cliente? —insistió Rafe, cerniéndose sobre Habib.
— ¡No puedo decírselo! —Habib retrocedió con nerviosismo y le lanzó a Kyria una mirada implorante—. Por favor, señorita, se lo juro. Yo no mandé a nadie a su casa. No tengo nada que ver con eso.
Kyria se acercó rápidamente a Rafe para que Habib, al mirarla, no pudiera ver la ventana por el rabillo del ojo.
— Me cuesta creerlo —le dijo al mercader—. ¿Quién más sabe lo de la caja? Usted sabía dónde encontrarla, lo cual es muy sospechoso, señor Habib. ¿Cómo podía saber dónde estaba si no siguió a Kousoulous y lo asesinó? ¿Cómo lo sabían los rufianes que entraron en nuestra casa si no se lo dijo usted?
— ¡Hay otros que lo saben! —protestó Habib, alzando la mano para limpiarse el sudor de la frente—. Yo no he hecho nada, se lo juro.
¿Cómo lo sabían esos hombres? —insistió Rafe.
Habib se encogió de hombros, agitando vagamente las manos.
—Todos lo saben —se giró hacia la ventana, y Kyria dejó escapar un leve gemido. Pero sus hermanos y Tom no estaban ya junto al cristal, y Kyria suspiró, aliviada.
—¿Quiénes son todos? —continuó Rafe.
—En Estambul —respondió Habib — . Mucha gente en Estambul lo sabe. Es un runrún que corre por ahí. Un rumor, ¿entiende? Todo el mundo murmura que Kousoulous tenía la caja; que se la llevó a Inglaterra. A los Moreland.
— Permítame decirle algo, Habib —dijo Rafe, acercándose de nuevo a él con una deliberada lentitud que llevaba implícita una amenaza—. Yo no me pliego fácilmente a las amenazas. En realidad, me ponen furioso. Casi tanto como que alguien intente robarme o robar a los míos. Si vuelve a ocurrir, iré a por usted. ¿Queda claro?
Habib se apresuró a mover la cabeza afirmativamente.

— Sí, muy claro. Pero yo no... yo no he... —Entonces será mejor que siga así —replicó Rafe. Le lanzó una última mirada al mercader y dio media vuelta—. Kyria, ¿tienes algo que añadir?
—No —respondió ella—. Creo que está todo claro.
Rafe se acercó a la puerta y la abrió para que ella pasara. Luego la siguió fuera de la habitación.
, —Bueno —dijo, tomando a Kyria del brazo mientras salían de la posada—, si tenemos suerte, nuestro amigo irá corriendo a ver a su cliente o a su socio para informarle de nuestra visita. ¿Crees que Tom lo habrá visto bien?
Kyria sonrió. —Oh, sí, creo que sí.

Capítulo 13

En la fiesta de lady Tarkey había tanta gente como Kyria suponía. Primero tuvieron que esperar en su carruaje mientras la larga línea de vehículos avanzaba metro a metro, y, luego, cuando al fin pudieron apearse, se encontraron con otra cola que subía, sinuosa, por la escalinata que llevaba a la casa. Al menos, pensó Kyria, ya que tenía que soportar la espera, era un consuelo poder hacerlo con Rafe. Aparte de ser el hombre más guapo de los que allí se encontraban, entretuvo su espera con preguntas y comentarios sotto voce referidos a cuanto los rodeaba, desde la profusión de querubines y ninfas de escayola del techo, a un hombre de corta estatura provisto de un gran bigote anaranjado, tan encerado y curvado que, cada vez que movía la cabeza, parecía en inminente peligro de sacarle un ojo a su acompañante. Kyria, que sonreía y saludaba inclinando la cabeza a sus muchos conocidos, advirtió que su llegada con un apuesto desconocido causaba cierto revuelo.

Tras saludar a sus anfitriones y a la hija de éstos en lo alto de la escalinata, entraron en el salón de baile principal, pero apenas pudieron pasar del umbral a causa del gentío.

— ¡Lady Kyria! —se giraron y vieron que un joven se abría paso con ímpetu entre la multitud, hacia ellos. Dado que era de elevada estatura y un tanto grueso, no le resultaba fácil avanzar y más de uno lo miró con enojo al pasar—. Disculpe. Le ruego me perdone. ¡Lady Kircannon! Lo siento muchísimo. ¿Ése era su pie? Mis más sinceras disculpas. Perdóneme... —llegó al fin al lado de Kyria y se inclinó en una extravagante reverencia sobre su mano — . Mi querida señorita, está usted más bella que nunca —le dijo a Kyria, sonriéndole—. Parece que hace un año que no la veo.

— Hace poco más de un mes.

— Londres es tremendamente aburrido sin usted — posó la mirada en Rafe y frunció el ceño.

—Ah, lord Crandon —dijo Kyria, siguiendo su mirada—, por favor, permítame presentarle al señor Mclntyre, que ha venido a visitarnos desde América.

— ¿Qué tal está usted? —contestó amablemente el joven, pero Rafe advirtió su mirada celosa.

Mientras conversaban tanteándose, se les unió otro caballero, éste más mayor y refinado, pero igualmente celoso de Rafe. Al cabo de cinco minutos, se

hallaron rodeados por no menos de seis jóvenes solteros que reclamaban sin excepción la atención de Kyria.

—Debe usted concederme su primer vals —dijo uno que, vestido con resplandeciente uniforme, miraba a su alrededor con el semblante permanentemente fruncido en un aristocrático ceño de desdén.

—¿Debo? —contestó Kyria fríamente — . Me temo, capitán, que ya le he prometido el primer vals al señor Mclntyre —deslizó la mano sobre el brazo de Rafe.

—Sí —dijo Rafe, cerrando la otra mano posesivamente sobre la de Kyria, posada sobre su brazo, mientras fijaba una mirada desafiante en los ojos del capitán. Luego se volvió hacia Kyria y sonrió—. Y creo que ya va a empezar. Si nos disculpan, caballeros... —se inclinó hacia los otros, a los que Kyria lanzó una sonrisa indistinta mientras dejaba que Rafe la condujera por entre la gente hacia la pista de baile.

—Tendremos suerte si logramos cruzar entre toda esta gente antes de que se acabe el baile —comentó Kyria mientras caracoleaban entre la gente.

Rafe sonrió.

— Da igual, mientras podamos escapar de ese pelotón de admiradores.

— Sólo están aburridos. La temporada ha acabado, y casi todo el mundo se ha ido.

Él la miró alzando una ceja.

—¿Esperas que me crea que esos tipos sólo te persiguen cuando las otras bellezas se han ido?

Kyria se echó a reír.

—No, no soy tan humilde.

Llegaron al fin a la pista de baile y, tomándola suavemente en sus brazos, Rafe la sumergió en la corriente de las parejas que bailaban. Kyria olvidó momentáneamente el propósito de su presencia en aquella fiesta y se entregó al placer de girar alrededor del salón, segura en brazos de Rafe. Finalmente, sin embargo, el vals concluyó, y Kyria regresó a la realidad con un leve suspiro. Miró a su alrededor y localizó al fin a dos de las más notorias anfitrionas de Londres. Si alguien podía presentarle a lord Walford esa noche, estaba segura de que sería alguna de aquellas dos mujeres. Mientras avanzaban hacia ellas, los rostros de las mujeres se iluminaron y sus ojos se deslizaron con avidez sobre Rafe. Una de ellas abrió su abanico y se lo llevó a la cara en un gesto de coquetería extraño para su edad.

— Lady Kyria —la saludó la más mayor de las dos—. Qué sorpresa verla aquí esta noche.
— Sí, he regresado a Londres inesperadamente —le dijo Kyria, sonriendo, y prosiguió—. Lady Colcaughten, señora Marsbury, por favor, permítanme presentarles al socio americano de lord Saint Leger, el señor Mclntyre.
— Señor Mclntyre, es un placer —gorjeó lady Colcaughten, posando una mano sobre el brazo de Rafe y apartándolo sutilmente del grupo—. He oído hablar mucho de usted.
—¿De veras?
— Oh, sí, desde luego. La boda de Saint Leger fue la comidilla de todo Londres: tan discreta, tan sencilla..., tan rápida, por así decirlo.
— Por así decirlo —contestó Rafe.
—Todos aquéllos que tuvieron el privilegio de asistir estaban rebosantes de noticias. Lo cual era de esperar — se apartó un poco, tirándole del brazo levemente—. Por favor, permítame que le presente a los invitados.
Rafe le lanzó una mirada a Kyria, que asintió con la cabeza animosamente. Con una mirada resignada, Rafe se giró y se dejó llevar por lady Colcaughten. La señora Marbury pareció enojada por verse separada de su acompañante e hizo ademán de seguir a la pareja, pero Kyria la detuvo posando una mano sobre su brazo.
— Señora Marbury, es usted justamente la persona que deseaba ver.
—¿De veras, querida? —la otra se animó ante el cumplido de Kyria—. Cuánto lo celebro.
—Hay alguien aquí esta noche a quien deseo conocer —continuó Kyria.
Los ojos de la señora Marbury se iluminaron ante la perspectiva de un buen bocado de chismorreo.
—¿De veras? ¿Quién?
— Lord Walford. Su padre era gran amigo del mío, ¿sabe usted?
— Sí, el querido duque. ¿Qué tal se encuentra?
—Bastante bien. El caso es que mi padre está interesado en mantener correspondencia con lord Walford, como hacía con su padre. Tengo entendido que al joven lord Walford también le interesan las antigüedades. Pero, por extraño que parezca, nunca me lo han presentado. Confiaba en que usted lo conociera y...
— Oh, sí, desde luego, lo conocí en el baile de los Featherstone, en abril. Un caballero elegante. Bastante distinguido... ¡y guapo! —se llevó una mano al

pecho y cerró los ojos — . Si yo no fuera una mujer casada... — dejó escapar una alegre risita para acabar la frase — .

Bueno, me encantaría presentárselo, si quiere usted. No sabía que iba a venir esta noche —la señora Marbury comenzó a escudriñar la habitación en busca de su presa—. No lo veo por aquí. Intentémoslo por ese lado — echó a andar entre la multitud y Kyria la siguió.

Estaba claro que la señora Marbury era experta en cazar invitados esquivos, pues tardó poco tiempo en recorrer el salón de baile y el corredor que se extendía más allá, mirando sin cesar las esquinas y rincones donde podía haber alguien conversando. Pareció encontrar a su presa junto a las escaleras, charlando lánguidamente con otros dos hombres, pues de pronto se irguió y se dirigió hacia aquel grupo como un navío de guerra con todas las velas desplegadas.

— Ah, lord Walford —gorjeó alegremente — . Y yo que le estaba diciendo a lady Kyria que no estaba usted en la fiesta...

Uno de los caballeros se volvió a mirarla, hizo una suave reverencia y ofreció una tenue sonrisa.

— Señora Marbury, es un placer verla de nuevo —su voz, aunque cortés, traslucía una evidente falta de entusiasmo. Sin embargo, al posar la mirada sobre Kyria, su semblante se iluminó ligeramente. Tomó la mano de la señora Marbury y la besó de un modo anticuado y caballeroso que provocó en la señora Marbury una risilla complacida.

— Sabía que le alegraría verme —bromeó ella, agitando el abanico coquetamente hacia él —, porque he venido a presentarle a lady Kyria Moreland.

Lord Walford se volvió hacia Kyria y se inclinó cortésmente hacia ella.

— Milady, creo que nuestros padres eran grandes amigos. Es una lástima que no nos hayamos conocido antes — miró a la señora Marbury — . Debo darle las gracias por corregir ese desafortunado error.

Kyria observó a lord Walford mientras la señora Marbury continuaba agasajándolo. Era un hombre alto y fibroso, de abundante cabello negro, con ondas plateadas a cada lado de las sienes. Su tez era morena, bronceada por largos años de exposición al sol, y sus ojos eran de un extraño color, entre castaño y verde. Sus pómulos, afilados como navajas, sobresalían contra la piel de su rostro, dándole una expresión casi feroz hasta que sonreía.

Transcurrieron varios minutos de conversación galante con la señora Marbury antes de que ésta localizara a alguien que ofrecía mejores oportunidades para el chismorreo y dejara a Kyria a solas con lord Walford.

—Lamento haber interrumpido su conversación —le dijo Kyria, señalando con la cabeza a los dos hombres con los que Walford había estado hablando.

Él sonrió.

— No tiene por qué lamentarlo. Sólo estaba pasando el rato hasta que pudiera marcharme sin ofender a los anfitriones. Me temo que no me gustan mucho las fiestas — hizo una pausa y luego prosiguió—. Ahora, dígame, ¿hay algo en lo que pueda ayudarla?

Kyria lo miró un tanto sorprendida y se sonrojó. —Lo siento. Debo de parecerle una mal educada por haber forzado de este modo una presentación.

— Es difícil sentirse forzado cuando le presentan a uno a una joven tan bella y encantadora como usted. Sin embargo, es evidente que no necesita usted compañía masculina. Estoy seguro de que está acostumbrada a hallarse rodeada por un enjambre de admiradores. Así pues, me veo obligado a concluir que hay alguna razón por la que desea usted conocerme.

— La hay, en efecto —admitió Kyria—. Deseo hablar con el señor Ashcombe. El señor Nelson Ashcombe.

—¿El arqueólogo de mi padre? —preguntó Walford, alzando las cejas, sorprendido—. La verdad, nunca habría imaginado que fuera ésa su petición.

— ¿Trabaja también para usted? —preguntó Kyria. Walford se encogió elegantemente de hombros.

— No estoy seguro de que alguien pueda decir que Nelson Ashcombe trabaja para él. Creo que más bien trabaja para sí mismo y permite que los demás le paguen las cuentas.

Kyria sonrió.

—No parece un trato muy ventajoso para usted.

—Ah, pero también permite que los demás merodeemos por sus excavaciones y fisguemos entre las cosas que desentierra. Y me temo que yo he heredado de mi padre el fervor por tales cosas. Cuando era joven, me metí en ciertos líos... —le lanzó una sonrisa irónica—. Yo era un tanto alocado, ¿sabe usted?... y mi padre me mandó a uno de los yacimientos de Ashcombe para sacarme del atolladero. Se suponía que debía aprender la lección, pero, en realidad, lo que aprendí fue que me gustaba la arqueología tanto como a él. También me enamoré de aquella región: Turquía, Persia, Mesopotamia..., la cuna de la

civilización. No hay lugar como aquél. Después de pasar unos meses allí, ya no quise marcharme. Naturalmente, cuando mi padre murió, tuve que volver a casa..., la llamada del deber y todo eso. Pero lo echo terriblemente de menos.
— ¿Y cree usted, al igual que el señor Ashcombe, que el relicario que contiene el estandarte de Constantino existe realmente? —preguntó Kyria con curiosidad.
—¿El santo estandarte? —dijo él, lanzándole una sonrisa inquisitiva—. He de admitir que, en mi opinión, no es más que una leyenda. Ashcombe está un poco obsesionado con ese asunto, lo cual ha dañado bastante su reputación, ¿sabe usted? Y es una lástima. Es un gran sabio, un gigante en su campo. Yo le he prestado mi apoyo, desde luego. Quiero decir que no podía dejar de hacerlo, después de los años que trabajó con mi padre —hizo una pausa y a continuación preguntó—. ¿Y usted? ¿Cree en ese relicario?
—Empiezo a creer, sí —contestó Kyria cautelosamente—. Esta mañana fui a hablar con el señor Ashcombe acerca de él, pero se negó a recibirme.
—¿De veras? — Walford parecía sorprendido—. Por lo general, Ashcombe siempre está dispuesto a departir sobre ese tema. Lo habrá pillado usted en un mal día. O quizás haya pensado que tenía usted la intención de burlarse de él de algún modo. Ashcombe es un hombre orgulloso. Mañana por la mañana le enviaré una nota pidiéndole que la reciba. ¿Qué le parece?
—Sería maravilloso —le aseguró Kyria, sonriendo—. No sabe cuánto se lo agradezco.
—No tiene importancia, se lo aseguro —le lanzó una sonrisa tenue y burlona—. Es lo menos que puedo hacer por la hermana de Theo.
—¿Theo? —Kyria alzó la mirada hacia él, sorprendida—. ¿Conoce usted a Theo?
Él asintió con la cabeza.
— Sí, nos conocimos cuando coincidimos en Turquía. Compatriotas ingleses en un país extranjero, y esas cosas. Pero resultó que teníamos algo más en común. Tuvimos muchas conversaciones respecto a la conveniencia o no de sacar los objetos históricos de sus países de origen. A ambos nos parece simple y llanamente un expolio.
— Sí, le he oído expresar sus opiniones al respecto.
— ¿Ha vuelto a Inglaterra? —preguntó Walford — . Me gustaría volver a verlo.

— No, me temo que no. Hace bastante tiempo que no tenemos noticias suyas. No sé exactamente dónde está.
Walford sonrió, sacudiendo la cabeza.
— Su hermano es único.
Kyria se preguntó si Walford conocería en realidad a Theo tan bien como afirmaba. ¿Era posible que supiera algo sobre Kousoulous o sobre el relicario guardado en la caja fuerte de su casa? Sin duda, pensó, si lo supiera, lo habría mencionado al preguntarle ella por Ashcombe y por su búsqueda del relicario. O quizá Theo no le había mencionado a Walford que estaba planeando sacar el objeto del país. Al parecer, lord Walford se oponía con decisión a tales prácticas. Con todo, pensó ella, sería mejor no decirle nada sobre el asunto.
Sonriendo, le dio las gracias de nuevo por su tiempo y su ayuda y, dando media vuelta, se fue en busca de Rafe. Antes de que pudiera localizarlo, sin embargo, se vio asediada por varios admiradores que deseaban que les concediera un vals, y pasó la siguiente media hora bailando. Veía de vez en cuando a Rafe en la distancia, normalmente bailando con alguien, y no podía negar que verlo rodeando con los brazos a otra mujer le producía una aguda punzada de celos. Se decía que era ridículo. A fin de cuentas, ella no tenía derechos sobre Rafe. Hacía apenas una semana que lo conocía. Y, pese a que sus besos hacía que le flaquearan las rodillas, no significaban nada. Ella no pensaba casarse y él... En fin, Kyria era lo bastante mundana como para saber que el hecho de que la hubiera besado no significaba que la amara. Ni que ella lo amara a él, se dijo apresuradamente.
Estaba tan sumida en sus pensamientos que se despidió distraídamente de su última pareja de baile y pasó junto a una de sus amigas sin verla, hasta que la joven llamó su atención. Kyria se detuvo y miró a su alrededor.
— ¡Alicia! —sintió que se sonrojaba al darse cuenta de su despiste—. Lo siento mucho. Tengo la cabeza en las nubes —se volvió hacia la mujer rubia y oronda que había sido una de sus mejores amigas en la época de su debut en sociedad.
Alicia Forquay, que se había casado ventajosamente, era ahora lady Hargreaves y la orgullosa madre de tres traviesos chiquillos, así como una de las anfitrionas más notorias de la sociedad londinense.
— No te preocupes, no me he ofendido —le aseguró su amiga—. Pero quería presentarte a alguien —se giró a medias hacia el hombre alto que permanecía junto a ella. Era moreno y de rasgos afilados, y la mirada que fijó en Kyria era

luminosa y penetrante—. Kyria, éste es el príncipe Dimitri Rostokov. Ha venido desde Rusia y es un gran amigo de lord Buckley. Alteza, ésta es lady Kyria Moreland.
— Milady... —se inclinó con precisión sobre su mano — . Estaba ansioso por conocerla —su inglés era fluido, a pesar de que tenía un fuerte acento ruso.
— ¿Qué tal está usted? —Kyria le sonrió cortésmente.
— Estoy muy bien, gracias. Deseaba hablar con usted de cierto asunto... — miró intencionadamente a lady Hargreaves.
Ésta lo miró atónita un momento y luego alzó las cejas y dijo:
— Oh. Bien, yo, eh, debería irme a... eh... a alguna parte.
Kyria miró con sorpresa al ruso. Ignoraba si era sencillamente un maleducado o un arrogante, o si no comprendía bien su lengua, pero resultaba extraño que Alicia aceptara tan dócilmente un desaire, lo cual hizo pensar a Kyria que el príncipe ruso debía de ser una persona muy importante.
— He de hablar con usted sobre una cuestión de suma importancia —le dijo Rostokov.
Kyria sintió un vacío en la boca del estómago. —¿De veras?
— Sí —él se acercó levemente y bajó la voz — . Me han dicho que tiene usted en su poder cierta caja.
Kyria lo miró fijamente.
—Lo lamento, pero no sé de qué...
—Vamos, vamos, milady, no hay necesidad de fingimientos. Se sabe en ciertos círculos que el señor Kousoulous llevó ese objeto a su casa. Y ahora aparece usted repentinamente en Londres, a pesar de que su familia acababa de trasladarse al campo. Es fácil deducir que su visita está relacionada con el relicario —hizo una pausa y continuó—. Tengo un interés personal en esa caja. Me gustaría comprársela.
— Lo lamento. Aunque el relicario estuviera, en efecto, en mi poder, no estaría en venta —contestó Kyria, y empezó a alejarse.
— No, milady, usted no lo entiende. Este asunto es de gran importancia para mí. Estoy dispuesto a pagarle una gran suma de dinero.
Kyria replicó:
—¿Por qué está todo el mundo tan ansioso por ponerle las manos encima a esa cosa?
—Tiene, digamos, cierto valor histórico. Usted debe entenderlo. Lord Buckley me ha dicho que su padre colecciona objetos raros.

—A mi padre le interesan enormemente las antigüedades —reconoció Kyria—. Sin embargo, no suele viajar a otros países para despojar a sus pueblos de sus posesiones con marrullerías.
—¿Marrullerías? No conozco esa palabra.
—Y tampoco intenta robarlas.
— ¡Robarlas! —el ruso abrió mucho los ojos y pareció seriamente ofendido— . ¿Qué insinúa usted?
—Insinúo que esa caja parece despertar el instinto criminal en la gente.
— ¡ Yo nunca he robado nada en toda mi vida! —Puede que no, pero yo ignoro quién está detrás del intento de robo. En realidad, no sé si «robo» es la palabra adecuada para aludir al hecho de irrumpir en una casa por la fuerza y amenazar con hacer daño a una familia si no se hacía entrega de la caja.
—¿Alguien ha hecho eso? —preguntó Rostokov achicando los ojos.
— Sí. Otras personas han intentando comprarnos la caja, y el hombre que me la llevó fue asesinado ante nuestra puerta. Me disculpará usted si albergo ciertos recelos de todo aquél que se interese por ese relicario.
—Lo lamento —dijo él escuetamente — . Le aseguro que no tengo nada que ver con ningún asesinato, amenaza o robo. ¿La caja está a salvo? ¿La tiene aquí, en Londres?
Kyria arqueó una ceja.
— ¿De veras cree que voy a decirle dónde está la caja? Puede que usted esté seguro de que no está implicado en ninguna actividad delictiva, pero yo no lo estoy.
—Pregúntele a lady Hargreaves. A su marido. A lord Buckley. Ellos respaldarán mi honorabilidad. Soy un príncipe de Rusia.
— En cualquier caso, señor, no tengo intención de venderle la caja.
El príncipe Dimitri frunció el ceño. —Usted no lo entiende.
—No, es usted quien no lo entiende. He rechazado su oferta. No tengo intención de vender la caja. Ahora, si me disculpa...
Kyria hizo ademán de girarse, pero el príncipe la agarró del brazo.
— No. No puedo permitir que ponga en peligro el relicario.
—¿Cómo dice? —Kyria miró con enojo la mano de Dimitri, que agarraba con fuerza su brazo.
El príncipe miró también su mano y, haciendo una leve genuflexión, le soltó el brazo.
— Por favor, acepte mis disculpas. Sin embargo, he de...

—¿Algún problema?
— ¡Rafe! —Kyria se giró hacia él con alivio.
Rafe le lanzó una rápida sonrisa y luego se volvió hacia Rostokov con expresión dura y amenazadora.
—¿Está usted molestando a la señorita?
—¿Qué? No sea ridículo —el príncipe lo miró enojado—. Por favor, márchese.
—Verá, no creo que pueda complacerle. La dama en cuestión no parece estar disfrutando de su conversación.
—Eso no es asunto de su incumbencia.
— En eso se equivoca —respondió Rafe, dando un paso hacia el ruso.
Éste se irguió y lo miró con indignación.
— Se está usted pasando de la raya, caballero.
—Y, usted, señor, corre el riesgo de que lo eche de aquí a patadas si...
—Caballeros, por favor —dijo Kyria severamente, y miró enojada al príncipe Dimitri—. Están ustedes llamando la atención.
El príncipe miró a su alrededor, vaciló y dio un paso atrás.
— Esto no acaba aquí. Volveré a hablar con usted, milady —dio media vuelta y se alejó entre el gentío. Rafe se volvió hacia Kyria.
—¿Qué quería? —preguntó.
—¿Tú qué crees? —respondió ella.
—¿El relicario? —preguntó Rafe, alzando las cejas.
— Sí. Se ofreció a comprármelo.
— Así que nuestro amigo Habib tiene un rival — comentó Rafe.
—Eso parece.
— En fin, esto se pone cada vez más interesante. ¿Crees que es él quien contrató a esos rufianes?
— Dice que no, pero no hay modo de saberlo. Encaja con la descripción que nos dio Sid.
Rafe asintió con la cabeza pensativamente. —Tal vez sea el hombre de la taberna. Se miraron el uno al otro.
— Creo que es hora de irse —dijo Kyria. —¿Has conseguido lo que querías?
Ella asintió con la cabeza.
— Y algo más.
A Kyria le costó dormir esa noche. Repasaba mentalmente, una y otra vez, su encuentro con el ruso y lo que éste había dicho. Se había convencido de que el

tratante de antigüedades libanés estaba detrás de lo ocurrido en Broughton Park, pero de pronto dudaba de ello. Podía haber sido el príncipe Rostokov. O quizá hubiera otras personas interesadas en la caja. Habida cuenta de lo que habían descubierto sobre el relicario, comprendía por qué había tanta gente que ansiaba poseerlo. Pero, por esa misma razón, le parecía tanto más importante no desprenderse de él. Si lo que contenía la caja era, tal y como parecía, un jirón auténtico del estandarte de batalla de Constantino, el relicario no era tan sólo una pieza de gran valor y antigüedad, sino también de enorme importancia religiosa. Una reliquia semejante no tenía precio, y parecía una aberración que acabara en manos de un coleccionista privado. Debía pertenecer a... Bueno, no estaba segura de cuál era su sitio, pero le parecía mal que estuviera en poder de una única persona, aunque fuera ella.

Dando un suspiro, se giró en la cama, ahuecó la almohada y apoyó la cabeza sobre ella. Pensó en el relicario, guardada abajo, en la caja fuerte de su padre. Sintió de nuevo el poderoso deseo de mirarla que la había acometido en otras ocasiones. Se dijo que era absurdo. A fin de cuentas, la había visto muchas veces. No tenía sentido sacarla de nuevo sólo para contemplarla un rato. Sin embargo, cuanto más permanecía allí tumbada, más ansiaba verla. De pronto se le ocurrió que convenía asegurarse de que seguía dentro de la caja fuerte, de que nada le había ocurrido desde que estaban en Londres. Existía, a fin de cuentas, la posibilidad de que un ladrón habilidoso entrara en la casa, abriera la caja fuerte y se llevara el relicario sin que nadie se diera cuenta.

Finalmente se levantó y se puso una cálida bata de terciopelo y unas pantuflas. No podría conciliar el suelo hasta que supiera que el relicario estaba a salvo, razonó. Encendió una vela, salió de la habitación, recorrió sigilosamente el largo pasillo a oscuras y bajó las escaleras hasta el despacho de su padre. Una vez allí, dejó la vela sobre el escritorio y se acercó a la caja fuerte de acero empotrada en un rincón. Ésta contenía los papeles más importantes de la familia, junto con las joyas que con más frecuencia se ponía su madre. Giró la ruedecilla de la caja fuerte y la abrió. Introdujo la mano en su interior y sacó la bolsa de terciopelo que contenía el relicario. La llevó a la mesa y la colocó junto a la vela. Luego se sentó en el sillón de detrás de la mesa y, apoyando la barbilla en la mano, se quedó mirando fijamente el diamante negro que adornaba uno de los lados de la caja. Pasó suavemente el dedo sobre la gema. En cierto modo, mirarla la reconfortaba, lo cual le hacía preguntarse si ciertos

objetos poseían una especie de poder que influía en las personas y en los acontecimientos.

Sacudió la cabeza, pensando que se estaba dejando llevar por su fantasía, y devolvió el relicario a la caja fuerte pese a que deseaba seguir contemplándolo. Cerró la pesada puerta y giró la ruedecilla. Luego se volvió para recoger la vela. Al hacerlo, una figura se deslizó sigilosamente por la puerta y entró en la habitación con una pistola en la mano.

— ¡Quieto!

Kyria se sobresaltó y dejó escapar un leve grito. Se miraron el uno al otro un instante, sin moverse. Por fin, Rafe bajó la pistola.

—¿Qué rayos haces aquí? —preguntó, irritado—. He oído algo y creía que había entrado alguien a robar la caja del demonio.

Kyria dejó escapar un suspiro. Se llevó una mano al corazón, que le golpeaba con fuerza en el pecho, y procuró calmarse.

— Me has asustado. Creía que venías a robar.

Se miraron un momento y sonrieron. Rafe se guardó la pistola y, sacudiendo la cabeza, entró en la habitación.

— Siento haberte asustado —dijo.

— Yo también —Kyria se acercó a él.

Rafe bajó la mirada hacia ella. El pelo de Kyria se rizaba, suelto, sobre sus hombros en una masa desordenada. Rafe imaginó el tacto de sus rizos entre los dedos. Su mirada se deslizó más abajo. Ella llevaba una bata tan recatada como un vestido, pero la impresión de intimidad que le producía verla en ropa de cama agitaba su deseo. Pensó a su pesar que, bajo la suave bata de terciopelo, ella no llevaba nada más que una camisola de dormir. Podía ver la suave tela de algodón entre la uve que formaban las solapas de la bata, y sus dedos ansiaban tocarla. Intentó recordar todas las razones por las que no era buena idea que besara a Kyria. Pero en ese momento no se le ocurría ninguna.

El corazón de Kyria seguía palpitando a toda prisa. Se daba cuenta de que ello no se debía únicamente al susto de hacía unos instantes. Estar allí, con Rafe, vestida sólo con ropa de cama, resultaba demasiado íntimo, demasiado turbador. Por más que recatada que fuera su bata, se sentía frágil y vulnerable, desprovista de la armadura que solía usar en sociedad. Sus ojos se posaron en la piel morena de la garganta de Rafe, que el cuello abierto de su camisa dejaba al descubierto. Él se había quitado la chaqueta, y la camisa, desabrochada, le colgaba floja por encima de los pantalones. Estaba a punto

de irse a la cama, pensó Kyria, y la idea le produjo un cosquilleo en el estómago.

Los ojos de Rafe se deslizaron sobre su cuerpo. El deseo suavizó su rostro, y la carne de Kyria se erizó como si la hubiera tocado. De pronto se le quedó la boca seca. Sus pensamientos eran dispersos y caóticos, y no lograba poner en orden su cabeza. Sólo pensaba en que Rafe la tocara. Su piel se tensó, anticipándose al contacto de las manos de él. Dio un paso adelante. Rafe alzó una mano y la pasó suavemente sobre su brazo. Sus dedos se deslizaron hacia arriba, y Kyria sintió su calor a través del suave terciopelo de la bata. De pronto, deseó que nada se interpusiera entre su carne y la de él. Con un leve suspiro, se inclinó hacia delante y alzó las manos sobre el pecho de Rafe. Sin darse cuenta hundió los dedos en su camisa. Rafe dejó escapar un sonido gutural y la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia sí mientras su boca se apoderaba de la de ella.

Kyria sabía que debía alejarse antes de que fuera demasiado tarde, pero no lograba moverse. Sabía que no deseaba moverse. No quería ser sensata, ni prudente, ni fuerte. Sólo quería a Rafe.

Capítulo 14

La pasión prendió entre ellos como un fuego voraz. Kyria se apretó contra Rafe, asombrada por el modo perfecto en que encajaban sus cuerpos. Los brazos de Rafe, fuertes como el acero, la ceñían y apretaban contra él. Kyria reaccionó a su contacto de manera instintiva, deleitándose en su fortaleza. Apenas se reconocía a sí misma cuando, pegándose a él, mientras los labios y las lenguas de ambos se confundían, clavó las manos ansiosamente en su espalda. De pronto se dejó llevar por la pasión. Nunca se había sentido así, ni siquiera había soñado que algún día pudiera sentir de aquel modo. Se estremecía y se aferraba a él como si fuera la única cosa estable de su vida.

Cuando al fin Rafe apartó sus labios de los de ella, Kyria dejó escapar un leve gemido de enojo. Él se estremeció al oír aquel sonido involuntario. Besó su cara hasta la barbilla y más abajo, hasta la carne tierna de su cuello. Ella echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su garganta, y comenzó a jadear, ardiente y ávida, ansiando una satisfacción de la que ni siquiera era plenamente consciente. Se frotó contra él y Rafe gruñó, hundiendo sus dedos en las nalgas de ella y apretando su pelvis contra la dura línea de su sexo.

—Kyria... Kyria... —masculló con voz densa.

El cuello de la bata detuvo el descenso de su boca. Luchó torpemente con los botones, haciendo saltar algunos en su apresuramiento. Kyria apenas lo notó mientras movía las manos sin cesar sobre él, acariciando su pecho, sus hombros y sus brazos. Quería meterse bajo su camisa, sentir su piel bajo los dedos.

Rafe deslizó las manos bajo la bata y la echó hacia atrás. El cinturón se desató y cayó flojamente a los lados, dejando que la bata se abriera. Kyria encogió los hombros y movió los brazos hasta que la bata cayó al suelo, de modo que quedó cubierta únicamente por su camisón blanco. El camisón, tan casto como su color, no revelaba nada, pero sus suaves pliegues se ceñían a las formas voluptuosas del cuerpo de Kyria, subrayando sus caderas y sus pechos. Rafe desabrochó con manos ávidas el camisón hasta la mitad del pecho y separó las dos partes, que, al abrirse, mostraron el oscuro valle que se abría entre los senos hinchados de Kyria.

Rafe tragó saliva y apoyó la mano sobre el pecho de Kyria, entre los lados de su camisón. Por un instante, se miraron a los ojos, jadeantes. Lentamente, mientras la pasión se inflamaba entre ellos con cada bocanada de aire que respiraban, con cada leve roce de los dedos curtidos de Rafe sobre la piel

sedosa de Kyria, él deslizó la mano por su clavícula y sobre la curva de sus pechos. Kyria cerró los ojos cuando la mano de Rafe ciñó su seno. Se meció levemente, sintiendo que las piernas le flaqueaban, y Rafe le rodeó la cintura con el otro brazo, apretándola contra su pecho.

Suave y dulcemente, con una lenta caricia que era a un tiempo puro placer y pura agonía, Rafe acarició sus pechos, excitando los pezones hasta endurecer sus puntas. Por el vientre de Kyria cundió un ansia palpitante. Su cabeza osciló contra el pecho de Rafe, y de su garganta surgió un gemido cuando él pellizcó su pezón, acrecentando su deseo hasta un extremo casi insoportable.

Kyria había creído que no podía desearlo más, pero descubrió cuan equivocada estaba cuando Rafe la condujo hacia el corazón palpitante y oscuro de la pasión. Rafe apartó la mano de su pecho y la deslizó más abajo hasta posarla en la llanura de su vientre. Los dedos de Kyria buscaron los botones aún sin desabrochar y abrieron rápidamente el camisón hasta debajo de la cintura. Ella contuvo el aliento cuando la mano de Rafe se deslizó sobre su abdomen, buscando el nido de rizos de su pubis.

Ella nunca había imaginado una cosa así, aquel fuego líquido que hacían brotar las caricias de Rafe. Se movió, inquieta, dejando escapar un leve gemido. Todo su ser se había concentrado en las caricias de Rafe.

Él agachó la cabeza y comenzó a lamerle los pechos. Sus labios y su lengua se movían morosamente sobre la piel tersa de Kyria. Y, entre tanto, sus dedos seguían obrando su hechizo, buscando y separando los pliegues sedosos del sexo de Kyria, abriéndolo para él. Kyria escondió la cara contra su pecho, sofocando un grito de placer. Sus dedos se clavaban en la piel de Rafe al tiempo que el deseo la consumía.

— Rafe... por favor... —frotó la mejilla contra su pecho y luego, cuando el placer se intensificó, hundió los dientes en la tela de su camisa. Sus piernas temblaban, y su cuerpo entero parecía estar en llamas. Se sentía a punto de estallar de placer y, al mismo también, desgarrada por la frustración de no alcanzar nunca la satisfacción que buscaba. Su voz era baja y áspera cuando murmuró—. Tómame, por favor...

Él dejó escapar un gruñido y alzó la cabeza. Sus ojos centelleaban de pasión.

—No puedo, Kyria. Estaría mal aprovecharme de...

Los ojos de Kyria brillaron. Alzó la cabeza, buscando la boca de Rafe.

Él gimió suavemente mientras ella lo besaba con ansia. Kyria sonrió contra su boca al sentir que su carne palpitaba, dura y vibrante, buscando su liberación. Se apartó y lo miró con desafío.

—¿Crees que soy una criatura débil a la que hay que proteger de sí misma?

—No, pero no sabes... Eres virgen y... no puedo deshonrarte.

—¿Me deseas? —preguntó Kyria.

— Sabes que sí. Cielo santo, me estás matando, Kyria — su voz era áspera y rasposa.

—Entonces, enséñame.

Kyria hundió las manos en el pelo de Rafe y le hizo bajar la cabeza para besarlo. Los brazos de Rafe la rodearon con fuerza y la apretaron como si sus cuerpos pudieran fundirse el uno en el otro. Rafe no recordaba haber deseado nunca a una mujer como deseaba a Kyria en ese instante. Cuando al fin alzó la cabeza, masculló con voz densa:

—Te enseñaré. Está bien..., te enseñaré.

Agarró su camisón y se lo bajó por los brazos de un tirón. El camisón cayó al suelo, amontonándose a los pies de Kyria. Él permaneció inmóvil un momento, deleitándose en la contemplación de su cuerpo. Luego cayó lentamente de rodillas, recorriendo con las manos el cuerpo de Kyria. Sus manos se hundieron en las nalgas de Kyria y las apretaron con fuerza, elevando sus caderas hacia delante.

— ¡Rafe! —exclamó Kyria, sorprendida—, ¿Qué haces?

Él se limitó a esbozar una sonrisa indolente y maliciosa que atravesó a Kyria como una ráfaga ardiente de deseo. Los dedos de Rafe se clavaron en sus nalgas y se movieron, acariciadores, sobre sus caderas y piernas. Luego él se inclinó hacia delante y sus labios y su lengua comenzaron a obrar maravillas en la carne de Kyria.

Kyria, asombrada por aquella repentina e intensa acometida de placer, sintió que le flaqueaban las rodillas. Los brazos de Rafe la sujetaron. Ella gimió, hundiendo los dedos en el pelo de Rafe, incapaz de creer lo que él le estaba haciendo. Su lengua era una cosa salvaje, certera, acariciadora, que la azotaba como un látigo y la acariciaba rítmicamente, mientras sus manos recorrían sus piernas y sus caderas, provocando y acariciando, abriéndole los muslos para franquearle la puerta de su sexo.

Ella gimió, jadeante. Las piernas le temblaban. Se sentía como si fuera a estallar en mil pedazos bajo el placer exquisito y agonizante de las caricias de

Rafe. No podía pensar, apenas podía respirar, y entre tanto el deseo siguió creciendo hasta convertirse en una maraña compacta, enorme y palpitante. La liberación parecía fuera de su alcance, pues la boca de Rafe se movía delicadamente sobre ella, empujándola suavemente hacia mayores alturas de placer y retrocediendo luego en el momento justo, sólo para retornar un instante después para impulsarla aún
más arriba.

Kyria jadeó su nombre. La lengua de Rafe acariciaba y provocaba y luego revoloteaba sobre ella, lanzándola a una nueva cota de placer. El nudo dentro de ella se tensó y creció hasta que le pareció que no podría soportarlo más. Y luego, repentinamente, el placer estalló dentro de ella, tan ardiente, intenso y poderoso que gritó maravillada, y su cuerpo enteró se convulsionó.

Se dejó caer lentamente al suelo, sujeta por los brazos de Rafe. Él la atrajo hacia sí, acunándola, mientras ella se hundía en la neblina del placer, demasiado asombrada para hablar. Rafe la envolvió en la bata y la alzó en brazos para llevarla arriba. Kyria se acurrucó contra él, dejando escapar un leve suspiro de placer.

Rafe la llevó a su dormitorio y la depositó sobre la cama, tapándola con las mantas. Ella sonrió, su rostro tan dulce y resplandeciente que Rafe deseó meterse en la cama y hacerle el amor otra vez, buscando su propia satisfacción. Pero en lugar de hacerlo besó su hombro desnudo y la arropó cuidadosamente. -Rafe... -Chist...

—Pero yo... tú... —un leve ceño frunció su frente. El sonrió y se inclinó sobre ella, enterrando la cara entre su pelo.

—No te preocupes. El placer ha sido mío —murmuró, y, levantándose, se salió de la habitación.

A la mañana siguiente, al despertar lentamente, Kyria se acurrucó en la cama e intentó aferrarse al dulce deleite que esponjaba su cuerpo. Abrió los ojos de pronto al recordar la razón de su felicidad, y el rubor encendió sus mejillas.

Intentó convencerse por un instante de que todo había sido un sueño. Un sueño extremadamente sensual, desde luego. Pero al echar un vistazo bajo las mantas se convenció de que no era así. Estaba completamente desnuda. Su camisón estaba arrebujado sobre las mantas, y junto a él yacía su bata.

Rafe la había llevado a la cama. Le había...

Se cubrió la cara con las manos y se hundió entre las sábanas. ¿Cómo iba a mirarlo de nuevo a la cara? Sencillamente, no podía, pensó. Debía mandarle

una nota y pedirle que se fuera y... Pero, incluso mientras lo pensaba, comprendió que no lo haría. Por más avergonzada que se sintiera, lo último que quería era separarse de Rafe. A decir verdad, lo que quería era que aquello sucediera de nuevo... y pronto.

Una sonrisa leve y maliciosa curvó sus labios mientras rememoraba la experiencia de la noche anterior. Al cabo de un momento, se sentó y sacó los pies fuera de la cama. Se estiró plácidamente. Nunca antes se había sentido tan consciente de su cuerpo, tan colmada, tan maravillosamente viva. Se puso el camisón, canturreando, y se acercó al timbre para llamar a su doncella. Ignoraba qué pasaría a partir de ese momento, pero nunca le había dado miedo lo desconocido. Pasara lo que pasase, estaba ansiosa por descubrirlo.

Ver de nuevo a Rafe resultó más fácil de lo que creía, gracias a la presencia bulliciosa de los gemelos. Cuando Kyria entró en el cuarto del desayuno, estaban los tres allí, discutiendo animadamente sobre si las serpientes de cascabel eran más venenosas que las cobras.

—El veneno de la cobra es mucho más tóxico que el de la serpiente de cascabel —estaba diciendo Alex mientras se untaba metódicamente una tostada con mantequilla.

Con, por su parte, extendió descuidadamente un pegote de mantequilla sobre su trozo de pan y hundió éste en el montoncillo de mermelada de su plato.

—Pero la serpiente de cascabel es mucho más agresiva, y además genera mucho más veneno. Hola, Kyria — Con la saludó con el trozo de pan antes de doblarlo en dos y metérselo en la boca.

—Hola, Con. Alex... —su mirada se posó en Rafe, y su corazón se aceleró de pronto—. Rafe.

Él se levantó cortésmente y esbozó una lenta y sensual sonrisa que hizo que Kyria se sonrojara.

—Buenos días, Kyria —sus ojos azules eran cálidos y comprensivos, y Kyria descubrió que su mirada no la hacía sentirse avergonzada, sino deseosa de estar de nuevo con él a solas.

Rafe apartó la mirada de ella y la fijó en los chicos.

—¿Qué hacéis ahí sentados? Un caballero se levanta cuando una dama entra en la habitación.

— Ah, sí. —Perdón.

Los niños se levantaron de un brinco, y Rafe rodeó la mesa para apartar la silla de Kyria. Le rozó el hombro con la mano sutilmente mientras ella se sentaba. Luego se apartó y dijo en tono despreocupado:
—En cualquier caso, ¿qué más da eso, chicos? La muerte es la muerte.
— ¡Exacto! —exclamó Con alegremente — . No se puede matar dos veces a un hombre. Así que la serpiente de cascabel es tan letal como la cobra, y, dado que es más probable que ataque a que huya, es más peligrosa.
—Pero sigue siendo menos venenosa —protestó Alex.
Kyria miró a los lacayos que permanecían de pie junto a la mesa del bufé. Denby, acostumbrado a la conversación de los gemelos, parecía sencillamente cansado. El otro, que era nuevo en la casa, estaba un tanto verdoso.
—Con, Alex, no creo que ésta sea una conversación apropiada para el desayuno. No estáis en el cuarto de estudios, ¿sabéis?
—Ah, Kyria, pero si aquí no hay nadie más que nosotros — contestó Con.
— Estoy yo —dijo Kyria—. ¿Es que no soy nadie?
— No irás a ponerte puntillosa ahora con las serpientes —dijo Alex.
— No, pero creo que convendría que reservarais vuestras discusiones herpetológicas para otro momento y otro lugar, cuando no haya gente comiendo a vuestro alrededor. Así seréis compañeros de mesa mucho más agradables.
Los niños hicieron una mueca, pero obedecieron, contentándose con meterse una increíble cantidad de comida en la boca.
—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Rafe.
Hablaba con tal naturalidad que Kyria descubrió que podía contestar sin sonrojarse siquiera, a pesar de que le costaba un poco mirarlo a los ojos.
— Espero que lord Walford se ponga hoy en contacto con el señor Ashcombe y que podamos hablar con él. Y... — la interrumpió un ruido de voces fuera del comedor, y, un instante después, el mayordomo apareció en la puerta con el ceño fruncido.
—El señor Quick está aquí, milady, e insiste en hablar con usted. Le he informada de que no era una hora apropiada para hacer visitas, pero...
— Dígale que pase —se apresuró a decir Kyria, cortando su parlamento.
Tom, que había seguido a Phipps por el pasillo y estaba esperando junto a la puerta, asomó la cabeza y sonrió.
— Milady...
— Pasa, Tom. Confío en que desayunarás con nosotros.

— De mil amores, señorita —les lanzó una sonrisa que los abarcó a todos y comenzó a llenarse el plato en el aparador.
— ¿Qué ha pasado? ¿Qué has averiguado? —preguntó Con.
— Déjale que coma —le dijo Kyria a su hermano, aunque estaba tan ansiosa como él por saber qué noticias traía Tom.
Por suerte, el muchacho dio buena cuenta de su plato de huevos y riñones en un abrir y cerrar de ojos. Luego, tras tomar un largo sorbo de café, se limpió la boca, se giró hacia los demás y comenzó su relato.
—Bueno —dijo—, el caso es que al principio pensé que no iba a sacar nada en limpio. Habib se quedó en la posada todo el día. Un par de tipos fueron a verlo. No pude acercarme lo suficiente para oír lo que decían, pero eran morenos, como él, y llevaban esas túnicas que parece que van por ahí en camisón, con un cinturón muy ancho en la cintura y turbantes en la cabeza, pero no de ésos elegantes que se ven a veces, sino más sencillos. Y le hacían reverencias a Habib, así que creo que seguramente trabajaban para él.
—No hay duda.
—Pensé en seguirlos cuando se marcharan, pero luego decidí que lo mejor era seguir vigilando a Habib, y eso hice. Cenó allí, y yo ya empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo cuando, por fin, a eso de medianoche, salió por la puerta delantera. Tomó un coche, y pensé que lo perdía, pero por suerte también conseguí tomar uno. Lo seguí hasta Cheapside y...
— ¡Cheapside! —exclamó Rafe, y le lanzó una mirada a Kyria. El toro azul estaba en Cheapside.
— Sí. Pensé que quizá fuera a esa taberna de la que me hablaron. Pero se bajó en otro sitio. Parecía un almacén, aunque no tenía ningún cartel fuera. Pensé que tal vez iba a reunirse con alguien, así que me acerqué al edificio y empujé la puerta un poquito... y de pronto un tipo me abrió la puerta de par en par y me dejó entrar. Era otro de esos tipos de Oriente, con el turbante y la bata y todo eso. Yo miré alrededor, y les juro que no había visto nada igual en toda mi vida. Al principio no entendí qué era, todo lleno de humo y de gente tumbada en cojines y en alfombra y esteras. Lo más extraño de todo es que fumaban unas pipas rarísimas. Luego lo entendí: su amigo Habib había entrado en un fumadero de opio —se detuvo y los miró con expresión triunfante.

Hubo un largo silencio. Fuera lo que fuese lo que esperaban descubrir, no era aquello. Kyria miró a Rafe, y él se encogió de hombros. Ella volvió a mirar a Tom. Pero fue Con quien habló primero.
— ¡Un fumadero de opio! ¿Cómo era? ¿Qué hacían? ¿Tú también fumaste?
— ¡No! —contestó Tom, un tanto ofendido — . Y vosotros no deberíais hablar de estas cosas.
— Mamá dice que saber es poder —le informó Alex, muy serio.
— No estoy del todo segura de que ella quiera que tengáis tanto poder — respondió Kyria secamente.
—¿Crees que fue allí porque es adicto al opio? —preguntó Rafe—. ¿O iba a encontrarse con alguien?
—No lo sé —Tom parecía compungido—. Lo perdí. Verán, al principio, cuando entré, me llevé tal impresión que estuve un rato allí pasmado, con la boca abierta. Luego el tipo del turbante intentó llevarme a un cojín y endosarme una pipa. Yo lo seguí, mirando alrededor todo el tiempo, y por fin vi a Habib al fondo del local. Así que, cuando el tipo me dejó sentado y se fue, supongo que para llevarme algo para fumar, me levanté y fui donde había visto a Habib, pero cuando llegué ya no estaba. Había unas cortinas que llevaban a alguna parte, pero cuando iba a cruzarlas llegó el otro tipo corriendo y chillando que no entrara allí. Armó tal jaleo que no pude hacer nada más y me fui —suspiró—. Lo siento. Lo eché todo a perder.
—Tonterías. Lo has hecho muy bien. Estoy segura de que cualquiera habría hecho lo mismo —dijo Kyria—. Y ahora sabemos algo más sobre Habib.
— Sólo tenemos que averiguar si fue allí a fumar una pipa de opio o a decirle a su socio o a su jefe que ayer le hicimos una visita —añadió Rafe — . Creo que iré allí esta noche. ¿Tom?
— Claro —se apresuró a decir Tom—. Lo llevaré encantado.
— ¿Crees que deberíamos vestirnos de árabes? —preguntó Kyria.
— Oh, había también muchos ingleses allí —le aseguró Tom mientras Rafe se giraba hacia Kyria con las cejas levantadas.
— ¿No hablarás en serio, Kyria? Tú no puedes ir allí. —¿Ah, no? —dijo ella con voz peligrosamente sedosa— . ¿Y se puede saber quién va a impedírmelo?
Rafe hizo una mueca, lamentando haber elegido tan mal sus palabras.

—No quería decir que no te esté permitido. Me refería a que no es posible. Una mujer en un lugar como ése..., aunque haya ingleses, estoy seguro de que no habrá mujeres.
— Salvo las bailarinas —dijo Tom.
— ¿Bailarinas? —preguntó Kyria, interesada—. ¿Qué clase de bailarinas?
— Bueno, eh —Tom se sonrojó—. Ya sabe, de ésas orientales, con monedas en el cinturón y cascabeles., que... ya sabe... que se retuercen y... —se detuvo, trastabillando.
—No —dijo Rafe con firmeza—. Kyria...
—¿Sí? —Kyria cruzó los brazos y lo miró con determinación.
—Aprender a bailar así cuesta años —le dijo él — . Y, además, tendrías que teñirte el pelo de negro y colorearte la piel. Es imposible.
—Está bien —concedió ella—. No iré disfrazada de bailarina. Pero puedo ir disfrazada de hombre.
—Kyria... —gruñó Rafe.
— Será perfecto. Cuando fuimos a la taberna, tenías razón. Un jovencito afeminado habría llamado la atención en un sitio así. Pero en un fumadero de opio.... Si hay ingleses, seguro que habrá algunos de clase alta, algún poeta de los que frecuentan esos sitios. Puedo hacerme pasar por uno de ellos. —Pero tu pelo...
— Que se lo corte —dijo Con — . Yo te ayudaré, Kyria.
— ¡Ni hablar! —Rafe pareció horrorizado.
—Puede que sea mejor que me vista de árabe —razonó Kyria—. Puedo ponerme una de esas túnicas largas... ¿cómo se llaman?
—¿Una chilaba? —dijo Alex.
—Exacto. Con eso y un manto hasta los pies, no se me verán más que la cara y las manos, y puedo teñírmelas de algún modo. Alex, ¿no me dijiste que se podía teñir la piel con aceite de nueces?
— Sí, claro... —comenzó a decir su hermano.
—No, espera —Rafe levantó una mano—. Por favor. No puedes nacerte pasar por alguien cuyo idioma no hablas.
— Supongo que tienes razón —dijo Kyria, abandonando la idea con un suspiro — . Tendré que conformarme con ser un joven caballero inglés que ha caído lamentablemente en la perversión a pesar de su juventud. Me taparé el pelo con un sombrero. Seguro que encontraré algún traje de Reed o de Theo que me quede bien.

—Nosotros te ayudaremos —dijo Alex, levantándose de un salto de la silla.
—Claro —añadió Con — . Sería genial que pudiéramos ir.
—Estoy seguro de que no hay niños en los fumaderos de opio —dijo Rafe con firmeza.
—Oh, está bien —respondió Con, que evidentemente no esperaba ganar aquella discusión.
Acordaron encontrarse con Tom esa noche, y Kyria y los gemelos subieron al desván en busca de un disfraz adecuado. Cuando se fueron, Rafe apoyó la cabeza en las manos y gruñó:
—Esta mujer acabará matándome.
Tom le dio una palmada compasiva en el brazo.
—No se preocupe, jefe. No se puede evitar que hagan lo que les plazca, ninguno de los Moreland, ni siquiera las mujeres. O, mejor dicho, sobre todo las mujeres. Lady Olivia, que es un encanto, hace exactamente lo que se le antoja. No se las puede cambiar.
—No, ya lo veo. Yo ni siquiera pretendo cambiarla, su ímpetu es una de las cosas que más admiro en ella. Es sólo que... Maldición, cada vez me resulta más difícil soportar que se exponga a algún peligro.
—Lo está haciendo usted muy bien —le dijo Tom con una sonrisa—. La mayoría de los caballeros no habrían durado ni una semana al lado de lady Kyria.
—Entonces es una suerte que yo no sea un caballero — respondió Rafe.
Esa misma mañana, después de que Kyria y los gemelos emergieran triunfantes del desván con un montón de ropa que consideraban «perfecta» para su propósito, a Kyria le sorprendió que el mayordomo le anunciara la llegada de lord Walford.
Se quitó apresuradamente del vestido los últimos rastros de polvo del desván, se echó un vistazo en el espejo para asegurarse de que tenía el pelo en orden y, bajando las escaleras, se dirigió al saloncito azul. Walford, que estaba ya sentado en un sillón, se levantó con una sonrisa al verla entrar.
— Lady Kyria, espero que perdone mi intrusión — dijo, tomando la mano que ella le tendía e inclinándose elegantemente para besársela—. Comprendo que es un poco pronto para hacer visitas, pero confío en que le alegre saber lo que he venido a decirle. Hablé con Nelson Ashcombe hace unos minutos, y la recibirá encantado esta misma tarde, a las tres. Espero que no tenga usted otros planes.

— No, claro que no. Muchísimas gracias por arreglarlo — le dijo Kyria, sonriendo—. Ha sido muy amable por hablar con él tan pronto.
— No podía dejar pasar la oportunidad de hacer algo por una mujer tan bella —respondió él con una sonrisa.
—Estoy en deuda con usted.
—Entonces tendré que pensar en un modo de cobrársela. Puede que una noche me conceda usted el honor de permitirle acompañarla al teatro. Tengo entendido que hay una comedia encantadora que...
— Oh —vaciló Kyria, sorprendida y extrañamente avergonzada. Estaba acostumbrada a recibir invitaciones de hombres, e imaginaba que en otra época habría aceptado la compañía de Walford sin dudarlo siquiera. Era un hombre guapo y conveniente, y ella sospechaba que, dados sus muchos viajes, sería sin duda un conversador interesante. Pero ahora todo era distinto. Ahora estaba Rafe. Y ella había perdido todo interés por flirtear con otros hombres.
—Lo lamento —se apresuró a decir él — . Me he precipitado.
—Oh, no. Es sólo que, bueno, que hay... A decir verdad, éste no es buen momento para mí. Mis hermanos están aquí, conmigo, y yo, eh, tengo ciertos asuntos de los que ocuparme. Así que no voy a aceptar muchos compromisos sociales —sintió que el rubor se extendía por sus mejillas y ello la irritó. Ella no solía ser tan desmañada.
— Desde luego —contestó Walford con suavidad—. Lo entiendo perfectamente.
Kyria estaba segura de que no era así, pues no se había explicado muy bien, pero agradeció que él fingiera comprenderlo.
— Quizá... —comenzó él, y luego titubeó. —¿Sí? —preguntó Kyria.
—Estaba pensando que, si le apetece, podría acompañarla a ver al señor Ashcombe esta tarde. A veces puede ser un tanto... huraño.
Antes de que Kyria pudiera hablar, una voz dijo desde la puerta:
— No se preocupe, señor. Sé por experiencia que lady Kyria puede arreglárselas sola —Walford y Kyria se giraron, sorprendidos, y vieron a Rafe en el umbral, con el hombro apoyado en el quicio de la puerta—. Si el señor Ashcombe la intimida —continuó Rafe, y su boca se curvó en una sonrisa más lobuna que amistosa—, creo que yo puedo protegerla.
—Ah, entiendo —dijo Walford—. No sabía que lady Kyria ya tenía acompañante.

—Lord Walford —se apresuró a decir Kyria—, permítame presentarle al señor Mclntyre.
— Sí, desde luego —dijo él cortésmente, adelantándose para estrechar la mano de Rafe—. Mi prima estaba entusiasmada porque asistió usted a su fiesta. No hablaba de otra cosa. Bienvenido a Inglaterra. Espero que esté disfrutando de su estancia.
— Sí, mucho.
Walford se despidió apresuradamente después de aquello, y Kyria se volvió hacia Rafe haciendo una mueca.
—¿Tenías que ser tan grosero? Lord Walford ha conseguido que el señor Ashcombe nos reciba, lo cual ha sido muy amable por su parte.
—No me gusta ese tipo —contestó él escuetamente.
Kyria resopló, irritada.
— No entiendo por qué. Ha sido muy amable. No tenía por qué presionar a Ashcombe para que nos recibiera.
— Me preguntó por qué lo habrá hecho —replicó Rafe.
Kyria alzó una ceja.
— ¿Qué insinúas exactamente?
— Ese hombre está interesado en ti —contestó él frunciendo el ceño—. Claro que, por lo visto, todos los hombres que conozco se sienten atraídos por ti. Anoche tuve que abrirme paso a codazos para llegar hasta ti.
¡Estaba celoso! Kyria estaba acostumbrada a los celos de otros hombres, pero nunca los había visto en Rafe. Por lo general, los celos le producían hastío, pero en aquel momento, con Rafe, no pudo evitar sentir un pequeño
arrebato de felicidad. Era, pensó, encantador, y tuvo que llevarse la mano a la boca para ocultar su sonrisa. Él se refrenó e hizo una mueca.
—Oh, al infierno con todo —Rafe se dio la vuelta para marcharse, pero en ese momento apareció el mayordomo, que parecía profundamente irritado. Se detuvo en el umbral y dijo con voz desdeñosa:
—Tiene otra visita, milady.
Kyria lo miró con sorpresa.
—¿Quién es?
—Un tal señor Brulatour —dijo secamente el mayordomo, y añadió con desdén — . Un caballero francés.
—¿Francés? —Kyria miró a Rafe, que se encogió elocuentemente de hombros — . Está bien, Phipps. Dígale al señor Brulatour que pase.

El mayordomo se retiró y unos instantes después introdujo a un hombre impecablemente vestido en la habitación. De mediana estatura, llevaba el pelo negro, levemente ondulado, untado de ungüento. Una nariz prominente dominaba su cara, con unos ojos pequeños y negros encima y una boca de labios finos debajo, separada de la nariz por un bigotillo negro.

— Milady —hizo una extravagante reverencia—. Monsieur Alain Brulatour, a su servicio. Es un placer conocerla. Había oído que era usted muy bella, pero las palabras no le hacen justicia.

— ¿Qué tal está usted, monsieur Brulatour? —dijo Kyria cautelosamente. Notó que Rafe giraba los ojos y tuvo que apretar los labios con firmeza antes de continuar— . ¿Puede preguntar qué le trae a nuestra casa?

— He venido, milady, a librarle de una pesada carga. —¿De veras?

— Sí —le sonrió ampliamente, dejando al descubierto una hilera de dientes torcidos y concluyó—. He venido a comprarle el relicario.

Capítulo 15

Kyria sofocó un soplido de sorna. Por fin dijo secamente:
— Qué amable de su parte.
— Oh, ya veo que bromea usted —dijo él en tono dulzón—. Sin embargo, ya verá, es cierto. Hay una maldición que pesa sobre quien posee la caja.
—¿Una maldición? —Rafe esbozó una sonrisa burlona—. Qué terrible inconveniente, ¿no cree?
— Búrlese usted, si quiere —continuó Brulatour sin acritud—. Pero es cierto. La caja está maldita. Quien se la lleva de su sitio queda maldito.
— Yo no me la llevé —apuntó Kyria juiciosamente.
—Ah, pero la recibió. Es lo mismo. En lo tocante a la maldición, por supuesto —hizo una pausa y añadió en tono cargado de intención — . Vio usted lo que le pasó al hombre que se la trajo, ¿no?
— ¿Eso es una amenaza? —preguntó Rafe, irguiéndose.
— Oh, no, mal non —exclamó Brulatour, agitando la mano en un gesto conciliador—. No es ninguna amenaza. Es simplemente la verdad. Ese hombre murió, y antes que él el hombre que se la vendió —sacudió la cabeza—. Y
así sucesivamente, hasta el que la robó. La caja está maldita.
—Entonces, ¿por qué está usted dispuesto a correr el riesgo de poseerla? —preguntó Kyria.
— ¡Ah, buena pregunta! —continuó Brulatour alegremente—. La razón es que he prometido devolvérsela a la Iglesia, a la que le pertenece.
Él era, explicó jovialmente, un hombre sumamente religioso, consciente de que las muchas bendiciones que había recibido durante su carrera como propietario de una fábrica de munición se debían, en todo punto, a sus profundas convicciones religiosas. Tras comprar el relicario, explicó, lo donaría con gran pompa y ceremonia a la catedral de Nantes. Tan embebido estaba en sus proyectos para el relicario, que las dos primeras veces que Kyria se negó a vendérselo no pareció notarlo. Finalmente, Rafe lo tomó del codo y lo obligó a levantarse de su asiento diciendo:
— Señor, la señorita ha dicho bien claro que no quiere vender la caja, así que creo que es hora de que se vaya.
Brulatour, sin embargo, no se arredró.

—Mi tarjeta, milady —le dijo a Kyria, sacando un tarjetero dorado y extrayendo de él una tarjeta de visita — . He anotado en ella el nombre del hotel en el que me hospedo. Si cambia de opinión...
— Se lo haré saber —le aseguró Kyria, y Rafe lo condujo a la puerta, dejándolo en manos del mayordomo en el pasillo.
Rafe volvió al salón y se dejó caer en el sofá que monsieur Brulatour acababa de dejar vacante.
—¿Cuántos más crees que habrá? —preguntó.
—No lo sé. Casi no puedo creerlo —Kyria se levantó de su silla y empezó a pasearse por la habitación — . ¿Cómo es que todo el mundo sabe que tengo el relicario?
Rafe sacudió la cabeza.
—No sé. Todos parecen saber más que nosotros. Me gustaría saber de dónde proviene en realidad esa caja y por qué la tenía ese tal Kousoulous.
—Y qué tiene que ver Theo con todo esto. Sé que él jamás se metería en algo ilegal. Me sorprende incluso que mandara sacar la caja del país, sobre todo si conocía su valor histórico.
—Tal vez pensó que era el mejor modo de mantenerla a salvo —razonó Rafe—. Seguramente no imaginó que esos tipos le seguirían la pista hasta Inglaterra.
Kyria suspiró.
— No tiene sentido. Jennings actuaba como si nadie creyera en su existencia. Sin embargo, parece haber una multitud tras ella.
— Bueno, puede que los coleccionistas sí crean en ella. Jennings sólo dijo que los estudiosos no creían en su existencia. Salvo Ashcombe, naturalmente.
—Lo cual me da aún más ganas de hablar con él — repuso Kyria.
Tres horas después, Rafe y Kyria fueron conducidos al despacho de Nelson Ashcombe por la misma desgreñada doncella. Cuando entraron, un hombre se levantó tras el escritorio con expresión recelosa.
Nelson Ashcombe era alto y delgado, y tenía un rostro ascético y demacrado. Tenía encanecido el pelo y lo llevaba un poco largo y apartado de la cara, lo cual le confería una expresión levemente leonina que enfatizaba el pálido color dorado de sus ojos.
— Milady —dijo amablemente y estrechó la mano que Kyria le tendía, pero la nítida frialdad de su voz indujo a Kyria a pensar que no le agradaba hablar con ellos.

— Señor Ashcombe, es un honor conocerlo. Mi padre era amigo del difunto lord Walford, que hablaba maravillas de usted.
Ashcombe inclinó la cabeza majestuosamente y dijo:
— Su excelencia era un caballero extraordinario. Lamenté mucho su muerte.
Kyria le presentó a Rafe y luego dijo:
—Le agradezco mucho que haya accedido a recibirnos.
Ashcombe se encogió levemente de hombros y contestó:
— Siempre es un placer hablar con los amigos de lord Walford —su semblante cuidadosamente comedido no traslucía atisbo alguno de sus verdaderos sentimientos.
—La razón por la que deseo hablar con usted es ésta —desató el cordón de la bolsa, sacó la caja y la depositó sobre el escritorio, delante del arqueólogo.
Ashcombe lanzó una mirada indiferente al relicario. Luego sus ojos se aguzaron, y su semblante palideció. Extendió la mano, vacilante, y tocó la caja.
— No puedo... —alzó la mirada hacia Kyria, perplejo—. ¿Sabe qué es esto?
— Esperábamos que pudiera usted confirmárnoslo. El doctor Jennings nos dijo que parecía ser un relicario de leyenda.
— El relicario del santo estandarte —jadeó Ashcombe—. No puedo creer que... —sus ojos centellearon, y, tomando la caja, miró atentamente el diamante negro—. ¿La han abierto?
—Al principio no pudimos, pero uno de mis hermanos averiguó cuál era el truco.
Los ojos del arqueólogo parecían los de un hombre hambriento observando un banquete. Kyria sacó de su bolso los alambres y los utilizó como Con le había enseñado. Se oyó un clic, y Kyria alzó la tapa, mostrándole a Ashcombe el pedazo de tela descolorida que había dentro.
—Dios mío —el estudioso se quedó mirando el relicario un rato, y Kyria creyó ver el brillo de las lágrimas en sus ojos — . No pensaba que... Había abandonado —alzó de nuevo la mirada hacia Kyria—. Gracias, milady.
Kyria cerró la caja, la guardó en la bolsa y la colocó sobre sus rodillas.
—Esperábamos que pudiera usted decirnos algo más sobre el relicario.
—Yo fui incapaz de encontrarlo. Yo... —se detuvo y procuró dominarse; luego continuó en tono más profesional—. Supongo que Jennings les contó la historia del estandarte y del relicario.
Kyria asintió con la cabeza.

— Sí, aunque en ese momento todavía no habíamos descubierto cómo se abría la caja, de modo que el señor Jennings sólo pudo ver el exterior.
—Es suficiente. El Corazón de la Noche, el diamante negro de la parte frontal, es prueba suficiente de que éste es el auténtico relicario del santo estandarte —miró a Kyria intensamente—. ¿De dónde lo han sacado?
—Ése es el problema. Nos fue entregado, y no sabemos dónde fue encontrado, ni cómo llegó a manos de mi hermano. El hombre que nos los entregó... murió sin decirnos nada sobre él. Por eso hemos venido a verlo. Esperábamos que pudiera usted decirnos de dónde procede.
Ashcombe sacudió la cabeza, apesadumbrado. —Ojalá pudiera. Excavé en tres sitios distintos en los que pensaba que podía estar. Verán, en el curso de mis investigaciones llegué a convencerme de que el relicario no era una leyenda. Encontré un manuscrito del siglo XIV, escrito por un monje italiano, en el que se describía la huida de los monjes a los que se confió la custodia del relicario a través de las áridas montañas del este de Turquía. Gracias a mis contactos en esa zona, encontré tres posibles localizaciones, todas ellas a gran altura, en las montañas orientales. Es una zona desolada, de difícil acceso, un escondite perfecto—suspiró—. Sin embargo, mis pesquisas no dieron resultado. O los datos de que disponía eran erróneos, o simplemente fui incapaz de encontrar el lugar correcto. Hay otros relatos, no del todo fiables, según los cuales los monjes huyeron hacia el sur de la actual Rusia.
— ¿Rusia? —Kyria miró a Rafe y vio reflejado en su rostro el mismo interés que se había despertado en ella—. ¿De veras? «
Ashcombe asintió con la cabeza.
—Es, desde luego, posible. A fin de cuentas, Rusia profesaba el rito ortodoxo oriental, que tuvo su origen en Bizancio, y está cerca de Turquía. No es del todo improbable que los monjes buscaran refugio entre los rusos, sobre todo tras la invasión de los turcos otomanos y la conversión de toda la región al Islam. Yo, sin embargo, nunca he encontrado ninguna fuente fiable que así lo diga.
— Ha llamado al diamante por un nombre —dijo Rafe.
— Sí. El Corazón de la Noche. Se lo conoce también por la Estrella del Averno. Verán, es mucho más antiguo que el relicario, una piedra sagrada sacada de un templo de la antigüedad. Siglos después cayó en manos de los cristianos y ellos, reconociendo las cualidades místicas de la piedra, la utilizaron para adornar un objeto religioso propio.

Quedaron todos en silencio un momento. Luego Kyria dijo:
— ¿Ha oído algún rumor acerca de la aparición del relicario? ¿En Turquía, quizá?
Ashcombe sacudió la cabeza.
— No. Llevo un año en Inglaterra. Cuando estoy excavando, es distinto. Entonces me entero de todos los rumores de la zona. Pero aquí, no, no he oído nada —hizo una pausa y luego añadió—. Entonces, ¿no saben nada de su historia, ni de cómo llegó a sus manos?
— Aparte del hecho de que nos los trajo un hombre que fue asesinado casi ante nuestra puerta. Su nombre era Kousoulous. ¿Ha oído hablar de él?
Ashcombe frunció el ceño. —¿Un tratante de antigüedades?
— Sí, de Estambul.
— Puede ser. No estoy seguro. Yo, en realidad, no compro ni vendo objeto antiguos. Mi interés reside en desenterrarlos.
— Nos han dicho que fue robado..., pero nadie nos dice exactamente cómo ni de dónde.
El arqueólogo se encogió de hombros.
—Típico. No conozco ninguna excavación en la que haya aparecido el relicario. Pero es posible que alguien diera por casualidad con los restos del refugio donde los monjes llevaron el relicario. Esa persona pudo llevarse los objetos que encontró para vendérselos a un comerciante... o, más probablemente, a un intermediario, que luego se los vendió a un tratante. Podría haber aparecido en un bazar de Estambul sin que ninguno de los implicados supiera exactamente qué tenía entre manos. La mayoría de la gente no lo sabría. Como mucho, sabrían que es un relicario bizantino.
— Así que alguien pudo verlo allí, lo reconoció y lo compró —dijo Kyria.
— O tal vez alguien lo comprara sin saber qué era, pensando que se trataba simplemente de una hermosa obra de arte y que a ti, Kyria, te encantaría la piedra, y te lo mandó —apuntó Rafe.
— Sí, pero ¿quién? —preguntó Ashcombe — . ¿De quién están hablando?
— De quien mandó la caja a lady Kyria —le dijo Rafe—. Nunca hemos sabido quién fue, ni por qué.
Ashcombe asintió con la cabeza.
—Podría haber ocurrido de ese modo, sí.
—Pero hay otras personas que sí sabían qué era, que lo vieron en algún momento y que siguieron al hombre que lo llevaba —razonó Kyria en voz

alta, y miró a Ashcombe—. ¿Conoce a un coleccionista francés llamado Brulatour? ¿O a Dimitri Rostokov, un príncipe ruso?
Ashcombe se quedó pensando un momento y luego sacudió la cabeza.
— No, me temo que no. Como les he dicho, tengo pocos tratos con comerciantes y gente de ese tipo. Son coleccionistas, supongo.
Rafe asintió con la cabeza.
— Dígame, señor Ashcombe, en su opinión, ¿cuánto vale el relicario?
—¿Valer? —Ashcombe volvió sus pálidos ojos dorados hacia Rafe—. No tiene precio. ¿Cómo podría ponerle alguien precio a semejante fragmento de la historia? Pero supongo que hay algunos que pagarían casi cualquier cosa por poseerlo.
—¿Matarían por ello? —preguntó Rafe.
Ashcombe se encogió de hombros, pero la pregunta no pareció sorprenderlo.
— Mi querido señor, hay hombres dispuestos a matar por unos cuantos chelines, cuanto más por algo así. Está usted hablando de un hallazgo de suma importancia para coleccionistas, museos, iglesias, naciones... —lanzó a Kyria una mirada severa—. Será mejor que cuide bien de él, jovencita.
— Lo haré, señor, se lo prometo.
Durante el trayecto de regreso a casa, Rafe guardó silencio, enfrascado en sus pensamientos. Después de que pusieran el relicario a buen recaudo en la caja fuerte, dijo:
--He estado pensando que quizá debamos guardar esa cosa en un sitio más seguro.
Kyria lo miró.
—¿Qué quieres decir?
—Que parece haber mucha gente en esta ciudad que sabe o sospecha que tenemos la caja en nuestro poder. He ordenado a un par de lacayos que hagan guardia de noche, y yo mismo procuro vigilarlo de cerca. Pero alguien podría entrar en la casa a pesar de todo.
—Para eso tendría que abrir la caja fuerte —señaló Kyria.
— Sí —dijo Rafe — . Pero ¿crees que, si llegara el caso y un hombre amenazara con un arma a Con o Alex, no le darías la combinación?
Kyria suspiró.
— Sí. Si no me quedara más remedio, se la daría. Pero ¿dónde sugieres que lo guardemos?
—¿En un banco?

— De todos modos, si alguien amenazara a Con o a Alex con un arma, también iría al banco a buscar la caja.
—Pero eso nos daría a nosotros más tiempo y a los ladrones más complicaciones.
— Sí, sin duda tienes razón —de pronto, Kyria se dio cuenta de que no soportaba la idea de apartarse de la caja, aunque fuera para llevarla a un banco — . Deberíamos enviar a los gemelos a Broughton Park. Quizá Denby pueda llevárselos —se animó—. O Reed. Reed ha de volver pronto, y quizá pueda regresar a Broughton Park con Alex y Con —Rafe asintió con la cabeza—. Mejor aún — prosiguió Kyria, y un destello iluminó sus ojos—, puede que esta noche, en el fumadero de opio, encontremos al hombre que estamos buscando y todo esto se acabe.
Rafe sonrió.
—Querida, me gusta cómo piensas.
Salieron de la casa poco antes de medianoche. Kyria se había vestido, tal y como planeaba, con ropas viejas de cuando Theo era un adolescente. Los pantalones eran de tweed gris y de corte un tanto holgado, de modo que ocultaban las voluptuosas turgencias de sus caderas. La camisa, el chaleco y la levita ocultaban eficazmente sus pechos, pero aun así Kyria decidió aplastarlos enrollando una venda a su alrededor, sólo por si acaso. Lo peor fue su pelo, pues no sólo era largo y abundante, sino que además se rizaba de tal modo que formaba un gran bulto bajo el sombrero. Joan, sin embargo, consiguió anudar la mayor parte de su cabellera en una trenza gruesa, que luego sujetó a su cabeza con horquillas y cubrió con pelo más corto alrededor del rostro de Kyria. No era un peinado favorecedor, pero permitiría que Kyria se quitara el sombrero sin llamar la atención. Finalmente, Joan le embadurnó el cabello con ungüento para darle un tono más oscuro.
—¿Qué te parece? —le preguntó Kyria a Rafe cuando bajó las escaleras para reunirse con él en el vestíbulo. Se giró y se puso el sombrero sobre la cabeza—. ¿Pasaré por un chico?
Los ojos de Rafe se oscurecieron de un modo que hizo que el vientre de Kyria se tensara. Él dio un paso hacia ella y bajó la voz.
—¿Crees que me arrestarán por besar a un hombre?
Kyria sonrió y lo miró a los ojos con el corazón palpitante.
—No lo sé. ¿Por qué no lo intentas?

Él posó las manos en su cintura y bajó la cabeza hacia ella. Kyria se estiró hacia él, tentadora. De pronto la aldaba de la puerta resonó con fuerza. Se separaron de un salto. Rafe hizo una mueca y abrió, despachando con un gesto al lacayo que llegó corriendo al vestíbulo. Tom Quick estaba en el umbral, sonriendo.

— Ya veo que todavía no le ha pillado el tranquillo a eso de ser un caballero. ¿No sabe usted que no debe abrir la puerta?

Rafe se encogió de hombros.

— Una mala costumbre. Ya sabes cómo son los americanos.

Quick miró a Kyria y alzó las cejas, dejando escapar un silbido de admiración.

— ¡Vaya, fíjese! No la habría reconocido, se lo juro.

— Pero ¿parezco un hombre?

— Uno de esos tipos bohemios, tal vez —dijo Tom. —Creo que me vendría bien un bigote —reflexionó Kyria—. Ojalá tuviera uno postizo. ¿Creéis que si nos pasáramos por un teatro...?

—No hay tiempo —dijo Rafe, tomándola del brazo—. Además, sólo conseguirías llamar más la atención. Y recuerda que lo que queremos es que pases inadvertida — alzó la mano y le colocó el sombrero—. Intenta mantener la cara en sombras.

Tomaron el carruaje y, mientras atravesaban las calles oscuras de Londres, Tom les puso al corriente de sus últimas averiguaciones.

—Hoy, después de hablar con ustedes, estuve charlando con algunos de mis antiguos conocidos...

—¿Del hampa? —preguntó Kyria.

Tom se encogió de hombros.

—Algunos todavía están en activo. Otros son, bueno, tipos que se enteran de esas cosas —contestó vagamente—. Nadie parecía saber nada sobre ese establecimiento en particular. Sólo uno o dos conocían la existencia de fumaderos de opio. La ginebra es más barata y más fácil de conseguir para los que no tienen dinero.

— Entonces, ¿quién va a esos sitios? —preguntó Kyria.

— Bueno, aparte de ingleses y americanos, sobre todo marineros que adquieren el hábito en sus viajes, o gente que gana algún dinero y quiere probar algo nuevo y excitante. Gente atrevida. Artistas y escritores y gente así.

—Entiendo.

—Pero lo que me sorprendió fue el aspecto que tenía. Había oído hablar de los fumaderos de opio, y, bueno, lo que yo había oído no se parecía nada a aquello. Resulta que los hay de dos tipos. El más común es la tienda china.
—¿El opio procede de China? —preguntó Rafe.
—No —dijo Kyria—. En realidad, China lo importa de la India. Eso fue lo que causó las Guerras del Opio. Un verdadero escándalo. China intentaba acabar con la importación de opio por los estragos que causaba entre la población, y eran los británicos quienes querían impedírselo porque ello dañaba su comercio.
Tom asintió con la cabeza.
— Por lo visto, el opio viene de la India y de Turquía y de sitios de por ahí. Los chinos lo fuman en una pipa que se parece mucho a una pipa normal y corriente, sólo que con un rabo muy largo. Lo fuman solo y es más fuerte. Ése es el tipo de fumadero al que van los chinos y la mayoría de la gente. Pero hay otro tipo, el turco, que es el que yo vi anoche. Por lo visto, allí mezclan el opio con tabaco y lo fuman en pipas de agua.
—¿Pipas de agua? —preguntó Kyria.
— Son una especie de vasijas en las que se pone agua. Hay un tubo largo que sale de ellas, con una boquilla al final, que es por donde se fuma. Narguiles, las llaman también. Así fuman el tabaco y otras drogas. No es tan fuerte, porque mezclan el opio con tabaco, ¿comprenden?
Y casi todos los que van a esos fumaderos son árabes y turcos y gente así.
—Ó libaneses, como nuestro amigo el señor Habib — agregó Rafe.
—Otra conexión con Estambul —reflexionó Kyria en voz alta.
— Sí, o simplemente el lugar al que iría Habib si fuera adicto.
Cuando llegaron al almacén que albergaba el fumadero de opio, hicieron que el cochero pasara de largo y se apearon una manzana más allá. El carruaje se perdió por una callejuela lateral en la que los esperaría, y los tres regresaron andando al almacén.
Tom empujó la puerta y saludó con la cabeza al hombre que se adelantó a recibirlos. Kyria se mantenía detrás de Rafe, intentando mostrar la cara lo menos posible, pero miraba a su alrededor con interés. El término «fumadero de opio» conjuraba en su imaginación una visión pecaminosa y exótica. Había imaginado divanes de terciopelo rojo y luces tenues, visillos de gasa y enormes y mullidos cojines sobre suelos cubiertos de alfombras persas.

La realidad era mucho más prosaica. El suelo era de madera vieja y desnuda, rayada y picada, y no había terciopelo rojo ni luces exóticas por ninguna parte. Lámparas de queroseno alumbraban tenuemente la estancia, y en las paredes de color gris parduzco no había colgadura alguna, ni de gasa ni de ninguna otra clase. Por toda la habitación había esteras y cojines dispersos, la mayoría de ellos ocupados, y entre los asientos se veían mesas bajas que sostenían pipas de agua de diversa forma y tamaño. Junto a estas mesas había hombres sentados y reclinados que fumaban con expresión ausente. En otra zona, una de las chicas de las que había hablado Tom bailaba para un grupo de hombres. Los ojos de Kyria se agradaron al ver su vaporoso atuendo, compuesto por unos pantalones de gasa que colgaban, flojos, alrededor de sus caderas, y una blusa corta que dejaba su tripa al aire. Al bailar, los cascabeles de sus muñecas, sus tobillos y su cintura tintineaban delicadamente.

El hombre que les había dado la bienvenida les ofreció todos los placeres del local, pero Rafe sacudió la cabeza, diciendo.

— Quiero echar un vistazo primero. Curiosear un poco, ¿sabe? Soy de los Estados Unidos. Nunca había visto uno de esos sitios.

—Muy bien, muy bien —dijo el hombre, sonriendo e inclinando la cabeza—. Mire cuanto quiera.

Rafe atravesó lentamente la habitación, seguido por el encargado del local, que no dejó de sonreír y agitar la cabeza obsequiosamente hasta que Rafe lo despachó finalmente con una palabra brusca.

Miraban cuidadosamente a su alrededor mientras caminaban. Los clientes parecían proceder, en su mayoría, de Oriente Medio. Muchos de ellos vestían el traje tradicional y el turbante, pero algunos llevaban ropas occidentales. Había también algunos ingleses, y Kyria advirtió con sobresalto que un hombre que permanecía de pie junto a una cortina de cuentas, al fondo del local, era el tercer hijo de lord Herringford. No había, sin embargo, rastro de Habib, ni de los coleccionistas que habían mostrado tanto interés por la caja. Kyria volvió a mirar al hijo de lord Herringford y vio que éste le hacía un gesto al hombre con el que había estado conversando y desaparecía tras la cortina de cuentas. Kyria tocó a Rafe en la espalda.

—Mira —le susurró al oído—. Uno se ha ido por ahí.

Rafe asintió con la cabeza y se dirigió con aparente indiferencia hacia la cortina de cuentas.

—No miréis atrás —les susurró a los otros — . Mostraos naturales.

Se detuvieron frente a la cortina y, mientras Rafe se volvía hacia Kyria, Tom se deslizó entre las cuentas de la cortina y pasó al fondo. Kyria se dio cuenta entonces de que Rafe y ella ocultaban a Tom de la vista de los ocupantes del resto de la habitación.

— Echa un vistazo por ahí —murmuró Rafe—. Luego reúnete conmigo.

Kyria hizo lo que le decía. Se apartó de él y fingió interesarse por algo que había sobre una mesa baja junto a la cual yacía dormido un hombre sobre una estera, con el largo tubo y la boquilla de la pipa de agua colgando a su lado. Kyria dio media vuelta y regresó sobre sus pasos. Rafe que había alejado un poco, y Kyria caminó lenta y despreocupadamente hacia él. Se preguntaba qué estaban haciendo y por qué no habían ido con Tom, pero mantuvo la boca cerrada, consciente de que sería un desastre que alguien oyera su voz. Rafe volvió a atravesar la estancia, moviéndose con aparente calma. El portero, que los estaba observando, frunció el ceño de pronto. Miró alrededor y luego fijó de nuevo su atención en Rafe y Kyria. Cuando casi estaban junto a él, se plantó delante de Rafe y preguntó:

—¿Dónde está el otro?

— ¿Qué? ¿Qué otro? —contestó Rafe, fingiéndose sorprendido.

—El otro. El otro hombre.

—Ah, ese muchacho. Se paró a charlar con un conocido —dijo Rafe, señalando vagamente tras ellos — . Tienen un establecimiento muy interesante —comenzó a rodear al hombre, dirigiéndose hacia la puerta.

— ¿Le gusta? ¿Quiere comprar? —dijo el otro, olvidándose momentáneamente de Tom—. No se vaya. Le hago buen precio, buen precio. Primera calidad —dijo, sonriendo.

Rafe sonrió amablemente, pero hizo un gesto desdeñoso mientras se alejaba, con Kyria tras él.

—Verá, no es lo que esperaba. No es la clase de sitio de la que me habían hablado. Creo que lo que buscamos es un local chino.

—No, el chino no es bueno. El mejor opio del mundo viene de Turquía —dijo el hombre, abriendo los brazos ampliamente—. El modo turco de fumar es el mejor. Ya verá, se lo enseñaré. Le doy la primera pipa gratis.

El hombre les siguió hasta la calle, intentando convencerlos de las admirables virtudes de su método de ingestión de opio, pero Rafe se limitó a menear la cabeza con simpatía y siguió caminando. El portero se dio finalmente por vencido y regresó a la puerta, refunfuñando en voz baja.

— ¿Qué vamos a hacer? —musitó Kyria una vez el portero se hubo ido.
Rafe miró hacia atrás para asegurarse de que el hombre estaba fuera de su vista. Luego echó a andar de nuevo.
— Vamos a buscar un callejón que hay junto a este edificio. Tom va a intentar encontrar una puerta trasera para abrírnosla. Así podremos inspeccionar las habitaciones traseras. Supuse que Tom podría escabullirse sin que nadie lo viera, pero, si hubiéramos entrado los tres en la parte de atrás, se habrían dado cuenta y habrían salido tras nosotros. De este modo, con un poco de suerte, podremos entrar en la trastienda sin que se enteren.
Llegaron al callejón y se asomaron a él, indecisos. Era muy estrecho y estaba envuelto en una oscuridad abismal. Echaron a andar por él cautelosamente. Sus ojos se fueron a acostumbrando poco a poco a la oscuridad, y pronto se dieron cuenta de que unas cuantas ventanas, todas ellas cubiertas con cortinas, daban al callejón. Una puerta se abrió no muy lejos de ellos, y en su rectángulo de luz apareció Tom Quick, que miró a un lado y a otro. Se apresuraron a reunirse con él y cerraron la puerta a su espalda.
—Aquí atrás hay un montón de cuchitriles —les dijo Tom susurrando—. He mirado en casi todos. O están vacíos, o sólo hay un tipo o dos fumando.
— Habitaciones privadas para sus clientes más importantes — dijo Rafe—. ¿Algún despacho?
—No —Tom señaló con la cabeza hacia una escalera que había tras ellos — . Pero aún no he subido.
— Vamos a intentarlo. Quizá tengamos suerte y encontremos a Habib —dijo Rafe, encaminándose hacia la escalera.
—O a la persona con la que iba a reunirse —Kyria siguió a Rafe escaleras arriba, añadiendo—. Si es que iba a reunirse con alguien, claro.
— Y si es que reconocemos a esa persona si la vemos —añadió Rafe.
Kyria suspiró. Parecía improbable que sacaran algo en limpio de aquello. Sin embargo, debían intentarlo. Era la única pista que tenían.
En lo alto de la escalera encontraron un pasillo flanqueado a ambos lados por puertas, todas ellas cerradas. Avanzaron por el corredor, abriendo las puertas a su paso y asomándose a su interior. Las primeras dos habitaciones estaban vacías y preparadas para recibir a un cliente, con un catre angosto y una mesa baja sobre la cual había una pipa de agua. En la tercera habitación, Kyria encontró a un hombre sentado sobre el catre, apoyado contra la pared, descalzo y con el cuello de la camisa abierto, fumando de su pipa. Era el hijo

de lord Herringford, el hombre al que había visto abajo minutos antes. Él la miró con una especie de lánguido desdén.
—Eh, tú, ¿qué haces entrando aquí? —preguntó, tropezando un poco con las palabras.
Kyria se limitó a sonreír, meneó la cabeza y retrocedió. Él achicó los ojos y se inclinó hacia delante ligeramente.
—Eh, ¿te conozco?
— No —respondió Kyria con voz tan grave como pudo.
Tom asomó la cabeza junto a ella y dijo jovialmente:
—Lo siento, amigo —y cerró la puerta.
—¿Lo conocías? —murmuró Rafe.
—No mucho —respondió Kyria—. Su padre tiene un cargo importante en el gobierno.
Desembocaron en otro pasillo que acababa en un tramo de escaleras y abrieron otra puerta, que parecía dar a una especie de almacén, en cuyas estanterías había apiladas pacas envueltas en tela negra, pipas y varias cajas. Rafe se acercó a las cajas. En ese momento un hombre salió de una de las habitaciones del fondo del pasillo y vio a Kyria y a Tom junto a la puerta del almacén.
— ¡Eh, vosotros! —gritó, y echó a andar hacia ellos con determinación — . ¿Qué demonios estáis haciendo? Aquí no se puede subir.
— No se ponga nervioso, amigo —dijo Tom alegremente, avanzando hacia él mientras Rafe salía rápidamente del almacén — . Sólo estábamos buscando una habitación.
— ¡Y un cuerno! ¡Habéis venido a robar! —el hombre extendió el brazo hacia Tom con intención de agarrarlo, pero el muchacho se apartó de un salto.
Rafe sacó su pistola y apuntó al hombre. Éste se detuvo y miró recelosamente el arma.
—Vamos —dijo Rafe suavemente, señalando con la cabeza el pasillo por el que habían llegado. Kyria y Tom se dieron la vuelta y echaron a andar por el pasillo. Rafe los siguió, caminando de espaldas mientras seguía apuntando al otro hombre.
— Quédese donde está. Si veo su cara al otro lado de esa esquina, disparo. ¿Entendido?
El otro asintió con la cabeza, apretó la mandíbula y lo miró con odio. Rafe siguió andando aprisa tras Kyria y Tom, volviéndose a medias para vigilar el

pasillo. Cuando llegó a la escalera, se dio la vuelta y echó a correr tras los otros dos. Al llegar al último escalón, oyó que el hombre gritaba:

— ¡Ladrones! ¡Ayuda! ¡Ladrones!

Tom y Kyria estaban esperando a Rafe al pie de la escalera. Al verlo aparecer, Tom abrió la puerta de un tirón. Lo último que vieron antes de cerrar la puerta fue que un hombre con turbante salía de ella impetuosamente de una habitación al fondo del pasillo.

La oscuridad del callejón retrasó su huida, pero, cuando al fin alcanzaron la calle, echaron de nuevo a correr. Desgraciadamente, para llegar al carruaje tenían que pasar por la puerta delantera del fumadero de opio. Antes de que pudieran alcanzarla salieron por ella varios hombres, incluido el forzudo que los había sorprendido en el pasillo.

Los hombres se detuvieron al ver la pistola. Rafe, Kyria y Tom comenzaron a rodearlos cautelosamente pero de pronto una piedra atravesó silbando el aire tras ellos y golpeó el hombro de Rafe, haciendo volar la pistola de su mano. El arma cayó al suelo. Los hombres se abalanzaron sobre ellos. Rafe se colocó delante de Kyria, gritando: — ¡Corre!

—¿Y dejarte aquí? —dijo Kyria mientras se agachaba para sacar la pistola que llevaba en la bota.

Se irguió en el momento en que uno de los hombres saltaba hacia ella y disparó, y el hombre cayó hacia atrás con un grito, agarrándose el hombro. Rafe derribó a uno de los hombres con un gancho directo a la mandíbula, pero otro surgió a su espalda empuñando un cuchillo. Rafe se giró rápidamente hacia un lado para evitar la hoja, pero el cuchillo traspasó la manga de su levita, haciéndole un corte en el brazo. Rafe se acercó rápidamente al hombre y, agarrándole con fuerza de la muñeca, comenzó a luchar con él.

Tom, entre tanto, luchaba con el hombre que los había descubierto en el pasillo. Su contrincante era mucho más grande que él, pero Tom era ligero de pies y esquivaba fácilmente sus golpes, e incluso lograba propinarle algún que otro puñetazo. Otro hombre se precipitó sobre Kyria, que estaba intentando cargar su pequeña pistola, la cual tenía sólo una bala. Ella empuñó el arma por el cañón y golpeó a su asaltante con todas sus fuerzas en un lado de la cabeza.

Para entonces, los hombres que habían salido en su persecución por la puerta del callejón se abalanzaron sobre ellos. Kyria recibió un golpe por la espalda y cayó al suelo. Su sombrero rodó, dejando al descubierto su mata de pelo. Por el rabillo del ojo, vio que Tom también se desplomaba. Rafe la agarró con

fuerza por la muñeca y tiró de ella para levantarla. Luego se colocó delante de ella y amenazó a su asaltante con el cuchillo que le había quitado a su anterior contrincante. Kyria sacó con nerviosismo una bala del bolsillo y la metió en la pistola. Alzó ésta y, por un momento, consiguieron contener a sus atacantes. Pero estaba claro que su ventaja no duraría mucho. Los otros eran mucho más numerosos, y por la puerta del fumadero de opio seguía saliendo gente. Tom se levantó como pudo, pero recibió otro puñetazo y volvio a desplomarse.

Kyria gritó a pleno pulmón, confiando en que el cochero la oyera y fuera a buscarlos, mientras agitaba la pistola de un lado a otro, amenazando a los hombres que se acercaban poco a poco a ellos. Sabía que, un instante después, aquellos hombres se abalanzarían sobre ellos, y todo habría acabado.

Capítulo 16

De entre las sombras surgió de pronto un grito salvaje, y varios hombres ataviados de blanco y armados con palos surgieron de la oscuridad, dando voces en un idioma desconocido. Al llegar junto a los asombrados combatientes, se lanzaron sobre ellos con los garrotes en alto y tumbaron a algunos antes incluso de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Rafe se guardó el cuchillo en el bolsillo y se metió en la refriega a puñetazo limpio. Kyria, que todavía sostenía la pistola, se acercó a Tom, que seguía tumbado en el suelo, y le tendió la mano. Tom se agarró a ella y se levantó tambaleándose. Oyeron un resonar de cascos de caballo en las paredes de ladrillo, y, al mirar hacia el fondo de la calle, Kyria vio que el carruaje de los Moreland se dirigía a toda prisa hacia ellos. Al ver el carruaje tirado por cuatro caballos, los combatientes se dispersaron, apartándose de su camino. El cochero tiró de las riendas en el último momento y los caballos se detuvieron, sacudiendo la cabeza y piafando. El cochero se enrolló las riendas en una mano para sujetar a las monturas y empuñó con la otra su largo látigo. Levantándose, bramó:

—¿Quién se atreve a atacar a una Moreland? —hizo restallar el látigo, lacerando con él a tres de los hombres del fumadero. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Los hombres se dispersaron y huyeron corriendo hacia el edificio.

— ¡Aprisa! ¡Al carruaje! Puede que vuelvan con refuerzos —gritó Rafe mientras corría a recoger su pistola.

Kyria abrió la puerta y ayudó a Tom a subir. Se volvió hacia los hombres vestidos de blanco que les habían ayudado y les indicó que subieran al carruaje.

— Vamos, será mejor que ustedes también salgan de aquí.

Los hombres vacilaron. Luego uno de ellos, al parecer el cabecilla, hizo un gesto con la cabeza dirigiéndose a los otros. Extendió la mano cortésmente para ayudar a Kyria a subir al vehículo y montó tras ella. Otros dos se encaramaron a la parte de atrás del carruaje y los dos restantes subieron al pescante, junto al cochero. Rafe, que seguía vigilando la puerta del fumadero de opio con la pistola en la mano, fue el último en subir. El carruaje partió al galope.

—¿Estás bien? —Rafe miró a Kyria con preocupación.

— Sí, ¿y tú? —ella le tocó la manga de la chaqueta, desgarrada y manchada de sangre.
— Sólo es un rasguño —dijo él, apartando los bordes del desgarrón para mirar la larga herida roja que le cruzaba el brazo—. Lo que me duele es el sitio donde me han dado la pedrada —movió el hombro, haciendo una mueca.
Ambos miraron a Tom inquisitivamente y el muchacho asintió con la cabeza, frotándose la cara con las manos.
—Ese bruto pegaba fuerte —su mandíbula se tensó—. Me encantaría ajustarle las cuentas.
— A mí también —dijo Rafe ásperamente, y miró al hombre sentado junto a Tom.
El desconocido tenía el pelo rubio oscuro y bastante largo. Sus ojos, de un azul penetrante, dominaban un rostro fino, alargado y lampiño. Iba vestido con una túnica de tosco tejido blanco, con una caperuza a la espalda. Sobre la túnica llevaba una sobrepelliz de lino blanco, de cuello amplio y abierto a los lados, en cuyo pecho había algo que parecía una letra pe superpuesta sobre una equis. Alrededor de la cintura llevaba atado un cinturón de cuerda que sujetaba la sobrepelliz y la túnica. En la mano sostenía aún un garrote de madera nudosa.
El símbolo bordado sobre el pecho de sus ropajes atrajo la mirada de Kyria. Estaba casi segura de que se trataba del crismen, el monograma del nombre de Cristo que, según se decía, adornaba el estandarte de las tropas de Constantino.
— Gracias por ayudarnos —dijo Rafe, y añadió — . ¿No nos hemos visto antes?
El hombre miró a Kyria un momento y luego desvió la mirada. Por fin dijo con fuerte acento: —Estábamos con ustedes. —¿Con nosotros? —repitió Kyria, y miró a Rafe.
— Creo que nos han estado siguiendo —le dijo Rafe—. Una o dos veces me ha parecido ver a alguien vestido de blanco.
—Pero, ¿por qué? —le preguntó Kyria al extranjero—. ¿Quiénes son ustedes?
El pareció reflexionar un momento antes de mirarla, manteniendo cuidadosamente sus ojos fijos en su rostro.
— Soy el hermano Jozef. Soy... Somos los guardianes del santo estandarte.
Los otros tres lo miraron estupefactos. Por fin Kyria dijo:
— ¿Pretende decirme...?

Él asintió con la cabeza enfáticamente.
— Hace siglos, a los miembros de nuestra orden les fue confiada la tarea de llevar el relicario del santo estandarte a un lugar seguro y de protegerlo con sus vidas y su honor. A medida que pasaban los años y el Imperio Otomano crecía, engullendo lo que antes había sido Bizancio, nos fuimos retirando a lugares cada vez más recónditos. Nos mantuvimos fieles a la fe verdadera y seguimos custodiando aquello que habíamos jurado proteger con nuestras vidas.
—Pero deberían haber desaparecido hace muchísimo tiempo —dijo Rafe.
— Somos monjes, hemos jurado castidad y obediencia — continuó el hermano Jozef—. Cuando los hermanos comenzaron a morir, comprendieron que tenían que recibir a otros en su seno, y así lo hicieron. Cada diez años salían de su escondite para reclutar a nuevos novicios, de modo que su tarea pasó de generación en generación. La hermandad decayó con el tiempo, naturalmente, pero nunca llegó a extinguirse del todo. Hemos jurado proteger el relicario sagrado, y eso hemos hecho siempre... —su rostro se ensombreció—... hasta el año pasado.
—¿Qué ocurrió? —preguntó Kyria suavemente.
Él irguió los hombros.
—Uno de nosotros eligió el mal camino. Era un hombre de corazón impuro. Un hombre corrupto. Unos hombres perversos, lo convencieron para que robara el relicario usando como cebo a una mujer. Una mañana nos levantamos y sentimos que el relicario sagrado ya no estaba. Fuimos al santuario y descubrimos que estábamos en lo cierto. Nuestro hermano también se había ido. Salimos tras ellos, pero avanzaban deprisa. Nosotros, como es tradición en nuestra orden, viajamos a pie. No logramos alcanzarlos y el santo estandarte desapareció.
—Lo siento mucho —dijo Kyria, conmovida por la expresión melancólica del monje.
—A mí me fue encomendada la tarea de recuperar el relicario. Sin el santo estandarte..., todos esos años, todos esos sacrificios, no habrían servido para nada —miró fijamente a Kyria a los ojos, y la llama del fanatismo iluminó su mirada azul — . El relicario es nuestro, milady. Debemos devolverlo al lugar al que pertenece. Es nuestro deber, nuestro deseo. A su lado, nuestras vidas no valen nada —Kyria parpadeó, algo sorprendida por la apasionada declaración de aquel hombre. ¿Qué pretendía decir, que estaban dispuestos a quitárselo

por la fuerza? El monje hizo una pausa y, tomando aire para calmarse, prosiguió— . Mis hermanos y yo seguimos fácilmente la pista del relicario sagrado, pues allí donde iban esos hombres malvados, el asesinato y la iniquidad los seguían. La caja les fue robada a los ladrones, vendida y robada de nuevo, hasta que acabó en los mercados de Constantinopla... o de Estambul, como la llaman los infieles. Allí supimos que un hombre se la había comprado a alguien que no conocía su valor. Y ese hombre, ese comerciante, la trajo aquí, a Inglaterra. A su casa. Hemos seguido al relicario. El nos ha llamado.

Kyria decidió no inquirir sobre aquella extraña afirmación y preguntó:

—¿Por qué me lo trajo a mí el señor Kousoulous?

— No lo sé. Nadie lo sabe. Sólo sé que usted tiene ahora nuestro relicario. Por eso los hemos seguido hasta aquí esta noche..., para protegerlos. No podemos permitir que ningún mal le suceda al santo estandarte mientras esté a su cuidado —se inclinó hacia delante y miró ansiosamente los ojos de Kyria—. Milady, le suplico que nos devuelva el relicario. Es nuestro deber sagrado cuidar del santo estandarte. Debemos recuperarlo. Hemos de devolverlo al lugar al que pertenece. Por favor, devuélvanoslo.

Hubo un largo momento de silencio en el carruaje después de que el monje se callara. Finalmente, Rafe dejó escapar un suspiro y dijo:

—Es una buena historia. Pero ¿cómo sabemos nosotros que es cierta? Cualquiera podría ponerse una túnica blanca y decir que es el guardián del santo estandarte. Le está pidiendo a lady Kyria que le entregue un objeto muy valioso.

— ¿Me acusa usted de mentir? —el otro se volvió hacia Rafe y clavó en él sus ojos ardientes — . Soy un hombre de Dios. Le he entregado mi vida a Él. No ensuciaría mi nombre ni el Suyo con una mentira. ¿Cómo puedo demostrarles que soy quien digo ser? Llevo conmigo el documento que me dio el superior de nuestra orden, el hermano Teodor, confiándome la tarea de recuperar la sagrada reliquia. Pero dudo de que eso pudiera convencer a un hombre como usted, que confunde a un hombre de Dios con un mentiroso.

—De todos modos, sería muy fácil falsificar una cosa así —dijo Rafe.

Kyria le lanzó una mirada suplicante y, volviéndose hacia el hermano Jozef, dijo suavemente:

— No creemos que esté usted mintiendo, se lo aseguro. Pero debemos extremar las precauciones. Verá, no lo conozco, ni sé nada de usted, salvo lo

que acaba de contarme. Hay otras personas que también buscan el relicario, y todas ellas han intentando convencerme para que se lo entregue. Algunos incluso están dispuestas a matar para conseguirlo. No hay nada que parezca detenerlos. Así que, como verá, he de ser muy cautelosa. Sé que el relicario es un objeto de gran valor, incluso sagrado. Y, precisamente por eso, he de poner mayor atención en su cuidado.

La mirada ardiente del monje sostuvo un momento la de Kyria.

— Sé que es usted una buena mujer, milady, y que comprende la gran responsabilidad que supone poseer el relicario del santo estandarte, pero debe entender que no le pertenece. No es usted quien debe custodiarlo.

— Por la razón que sea, señor, esa caja me ha sido confiada. No puedo eludir esa responsabilidad. Tengo que pensar con sumo cuidado antes de decidir qué hacer con ella.

— El relicario del santo estandarte es nuestro —insistió el hermano Jozef—. Debemos recuperarlo.

Rafe se irguió y echó mano a la pistola que llevaba bajo la chaqueta.

— ¿Está amenazando a lady Kyria?

El hermano Jozef lanzó a Rafe una mirada desdeñosa.

— Yo no amenazo. Soy un hombre de Dios, ya se lo he dicho. Pero el relicario es nuestro, y lo recuperaremos _se volvió de nuevo hacia Kyria—. Ya ha visto lo que les ha ocurrido a los que se lo llevaron. La muerte y la destrucción los han perseguido a todas partes. El relicario ha de volver al lugar al que pertenece.

—Pensaré sobre ello —le aseguró Kyria—. Muy cuidadosamente, se lo prometo.

Él la miró un rato y luego inclinó bruscamente la cabeza.

—Muy bien, milady. Le daremos tiempo para pensar. Luego volveremos a hablar.

Después de decir esto, el hombre se sumió de nuevo en el silencio. Siguieron así hasta que llegaron a Broughton House. El carruaje se detuvo frente a la casa. El hermano Jozef se apeó ágilmente, y Kyria y los demás bajaron tras él. Pero, cuando cerraron el carruaje y se dieron la vuelta, el hermano Jozef y sus compañeros se había desvanecido ya en la oscuridad.

Kyria miró a su alrededor y un escalofrío se apoderó de ella. Se alegró cuando Rafe le rodeó los hombros con el brazo y la apretó contra sí.

—Bueno —dijo él suavemente—, menuda nochecita.

Tom, que seguía tambaleándose ligeramente, aceptó de buena gana el ofrecimiento de una compresa fría para su mandíbula y una cama en la que dormir. Kyria mandó a una doncella en busca de vendajes y pomadas e hizo subir a Rafe a su habitación, a pesar de las protestas de éste.
Se quitó la chaqueta y la dejó a un lado.
—La verdad es que algunas cosas de este atuendo me gustan bastante.
Rafe le lanzó una mirada, alzando una ceja malévolamente.
— A mí también. Para empezar, no me había dado cuenta de lo largas que son tus piernas.
—No seas impertinente —replicó Kyria, sintiéndose un tanto aturdida después de tantas emociones y peligros. Por un momento había pensado que iba a morir. No era de extrañar, pues, que sólo tuviera ganas de tumbarse en la cama y gritar de alegría. Pero en lugar de hacerlo se desabrochó los puños de la camisa y se arremangó. Luego se desabrochó el cuello de la camisa y se quitó la apretada corbata—. Sin embargo, no sé cómo podéis soportar estos cuellos y estas corbatas. Son un incordio —Rafe se echó a reír y empezó a quitarse la chaqueta. Kyria notó que hacía una mueca de dolor al sacar el brazo—. Ya veo que no es sólo un rasguño —frunció el ceño y se acercó a él — . Espera, déjame ver.
—No es nada, de veras.
—No seas idiota. Déjame ayudarte —Kyria le desabrochó los gemelos y los dejó a un lado.
El pelo le cayó hacia delante, alrededor de la cara y los hombros, y su olor excitó el olfato de Rafe, en cuyo interior se había agitado todo el día una pasión insatisfecha. Lo que más deseaba era tomar a Kyria en sus brazos y besarla. Sin embargo, tenía presente lo que pasaría si se dejaba llevar por sus deseos. Un hombre de honor no hacía algo semejante. Sin embargo, resultaba condenadamente difícil conservar el sentido de honor mientras ella se inclinaba sobre su brazo y le desabrochaba la ropa.
Rafe se apartó bruscamente de ella.
—No tiene importancia. Puedo hacerlo yo solo.
Kyria levantó las manos en un gesto conciliador y se retiró. Al darse la vuelta, vio al mayordomo parado ante la puerta abierta, y se sonrojó.
—Pase, Phipps —dijo ásperamente.

— Milady —el mayordomo se acercó a ellos y dejó una bandeja sobre la cómoda—. Señor Mclntyre... Me he tomado la libertad, señor, de traer una botella de brandy además de los vendajes.
—Phipps, es usted único.
— Gracias, señor —el mayordomo se volvió hacia Kyria—. ¿Necesita algo más, milady?
— No. Creo que puedo apañármelas yo sola. Puede irse a la cama... y dígale a Joan que ella también se acueste. Esta noche no la necesitaré.
—Muy bien —Phipps observó la indumentaria de Kyria, pero no dijo nada. Llevaba tanto tiempo trabajando para los Moreland que ya nada lo sorprendía—. Buenas noches, milady. Señor... —hizo una reverencia y salió de la habitación.
Rafe sirvió brandy en las dos copas que había sobre la bandeja y le dio una a Kyria.
—Toma, creo que esto nos sentará bien a los dos.
Kyria tomó la copa y la vació de un trago sin vacilar. No pudo sofocar un leve gemido al sentir que el alcohol le abrasaba la garganta, pero aquel estallido de calor en su estómago calmó sus nervios erizados. Tomó otro trago y luego, dejando escapar un suspiro, se derrumbó en un sillón.
— Bueno, menuda nochecita, ¿eh?
— Sí —Rafe tomó otra copa y se recostó contra la cómoda, con las piernas estiradas delante de él — . Y pensar que siempre había creído que Inglaterra era aburrida.
— Normalmente no es tan entretenida —admitió Kyria, y suspiró—. Esperaba que esta noche pudiéramos encontrar la respuesta a algunas preguntas. Pero parece que ahora tenemos más dudas que antes.
— Seguimos sin saber quién está detrás del intento de robo —dijo Rafe—. Y tampoco sabemos por qué decidió el señor Kousoulous traerte la caja. Sin embargo, si hay que creer a ese monje, al menos ahora sabemos dónde ha estado el relicario todos estos años y cómo llegó a manos de Kousoulous.
—Pero ¿cómo sabía toda esa gente que él lo tenía y que me lo había traído a mí? —preguntó ella.
—Probablemente en Turquía se dispararon los rumores desde el instante en que desapareció el relicario. No es de extrañar que Habib haya oído hablar del asunto... y puede que él y otros tratantes se hayan puesto en contacto como

coleccionistas como ese príncipe ruso o ese francés, confiando en hacer un buen negocio si conseguían hacerse con él.
— Supongo que sí — Kyria apuró el resto de la copa e hizo una mueca.
Rafe sonrió un poco al ver su cara, y luego añadió sombríamente:
— Por desgracia, el relato del hermano Jozef nos ha proporcionado también otro sospechoso del asesinato de Kousoulous y del intento de robo.
— ¿Te refieres a los guardianes del santo estandarte? — Kyria lo miró extrañada—. ¿Crees que pudieron ser ellos? Pero si esta noche nos salvaron...
—Estoy seguro de que no les conviene que caigamos en manos de otras personas que también codician ese relicario — dijo Rafe—. Lo cual es razón suficiente para ayudarnos.
— Puede ser, pero esos hombres pertenecen a una orden religiosa. Seguramente no tienen permitido matar, ni lanzar amenazas.
—Eso espero. Sin embargo, están desesperados por recuperar el relicario. Perderlo sería una mancha en su historia, una mácula en el buen nombre de su orden.
— Aun así, me cuesta creer que puedan cometer una vileza para recuperar un símbolo sagrado.
—Para ellos es algo más que un símbolo —replicó Rafe—. Es su misma razón de ser, el objeto al que ellos y muchos otros antes que ellos han consagrado sus vidas. Son fanáticos, Kyria, y a veces los fanáticos están dispuestos a sacrificarlo todo para conseguir su propósito — su rostro se ensombreció—. Créeme, conozco a la gente obsesionada con una causa, y te aseguro que normalmente deja una estela de destrucción a su paso.
Kyria advirtió el dolor que teñía su voz y, levantándose de su asiento, dijo:
-Rafe...
Él se volvió y la miró.
—Yo también tuve una causa. Estaba absolutamente seguro de que tenía razón, como todos los demás. Fui a la guerra creyendo que luchaba por una causa sagrada.
— Pero así era. ¡Tu causa era justa! —le dijo Kyria.
—¿Es acaso justa la guerra? —respondió Rafe, y su rostro se crispó—. ¿Sabes qué es lo que entendí al cabo de un tiempo? Que los del otro lado, ésos a los que disparaba y que me disparaban a mí, también creían tener razón.
—Tú luchabas para liberar al hombre de la esclavitud.

— Sí, y los del otro lado luchaban por su tierra. ¿No lucharíais vosotros si un ejército invadiera vuestro país diciendo: «Tenéis que hacer lo que nosotros digamos»?
—Pero Rafe... —Kyria frunció él ceño, acongojada— ..., ¿estás diciendo que no crees que tuvieras razón? ¿Que no tenías justificación?
—Tenía razón. Claro que tenía razón por querer acabar con la esclavitud. Si hoy tuviera que elegir, haría lo mismo. Pero no estaría tan seguro de mí mismo ni de mi derecho a cargar contra otros pistola en mano. La guerra sería mi último recurso, no el primero —dio media vuelta y su voz se volvió baja y oscura—. Gran parte de la guerra transcurrió en Virginia —la miró, y sus luminosos ojos azules se tornaron más amargos—. ¿Imaginas lo que se siente al ver cómo cuatro largos años de guerra arrasan la tierra que un día fue tu hogar? Fue devastador. Cuando volví, después de que acabara la guerra, la casa de mi tío, el lugar donde crecí, estaba en ruinas. Mi tía y sus hijas vivían en la antigua casita del guardes. Mi tío, el hombre que nos acogió a mi madre y a mí, que me educó y me mandó a la universidad, había muerto de neumonía. Mis primos, los chicos y chicas con los que crecí... Annie se quedó viuda y Tyler murió en Gettysburg; Hank perdió un brazo y un ojo en Chancellorsville. El marido de Sussanah sobrevivió, pero nunca volvió a ser el mismo. Se mudaron al oeste, a Texas. Nuestro otro primo, James, se fue con ellos. Allí ya no había nada para ellos, como no lo había para mí. La muchacha a la que había amado, la que me devolvió mi anillo de compromiso el día en que anuncié que iba a alistarme en el ejército de la Unión, se había casado con otro y tenía un hijo suyo, pero su marido también había muerto. La última vez que la ví sólo tenía veintitrés años, pero parecía que tenía cuarenta. En su rostro sólo había amargura.
— Oh, Rafe... —los ojos de Kyria se llenaron de lágrimas—. Lo siento muchísimo.
—Yo para ellos estoy muerto —dijo él con voz crispada—. Cuando empezaron a irme bien las cosas, intenté mandarles algo de dinero, pero lo rechazaron. Mi tía me mando una nota diciendo que no podía aceptar dinero manchado de sangre. Intenté volver allí hace un año, pero... —se encogió de hombros — . Ya no tengo hogar.
Kyria se acercó a él y, rodeándolo con los brazos, apoyó la cabeza contra su pecho. Sus lágrimas humedecieron la camisa de Rafe.
—Lo siento, lo siento mucho...

Él la abrazó con fuerza y apoyó su cabeza en la de ella. Kyria sintió que sus labios le rozaban el pelo y le acarició la espalda suavemente. Un estremecimiento de deseo recorrió su cuerpo al tocarlo, y se sintió culpable por experimentar aquella emoción en un momento como aquél.

—Tú no tienes la culpa de lo que les ocurrió —murmuró, apartándose un poco para mirarlo.

— No —dijo él con aspereza. Le acarició un momento la mejilla y luego se apartó de ella—. Hice lo que me pareció correcto. Igual que ellos y que todo el país. Todos éramos demasiado obstinados, estábamos demasiado convencidos de tener razón como para hacer ningún esfuerzo, salvo lanzarnos a una guerra para defender nuestros ideales — se acercó al brandy y se sirvió otra copa—. Se acabó. Ahora ya no puede hacerse nada —tomó un sorbo y se volvió hacia ella—. Pero de una cosa estoy seguro: los fanáticos pueden ser muy peligrosos. Son demasiado proclives a pensar que el fin justifica los medios.

—Está bien —Kyria deseaba poder hacer que se sintiera mejor, proporcionarle consuelo y paz, pero notaba que él no quería seguir hablando de aquel asunto. Seguramente se sentía avergonzado por haberle revelado demasiadas cosas, como les pasaba a menudo a los hombres.

De modo que ella sonrió y se limitó a decir—. Te prometo que no me fiaré de los guardianes. Sin embargo, no olvido que quizá sean los que más derechos tienen sobre el relicario.

Rafe asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé.

—Ojalá supiera si Theo tiene algo que ver con esto. No logro entender por qué habría llevado el señor Kousoulous el relicario a Broughton Park si no fuera así. Me disgusta tomar una decisión antes de hablar con Theo.

—Los guardianes han esperando todo este tiempo — dijo Rafe—. Yo diría que pueden esperar un poco más. Theo mandará pronto una carta, o volverá.

Kyria frunció el ceño.

—A no ser que no pueda. A no ser que le haya ocurrido algo también a él.

—No —Rafe dejó su copa y, acercándose a ella, la tomó en sus brazos—. No pienses eso. No hay razón para pensar que algo le haya pasado a tu hermano.

—Espero que tengas razón.

—Claro que la tengo —ambos recordaron la conversación que acababan de tener acerca de las dudas de Rafe sobre sus certezas, y se echaron a reír—.

Está bien. Tienes razón. No puedo remediarlo —dijo él jovialmente—. Está claro que estoy destinado a creerme que lo sé todo.

—Entonces, vamos a ver qué tal tienes el brazo —respondió Kyria y, dándose la vuelta, se acercó a la puerta para cerrar—. Quítate la camisa y deja que le eche un vistazo a la herida —cuando se dio la vuelta, Rafe ya se había desabrochado la camisa y estaba sacando el brazo herido de la manga—. Espera, deja que te ayude —Kyria cruzó la habitación rápidamente y, asiendo el extremo de la manga, tiró cuidadosamente de ella.

Echó la camisa hacia atrás y el pecho de Rafe, bronceado y musculoso, quedó al descubierto. Ella contuvo el aliento y confió en que él no notara que, al verlo, se había sentido atravesada por una oleada de pasión. Mantuvo la mirada fija en el brazo herido de Rafe mientras bajaba la manga. No quería que él advirtiera en su semblante el efecto que surtía sobre ella la visión de su cuerpo desnudo.

La manga de la camisa estaba pegada a la piel allí donde la sangre se había secado. Kyria tiró suavemente de ella, pero no consiguió despegarla, de modo que humedeció un paño en la jofaina del lavabo y lo apretó suavemente sobre la herida. Mientras permanecía allí parada, sujetando el paño, alzó la mirada hacia el rostro de Rafe y se quedó sin aliento al ver su expresión de deseo. Apartó rápidamente la mirada y tragó saliva con dificultad. El corazón le galopaba en el pecho. No podía evitar pensar en cómo la había mirado él la noche anterior, con aquel mismo ansia. Nunca había experimentado nada semejante. Pero ¿por qué se había detenido él la noche anterior? Kyria había intentando convencerse de que era porque, siendo un caballero, no quería aprovecharse de ella. Pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que tal vez Rafe no sintiera el mismo deseo desesperado que sentía ella. ¿Y si no le había complacido?

Dejó el paño húmedo a un lado y tiró otra vez de la manga con suavidad. Esta vez la tela se despegó, y Kyria pudo quitarle a Rafe el resto de la camisa. Recogió de nuevo el paño y volvió a mojarlo, usándolo para limpiar la larga cuchillada teñida de rojo que cruzaba la parte superior del brazo de Rafe. Se dio cuenta entonces de que él tenía razón: la herida no parecía muy profunda. Más arriba, cerca del hombro, donde le había golpeado la piedra, había una marca grande que había empezado a oscurecerse.

Rafe miraba a Kyria mientras ella se atareaba inclinada sobre él. Ella tenía la cabeza agachada. Cuando se movía, su cabello, ligero como alas de mariposa

y suave como la seda, le rozaba el brazo. Un mechón se deslizó sobre su cara, y ella se lo apartó, echándoselo sobre el hombro, y sus puntas rozaron el pecho desnudo de Rafe. El deseo se apoderó de él, ardiente e inmediato.

Se sentía como si algo se hubiera soltado dentro de él, algo duro y quebradizo. Nunca había hablado con nadie de la guerra, ni siquiera con Stephen, y jamás daba rienda suelta al dolor que albergaba su corazón desde hacía años. Había elegido su camino y había aceptado las consecuencias, pensando que nunca se confesaría con nadie. Y, de pronto, con Kyria, todo había escapado de sus labios y algo se había apaciguado dentro de él. Se sentía en cierto modo más vulnerable, pero, por extraño que pareciera, no le importaba.

Sentía también que su fuerza de voluntad se había evaporado de pronto junto con aquella sensación. Sabía que debía apartarse, que debía alejarse de Kyria antes de hacer algo que luego lamentaría. Pero sus pensamientos no iban más allá; no podía moverse. Le costaba un esfuerzo ímprobo quedarse quieto y no atraerla hacia sí y apoderarse de su boca.

—Tal vez... —su voz salió áspera y rasposa, y tuvo que aclararse la garganta antes de hablar otra vez—. Tal vez debas echar un poco de brandy. Sé por experiencia que el alcohol es muy bueno para las heridas.

—¿De veras? —Kyria alzó la cabeza hacia él.

Rafe sintió que se perdía en sus enormes ojos verdes. La boca de Kyria se secó, y le costó un enorme esfuerzo apartarse y verter un poco de brandy sobre el paño. Lo aplicó suavemente sobre la herida e hizo una mueca al notar que él inhalaba bruscamente.

—Lo siento —murmuró, y luego, sorprendiéndose a sí misma casi tanto como a él, se inclinó y besó suavemente el brazo de Rafe por debajo de la herida.

La carne de Rafe era caliente y sabía levemente a sal, y su piel se estremeció bajo sus labios. Kyria alzó la cabeza y miró su cara. Rafe estaba inmóvil. Su piel se tensaba sobre los pómulos; su pecho subía y bajaba rápidamente, y sus mejillas estaban coloradas. Kyria lo miró fijamente un momento y luego, lenta y pausadamente, se puso de puntillas y posó los labios con suavidad sobre la magulladura de su hombro. Rafe contuvo el aliento y casi sin darse cuenta apoyó las manos en la cintura de Kyria.

—Kyria... —su aliento rozó la mejilla de ella, haciéndola estremecerse—. Kyria...

Se inclinó hacia delante, enterrando la cara entre la cabellera rizada de ella, y deslizó las manos hacia abajo, siguiendo el contorno de sus caderas, separadas

del contacto de sus manos únicamente por la tela de unos pantalones masculinos. Kyria llevó las manos a su pecho y las deslizó sobre él, palpando sus líneas y sus curvas, la prominencia de los huesos y la carne acolchada de sus músculos, las puntas duras de sus pezones viriles y la línea de ligero vello que se estrechaba por debajo de su ombligo. Rafe se estremeció y un gemido escapó de sus labios. Sabía que no debía permitir que aquello siguiera adelante, pero no podía moverse ni articular palabra. Kyria deslizó los dedos sobre su espalda, explorando el valle central de su columna y la firme musculatura que se alzaba a cada lado de ella. Tocó la afloración ósea de su clavícula y la carne tierna de su garganta, y luego su mano se curvó alrededor de su cuello y se deslizó hacia arriba, hundiéndose en su pelo.

Posó los labios sobre la piel tersa del pecho de Rafe y fue recompensada con el rápido siseo de su aliento, el involuntario temblor de su carne. Él hundió las manos en su cabello mientras ella recorría con los labios su pecho y su vientre, sacando la lengua para saborear su piel como él había hecho el día anterior, y deleitándose al sentir que el sexo de Rafe se endurecía contra su cuerpo. Su tacto, su sabor, la excitaba, y no podía sofocar leves gemidos de placer mientras exploraba su cuerpo. A Rafe le excitaban casi tanto los ruidos que hacía como el contacto de sus manos. El deseo ardía dentro de él, tensándose con cada roce de los dedos de Kyria, con cada pasada de su lengua. Cuando ella cerró la boca sobre el botón plano de uno de sus pezones, él dejó escapar un gemido de placer. Tenía que besarla, tenía que saborearla. Apoyando las manos a cada lado de su cabeza, le alzó la cara y se apoderó de su boca.

La pasión estalló dentro de ellos, y su poder los sacudió a ambos. Rafe apretó a Kyria contra sí, comprimiéndola contra su cuerpo ardiente y ansioso. Kyria respondió con una fogosidad que nunca antes había experimentado, rodeándole la cintura con sus largas piernas.

Un estremecimiento de deseo animal atravesó a Rafe, que, cerrando los brazos alrededor de ella, la apretó contra sí al tiempo que devoraba su boca. Se dio la vuelta y, cruzando la habitación, se acercó a la cama sin dejar de besar a Kyria ávidamente. Cayeron en la cama y continuaron besándose y acariciándose ávidamente. Al fin, Rafe se apartó de ella y la miró. Kyria le sostuvo la mirada, con la boca hinchada y enrojecida por sus besos y el pelo extendido como un abanico de fuego.

—Eres preciosa —murmuró él con voz áspera, y sus dedos buscaron los botones de su chaleco—. Quiero verte entera.

Kyria le sonrió. Quería que la mirara, quería ver su expresión cuando sus ojos recorrieran su cuerpo. El desabrochó su chaleco y a continuación su camisa. Enganchando los pulgares bajo los lados de la camisa, apartó ambas prendas y las bajó por sus brazos. Su semblante se crispó al ver las vendas con que ella se había envuelto los pechos para esconderlos. Desató las vendas, alzando a Kyria por la cintura para quitárselas, y, tirándolas a un lado, acarició suavemente las marcas rojas que habían dejado sobre su piel.

— Es un crimen dañar tanta belleza —musitó, y se inclinó para besar suavemente las señales de las vendas—. Prométeme que no lo harás nunca más —se agachó para quitarle las botas y los calcetines, y sus manos se deslizaron sobre sus piernas.

Le desabrochó los pantalones y se los deslizó suavemente por las caderas y las piernas, haciendo lo mismo a continuación con las finas polainas de algodón que ella llevaba debajo.

Kyria quedó desnuda ante él, y los ojos de Rafe se deleitaron en su belleza. Ella, un tanto asombrada por su falta de pudor, alzó los brazos sobre su cabeza y se estiró sinuosamente. Los ojos de Rafe se ensombrecieron mientras la miraba. Rápidamente se quitó los zapatos y se llevó las manos a la cinturilla de los pantalones. Se despojó de sus ropas, y Kyria alzó los brazos hacia él, con los ojos brillantes y la boca suavemente hinchada. Con un leve gemido de rendición, Rafe se tendió junto a ella y empezó a hacerle el amor.

Su boca recorrió sus pechos y su vientre, excitándola mientras exploraba su cuerpo, desbaratando sus sentidos hasta que Kyria sintió deseos de gritar de placer. Ella clavó los dedos en la espalda de Rafe, jadeando de deseo. Él le abrió las piernas y deslizó los dedos entre los húmedos y ardientes pliegues de su sexo.

Kyria sentía dentro de sí un vacío que sólo él podía llenar. Abrió más aún las piernas y apretó ansiosamente la espalda de Rafe. Al fin, él se colocó entre sus piernas y la penetró lenta y profundamente. Kyria sofocó un gemido contra su hombro, pero aquella aguda punzada de dolor pronto fue sustituida por un delicioso placer. Rafe empezó a moverse dentro de ella, retirándose lentamente y hundiéndose de nuevo mientras Kyria lo rodeaba con brazos y piernas y empezaba a moverse al ritmo que él, sintiendo que cada nueva sensación hacía aumentar su deseo.

Ella dejó escapar un sollozo, sintiéndose a punto de estallar. De pronto, la tensión se quebró dentro de ella, generando fuertes oleadas de placer que la atravesaron por entero. Se estremeció bajo su empuje y un grito escapó de sus labios. Al sentir que se convulsionaba, Rafe se estremeció y un profundo gruñido emergió de su garganta.

Se abrazaron con fuerza, aguantando el ciego vendaval de la pasión. Se derrumbaron, agotados y jadeantes, y Rafe rodó sobre su espalda y, rodeando a Kyria con el brazo, la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza contra su pecho y se dejó llevar, feliz y satisfecha como nunca se había sentido.

Así pues, pensó, aquello era el amor. Y, sonriendo para sí misma, se quedó dormida.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, Kyria se levantó tarde y no bajó a desayunar. Hizo que le subieran té y una tostada en una bandeja. Se bañó, canturreando, y se vistió tranquilamente. Al bajar oyó voces masculinas y, extrañada, siguió su rastro hasta la biblioteca. Allí encontró a Rafe conversando con Reed.

— ¡Reed! —gritó, corriendo hacia él con una sonrisa—. ¿Cuándo has vuelto?

— Esta mañana. Tomé el tren que salía temprano de Liverpool —su hermano se levantó para abrazarla y luego retrocedió, diciendo — . Rafe me estaba contando lo que habéis hecho.

—¿Qué? —sorprendida, Kyria posó sus ojos en Rafe.

—Le estaba contando a tu hermano por qué trajimos el relicario a Londres y las cosas que han pasado desde entonces.

— ¡Ah! Ah, claro —Kyria se sonrojó. Debía aprender a dominar sus reacciones, pensó, enojada, o Reed empezaría a sospechar algo.

Rafe sonrió y la miró fijamente. Reed los miró a ambos y sus ojos se entornaron.

—¿Le has enseñado a Reed el estandarte? —le preguntó Kyria a Rafe, ansiosa por distraer la atención de su hermano.

— Aún no. A ti se te da mucho mejor que a mí manejar esos alambres que te dio Con.

Kyria fue a buscar el relicario y regresó unos segundos después. Le mostró a Reed cómo se abría y le enseñó el frágil fragmento de tejido. Reed se quedó estupefacto.

—Es asombroso —dijo, reclinándose en la silla mientras Kyria cerraba el relicario—. Parece imposible.

— Lo sé —dijo Kyria—. Y lo que es todavía más asombroso: al parecer, el resto de la leyenda también es cierto. Parece que hay realmente un grupo de hombres que ha consagrado sus vidas a custodiar la caja, pasándosela a través de generaciones. «Los guardianes del santo estandarte», se hacen llamar.

—¿Los conocéis?

Kyria asintió con la cabeza.

— Nos rescataron anoche.

— ¿Os rescataron? —Reed alzó las cejas — . ¿Qué quieres decir con que os rescataron?

—Estábamos rodeados y nuestros enemigos eran muy superiores en número —explicó ella—. Pensé que estábamos perdidos, pero entonces aparecieron

los guardianes como salidos de la nada y empezaron a luchar contra nuestros atacantes.
—¿Quién os ataco? ¿Y por qué?
— No sabemos exactamente por qué —respondió Kyria—. Supongo que no debíamos estar donde estábamos.
— O tal vez fuera alguien que quería la caja —añadió Rafe.
—¿Ese tal Habib? —preguntó Rafe.
— Él no encaja con la descripción del hombre que pagó a esos ladrones para entrar en Broughton Park y robar la caja —razonó Kyria—. Creemos que el señor Habib tiene un socio. Intentamos atraparlo en El toro azul, pero se nos escapó.
—¿Qué? ¿Quién intentó atraparlo? —preguntó Reed.
—Pues Rafe y yo.
— ¿En una taberna? —Rafe se quedó perplejo—. ¿Estuviste en una taberna?
Kyria asintió alegremente.
— Sí, en los muelles. Fue una experiencia muy interesante. Me disfracé de vieja borracha —Reed se quedó momentáneamente sin habla—. Pero seguimos sin saber quién era porque se escapó —prosiguió ella—. No sabemos si Habib y él actúan juntos o por separado. Quiero decir que podría ser el francés o el príncipe ruso.
—¿Se puede saber quiénes son el francés y el príncipe ruso?
— Dos hombres que se han dirigido a mí desde que estamos en Londres, ofreciéndose a comprar el relicario.
—Cielo santo, ¿cuánta gente va detrás de esa cosa? — exclamó Reed.
—Nosotros conocemos a tres, bueno, a cuatro, si contamos a los guardianes —le dijo Kyria—. Pero no sabemos si el hombre de la taberna es uno de ellos, o si es otro. Por eso hicimos que Tom siguiera a Habib, para ver si lo veía reunirse con alguien. Así que Tom lo siguió y por eso anoche fuimos al fumadero de opio y...
— ¡Un fumadero de opio! —estalló Reed, poniéndose en pie—. ¿Fuisteis a un fumadero de opio?
— Sí. Allí fue donde nos atacaron, y donde los guardianes salieron en nuestro auxilio.
— ¡Cielo santo, Mclntyre! —exclamó Reed, volviéndose hacia él, indignado—. ¿A esto lo llamas proteger a mi hermana?

— ¡A mí nadie tiene que protegerme! —protestó ella—. Sé cuidar de mí misma —se giró hacia Rafe, que había abierto la boca para contestar a Reed, y agitó el dedo—. No te atrevas a disculparte por no haberme impedido ir. Todos sabemos que...

— Que tú haces exactamente lo que se te antoja — concluyó Reed con un gruñido—. Lo sé, lo sé. No debería enfadarme con el pobre Mclntyre. Debería sentir lástima por él por tener que intentar razonar contigo —Reed alzó las manos en un gesto conciliador al ver que Kyria abría la boca de nuevo —. No, no empieces a echar fuego por la boca, por favor. Me disculpo humildemente. Sé que eres una mujer adulta y perfectamente capaz de cuidar de ti misma. Sin embargo, creo que ahora mismo no podría soportar el relato del resto de tus aventuras. Voy a ver a los gemelos.

Rafe sonrió.

—No creo que esos dos sean un alivio para tus nervios.

— Seguramente no —dijo Reed—, pero al menos son una preocupación completamente distinta.

Después del almuerzo, Kyria estaba sentada en el cuarto de estar, departiendo con el ama de llaves, cuando sintió un gemido alto y agudo. Miró ceñuda al ama de llaves y luego fijó la mirada en la puerta. De pronto comprendió que aquel ruido procedía de uno de los gemelos, que gritaba pidiendo ayuda. Se levantó de un salto y, al echar a correr por el pasillo hacia el fondo de la casa, tropezó con Reed, que salía de su despacho. Tras ellos se oyó el tamborileo de más pies que corrían.

Cuando Kyria y Reed llegaron al pasillo del fondo, Con entró corriendo por la puerta del invernadero. Al verlos, se apoyó contra la pared, jadeando. Presentaba un aspecto terrible: tenía los pantalones rasgados y manchados de barro, hojas prendidas en el pelo y en la chaqueta, el pelo revuelto y sudoroso, la cara arañada, las mejillas coloradas por el esfuerzo y una mancha roja en la frente, justo encima de las cejas.

— ¡Con! —Kyria y Reed corrieron hacia él. Se oyeron pasos apresurados tras ellos, y Rafe apareció de pronto a su lado.

— A... Alex... —jadeó Con, apartándose cuando Kyria se acercó a abrazarlo—. Tenéis que...

—¿Alex? —preguntó Kyria—. ¿Le ha pasado algo a Alex?

—¿Dónde está? —dijo Reed.

Con se dio la vuelta y cruzó corriendo el invernadero.

Kyria, Reed y Rafe salieron tras él. Con salió a la terraza, bajó la escalinata del jardín y corrió por el sendero que se adentraba en el parque. A pesar de que los jardines de Broughton House eran pequeños comparados con los de su casa de campo, eran enormes para una casa londinense, y sus muros abarcaban casi una manzana de árboles y hierba. Con los condujo hacia el fondo del jardín. Allí, junto a la alta tapia oriental, bajo un enorme árbol, yacía el cuerpo de Denby, el lacayo al que Kyria había confiado la custodia de los niños. Alex no estaba por ninguna parte. Kyria sintió una oleada de pánico.

— ¡Alex! —gritó—. ¡Alex!

— No está —jadeó Con, arrodillándose junto a Denby—. Se... se lo han llevado —señaló vagamente la tapia.

Mientras Kyria caía de rodillas junto a Denby, Reed y Rafe corrieron hacia la tapia. Saltaron, se agarraron a lo alto del muro de piedra y se impulsaron hacia arriba para mirar por encima de su borde. Luego regresaron al lado de Kyria, que seguía arrodillada junto al criado, contra cuya sien sostenía un pañuelo.

— Le han dado un golpe en la cabeza —les dijo — . Está inconsciente y sangra, pero no veo otras heridas. Creo que no le han apuñalado, ni disparado.

— Lo... lo golpearon —jadeó Con. Aunque estaba pálido y la marca roja de su frente resaltaba vivamente sobre su piel, empezaba a recuperar el aliento—. Con un palo muy grande.

—¿Dónde está Alex? —preguntó Reed — . ¿Qué ha pasado?

— Se lo llevaron. —¿Quiénes?

Con sacudió la cabeza.

— ¡No lo sé! Eran tres. Saltaron la tapia. Alex y yo estábamos allí —se volvió para señalar un punto a corta distancia de allí—. Los... los vimos. No sabíamos qué estaban haciendo. Simplemente, saltaron. Denby nos estaba vigilando, y al principio no los vio. Cuando se volvió, uno de ellos le dio un golpe muy fuerte, así —Con hizo una demostración—. Luego fueron a por nosotros. Alex y yo echamos a correr —Con se detuvo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Buen chico —dijo Reed animosamente—. Hicisteis muy bien.

—Entonces, ¿atraparon a Alex? —preguntó Rafe.

Con asintió con la cabeza.

—A mí también, pero no me agarraron bien. Alex y yo pataleábamos sin parar, intentando escaparnos. Cuando el hombre que me sujetaba intentaba

pasarme por encima de la tapia, di un empujón muy fuerte y logré que me soltara. Luego fui a buscaros.

En ese momento Denby dejó escapar un gruñido y abrió los ojos. Sus pupilas giraron. Cerró los ojos con fuerza y gimió:

—Ay, mi cabeza.

—No se mueva —le dijo Kyria—. Se pondrá bien — alzó la mirada hacia Rafe, que estaba de pie, con una mano apoyada en el hombro de Con. La mirada de Kyria estaba llena de miedo y súplica.

—No temas —dijo Rafe suavemente—. Lo encontraremos.

— Sí —dijo Reed, y miró a los sirvientes, que habían salido de la casa tras ellos y permanecían en silencio a su alrededor, observando—. Phipps, lleve dentro a Denby y ocúpese de él —se volvió hacia Kyria y Con — . Con, tú quédate con Kyria. Yo voy a salir a ver qué puedo averiguar —miró a Rafe, quien asintió con la cabeza y echó a andar junto a él.

Con los miró alejarse, lleno de inquietud. —Yo puedo ayudarlos.

— ¡No! —exclamó Kyria, y añadió más suavemente—. Por favor, no, Con. Necesito que me ayudes con Denby.

Los sirvientes llevaron al criado herido a la casa. Lo depositaron en el sofá del cuarto de estar del ama de llaves y Kyria le limpió y le vendó la herida de la cabeza, que no era tan grave como les había parecido al principio.

—¿Recuerda lo que ocurrió, Denby? —preguntó ella.

— Yo... no estoy seguro. Los niños estaban jugando y luego... Creo que oí un ruido. Me volví y... —suspiró—. No recuerdo nada más.

— Él no los vio, o al menos no mucho —añadió Con — . Se dio la vuelta cuando casi estaban encima de él.

—Lo siento, señorita —dijo Denby—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el señorito Alex?

—No lo sabemos. Parece... parece que se lo han llevado — Kyria procuró dominar el terror que empezaba a invadirla.

¿Quién se había llevado a su hermano? ¿Adonde habían ido? ¿Qué iban a hacer con él?

Con deslizó la mano en la suya y se la apretó, y Kyria bajó la mirada hacia él, sonrió y parpadeó para refrenar las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Lo encontraremos —dijo con firmeza, devolviéndole el apretón.

Con y ella dejaron al lacayo al cuidado del ama de llaves y se dirigieron a la parte delantera de la casa. Se encontraron con Rafe y Reed cuando éstos entraban por la puerta principal.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó ansiosamente—. ¿Alguien ha visto adonde se lo llevaron?

—La única persona que ha visto algo es un barrendero que estaba en el cruce —le dijo Reed — . Dice que un carruaje llevaba todo el día parado junto a la tapia. Se había fijado en él porque no se movía. Luego vio a un tipo que salía del jardín saltando el muro y se dirigía al carruaje. Otros dos hombres salieron del coche y los tres volvieron a saltar el muro. Al barrendero le extrañó, claro, así que siguió mirando y enseguida vio que los hombres volvían a saltar el muro llevando a dos niños, uno los cuales cayó dentro del jardín. Al otro, que no dejaba de patalear y chillar, lo metieron en el carruaje a rastras, y se marcharon a toda prisa. Al menos ha podido decirnos en qué dirección se fueron. Kyria se quedó mortalmente fría.— ¡Oh, Alex! ¿Quién ha podido hacer esto? ¿Y por qué?

—No sé quién habrá sido —dijo Rafe—, pero apostaría a que tiene algo que ver con el relicario.

—Estoy de acuerdo —dijo Reed—. Después de todo lo que ha pasado, es lo más probable. He mandado a los criados a hablar con todo el mundo que encuentren por la calle, en la dirección que tomó el carruaje. He mandado buscar a Tom Quick para que nos ayude a buscar.. Tal vez encontremos a alguien que haya visto dónde giró el carruaje o... —Reed se detuvo y suspiró; luego se volvió hacia Con—. Vamos a sentarnos. Quiero que me lo cuentes todo otra vez. Intenta recordar cada detalle.

Con asintió con la cabeza. Cuando los cuatro se hubieron sentado en el despacho de Reed, Con les contó otra vez cómo habían saltado aquellos hombres la tapia y luego habían golpeado al lacayo, persiguiéndolos luego a ellos y obligándolos a pasar por encima de la tapia.

— ¿Pudiste verles la cara? —preguntó Kyria—. ¿Podrías reconocerlos?

Con sacudió la cabeza.

— Llevaban la cara tapada con máscaras. Como las que se llevan en los bailes de disfraces.

—¿Antifaces? —preguntó Kyria. Él asintió con la cabeza.

— Sí, completamente negros. Sólo vi la parte de abajo de sus caras, pero...

— No podrías reconocerlos, claro —dijo Reed—. ¿No viste ninguna cicatriz, ninguna particularidad de la nariz o de la boca?
Con se quedó pensando un momento y luego sacudió tristemente la cabeza.
— Iban todos vestidos de negro y llevaban antifaces. —¿Dijeron algo? —preguntó Rafe.
— ¡Sí! —Con se animó—. El que me dejó caer dijo algo. Parecía una palabrota... Por el tono de su voz, quiero decir. Pero no entendí lo que decía. Y uno de ellos le dijo algo. Varias palabras. Pero tampoco lo entendí. Creo que hablaban en un idioma extranjero. No me resultaba familiar.
—¿Te habrías dado cuenta si fuera francés? —preguntó Kyria.
—No, no era francés. De eso estoy casi seguro. Ni alemán tampoco. Nosotros estudiamos esos dos idiomas, y no me pareció ninguno de ellos.
—¿Crees que será Habib? —Kyria miró a Rafe.
Él se encogió de hombros.
— Podría ser. Creo, desde luego, que deberíamos hablar con él. Pero también podría ser el tipo que se nos escapó, el de la taberna. Al parecer, también era extranjero.
— ¡Ah! —exclamó Con—. Hay algo más. ¡Me acabo de acordar!
-¿Qué es?
—El tipo que me atrapó llevaba un medallón con una cadena de oro alrededor del cuello. Lo llevaba debajo de la camisa, pero cuando estaba trepando por la tapia, intentando sujetarme, se le salió y lo vi. Era de oro y redondo, y tenía grabada una cosa, no sé, una especie de símbolo o algo así.
—¿Qué clase de símbolo? —preguntó Reed ansiosamente.
— No sé. Nunca lo había visto —Con hizo una pausa—. Podría intentar dibujarlo.
—Bien —Reed sacó una hoja de papel y un lápiz y se los dio al niño.
Con se inclinó sobre el papel y empezó a dibujar con la lengua entre los dientes. Borró el primer dibujo y empezó otra vez. Finalmente se detuvo y levantó el papel para que los otros lo vieran. Se inclinaron hacia delante y miraron el dibujo. Dentro de un círculo, dos líneas corrían paralelas, curvándose hacia arriba, juntas, y girando hacia la derecha desde la parte superior, donde se entrelazaban. Kyria observó el dibujo y la sangre abandonó su cara.
— ¡Oh, Dios mío! —musitó—. Yo he visto eso antes. ¡Lo he dibujado!

Hubo un momento de asombrado silencio y luego Reed y Rafe comenzaron a hablar a la vez. —¿Qué? ¿De qué estás hablando?
— ¿Qué quieres decir?
—No lo sé. Es sólo... algo que dibujé. Estaba haciendo un boceto para un collar —hizo una pausa, intentando recordar—. Bueno, en realidad, creo que primero dibujé esto y luego lo convertí en un collar. No sé qué significa..., si es que significa algo. Nunca lo había visto. Esperad. Os lo enseñaré.
Kyria salió del despacho y regresó al cabo de unos minutos con su cuaderno de dibujo en la mano. Abrió el cuaderno y colocó el esbozo del collar sobre la mesa, junto al dibujo de Con.
— ¡Eso es! —dijo Con, excitado, señalando el dibujo de Kyria—. Es exactamente igual que el medallón que yo vi.
—¿Veis?, primero lo dibujé aquí, sólo el símbolo, y me gustó el diseño. Entonces se me ocurrió grabarlo en piezas de metal cuadradas y unidas en un collar.
— Esto es mucha coincidencia —dijo Reed—. No puede habérsete ocurrido por casualidad. Debes de haber visto ese símbolo en alguna parte.
Kyria se encogió de hombros.
— Puede ser, pero no sé dónde. No recuerdo haberlo visto antes. Fue una idea que se me ocurrió de repente.
— Puede que lo vieras en alguno de los sitios donde hemos estados estos últimos días —sugirió Rafe — . Y no te fijaras lo suficiente en él como para recordarlo. En la casa de Ashcombe, por ejemplo. Tiene aspecto de ser antiguo, ¿no crees? ¿Dónde podría haber sido, si no? Aquí, desde luego. O en la taberna, aunque no creo que allí hubiera nada parecido a esto. El fumadero de opio...
—No, no puede haber sido en ninguno de esos sitios — argüyó Kyria—. Lo dibujé antes de que viniéramos a Londres, poco antes de que saliéramos de Broughton Park. Había estado mirando el relicario y subí a mi habitación. Estaba allí sentada, soñando despierta, y de pronto ese diseño apareció en mi cabeza. Así que, si lo vi, tuvo que ser en Broughton Park.
—Se parece a las cosas de papá —comentó Con, trazando la forma de dibujo con el índice—. Quizá lo vieras en uno de sus jarrones o de sus brazaletes.
—Puede ser —dijo Kyria—, pero no parece griego, ni romano.

—Podría ser bizantino, entonces —sugirió Rafe — . Sobre todo teniendo en cuenta que antes de dibujarlo habías estado mirando el relicario. Tal vez despertara en tu psique algún recuerdo del arte bizantino.
—O del arte de Oriente Próximo —apuntó Reed—. A mí me recuerda un poco al cinturón de plata que te mandó Theo una vez, ése de las campanillas.
—¿El cinturón de bailarina de harén? —Kyria ladeó la cabeza—. Sí. No es el mismo diseño, pero tiene cierto aire oriental.
— Seguramente lo viste en algún libro del duque — dijo Rafe—. Pero ¿en cuál? Y, sobre todo, ¿qué relación tiene con los hombres que lo llevaban?
— No, esperad —dijo Kyria—. ¿Lo llevaban todos ellos o sólo el que agarró a Con? Porque, si era sólo él, podría ser únicamente un adorno personal. Pero si lo llevaban todos, eso significa que pertenecen a una especie de logia o de orden.
—¿Como los guardianes del santo estandarte? —preguntó Rafe.
— Sí —respondió Kyria—, supongo que sí. Pero esto no me parece propio de ellos. A fin de cuentas, anoche nos rescataron. ¿Por qué iban a intentar hacernos daño de repente? Me explicaron su caso y les dije que lo pensaría cuidadosamente. Me siento más bien inclinada a devolverles la caja a ellos.
— Sí, pero eso ellos no lo saben —señaló Rafe.
— Está bien, entonces, ¿empezamos por ellos, por esos guardianes o como se llamen?
— Si supiéramos dónde están... —dijo Rafe — . Por desgracia, parecen surgir de la nada. No sabemos dónde encontrarlos.
— No estoy del todo segura de que encontrar a los guardianes sirviera de algo —argüyó Kyria—. No creo que sean ellos quienes han raptado a Alex. Ese símbolo no parece religioso. ¿No sería más lógico que llevaran un medallón con el crismón? El hermano Jozef lo llevaba en la pechera anoche.
Rafe se encogió de hombros.
— Probablemente tengas razón. En cuanto al hecho de que los secuestradores sean extranjeros, tampoco nos da muchas pistas. Todo este asunto está repleto de extranjeros: el tratante libanés, ese industrial francés, el príncipe ruso..., hasta el tipo que te trajo el relicario. Luego está el hombre que contrató a Sid y a Dixon, que no sabemos si es el francés, el ruso u otro distinto.
— Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados. Habrá que empezar por alguna parte —dijo Reed juiciosamente.
En ese momento llamaron a la puerta y entró una doncella.

—Ha llegado una carta, milord, milady —la doncella miró a Reed y a Kyria—. La acaba de traer un muchacho. No lleva señas, y cuando le preguntamos al chico para quién era, dijo que no lo sabía, que ellos sólo le dijeron que la entregara en esta casa.
— ¿Ellos? —repitió Reed, levantándose — , ¿Quiénes son ellos?
—No lo sé, señor. Le he dicho al chico que espere, por si quería usted hablar con él. Con todo lo que ha pasado...
—Ha hecho muy bien —Reed tomó la carta, la abrió, y sus ojos recorrieron rápidamente la página—. Tenías razón, Mclntyre. Quieren el relicario.
— ¿Qué dice, Reed? —preguntó Kyria ansiosamente—. No nos tengas en ascuas.
—Lo siento —Reed empezó a leer la carta—. «Tenemos al chico. Se lo entregaremos a cambio de la caja. Mañana. Les informaremos a su debido tiempo de la hora y el lugar» —su mandíbula se tensó — . ¡Maldita sea! piensan retenerlo toda la noche.
— ¡Pobre Alex! ¡Qué asustado estará! —dijo Kyria, conteniendo un sollozo.
Rafe la rodeó con un brazo y la apretó contra sí. —No temas, querida. Lo encontraremos.
— Desde luego que sí —dijo Reed ásperamente—. Traiga aquí al mensajero, Milly.
La doncella hizo una reverencia y apareció unos minutos después acompañada de un rapaz callejero. El niño tenía la cara pálida bajo la mugre. Saltaba a la vista que habría echado a correr de no haberlo tenido Milly y otra doncella sujeto por los brazos.
— Yo no he hecho nada —dijo en cuando las doncellas lo soltaron y salieron de la habitación.
—No te preocupes, no voy a acusarte de nada —le dijo Reed con calma—. Sólo quiero saber quién te dio esta carta.
—No sé quién era. Sólo me dio un par de peniques y me dijo que la trajera aquí. No dijo nada de que me iban a hacer preguntas.
—No vamos a hacerte daño —Reed se sacó media corona del bolsillo y la levantó delante del chico — . En realidad, te daré esto si te concentras y me dices todo lo que puedas sobre el hombre que te dio esa carta.
El chico puso unos ojos como platos.
—Está bien, se lo diré todo. Eh... Era más bajo que usted. Tenía una cara normal, creo.

—¿Era extranjero? —preguntó Reed.
El chico pareció sorprendido.
—No. Hablaba como usted. Ya sabe, muy fino.
—¿De veras? —Reed miró a Rafe y a Kyria—. ¿De qué color tenía los ojos y el pelo? ¿Te acuerdas? ¿Cómo era su piel?
El chico se encogió de hombros.
—Normal. No era moreno. Tenía el pelo marrón, creo. Y sus ojos... —hizo un esfuerzo por recordar y luego dijo—. No lo sé, lo siento. No me fijé mucho.
—¿Cómo iba a vestido?
— Como un caballero. Como usted o él —miró a Rafe — . Llevaba una especie de chaqueta gris oscura, y unos pantalones del mismo color, una camisa blanca y un bombín.
—Entonces, era inglés y hablaba y vestía bien —resumió Reed.
El niño asintió con la cabeza. Reed miró de nuevo a Rafe y a Kyria, y ellos sacudieron la cabeza negativamente. No se les ocurría qué más preguntarle al chico. Reed le dio la moneda y lo despidió.
—Está bien —dijo Reed—. ¿Qué sabemos por ahora?
— Que al menos uno de los secuestradores es inglés —comenzó Kyria—. Y que al parecer viste y habla como un caballero. Y los otros, o por lo menos algunos de ellos, son extranjeros. Conocemos al menos a cuatro personas o grupos de personas que quieren el relicario: los guardianes, el príncipe Dimitri, monsieur Brulatour y el señor Habib.
—¿Y qué me dices de Ashcombe? —preguntó Rafe—. No creo que podamos descartarlo.
— ¡Pero si es un arqueólogo! —Kyria pareció sorprendida.
— Eso no significa que no sea avaricioso —señaló Rafe—. Lleva años buscando el relicario. Creo que para él significaría mucho poder mostrárselo a sus colegas. Demostrar que existe.
Kyria se quedó pensando un momento.
—Está bien. Supongamos que Ashcombe se ha dejado dominar por la codicia y por el deseo de demostrar que tenía razón. La cuestión es que, si consiguiera el relicario por medios ilícitos, nunca podría mostrárselo a sus colegas. Si lo hace, todo el mundo sabría que es un delincuente.
— Eso es cierto —dijo Reed—. Además, siendo arqueólogo, para él es de suma importancia documentar de dónde procede el relicario. Sólo puede

rastrear su procedencia hasta nosotros. Y nosotros no tenemos prueba alguna de qué es y de dónde procede.

—De modo que, salvo contemplarlo, no podría hacer nada con él —dijo Rafe—. Sí, seguramente es el menos probable de los posibles sospechosos, pero no puedo descartarlo del todo. Deberíamos ir a hablar con él respecto a ese símbolo del medallón. Me parece nuestra mejor pista, y Ashcombe es el único experto que tenemos a mano.

Kyria asintió.

—Estoy de acuerdo. Tenemos que hablar con él. Pero ¿y los otros? ¿Creéis que debemos enfrentarnos a Habib o a alguno de los coleccionistas?

—¿Y qué vamos a decirles?, ¿que si han secuestrado a Alex? —dijo Reed — . Nadie lo admitiría. Es mejor que alguien los siga, ¿no os parece?

—Tom Quick ya está vigilando a Habib.

— ¿Sabemos dónde viven los otros dos coleccionistas? — preguntó Reed.

— Sí, los dos me dieron su tarjeta —contestó Kyria.

— ¿Qué hay del otro tipo? —preguntó Reed — . El inglés que le dio la carta al chico.

— No tengo ni idea de quién puede ser. Uno de los tipos que nos atacó anoche era inglés, pero era muy gordo y no vestía como un caballero.

— Podría incluso ser un señuelo —sugirió Rafe — . Habib, o quien sea, pudo pagarle para que le diera el mensaje al chico, sabiendo que le interrogaríamos.

—O tal vez sea el hombre de la taberna, que también podría ser inglés. Por lo que sabemos, podría haber fingido el acento para engañar a Sid —señaló Kyria.

—En fin, respecto a él no podemos hacer nada, porque ni siquiera sabemos quién es. Creo que tendremos que empezar por Brulatour y ese tal Dimitri.

—¿Qué hay de Walford? —preguntó Rafe.

—¿Quién? —dijo Reed, despistado.

—Lord Walford —contestó Kyria—. El joven lord Walford —se volvió hacia Rafe — . Pero ¿qué tiene él que ver con todo esto? Es el único que no está interesado en la caja.

—¿Y no te parece un tanto extraño? —dijo Rafe—. A fin de cuentas, su arqueólogo lleva años buscando la condenada caja. ¿No indicaría eso que él también la busca? Y, sin embargo, no te dijo nada al respecto.

Kyria hizo una mueca.

—Tienes prejuicios contra lord Walford. ¿Por qué nos habría ayudado, si fuera como tú dices? Fue él quien consiguió que Ashcombe nos recibiera. Y no parecía creer que la caja existiera en realidad. Sospecho que era su padre quien estaba interesado en ella, y que por eso ha dejado que Ashcombe continuara con sus investigaciones.
Rafe se encogió de hombros y Reed dijo:
—Haremos que alguien lo vigile, por si acaso.
Kyria subió al piso de arriba en busca de las tarjetas que le habían dado Brulatour y el príncipe Dimitri. Cuando regresó, Rafe y Reed estaban hablando con Phipps, el mayordomo, en el despacho.
—Han encontrado a alguien que vio el carruaje a cierta distancia al este de aquí —le dijo Rafe.
—¿De veras? —Kyria se animó un poco.
— Sí, milady —Phipps le sonrió-—. Uno de los lacayos preguntó a un cochero, que le dijo que había visto un carruaje que iba a todo correr, y que por eso se fijó en él. Según parece, dio la casualidad de que él también iba hacia el este. En cierto momento, vio que un niño asomaba la cabeza por la ventanilla del carruaje y volvía a meterla como si alguien tirara de él desde dentro. No le pareció raro hasta que le preguntamos. Sólo pensó que los ocupantes del carruaje eran unos imprudentes por ir a esa velocidad y dejar que un niño asomara la cabeza por la ventanilla.
— ¡Alex! —gritó Kyria—. ¿Habrá intentado escapar? —Esperemos que fuera él —respondió Reed—. Voy a ir con el conductor al último sitio donde vio ese carruaje. Desde allí, Phipps, los criados y yo empezaremos a buscar a alguien que haya visto a Alex o el carruaje —tomó las dos tarjetas de visita que había llevado Kyria—. Le diré a nuestro abogado que haga vigilar a Walford y a esos otros dos tipos. Kyria, ve con Rafe a visitar al arqueólogo. Seguramente se mostrará más dispuesto a hablar con vosotros, ya que os conoce. Nos encontraremos aquí más tarde.
—Pero ¿y yo? —gritó Con, levantándose de su silla de un salto — , ¡Quiero ayudar a encontrar a Alex! No puedo quedarme aquí, esperando.
Reed frunció el ceño, observó el semblante pálido de su hermano menor y al fin sonrió levemente, diciendo:
—Está bien, ven conmigo. Puedes ayudarnos a hacer preguntas. Eso se te da bien. Además, así no tendremos que describirle a Alex a todo el mundo. Sólo habrá que preguntarles si han visto a un niño igual que tú.

Con dio un brinco y empezó a gritar de alegría.
— ¡Gracias, Reed, eres el mejor! Reed miró a Kyria.
— Será mejor que nos pongamos en marcha. Se está haciendo tarde.
Kyria asintió con la cabeza, intentando no pensar en el pobre Alex. Rafe se acercó a ella, la tomó de la mano y se la apretó suavemente.
— No te preocupes —murmuró—. Lo encontraremos. Minutos después estaban en el carruaje, camino de la casa de Nelson Ashcombe. La mano de Kyria reposaba sobre la de Rafe. Ella agradecía aquel pequeño consuelo. Imaginaba que debía haber insistido en que se separaran, en ir sola a casa de Ashcombe para que Rafe hiciera algo más importante, como vigilar a los coleccionistas. Pero no se sentía con fuerzas. Necesitaba estar a su lado.
Eran más de las cuatro cuando llegaron a casa de Ashcombe. El día invernal parecía próximo a su fin. Kyria intentó no pensar en lo difícil que les resultaría a Reed y a los demás preguntar a la gente por la calle cuando cayera la noche. Cuanto más tiempo pasara, más difícil sería encontrar a alguien que hubiera visto el carruaje.
La misma hosca criada salió a recibirlos a la puerta, les informó de que el señor estaba descansando y ya se disponía a cerrar la puerta cuando Rafe apoyó el brazo contra ella y empujó con fuerza, abriendo de par en par. La criada retrocedió, asustada.
— ¡Eh, oiga! —gritó—. ¡No puede entrar aquí así! —Ya lo he hecho — contestó él secamente—. ¿Dónde está Ashcombe?
La criada lanzó una rápida mirada hacia las escaleras
y dijo:
—El señor no recibe visitas a estas horas. Será mejor que vuelvan mañana.
—Va a recibirnos ahora mismo —Rafe tomó a Kyria de la mano y la condujo escaleras arriba. La doncella corrió tras ellos, gritando y haciendo aspavientos en vano—. ¿Qué puerta es?
— ¡No! ¡No puede entrar ahí!
Rafe corrió por el pasillo abriendo puertas, hasta que al final encontró a Nelson Ashcombe. Estaba en su dormitorio, reclinado en un diván, con una pipa de agua sobre la mesita, junto a él. El aire estaba impregnado de un olor dulce y sofocante. El tabaco turco y el opio se mezclaban en el ambiente igual que en el fumadero de opio.
Kyria y Rafe se detuvieron, estupefactos, y se miraron el uno al otro. Sus ojos reflejaban las esperanzas que acababan de abrirse ante ellos.

Candace Camp
UNA MUJER INALCANZABLE,
Título original: Beyond Compare 227-279

Nelson Ashcombe era adicto al opio.

Digitalizado por Sopegoiti y corregido por Nur 22/08/2008

Capítulo 18

Ashcombe los miró vagamente desde su diván.

— Lo siento, señor Ashcombe —chilló la criada, irrumpiendo en la habitación tras ellos—. Les dije que no recibía visitas, pero han entrado a la fuerza.

—No importa, esto... —Celia, señor.

— Sí, claro, Celia —Ashcombe miró a Kyria — . Milady, ¿la estaba... esperando?

— No. Lamento molestarle, señor Ashcombe — comenzó Kyria educadamente — . Pero, verá, necesito hablar con usted.

— ¿De veras? —Ashcombe le sonrió benévolamente y, dejando la boquilla de la pipa sobre la mesa, se reclinó en el diván.

—Necesitamos su ayuda, señor —dijo Rafe con premura. Se acercó a la mesa y luego se volvió hacia Kyria—. Creo que acababa de empezar a fumar — miró a la doncella—. Haga café y llévelo a su despacho.

— ¡Sí, hombre! —comenzó a protestar Celia. Ashcombe agitó vagamente una mano.

—Vamos, muchacha, será mejor que hagas lo que te dice. El señor Mclntyre ya ha descubierto nuestro pequeño secreto, y sospecho que no se irá hasta que obtenga lo que ha venido a buscar —el arqueólogo suspiró y bajó los pies del diván, incorporándose—. Adelante, estoy en disposición de hablar con ustedes. Tienen razón. Acababa de empezar. Y el modo turco de fumar no es tan fuerte como el chino. Mucho más civilizado, ¿no les parece? Si me ayudan un poco...

Rafe puso la mano bajo el brazo del otro hombre y lo ayudó a levantarse del asiento. Ashcombe salió de la habitación tambaleándose y bajó las escaleras agarrándose a la barandilla, con Rafe a su lado, atento por si se caía. Tropezó sólo una vez en los peldaños y luego se encaminó lánguidamente hacia su despacho y se dejó caer en la silla, detrás del escritorio.

—Ahora —dijo—, díganme, ¿qué es lo que quieren? ¿Se trata del relicario?

— No estoy segura —contestó Kyria. Introdujo la mano en su bolso y sacó el dibujo del collar y el símbolo. Desdoblándolo, lo extendió sobre la mesa, delante de Ashcombe.

— Ah —dijo él, sonriendo—. Sí, Inana. -¿Qué?

— Inana —Ashcombe señaló el símbolo — . El nudo de Inana. Y esto, ¿qué es? ¿Un collar? ¿Un brazalete? No creo haberlo visto nunca. ¿De qué libro lo ha copiado?

— No lo he copiado. Me lo he inventado.
—¿De veras? Ah. Pues ha captado muy bien el estilo del periodo. Se parece mucho a algunas joyas recuperadas en Mesopotamia —miró sus semblantes perplejos y añadió—. El nudo de Inana era un símbolo que en la antigua Mesopotamia se usaba a menudo para representar a la diosa Inana. Se labraba en sus templos y en joyas —hizo una pausa y luego continuó—. ¿Recuerdan que el otro día les dije que el diamante negro del relicario del santo estandarte es un objeto místico de una religión antigua del que se apropiaron posteriormente los bizantinos? —Kyria y Rafe asintieron—. Pues, según la leyenda, el diamante negro pertenecía originalmente a la diosa Inana, cuyo culto floreció en la región de Mesopotamia y Oriente Medio en la antigüedad. Era la diosa de la tierra, una deidad muy importante, y tenía numerosos adeptos. Entre sus títulos se contaban el de «Abuela de Dios», «Reina del Cielo» y «Diosa de la Estrella Vespertina». Era la diosa de la fertilidad y también de la guerra. En Uruk, en Sumeria, se han descubierto varios templos consagrados a ella. Se la conocía por muchos nombres: Nana, Inana, Hatar... Los hititas la llamaban Inaras; los sirios, Astarté; los babilonios, Istar. Pero era la misma diosa. La misma historia.
—¿Y cuál es su historia? —preguntó Kyria, intrigada.
—Oh, es un mito muy común: la historia del renacimiento y la regeneración, parecida a los mitos grecoromanos de Perséfone y su madre, con ciertos aspectos de la historia de Orfeo, supongo. El caso es que su amante, el gran Rey mitad hombre mitad dios, murió y, para recuperarlo, ella se suicidó y bajó al averno, adornada con sus joyas favoritas, hechas de lapislázuli. Permaneció en el reino de los muertos tres días y luego regresó a la tierra, viva de nuevo. Y, según el mito, sacó consigo del averno una piedra de gran poder y belleza: el diamante negro llamado El Corazón de la Noche, que hizo colocar en su corona.
Un escalofrío recorrió a Kyria. Las palabras del arqueólogo avivaron el recuerdo de los sueños en los que se veía en un lugar oscuro, construido en piedra e iluminado únicamente por antorchas. ¿No había en uno de ellos algo referente a una corona? Recordó el peso de los brazaletes y de algo que llevaba en la cabeza. Pero no, se dijo, aquello era ridículo. Ella no había soñado con un templo. Sus sueños eran sumamente vagos, y de ellos sólo recordaba con precisión un sentimiento general de temor y expectación. No había nada en ellos que indicara que se trataba de un templo. Era simplemente

que, por una u otra razón, se había acordado de aquellos sueños mientras Ashcombe hablaba. Sin embargo, no podía evitar preguntarse por qué los había recordado precisamente en ese momento.

Ashcombe siguió hablando del culto a la antigua diosa.

—Los templos eran administrados por sacerdotisas, naturalmente. Las sacerdotisas eran mujeres muy poderosas en su época. Constituían el vínculo del pueblo con la madre tierra. En primavera, la estación de la regeneración, se celebraban fiestas en honor a la diosa. Ritos de fertilidad para asegurar el crecimiento de las cosechas. En una de esas ceremonias, la diosa, a la que paradójicamente se la consideraba al mismo tiempo un símbolo de fertilidad y una virgen sagrada, renovaba cada año su virginidad y se convertía en la novia del rey sagrado, al que de ese modo hacía inmortal. Ese ritual de regeneración aseguraba el estatus del rey como un ser superior y al mismo tiempo convencía al pueblo de que sus cosechas crecerían, de que la primavera seguiría siempre al invierno. El culto a la diosa decayó con el eclipse de esas civilizaciones y el ascenso del monoteísmo. Naturalmente, quedan todavía poblaciones residuales que mantienen vivas las antiguas religiones y su devoción a la diosa. En cualquier caso, como les decía, ese bellísimo diamante negro cayó por fin en manos de la iglesia bizantina, y fue escogido para adornar una de sus reliquias más sagradas. ¿Interesante, verdad, que incluso la jerarquía religiosa cristiana le concediera una especie de poder místico?

— Sí, muy interesante —murmuro Kyria. Pero aún más interesante era el hecho de que ella hubiera dibujado el símbolo de la diosa momentos después de contemplar la caja que contenía el diamante.

—Déjenme ver... —Ashcombe se levantó, se acercó lentamente a una de sus estanterías y recorrió con la mirada los anaqueles llenos de libros hasta que encontró el que buscaba. Abrió el libro sobre su mesa y pasó las páginas hasta que encontró una serie de dibujos—. Aquí está. Estas ilustraciones reproducen algunas piezas encontradas en Uruk.

Rafe y Kyria se acercaron para mirar los dibujos. Uno mostraba varios fragmentos de joyas. Junto a él había otro dibujo que representaba la reconstrucción del collar completo tal y como lo imaginaba el artista. Al igual que el collar de Kyria, era de piezas de oro cuadradas, unidas y grabadas con un símbolo muy parecido al que habían dibujado tanto Kyria como Con. Ashcombe volvió la página y les mostró una ilustración en la que se veían dos

pendientes formados por un rectángulo de oro con la imagen estilizada de una mujer grabada en ellos. De la base del rectángulo pendían cuentas irregulares.
—Esto es muy típico de la orfebrería ofrecida a Inana y de las joyas que llevaban sus sacerdotisas y seguidoras —les dijo Ashcombe—. Esta imagen, fabricada en lapislázuli, la piedra favorita de la diosa, y cornalina, representa a la diosa misma. En ésta aparece como la «Reina del Cielo», uno de sus muchos apelativos. Una dama hermosa y amable, muy distinta a las representaciones de las tribus más tardías y belicosas, en las que aparece como diosa de la guerra. Estas cosas que cuelgan de los pendientes representan granadas, el fruto que la diosa sacó del averno.
Kyria miró atentamente los dibujos y sintió que un escalofrío la recorría. Nunca había visto aquellas cosas, y, sin embargo, las cuentas irregulares que había dibujado en sus pendientes eran muy parecidas a las que mostraba la ilustración. Y el símbolo, el nudo, era idéntico al que Con y ella habían dibujado. ¿Cómo había podido dibujar con tanta precisión algo que nunca había visto?
— Señor Ashcombe —Rafe se acercó a la mesa y miró intensamente al otro hombre—, ¿ha visto este símbolo aquí alguna vez, recientemente, en un medallón, por ejemplo?
Ashcombe parpadeó. —¿En un medallón?
— Sí. Era de oro y redondo y colgaba de una cadena, y en el medallón estaba grabado el nudo de Inana.
— Yo... eh... no —Ashcombe miró vagamente a su alrededor—. No recuerdo haber visto ese medallón del que me habla —volvió a su silla y se sentó.
—Es muy importante —le dijo Kyria—. La seguridad de mi hermano pequeño depende de ello. Por favor, intente recordar.
—¿Su hermano? No comprendo —los ojos de Ashcombe se apartaron de ella y recorrieron la habitación.
—Alguien lo ha secuestrado, alguien que llevaba un medallón con el nudo de Inana grabado en él. Temo que le hagan daño. Por favor, si sabe algo sobre ese medallón o sobre la persona que lo lleva...
Ashcombe sacudió la cabeza con más firmeza.
— No, no, no sé quién... Es terrible, llevarse a un muchacho así...
— Sí, lo es —dijo Rafe—. No hace falta que le diga que lady Kyria está muy preocupada. Todos lo estamos. Verá, sólo tiene diez años.

—Seguramente no le harán daño —Ashcombe lo miró con expresión angustiada.
—¿Quién? ¿Quién cree que no le hará daño? —insistió Rafe suavemente.
—Oh, eh, me refiero a quien se lo haya llevado. Lo siento muchísimo, pero ahora deben disculparme. Estoy muy cansado, ¿comprenden? Estaba a punto de... en... de retirarme —Kyria miró deliberadamente el reloj que había sobre las estanterías. Aún no eras las cinco. Ashcombe notó su mirada y se azoró levemente—. Lo lamento — repitió, levantándose, y Kyria y Rafe se vieron obligados a marcharse.
— Estaba mintiendo, estoy segura —dijo Kyria al sentarse en el carruaje—. Y es adicto al opio.
Rafe asintió con la cabeza.
— Sí, lo cual me hace sospechar que está relacionado con el lugar que visitamos anoche —miró al cochero al subir al carruaje y dijo—. Vaya hasta la esquina y tuerza a la derecha, luego vaya hasta el final de la manzana, de la vuelta y deténgase en la esquina —se sentó y cerró la puerta, y el cochero hizo lo que le había dicho: condujo hasta el final de la manzana, giró a la derecha, dio media vuelta y se detuvo. Kyria se volvió hacia Rafe.
—¿Qué estás tramando? ¿Vamos a vigilar la casa?
— Yo también creo que Ashcombe estaba mintiendo —dijo Rafe—. Por lo menos cuando le preguntamos por el medallón. Ignoro qué sabe exactamente. No creo que sepa nada sobre el secuestro, pero creo que ha visto el medallón. Puede incluso que sepa quién lo lleva. Sin embargo, creo que será más útil vigilar la casa y seguirlo, si sale. Si la idea de que Alex haya sido raptado le inquieta de verdad, puede que vaya a ver a la persona o personas que llevan ese medallón.
Kyria alzó una esquina de la cortinilla de la ventana para mirar fuera.
—¿Crees que nos verá?
—Confío en que, si él o la criada estaban vigilandonos, se hayan conformado con ver que doblábamos la esquina y desaparecíamos de su vista. No creo que hayan esperado a ver si el carruaje volvía a aparecer por la esquina. Y, además, este carruaje es normal y corriente, no lleva ninguna divisa.
—¿Y si no hace nada? —continuó Kyria ansiosamente—. Quizá no sea capaz. Estaba drogado.
—Sí, pero creo que no llevaba mucho tiempo fumando cuando lo interrumpimos. Y, además, mientras hablábamos con él, pareció despejarse.

—Sólo espero que no decida subir a acabar su pipa.
Sólo unos minutos vieron aparecer a Ashcombe en la puerta de la casa. Sin mirar siquiera hacia el carruaje, Ashcombe se dio la vuelta y echó a andar en la otra dirección. Rafe se asomó a la ventanilla y dio instrucciones al cochero. Al cabo de un momento, el carruaje se puso en marcha y empezó a bajar la calle, siguiendo al arqueólogo. Dos manzanas más allá, Ashcombe paró un coche de alquiler y montó en él. El carruaje emprendió la marcha y el coche de los Moreland lo siguió a una distancia prudencial.
— Parece que se dirige a Cheapside —dijo Kyria, alzando la cortinilla.
Rafe asintió con la cabeza.
—Esto empieza a ser una costumbre.
Kyria se inclinó sobre él para mirar por la ventanilla de su lado, y Rafe la rodeó con el brazo, sujetándola. Kyria deseó por un instante apoyarse simplemente en él y dar rienda suelta a la angustia que se había apoderado de ella. Como si supiera lo que estaba pensando, Rafe la apretó con fuerza y se inclinó para rozarle la frente con los labios.
—Todo saldrá bien —murmuró — . Encontraremos a Alex.
Kyria se tragó las lágrimas y masculló con voz densa:
— Lo sé. Pero ojalá... Oh, ¿por qué no los mandé a casa cuando estuve a tiempo? Si los hubiera mandado con Denby, nada de esto habría ocurrido.
— No te castigues pensando en lo que podrías haber hecho. Tú no sabías lo que iba a pasar. Además, ¿puede alguien evitar que los gemelos se metan en líos?
Kyria sonrió débilmente.
— No, supongo que no. Sin embargo, me siento responsable de lo ocurrido.
— Los responsables son esos canallas. Y te aseguro que pagarán por ello.
Kyria alzó la mirada hacia su cara, fría e implacable a la luz tenue del interior del carruaje, y no tuvo duda alguna de que cumpliría su palabra. Estirándose, besó a Rafe levemente en la mejilla. Tuvo que contenerse para no hablarle del amor que sentía por él en ese instante. Aquél no era el momento ni el lugar, y ella ni siquiera estaba segura de que Rafe quisiera oír aquellas palabras. Así pues, se contentó con susurrar:
—Gracias.
Él le sonrió y abrió la boca para decir algo, pero en ese instante algo llamó su atención al otro lado de la ventanilla, cuya cortina había subido. Se dio la vuelta, se inclinó hacia delante y miró afuera.

— Vaya, vaya, vaya... —dijo con satisfacción—. Parece que hemos vuelto.
Kyria siguió la dirección de su mirada.
_¡El fumadero de opio! ¿Crees que va a encontrarse con Habib? —de pronto se le ocurrió otra idea—. ¿Crees que Alex estará ahí?
-Si tenemos suerte... Al menos —continuó Rafe mientras el carruaje se paraba—, sabremos con quién va a hablar nuestro amigo Ashcombe. Y puede que él nos lleve hasta Alex —hizo una pausa mientras observaba el exterior—. Ya ha entrado —tomando a Kyria de la mano, abrió la puerta del carruaje—. Vamos, cariño.
Alex abrió los ojos lentamente y se encontró mirando una pared de ladrillo marrón. Parpadeó, desorientado. Le dolía la cabeza y no sabía dónde se encontraba. Hacía frío y estaba tumbado en una cama estrecha, un catre, en realidad, cubierto con un delgado y áspero colchón. Recordó entonces a los enmascarados que habían saltado la tapia del jardín y golpeado a Denby en la cabeza para arrastrarlos después a Con y a él hasta el muro. Él había chillado y pataleado, pero al saltar al otro lado de la tapia su captor le había tapado la boca con la mano y lo había metido a la fuerza en un carruaje. Luego, los tres hombres habían subido tras él. Había conseguido desasirse una vez, después de que el carruaje hubiera recorrido cierta distancia. Había sacado la cabeza por la ventanilla y gritado antes de que volvieran a tirar de él hacia dentro. Eso era lo último que recordaba. Eso y que se había dado un fuerte golpe en la cabeza contra la pared del carruaje cuando uno de aquellos hombres lo lanzó hacia un lado. Debía de haberse desmayado del golpe, pensó, y no guardaba recuerdos del resto del viaje. Se preguntaba dónde estaba. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido?
Intentó incorporarse, y por un instante todo le dio vueltas. Al cabo de un momento las cosas se enderezaron y pudo moverse otra vez, sentándose poco a poco. Miró la habitación, girando la cabeza despacio. No había mucho que ver. Aparte de la pequeña cama, en la habitación no había nada más que un taburete de madera y una vasija. La estancia era pequeña. Una de sus paredes era de ladrillo y las otras de madera de poca calidad. El suelo era también de madera, viejo y rayado. En la pared de ladrillo, más arriba de su cabeza, había un ventanuco por el cual se filtraba la única luz de la habitación. Debía de ser de día aún, razonó Alex, pues fuera parecía haber luz, pero no la suficiente como para que fuera mediodía. Debía de ser por la tarde.

Alex se estremeció. Hacía frío en la habitación. No había fuego. Deseó estar en casa otra vez. Deseó que Con estuviera allí. Las cosas eran siempre más fáciles cuando estaba con su hermano gemelo. Así no habría tenido tanto miedo. Se volvió hacia la puerta y se acostó de lado, acurrucándose. Le dolían la cabeza y le sonaban las tripas. Estaba seguro de que había pasado la hora de la cena, y pensó con añoranza en las tartas de la cocinera de Broughton Park. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Una gota tembló en la punta de sus pestañas y cayó sobre el colchón desnudo.

Aquella aventura, pensó, no era divertida. Se quedó así un momento, pensando en Con y en su casa. En Kyria, en Reed y en Rafe. Sintió un dolor en el pecho al pensar en cuánto los echaba de menos, en lo lejos que estaba de ellos. Sin embargo, pensar en ellos le dio ánimos. Estaba seguro de que irían en su busca. Pero ¿cómo iban a encontrarlo? ¿Cómo sabrían dónde estaba?

Se sentó otra vez, pensando, ajeno momentáneamente a su dolor de cabeza. Ignoraba por qué se lo habían llevado aquellos hombres. Había oído que algunas personas eran secuestradas para cobrar un rescate, y suponía que eso era lo que había ocurrido. Todo, sospechaba, tenía que ver con la caja. Reed y Kyria pagaría a aquellos hombres, por supuesto, aunque ello significara entregarles la caja. Pero quizá pasara algo. Tal vez algo saliera mal. En cualquier caso, era injusto que tuvieran que desprenderse de la caja para recuperar a su hermano. Y aunque su familia lo buscara, tal vez no pudieran encontrarlo. Estaba claro, pensó, que no podía quedarse allí sentado, lamentando su suerte y esperando a que otros lo rescataran- Tenía que hacer algo.

Paseó de nuevo la mirada por la habitación. Corrió el taburete, se acercó a la puerta y giró el picaporte. No se abrió, lo cual no le extrañó. Se agachó para mirar por el ojo de la cerradura. Más allá de la puerta sólo se veía un pasillo oscuro. Dio media vuelta y escudriñó la habitación. La única salida, aparte de la puerta, era la ventana de la pared de enfrente.

Se acercó a ella. Estaba demasiado alta para que pudiera asomarse a ella, aunque fuera saltando. Miró el taburete y la cama y decidió que ésta era más alta, así que la arrastró, la empujó contra la pared, colocándola bajo la ventana, y se subió a ella. Al ponerse de pie pudo mirar por la ventana. Pero apenas se veía nada. El marco parecía haber sido pintado con gran ímpetu, pues el cristal estaba lleno de salpicaduras de pintura. A través de él apenas se distinguía la forma vaga de otros edificios silueteados por el pálido resplandor

del atardecer. Estiró los brazos e intentó abrir la ventana empujándola, pero no logró moverla. Estiró el brazo hasta tocar el cierre y empujó, pero tampoco consiguió que se moviera. Supuso que estaba atascado por la pintura.

Se sentó en la cama, intentando pensar qué hacer. Deseó tener una de las pistolas de Rafe. Esa pequeña que le había dado a Kyria sería fantástica. Gritaría y gritaría y alguien acudiría, y entonces sacaría la pistola y lo obligaría a dejarlo ir... Suspiró. Pensar en la pistola no le serviría de nada. Intentó pensar en lo que harían Theo o Rafe si estuvieran en su lugar. ¿Qué les había dicho Theo una vez a Con y a él? «Si uno se queda atrapado en alguna parte, tiene que apañárselas con lo que haya a mano».

Se metió las manos en los bolsillos, sacó todo lo que había en ellos y lo puso en un montoncillo sobre la cama. Había un trozo de cordel y tres guijarros interesantes que había recogido esa mañana en el jardín, su navajita y uno de los soldaditos de plomo del tío Bellard, que había encontrado tirado en un pasillo.

Observó el montón. No parecía muy prometedor Tomó la navajita y la abrió. La hoja tenía sólo unos centímetros de largo. Pensó que podía escondérsela a la espalda, atraer a alguien hasta allí y luego clavarle la navaja y escapar. Pero, al mirar la navajita, se preguntó si penetraría lo suficiente para causar algún daño. Tenía la sensación de que, sencillamente, la hoja se partiría. Y, además, tampoco estaba muy afilada.

Finalmente se levantó, se subió a la cama, acercó la navaja a la cerradura de la ventana y empezó a arañar la pintura. Después de lo que le pareció una eternidad, y tras romperse una uña, consiguió forzar la cerradura. La ventana, sin embargo, siguió sin abrirse. Supuso que era por la pintura y siguió arañándola alrededor del borde de la ventana.

Oyó pasos en el pasillo, y, bajándose de un salto, se sentó en la cama. Se le encogió el estómago al sentir el ruido de una llave en la cerradura. Un momento después, la puerta se abrió. Uno de sus secuestradores estaba en el umbral, enmascarado y ataviado con una túnica negra. Un medallón dorado colgaba de su cuello. Alex tragó saliva y retrocedió involuntariamente. El hombre llevaba una bandeja. En ella había un cuenco, una cuchara y un trozo de pan. El enmascarado dejó la bandeja en el suelo y la señaló con el dedo.

— Come —dijo, y, dando media vuelta, se dispuso a marcharse.

— ¡No, espere! —Alex saltó de la cama y corrió hacia él—. ¡No se vaya aún! —intentó mirar más allá del hombre, hacia el pasillo. ¿Estaban los otros con

él?—. Yo... eh... necesito luz. Luz. ¿Ve? —señaló el ventanuco, que estaba cada vez más oscuro. El hombre lo miró con extrañeza y luego observó la ventana. Sacudió la cabeza—. Una vela, nada más, por favor. ¿No podría darme una vela? —continuó Alex—. Pronto será de noche.

El hombre siguió mirándolo con extrañeza y finalmente se encogió de hombros y salió de la habitación. Alex oyó el ominoso ruido de la cerradura. Se sentó en el taburete y tomó el cuenco y la cuchara. Dio vueltas a la carne con verduras del cuenco. No parecía muy apetitosa, pero tenía bastante hambre. Se preguntó si la comida estaría drogada. Al final le venció el hambre y empezó a comerse la sopa. No era la mejor que había probado, pero al menos llenaba el estómago. Engulló toda la sopa tan rápidamente como pudo y volvió a su tarea en la ventana.

Quitó la pintura alrededor del marco hasta donde pudo alcanzar, deteniéndose de vez en cuando para intentar levantar la ventana a empujones. Por fin, para su asombro, la ventana crujió y se movió. Alex renovó sus esfuerzos y, lentamente, crujiendo, la ventana se alzó un poco. A través de ella vio los tejados de varios edificios y el cielo teñido de púrpura. Nada más. Tenía que encaramarse un poco más para ver mejor. Se bajó de un salto, recogió el taburete, lo colocó bajo la ventana, sobre el catre, y se subió a él cautelosamente, agarrándose al marco para mantener el equilibrio. Por fin pudo asomar la cabeza por el ventanuco.

La vista no le resultó agradable. Estaba en medio de una serie de edificios de similar altura y color. Bajo su ventana, el edificio se precipitaba verticalmente desde la altura de tres pisos hasta un estrecho callejón. Alex contuvo el aliento y se sintió levemente mareado al mirar hacia abajo. Por allí no podía salir.

Ya había empezado a retirarse hacia el interior de la habitación, girando la cabeza, cuando notó que, un poco más allá, a unos metros de distancia, el edificio sobresalía por debajo de su piso, de modo que el tejado de la parte más baja del inmueble quedaba bajo las ventanas de ese lado. Si hubiera estado en una habitación del fondo del pasillo, habría podido saltar por la ventana y caer al tejado de más abajo.

Miró más allá del saliente del tejado y vio que éste daba a otro edificio de la misma altura. Los edificios parecían distar tan sólo medio metro entre sí. Alex sabía que podía saltar fácilmente esa distancia. ¿Habría una trampilla en el tejado de aquel edificio que permitiera el acceso al interior? Si así era, podría bajar las escaleras de ese edificio y salir por la puerta de la calle. O tal vez

hubiera una salida de incendios que bajara por el lateral del edificio. Era terriblemente injusto que lo hubieran encerrado en aquella habitación y no en una del fondo del pasillo.

Se apartó de la ventana y la cerró. Puso el taburete en el suelo y se sentó en él para meditar. Si conseguía que sus captores le permitieran salir de aquella habitación, tal vez pudiera bajar corriendo por el pasillo y entrar en uno de los cuartos bajo los cuales sobresalía el tejado. Si los pillaba por sorpresa, tal vez pudiera esquivar a aquellos hombres y llegar hasta una de aquellas habitaciones. Y, si cerraba la puerta, tendría tiempo de salir por la ventana y saltar al tejado del otro edificio. Le parecía un plan bastante razonable. ¿Y acaso no se sorprenderían Kyria, Reed y Rafe al verlo?

Alex se deleitó un momento imaginando su glorioso regreso a casa. Luego se puso a pensar en cómo podía salir de aquella habitación. Tenía que hacerlo pronto, pues se estaba haciendo de noche. Se acercó a la puerta y empezó a aporrearla.

— ¡Hola! ¡Vengan aquí! ¡Abran!

Desde el exterior, una voz le gritó algo en un idioma que no entendió. Siguió gritando y golpeando la puerta. Por fin resonó la cerradura y la puerta se abrió. El mismo hombre que le había llevado la comida entró con el ceño fruncido.

— ¡No! —bramó — . ¡Silencio!

Alex notó que la llave estaba en la cerradura y que de ella colgaba un cordel. ¿Se abrirían todas las puertas con la misma llave? Se fingió agitado y dijo:

— Por favor, por favor... Tengo que... ya sabe... usar el aseo.

El hombre lo miró con extrañeza, y Alex intentó hacerse entender por medio de señas. El hombre lo miró fijamente, pero esta vez pareció entender.

—Ahí —gruñó, señalando la vasija del rincón.

— ¡No! —exclamó Alex — . ¡No puedo! Usted no lo entiende. ¡No puedo! ¡Por favor! —su voz se hacía más alta y más aguda con cada palabra. Contrajo la cara, preguntándose si podría llorar, y empezó a gimotear, tapándose la cara con las manos para que el otro no viera que no tenía lágrimas — . ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Quiero irme a mi casa! —se tiró al suelo y empezó a golpearlo con pies y manos, chillando y gimiendo y armando tanto ruido como podía.

El hombre retrocedió, salió de la habitación tan rápido como pudo y cerró la puerta. Desilusionado, Alex oyó que echaba la llave otra vez. Respiró hondo y redobló sus esfuerzos, chillando y aporreando la puerta. Tras largo rato, oyó

de nuevo voces en el pasillo. Complacido, siguió gritando y gimoteando a pleno pulmón.

— ¡Maldita sea! —oyó que decía una voz, y la puerta se abrió de nuevo.

Otro hombre apareció en la puerta. Lucía también una túnica negra y el mismo medallón colgado del cuello, y llevaba un antifaz negro sobre la cara. Pero, a diferencia del otro, tenía la tez clara y el pelo de su coronilla era de un rubio rojizo.

— ¿Qué demonios quieres? —gritó — . ¡Basta ya! ¡Deja de hacer ese ruido infernal! ¿Qué quieres?

— ¡Tengo que ir...! —gimió Alex.

El hombre estaba de pie fuera de la habitación, sujetando la puerta abierta. El otro guardia, el que había entrado antes, estaba tras él, apoyado contra la pared del pasillo. De su mano colgaba flojamente el cordel de la llave.

— Usa eso —el hombre señaló la vasija.

— ¡No puedo! ¡No puedo!

—¿Crees que estás en tu casa, en tu palacete? —preguntó el hombre con desdén —. ¿Crees que aquí hay cañerías interiores?

— ¡Me da igual! ¡Me da igual! ¡No voy a quedarme en la misma habitación con eso! ¡Quiero irme a casa! ¡No puedo quedarme aquí! ¡Quiero irme a casa!

Alex empezó a saltar arriba y abajo en un paroxismo de rabia infantil, al tiempo que se acercaba al inglés. Éste retrocedió y contrajo la cara, ensordecido. Alex remató su actuación propinándole con todas sus fuerzas una patada en la espinilla. El inglés dejó escapar un chillido y se agarró la pierna, saltando a la pata coja. Tras él, el otro guardia se echó a reír, tapándose la boca con la mano. Alex aprovechó ese momento para lanzarse hacia él y, quitándole la llave de entre los dedos flojos, echó a correr por el pasillo.

— ¡Maldición! ¡No te quedes ahí parado, estúpido! ¡Agárralo!

El otro hombre echó a correr tras él. Pero para entonces Alex ya había dejado atrás varias puertas y estaba seguro de hallarse en la parte del edificio en la que sobresalía el tejado. Abrió una puerta, aliviado al ver que no estaba cerrada con llave, entró en la habitación y cerró tras él. Metió rápidamente la llave en la cerradura, la giró y dejó escapar una carcajada de alegría al ver que la cerradura se movía. Girándose, escudriñó la habitación. Había algunos cestos en el suelo y una silla de madera. Agarró la silla y la puso debajo del picaporte, confiando en que retrasara un poco a sus perseguidores si conseguían abrir la puerta. El guardia empezó a sacudir la puerta mientras

profería palabras airadas en aquella lengua desconocida. El inglés debía de estar a su lado, pues Alex le oyó decir:

—Ve a buscar otra llave, maldito estúpido. Debe de haber otra en la oficina.

Alex no esperó a oír más. Corrió a la ventana y trató de abrirla. Tras varios intentos, y después de romperse otra uña, consiguió que el pestillo se abriera y, espoleado por el miedo, logró empujar la ventana hacia arriba. Asomó la cabeza. Se había hecho de noche. Sólo la luna, las estrellas y unas pocas farolas emitían una luz tenue. Sin embargo, pudo ver la larga extensión del tejado a corta distancia bajo él y, no muy lejos de allí, el otro edificio.

Tomando aire, pasó la pierna por encima del alféizar de la ventana y se giró hasta que descolgó las dos piernas fuera de la ventana. La caída no era muy alta, y aterrizó de pie. Se giró y cruzó el tejado avanzando lentamente en medio de la penumbra. Al llegar al borde, vio que el siguiente edificio estaba al menos a un metro de distancia. Sabía que podía saltar fácilmente esa distancia, pero, a aquella altura y de noche, la brecha le parecía enorme. Retrocedió, pensando que tendría que tomar carrerilla para saltar. El corazón le golpeaba a toda prisa en el pecho. Podía hacerlo, se decía. A menudo saltaba el arroyo de su casa, que era mucho más ancho que aquello. Pero los nervios le encogían el estómago.

Tras él se oyó un rugido y a continuación un estrépito. Los hombres habían entrado en la habitación. Alex echó a correr y se lanzó hacia el otro edificio.

Capítulo 19

Kyria se encaminó hacia la puerta principal del fumadero de opio, por la que acababa de entrar Nelson Ashcombe, pero Rafe la detuvo tomándola de la mano.

—Esta vez, empezaremos por la puerta de atrás.

—¿Y si está cerrada?

Él se encogió de hombros.

— Improvisaremos.

Tomaron el estrecho callejón que separaba el fumadero de opio del edificio de al lado. Estaba muy oscuro. La leve luz de las lámparas se colaba por las ventanas cubiertas con cortinas de la pared de ladrillo desnudo del otro edificio. Kyria se alzó las faldas por encima de los tobillos, intentando no pensar en lo que estaría pisando, y siguió a Rafe. Alcanzaron la vaga silueta de la puerta trasera y Rafe giró el picaporte. No los sorprendió que estuviera cerrado.

—Quédate aquí —musitó Rafe, y se acercó cautelosamente a una ventana.

Permaneció varios minutos inclinado junto a la ventana a oscuras, escuchando. Luego sacó una pistola del interior de su chaqueta y golpeó con la culata el cristal, abriendo en él un agujero irregular. Metió cuidadosamente la mano por él y giró el pestillo. Luego empujó la ventana hacia arriba. Le indicó a Kyria que se quedara donde estaba, pasó por encima del alféizar de la ventana y desapareció en la habitación en sombras.

Kyria aguardó con impaciencia hasta que la puerta trasera se abrió y apareció Rafe. Dejando escapar el aliento que había contenido sin darse cuenta, Kyria entró tras él. Rafe le indicó con la cabeza la escalera y ella asintió. Juntos se deslizaron hasta ella y subieron sigilosamente. Recorrieron de puntillas el pasillo de arriba, parándose junto a las puertas, atentos por si oían voces. Unos cuantos farolillos vacilantes alumbraban tenuemente el pasillo, proyectando extrañas sombras a su paso. La primera vez que visitaron el fumadero de opio, Kyria se había fijado en que a los clientes no parecía gustarles mucho la claridad. La luz incierta y las sombras movedizas le recordaban algo, pero no sabía qué. Se estremeció, acordándose de pronto de lo que era: el titubeo de las antorchas de sus sueños.

En una o dos habitaciones oyeron murmullos, y en una ocasión les llegó la risa suave de un hombre, pero siguieron adelante, sospechando que no era lo

que estaban buscando. Se estaban acercando a otra puerta cuando oyeron que una voz atronadora salía de ella.

— ¡¿ A qué demonios estás jugando?!

Se pararon y se miraron el uno al otro. Luego se acercaron cautelosamente a la puerta y pegaron el oído a ella. Oyeron el murmullo de la voz de otro hombre, serena y apaciguadora. Luego sonó de nuevo la primera voz, al principio baja, luego más alta, como si se hubiera vuelto hacia la puerta.

—... sólo un niño. ¿Cómo puedes poner en peligro a un niño?

Rafe y Kyria se miraron otra vez. Ella estaba segura de que era la voz de Ashcombe la que habían oído, e igualmente segura de que estaba hablando de su hermano. Pero ¿quién era el otro hombre? Kyria se apretó contra la puerta, intentando distinguir sus palabras. Oyó un murmullo y luego las palabras «un estúpido», seguidas por otro murmullo y, finalmente, por la palabra «ocurrirá».

— Eso esperas tú —contestó Ashcombe, que en ese momento pareció moverse hacia el fondo de la habitación, pues Kyria y Rafe no alcanzaron a entender lo que decía.

Oyeron pasos en la escalera y retrocedieron, alarmados. Cruzaron rápidamente el pasillo y Rafe abrió la puerta más cercana. Se deslizaron dentro, cerrándola tras ellos, y al darse la vuelta vieron a un joven reclinado sobre el codo en una estrecha cama, al otro lado de la habitación. Junto a él había una mesita y sobre ella la consabida pipa de agua y unas cerillas, así como varias cajitas ornamentadas. El aroma dulzón del opio y del tabaco impregnaba el aire. Kyria se acercó al joven con el corazón acelerado, segura de que él empezaría a pedir socorro a gritos. Pero, para su sorpresa, el joven sonrió dulcemente y dijo en un susurro:

— Ah, una diosa. ¿Eres una musa que viene a visitarme? —Kyria sacudió la cabeza y se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio—. Ah... —dijo el joven, asintiendo con la cabeza como si comprendiera—. La musa guarda silencio. Así es siempre, ¿no es cierto? —chupó de nuevo la boquilla de su pipa y ésta borboteó casi musicalmente.

Kyria se volvió para mirar a Rafe. Él había abierto ligeramente la puerta y había pegado el ojo a la rendija. Kyria oyó pasos en el pasillo y luego una puerta que se abría y volvía a cerrarse. Rafe cerró la puerta y se inclinó hacia Kyria, susurrándole al oído:

—Acaba de entrar un hombre. Iba vestido de negro, con un manto sobre los hombros, y llevaba un antifaz. Y un medallón de oro colgado del cuello.
Los ojos de Kyria se agrandaron, y se aferró al brazo de Rafe.
— ¡Alex! ¿Estaba Alex con él?
Él sacudió la cabeza y añadió suavemente:
— Dudo que lo hayan traído aquí. Hay demasiada gente. Pero tal vez pueda conducirnos a donde lo tienen escondido.
Rafe abrió la puerta de nuevo y miró fuera. Así pasaron un rato, esperando. Cuando la puerta del otro lado del pasillo se abrió con un crujido, Kyria se sobresaltó. Sus dedos se clavaron en las palmas de sus manos mientras escuchaba ávidamente el sonido de los pasos del hombre, que se alejaban por el pasillo. Cuando aquel desconocido llegó a las escaleras, Rafe la miró y ella asintió. Él abrió la puerta y asomó la cabeza. Luego salió de la habitación, con Kyria tras él.
—Adiós, bella musa —dijo el joven del cuarto mientras cerraban la puerta.
Recorrieron aprisa el pasillo, se detuvieron para mirar por la escalera y a continuación bajaron sigilosamente y salieron por la puerta de atrás. Al final del estrecho callejón, vieron la figura oscura silueteada espectralmente contra la leve luz de la calle. El enmascarado giró a la izquierda y desapareció de su vista.
Rafe y Kyria corrieron tras ella, se detuvieron al alcanzar la calle y se asomaron cautelosamente a la esquina del edificio. Vieron que el desconocido se alejaba por la calle y fueron tras él, manteniéndose pegados a la sombra de los edificios.
La zona que atravesaba el hombre de la túnica se parecía mucho a la del fumadero de opio. Oscura y desolada, estaba formada por almacenes desnudos, tabernas de poca monta, fondas de marineros y oficinas navieras que se hacían más abundantes a medida que se acercaban a los muelles de Cheapside. De vez en cuando la puerta de una taberna se abría, derramando luz y bullicio sobre la calle.
Una de aquellas puertas se abrió delante de Rafe y de Kyria, y por ella salió tambaleándose un grupo de hombres y mujeres que reían a carcajadas. Por un momento el grupo les impidió ver al hombre de la túnica. Cuando consiguieron rodearlo, vieron que ante ellos la calle estaba vacía. El enmascarado había desaparecido.

—¿Nos ha visto? ¿Crees que intentaba despistarnos? — preguntó Kyria mientras echaban a correr.
— No lo sé. Puede que haya sido simple mala suerte.
Llegaron al lugar donde habían visto por última vez al hombre y avanzaron más despacio, mirando cuidadosamente a su alrededor. Alcanzaron el cruce de la calle y se asomaron a uno y otro lado, buscando un atisbo del hombre ataviado con manto y caperuza. No vieron a nadie.
—Tenemos que encontrarlo —masculló Kyria. Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Tenía tantas esperanzas de que aquel individuo los condujera hasta Alex...! Rafe masculló un juramento—. ¿Qué vamos a hacer ahora?
Él se encogió de hombros y miró de nuevo a su alrededor.
— Supongo que arriesgarnos a elegir un camino. Kyria se giró, miró la estrecha calle lateral y vio que un carruaje negro bajaba a toda prisa por la calle, en dirección a ellos. -Rafe...
— Ya lo veo —Rafe la tomó del brazo y tiró de ella calle arriba, buscando un portal oscuro.
Tras ellos, el carruaje tomó velocidad. Una figura oscura asomó la cabeza por la ventanilla. Rafe se metió de un salto en el portal más cercano, tirando de Kyria. Luego se giró para colocarse delante de ella al tiempo y sacó las pistolas de su chaqueta. El cochero tiró de las riendas y el carruaje se detuvo traqueteando ante ellos.
— ¡Mclntyre! ¿Dónde está Kyria?
Rafe se relajó al reconocer la voz de Reed y salió del portal. Kyria pasó corriendo a su lado y se acercó al carruaje.
— ¿Qué pretendías? Me has dado un susto de muerte — Kyria frunció el ceño—. ¿Cómo sabías que estábamos aquí?
— No lo sabía —dijo Reed—. Os he visto por casualidad. Entrad. Estamos intentando averiguar dónde está Alex.
— ¿Estamos?
Reed abrió la puerta y Rafe y Kyria entraron en el carruaje, frente a Reed y Con se hallaba sentado uno de los guardianes del santo estandarte, ataviado completamente de blanco. Kyria se sentó junto a Con, y tomó a su hermano suavemente de las manos. Él le apretó los dedos con fuerza. Rafe tomó asiento frente a ella, junto al monje, y dijo con calma:
—Está bien, ¿qué ha pasado?

— Perdimos la pista. No encontramos a nadie que hubiera visto el carruaje —dijo Reed—. Así que volvimos a casa y el hermano Philip nos estaba esperando —señaló al guardián, y el monje inclinó gravemente la cabeza hacia ellos. Era un hombre joven, de espeso y rizado cabello negro y enormes ojos oscuros—. Al parecer —prosiguió Reed—, el hermano Philip ha estado vigilando nuestra casa durante los últimos días. Vio cómo secuestraban a Alex esta tarde, y dado que estaba solo y los secuestradores eran tres, decidió juiciosamente no intentar detenerlos, sino seguir el carruaje. Lo perdió en algún punto de esta zona, junto a los muelles. Así que volvió a casa para avisarnos, y desde entonces estamos dando vueltas, confiando en ver algo que nos indique dónde está Alex —hizo una pausa y añadió—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

El carruaje emprendió la marcha de nuevo mientras Rafe iniciaba su relato. Reed y el hermano Philip siguieron mirando por la ventanilla, buscando alguna pista. Kyria y Rafe apartaron las cortinas de la ventana del otro lado del carruaje y se unieron a ellos en la búsqueda. Mientras avanzaban, Rafe les contó que Kyria y él habían seguido al arqueólogo hasta el fumadero de opio y posteriormente a una figura ataviada de negro que llevaba un medallón de oro colgado al cuello.

—Alex tiene que estar aquí, en alguna parte —dijo Reed—. No es casual que hayamos llegado todos hasta este sitio. Deben de tenerlo escondido por aquí cerca.

— Sí, pero ¿dónde? ¿Cómo vamos a encontrarlo? — Pregunto Kyria—. ¿Cómo vamos a saber en cuál de estos edificios está? Parece imposible.

El carruaje giró a la derecha en la siguiente esquina. El cochero avanzaba describiendo amplios círculos. Rafe se irguió y escudriñó la calle que se extendía ante ellos.

— ¿Qué es eso? Ahí pasa algo.

Todos se inclinaron hacia las ventanillas de su lado y vieron que, en la manzana siguiente, varios hombres habían salido a la calle y estaban mirando hacia lo alto del edificio, como si buscaran algo. Los ocupantes del carruaje alzaron también los ojos hacia arriba y vislumbraron una ráfaga de movimiento en la oscuridad. Reed golpeó dos veces el techo del carruaje, y el coche se lanzó hacia delante.

Bajaron a todo correr por la calle, en dirección al grupo de hombres. Kyria dejó escapar un gemido al distinguir una pequeña figura que corría por el tejado y cruzaba de un salto al edificio de al lado.

— ¡Alex! ¡Oh, dios mío, tiene que ser Alex!

Alex aterrizó en el siguiente edificio y cayó rodando sobre el tejado plano, lleno de contento al sentir la áspera superficie de la techumbre. Tras él, sus perseguidores iban saliendo trabajosamente por la ventana y cruzaban corriendo el tejado.

Se levantó de un salto y echó a correr hacia el otro extremo del tejado. Se detuvo al llegar a un parapeto de escasa altura. Entre aquel tejado y el siguiente había al menos dos metros de distancia, y no se atrevió a saltar. Dio media vuelta y miró atrás. Los hombres vestidos de negro estaban saltando la separación entre los dos edificios. Se giró y corrió hacia la parte frontal del edificio. Vio varios hombres en la calle, hablando y haciendo aspavientos. Un carruaje bajaba a toda prisa por la calle, hacia ellos. Los hombres echaron a correr hacia la puerta del edificio en cuyo tejado se hallaba Alex e intentaron abrirla, pero no lo lograron.

Alex se dio la vuelta y echó a correr de nuevo hacia el otro lado, buscando una salida de incendios. En el tejado había ya tres hombres que se iban aproximando a él, rodeándolo poco a poco. Se giró, volvió corriendo por el camino que había tomado al principio y se arrojó de nuevo sobre el precipicio, hacia el tejado del edificio del que acababa de escapar. Al aterrizar, sintió el sonido más dulce que había oído nunca. Eran las voces de sus hermanos y de su hermana, gritando:

— ¡Alex! ¡Alex! ¡Aguanta!

Vio la parte de arriba de la escalera de incendios del edificio y corrió por el tejado hacia ella. Acababa de alcanzarla y se disponía a pasar una pierna sobre el parapeto cuando unas manos lo agarraron con fuerza desde atrás y tiraron de él.

Kyria y los otros salieron a trompicones del carruaje y corrieron hacia los hombres. Rafe sacó sus pistolas de la chaqueta y disparó por encima de las cabezas de los hombres, que en su mayoría se dispersaron al verlo abalanzarse contra la puerta delantera del edificio. El hermano Philip hizo girar su pesado bastón de madera sobre la cabeza y quitó de en medio a otros dos rufianes en un abrir y cerrar de ojos. Reed, armado sólo con sus puños, se encargó de los dos que quedaban. Kyria corrió hacia la escalera metálica que subía por el

lateral del edificio. El pasadizo que separaba los dos edificios era muy estrecho, pero logró deslizarse por él y bajar la sección inferior de la escalera. Luego comenzó a subir por los estrechos peldaños metálicos hacia el tejado, donde su hermano intentaba desasirse de sus captores. Constantine iba pisándole los talones.

Cuando Kyria y Con llegaron al pequeño tejado, vieron que un hombre metía a empujones a Alex por una ventana. Alex siguió gritando y pataleando hasta que su raptor le propinó un puñetazo en la cabeza y el niño quedó inerte. Kyria dejó escapar un grito feroz y cruzó corriendo el tejado. Se lanzó de cabeza hacia la ventana y cayó sobre la espalda del hombre que agarraba a Alex. Los tres cayeron al suelo, y Con se abalanzó encima de ellos.

Rafe, que en ese momento subía corriendo por las escaleras del interior del edificio, oyó los gritos de Kyria y subió el último tramo de escaleras como una bala. En lo alto de la escalera se tropezó con dos hombres vestidos de negro. Derribó a uno propinándole una patada detrás de las rodillas. El hombre cayó rodando por las escaleras y quedó inerte en el descansillo. El otro lanzó un puñetazo a la cara de Rafe. Éste detuvo el golpe con el brazo izquierdo y, dándole la vuelta a la pistola que llevaba en la mano derecha, le golpeó en la cabeza con la culata. El tipo cayó al suelo y Rafe pasó por encima de él y corrió por el pasillo, siguiendo el estrépito de la lucha.

Lo que vieron sus ojos, y los de Reed, que irrumpió en la habitación un instante después, fue un hombre grueso que rodaba por el suelo intentando zafarse desesperadamente de las patadas y puñetazos que le propinaban una pelirroja y un niño. El hombre no cesaba de gritar, más de miedo, pensó Rafe, que de dolor, pero Kyria lo acalló finalmente agarrándolo del pelo con ambas manos y golpeando con fuerza su cabeza contra el suelo.

— Está bien, está bien, ya es suficiente —dijo Reed. Kyria alzó la mirada y vio a su hermano y, junto a él, a Rafe, sonriéndole. Sus ojos azules parecían electrizados por la excitación de la batalla.

— ¡Alex! —gritó de pronto, recordando la razón de su rabia.

Gateó por el suelo hasta donde su hermano yacía inmóvil. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando abrazó al niño y lo apretó contra sí. Lo acunó contra su pecho, diciendo su nombre mientras le apartaba el pelo de la frente.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Reed, arrodillándose junto a ellos.

—¿Está bien? —gritó Con — . ¿Alex? ¿Me oyes?

— ¡Ese bruto le dio un puñetazo! —dijo Kyria, enfurecida, y sus ojos centellearon de nuevo al recordarlo. Se inclinó y besó la frente de su hermano—. Respira —alzó la mirada ansiosamente hacia los demás—. ¿Creéis que se pondrá bien?

—Vamos a llevarlo a casa —dijo Reed— y a llamar al médico.

— ¡Tenemos que irnos! —dijo Rafe con urgencia—, ya vienen —salió al pasillo y alzó las pistolas que llevaba en las manos—. ¡Alto ahí!

Tres hombres vestidos de negro aparecieron en la escalera. A dos de ellos se les habían caído las máscaras, y la del tercero colgaba ridiculamente de su oreja. Rafe ignoraba si hablaban inglés, pero se detuvieron bruscamente al ver las pistolas y lo miraron con recelo.

—Nos vamos a ir —continuó Rafe—. Así que quiero que retrocedáis —hizo un gesto con las pistolas, y los hombres empezaron a caminar hacia atrás.

Detrás de Rafe, Reed salió al pasillo llevando a Alex en brazos, con Kyria y Con a su lado. Rafe echó a andar, y los hombres de negro empezaron a bajar las escaleras de espaldas, delante de él. Se oyó un ruido de pasos y, un momento después, la oscura cabeza del hermano Philip apareció ante su vista. El monje se detuvo al ver la escena que se desarrollaba ante él.

— ¡Aja! Veo que ya los han atrapado. —¿Hay más en la calle? —preguntó Rafe.

—No, han huido todos. Les habría perseguido, pero pensé que tal vez necesitaran mi ayuda.

— La necesitamos. Creo que he visto una llave ahí atrás, tirada junto al tipo al que Kyria le estaba rompiendo la cabeza.

El monje pareció sorprendido, pero no dijo nada.

— Sí, había una llave —dijo Reed.

—Bien. Voy a encerrar a estos tipos en esa habitación —se dirigió a los hombres, señalando otra vez con la pistola—. Meteos ahí. Eso es —los hombres entraron de espaldas en el cuarto, y Rafe cerró la puerta—. Ahora, hermano Philip, traiga esa llave y los encerraremos. Luego baje con Reed y los otros al carruaje.

El monje asintió con la cabeza y fue corriendo en busca de la llave. Kyria, Con y Reed, que todavía llevaba a Alex en brazos, comenzaron a bajar lentamente las escaleras. El hermano Philip regresó y le entregó la llave a Rafe. Luego bajó corriendo a reunirse con los demás Rafe probó la llave en la cerradura y descubrió que encajaba. Con una sonrisa, la hizo girar.

— Adiós, amigos. No os preocupéis, mandaremos a alguien a buscaros.
Alcanzó a los demás en la escalera y, adelantándolos, salió el primero por la puerta principal para asegurarse de que no había nadie esperándolos. La calle estaba oscura y desierta, salvo por su carruaje, cuyo cochero permanecía ansiosamente de pie junto a las testas de los caballos.
El cochero dejó escapar un suspiro de alivio y, trepándose al pescante, arreó a los caballos para ir a su encuentro. Rafe subió al carruaje y tomó a Alex de los brazos de Reed. Los demás subieron detrás. Para dejarles sitio, el hermano Philip se montó con el cochero. Cuando el carruaje emprendió la marcha, Alex se removió y farfulló algo incomprensible. Un momento después, sus párpados se agitaron y se abrieron. Sus ojos giraron un momento y luego enfocaron a su hermana.
— ¡Kyria! Sabía que eras tú. Y Reed. ¿Dónde está Con?
— ¡Aquí! Estoy aquí —gritó Con — . ¡Estás bien! ¡Lo sabía!
—¿Bromeas? —dijo Rafe, inclinándose para revolverle el pelo—. Hace falta algo más que esos tipos de negro para dejaros fuera de combate.
A la mañana siguiente, Rafe bajó trotando alegremente la escalera principal, pensando en la tarea que lo aguardaba. La noche anterior habían regresado muy tarde a Broughton House y, después de que Reed enviara en busca de la policía y el médico, habían pasado buena parte de la noche pendientes de Alex y relatándose los recientes sucesos.
El médico había dictaminado que Alex se encontraba bien, a pesar de lo cual le había recomendado varios días de reposo, recomendación que, tal y como él mismo reconoció con un suspiro, posiblemente caería en saco roto. A fin de cuentas, era el médico de cabecera de los Moreland desde hacía muchos años.
Los policías se habían ¡do y habían vuelto algún tiempo después con la descorazonadora noticia de que todos los malhechores habían huido antes de que ellos llegaran al almacén. Le habían asegurado a Reed que investigarían a fondo aquel asunto, pero saltaba a la vista que las explicaciones de los Moreland les parecían sencillamente descabelladas.
Tras la marcha de los policías pudieron retirarse al fin. Rafe besó a Kyria en la mano y dejó que Reed y ella llevaran a los gemelos a la cama. Luego se fue a su cuarto y pasó la noche en vela, pensando en lo solo que se sentía en aquella cama.
Como había pasado buena parte de la noche meditando, había decidido ya qué camino debía seguir, y esa mañana se disponía a salir de la casa para ocuparse

de cierto asunto privado. Al llegar al pie de la escalera, le sorprendió ver que la puerta principal se abría y que un individuo de aspecto un tanto extraño entraba en la casa. El desconocido era alto y de hombros anchos e iba vestido con un traje blanco y ligero, poco apropiado para el frío de noviembre. No llevaba sombrero sobre el pelo denso y negro, crecido hasta los hombros, y su rostro atezado estaba a medías cubierto por un bigote y una barba enmarañada y negra.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Rafe, acercándose a él.

—¿Quién diablos es usted? —contestó el intruso con áspero acento británico, dejando caer la maleta que llevaba en una mano mientras alzaba los puños, dispuesto para el combate.

En ese momento, la respuesta de Rafe fue contestada por el grito que profirió Kyria desde lo alto de la escalera.

-¡Theo!

Capítulo 20

Kyria corrió escaleras abajo y se lanzó en brazos de aquel hombre fornido. Él la abrazó con fuerza, riendo.

—Vaya, celebro ver que no me habéis olvidado — dijo Theo, plantándole un beso en la frente—. Dios mío, niña, cada vez que te veo estás más guapa. Apuesto a que todavía tienes a tus pies a la mitad de los corazones de Londres.

— No seas tonto —una sonrisa contrajo el rostro de Kyria—. Es tan maravilloso verte... Todos esperábamos que vinieras para la boda de Olivia.

— Sí, yo también lo esperaba —admitió Theo de mala gana—. Pero he tenido ciertos problemillas, y llego con un par de semanas de retraso. Lo siento — Theo rodeó la cintura de Kyria con el brazo y miró a Rafe con expresión recelosa.

— ¡Ah! —exclamó Kyria—. Theo, tienes que conocer a Rafe —ella lo tomó de la mano y tiró de él hacia Rafe—. Theo, éste es Rafe Mclntyre. Él es, eh, un amigo de Stephen Saint Leger. Vino a la boda y ha estado... Bueno, es una historia terriblemente larga, pero desde entonces ha estado ayudándonos. Rafe, éste es mi hermano mayor, Theodosius, lord Raine.

Los dos hombres se estrecharon la mano, calibrándose en silencio. Un momento después, los gemelos bajaron en tromba por el pasillo y se abalanzaron sobre Theo. Éste se tambaleó bajo su peso, pero una amplia sonrisa iluminó su cara.

— ¡Theo! —Reed bajó trotando las escaleras, sonrió sosegadamente y consiguió esquivar a los gemelos para estrecharle la mano a su hermano — . ¿Y esa maraña? — bromeó, tirándole de la barba—. ¿Te has vuelto un salvaje?

Los dientes de Theo relucieron, blancos, entre la rizada barba negra y el mostacho, y sus ojos azules centellearon.

— Nada más salir del desierto me metí en un barco para venir a la boda de Olivia. Pero una tormenta nos desvió de nuestro rumbo y perdí casi todo mi equipaje. ¿Por qué, si no, iba a estar congelándome con este traje?

Kyria les ordenó que entraran en el cuarto de estar y pidió té y comida para Theo.

—Qué pena que no llegaras para la boda —le dijo a su hermano — . Fue preciosa, y Olivia estaba radiante. Estarán un mes de luna de miel por Europa. Por favor, di que te quedarás hasta que vuelvan.

— Claro que sí. De todos modos, tengo que darles su regalo. A Olivia le alegrará saber que logré salvarlo, aunque perdiera mi ropa —dijo Theo alegremente.

—Entonces, la caja no era un regalo de bodas —dijo Kyria—. Estaba casi segura de ello, pero ¿por qué nos la mandaste, Theo? Sé que acabas de llegar a casa y odio abrumarte con preguntas, pero se ha armado tal embrollo con la caja que tengo que saberlo.

— ¿Saber qué? —Theo la miró extrañado — . ¿Qué caja? ¿De qué estás hablando?

— Del relicario —le dijo Reed — . ¿Estás diciendo que no fuiste tú quien se lo mandó a Kyria?

—¿Qué relicario? —preguntó Theo. —¿No me lo mandaste tú? —exclamó Kyria—. Pero entonces, ¿quién fue? ¿Y por qué?

—Te lo enseñaré —dijo Reed en respuesta a la pregunta de su hermano, y se levantó para sacar el relicario de la caja fuerte del despacho.

Mientras estaba fuera, los gemelos procedieron a contarle a su hermano sus versiones de la historia de la caja.

— Es un objeto religioso —le dijo Con — , y fui yo quien descubrió cómo se abría.

—Y a mí me secuestraron por su culpa —intervino Alex—. Pero me escapé, y luego Rafe, Reed y Kyria fueron a por mí y me rescataron...

— ¡Y yo también! —dijo Con, indignado.

—Y Con. Él fue quien avisó a todo el mundo de que me habían secuestrado.

—Quisieron raptarnos a los dos, pero yo me escapé. Theo miró a Kyria, confuso. —¿De qué están hablando? ¿Alex fue secuestrado? Kyria asintió con la cabeza y ordenó callar a los niños.

—Dejadme que se lo cuente desde el principio. Un hombre se presentó en Broughton Park el día de la boda de Olivia. Rafe lo vio acercarse. Pero alguien lo atacó y el hombre murió. Lo único que dijo fue mi nombre y que me entregaran algo, y la única cosa que llevaba encima era la caja.

—¿Qué caja?

—Ya lo verás. Es un relicario bizantino. Eso lo descubrió papá.

—¿Qué demonios es un relicario?

—Un recipiente donde se guardan las reliquias sagradas —explicó Kyria.

— ¡Ah! Ah, sí, he visto algunos. Contienen huesos de santos y fragmentos de la verdadera cruz, y cosas así.

—Exacto. Sólo que, al parecer, éste contiene un estandarte sagrado. O, mejor dicho, un trozo de un estandarte sagrado. Es una historia muy larga, pero fue el estandarte de batalla de Constantino.
Theo alzó las cejas.
— Será muy antiguo, entonces.
—En efecto. Y ciertas personas lo consideran extremadamente sagrado. Hay una orden religiosa consagrada a su protección —le resumió brevemente los peligros que habían caído sobre ellos desde que recibieran la caja, concluyendo con la historia de los guardianes y del secuestro de Alex el día anterior.
Cuando acabó, Theo estaba boquiabierto de asombro.
—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó, receloso.
Kyria se echó a reír.
— No, te lo prometo. Sé que es todo terriblemente extraño, pero es la verdad.
—Ten —dijo Reed, entrando en la habitación y dejando la caja envuelta en terciopelo frente a su hermano—. Compruébalo tú mismo.
Theo desenvolvió cuidadosamente el relicario y contuvo el aliento, admirado.
— ¡Es magnífico! No me extraña que todo el mundo quiera conseguirlo. ¡Fijaos en esa joya! ¿Es un diamante negro? ¡Es enorme!
Kyria asintió con la cabeza.
— Se llama la Estrella de la Noche. Eso lo averiguamos anoche. Pero, además, la caja se abre. Enséñaselo, Con.
Con procedió a abrir la caja, y Theo se quedó atónito al ver el antiguo pedazo de tela. Volvió a envolver la caja en su funda de terciopelo y se la entregó a Reed, diciendo:
—Pero ¿por qué os la mandaron a vosotros?
—Pensábamos que habías sido tú. El hombre que la entregó se llamaba Leónides Kousoulous, o eso creemos. Al menos, ése es el nombre que figuraba en su tarjeta de visita.
— ¡Kousoulous! Pero si le conozco... —Theo frunció el ceño y dijo—. ¡A eso debía referirse! Oh, dios mío... ¿Y decís que ha muerto?
— Sí, lo lamento. Pensábamos que venía por orden tuya.
¿Cómo dices que ocurrió?
—Alguien lo apuñaló —explicó Rafe—. Yo vi cómo ocurría, pero estaba demasiado lejos y no pude llegar a tiempo. Lo llevamos a la casa, pero estaba malherido.

Theo apoyó la cabeza en la mano, abatido.
— Debía de traerme la caja a mí. ¡Maldita sea! Si hubiera llegado a tiempo...
—¿Qué quieres decir? —preguntó Reed—. ¿Por qué preguntó por Kyria?
Theo sacudió la cabeza.
— No sé... ¡Ah! ¡Ya sé! Seguramente quería decir kyrie. Kousoulous era griego. Siempre me llamaba lord Moreland. Kyrie Moreland. No me molesté en explicarle los títulos, y para él kyrie significaba «señor».
—¿Y dices que te habló de la caja? —preguntó Rafe.
— Sí, me escribió una carta —Theo suspiró y se frotó la cara con las manos—. La recibí antes de irme de Australia. Era una carta muy misteriosa. Hablaba de cierto objeto sin decir qué era exactamente. Decía que necesitaba mi consejo, que había comprado algo y luego se había dado cuenta de que era aún más valioso de lo que imaginaba. Habíamos hablado muchas veces sobre los hallazgos arqueológicos y lo que debía hacerse con ellos. Estábamos de acuerdo en que no debían ser enviados al otro lado del mundo para que los disfrutara un puñado de coleccionistas ricos —miró a Kyria—. Lo siento. Papá sabe lo que pienso al respecto.
Kyria asintió calurosamente.
— Lo sé. Por eso nos extrañó tanto que lo hubieras enviado tú.
—Apenas pude entender lo que me decía Kousoulous en su carta. Era condenadamente confusa, y por la letra parecía que la había escrito a oscuras. Hablaba de la fe y de Dios, y no logré entender qué era lo que le preocupaba. Si no hubiera conocido a Kousoulous, la habría considerado el desvarío de un lunático. En cualquier caso, Kousoulous quería que fuera a Estambul para hablar con él. Decía que, si no, iría a verme a cualquier parte, adonde yo quisiera. Le envié un telegrama diciéndole que tenia que regresar a Inglaterra y que se reuniera conmigo aquí, en Londres. Pero mi barco se retrasó y no pude llegar a tiempo.
—Vino aquí primero, pero los sirvientes no le entendieron —dijo Kyria—. Pensaron que preguntaba por mí, y le dijeron que nos habíamos ido todos a Broughton Park para la boda.
Theo asintió con la cabeza.
— Apenas hablaba inglés. Nosotros, por lo general, conversábamos en francés —suspiró—. Pobre hombre.

— Bueno —dijo Kyria—, entonces el relicario te pertenece. Era a ti a quien se lo traía —sentía una especie de aversión a ceder el relicario, aunque fuera a su hermano.
— ¿A mí? —Theo sacudió la cabeza—. Oh, no, en absoluto. El relicario era de Kousoulous. A mí sólo venía a pedirme consejo. Fue a ti a quien se lo entregó.
— No, sólo pensamos que eso era lo que pretendía. —Es tan tuyo como de cualquiera —insistió Theo—.
Eres tú quien se ha enfrentado a todo esto. Tú debes decidir qué hacer con él —hizo una pausa y añadió con curiosidad—. ¿Qué vas a hacer con él, por cierto?
—No lo sé. No había tomado ninguna decisión porque estaba esperando a tener noticias tuyas. Creía que me lo habías enviado por alguna razón. Ahora que sé por qué lo trajo Kousoulous... Bueno, está claro que no nos pertenece a ninguno. Y, desde luego, no tengo intención de vendérselo a Habib, ni a un coleccionista.
—¿Y a un museo? —preguntó Reed.
—Está el Museo del Imperio Otomano de Estambul — señaló Theo.
— Sí, pero no puedo olvidar que los guardianes son quienes más derechos tienen sobre él —razonó Kyria—. La custodia del relicario le fue confiada a su orden hace siglos.
—Eso es cierto —dijo Rafe — . Y creo que han demostrado sobradamente que no fueron ellos quienes mataron al señor Kousoulous ni entraron en la casa a robar.—Ayer, desde luego, nos ayudaron —convino Reed — Y a vosotros os salvaron la otra noche.
—Por otra parte, es una pena mantener oculto el relicario —dijo Theo.
—No sé. Tal vez sea lo mejor: protegerlo, devolvérselo a la orden sagrada que lo ha guardado durante siglos, en lugar de convertirlo en un objeto de exposición en un museo — añadió Kyria.
—Como tú quieras, Kyria —dijo Theo—. Confío en tu intuición.
Kyria le sonrió.
—Yo no —sentía de nuevo aquella curiosa renuencia a separarse del relicario.
Aquella sensación perduraba cuando, varias horas después, se halló sentada en el despacho con el relicario en su regazo y la mano levemente apoyada sobre él. Todos los demás se habían ido: los gemelos a hacer sus deberes, Rafe a

atender un asunto privado, y sus hermanos mayores a pasar el rato en su club tomando una copa con sus amigos.

Kyria había estado atareada un rato, emprendiendo distraídamente una serie de labores domésticas que luego abandonaba. Había estado pensado en Rafe, preguntándose qué asunto personal lo había reclamado esa tarde. Le parecía extraño que de pronto hubiera decidido ocuparse de sus asuntos personales, pues durante el tiempo que llevaba en la ciudad no había mostrado el más mínimo interés por sus negocios. Ella no podía evitar preguntarse si estaría pensando en marcharse.

No había razón, se decía, para pensar que Rafe planeara escaparse. Pero, según decía todo el mundo, eso era precisamente lo que hacían los hombres cuando una mujer cometía la insensatez de «dejar que se salieran con la suya». Ella sabía que Rafe era distinto. Él no había pretendido seducirla. En realidad, había intentando comportarse de manera honorable. Era injusto pensar que estuviera pensando en marcharse. Sin embargo, tampoco había dicho que la amara.

Naturalmente, pensaba Kyria, ella tampoco se lo había dicho a él, a pesar de que sabía que eso era lo que sentía- Si no, no se habría metido en su cama, por más impelida que se hubiera sentido por la pasión. Quería pensar que Rafe tampoco lo habría hecho, pero cada vez que intentaba convencerse de ello, sus inseguridades se alzaban para mofarse de ella.

Para quitarse de la cabeza a Rafe, decidió meditar sobre la cuestión del relicario. Pero pronto descubrió que ese problema tampoco tenía fácil solución. Estaba convencida de que la caja debía serles devuelta a los guardianes. Pero era demasiado honesta para ignorar el hecho de que detestaba separarse de él.

Finalmente fue al despacho para sacar de nuevo el relicario de la caja fuerte. Lo sostuvo en el regazo, acariciando inconscientemente la piedra negra con el pulgar. El Corazón de la Noche... Parecía un nombre tan idóneo... Lírico y romántico, una joya apropiada para una diosa. Pensó en el culto a la diosa Inana del que Nelson Ashcombe les había hablado y recordó que en tiempos antiguos muchas religiones adoraban a una diosa madre. A fin de cuentas, los temas de la cosecha y el renacer eran similares en la religión druídica que había florecido en Inglaterra en la antigüedad. Era extraño cómo se centraban las religiones antigua en la mujer...

— Fascinante, ¿verdad? —dijo una voz masculina desde la puerta del despacho.

Kyria se sobresaltó y se giró hacia la puerta, sujetando con fuerza la caja.

— ¡Ah! —dejó escapar una risita temblorosa de alivio—. Lord Walford. Me ha asustado.

—Lo lamento —él sonrió y entró en la habitación—. Espero que me disculpe por aparecer tan de repente.

Kyria se levantó y dejó la caja sobre una mesita, a su lado.

— Desde luego. Sea usted bienvenido —pensó, sin embargo, que debía reprender a los sirvientes por dejar pasar a una visita sin anunciarla—. ¿Vamos al salón? _ sugirió, señalando la puerta—. Si me disculpa, guardaré esto y enseguida estaré con usted.

—Oh, por favor, no lo guarde —Kyria se detuvo, sorprendida—. Lo siento. Debe considerarme terriblemente entrometido. Pero, si ése es el relicario del santo estandarte, me encantaría echarle un vistazo. Ashcombe me habló de él. Nunca lo había visto tan emocionado.

— Oh. Sí, desde luego —Kyria tomó la caja y la levantó hacia él. Mostrársela a un extraño le producía cierto desasosiego, pero a fin de cuentas lord Walford les había hecho un favor al persuadir al arqueólogo de que hablara con ellos.

—Es exquisito —dijo él, tomando el relicario en sus manos y mirándolo con reverencia—. La Estrella de Inana... —susurró.

—¿Qué? Ah, sí, ése es uno de los nombres del diamante que mencionó Ashcombe. Ignoraba que estuviera usted interesado en el relicario. Creía que era más bien asunto de su padre.

—Oh, a mí no me interesa el relicario —dijo él tranquilamente, entregándole de nuevo la caja a Kyria. Ésta se apartó y empezó a envolver el relicario en su funda de terciopelo — . Es el diamante lo que deseo — continuó Walford tras ella.

Kyria se dio la vuelta, sobresaltada, y de pronto se halló mirando el cañón de un revólver. El aire escapó de sus pulmones.

— Usted... —dijo al fin—. Era usted...

— Me ha costado mucho conseguirlo —dijo Walford con calma—. Por fin he comprendido que debía ocuparme personalmente del asunto. Así que... —señaló con la pistola—, por favor, salga delante de mí. Voy a guardarme la pistola en el bolsillo, pero estoy dispuesto a disparar si no me obedece.

Kyria salió al pasillo con las piernas temblorosas. ¿Cómo podía esperar Walford salirse con la suya llevándose el relicario? Ella lo había visto. Podía sencillamente ir a la policía y... Entonces fue cuando lo entendió. Por eso la obligaba a caminar delante de él. ¡Pensaba llevársela! Así no podría contarle a nadie lo ocurrido. Se le heló la sangre al darse cuenta de que el único modo que tenía Walford de impedir que lo identificara era matarla. Se detuvo en el pasillo.

—No —dijo con firmeza—. No pienso ir a ninguna parte. Llévese esa cosa y vayase.

—Mi querida lady Kyria, no puedo hacer eso. Debe usted comprender que es imposible. Si se niega a venir conmigo, tendré que dispararle, y entonces todos los sirvientes acudirán corriendo, y me veré obligado a matarlos también a ellos. A menos que quiera tener su sangre sobre la conciencia, le sugiero que empiece a andar.

Aturdida, Kyria obedeció. Aquel hombre estaba loco, pensó. Parecía perfectamente razonable, pero sus palabras eran implacables. Siguió caminando, confiando en que alguna doncella o algún lacayo los viera y avisara a Rafe o a sus hermanos. ¿Dónde estaban los criados, por cierto?

Llegaron a la puerta principal sin atraer la atención de nadie, y Kyria se sintió a un tiempo aliviada y aterrorizada. Una vez fuera, comprendiendo que los criados ya no corrían peligro, tomó aire y dejó escapar un grito desgarrador. Walford lanzó un juramento y, agarrándola por la cintura, la alzó en volandas y la llevó a un carruaje negro parado delante de la casa. Kyria siguió gritando y pataleando, pero no sirvió de nada. El cochero del carruaje saltó del pescante, abrió la puerta a Walford, agarró la caja envuelta y la tiró sobre el asiento. Ambos agarraron a Kyria por los brazos y la metieron en el coche a empujones, a pesar de su resistencia.

De pronto se produjo un destello blanco y Kyria comprendió que alguien corría hacia ellos gritando. ¡Era uno de los guardianes! La esperanza brotó dentro de ella, pero Walford alzó su arma y disparó, y el monje cayó al suelo con una mancha de sangre en la túnica blanca.

— ¡No! —gritó Kyria, y de pronto el mundo se tornó negro. Walford la había golpeado en un lado de la cabeza, arrojándola luego al interior del carruaje.

Rafe iba canturreando cuando se apeó del coche de alquiler y comenzó a subir la escalinata de Broughton House. Le sorprendió un poco que no le abriera la

puerta un lacayo mientras se acercaba, como solía suceder. Acababa de entrar en la casa cuando un criado se acercó corriendo a él con expresión asustada.
— ¡Señor Mclntyre! ¡Gracias al cielo!
— ¿Qué? —Rafe se alarmó—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Kyria?
— ¡De eso se trata, señor! —el lacayo parecía próximo a las lágrimas — . ¡Se la han llevado!
Rafe se quedó paralizado un instante. Luego se abalanzó hacia delante y agarró al criado por las solapas.
— ¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué ha pasado?
Por suerte para el lacayo, Phipps acudió corriendo y gritó:
— ¡ Señor Mclntyre!
Rafe soltó su presa y se volvió hacia el mayordomo. —¿Dónde está Kyria?
— Ha sido raptada, señor —el mayordomo conservaba su calma preternatural, pero en su frente se habían formado grandes gotas de sudor—. Pensamos que se marchaba con un amigo. Milly los vio salir por la puerta principal. Dice que el hombre no iba agarrándola y que lady Kyria no parecía asustada. Pero cuando salieron oímos un tumulto, y un hombre, uno de ésos monjes, señor, recibió un disparo.
— ¡Un disparo! ¿Está muerto?
—No, señor, sólo herido. El doctor está con él en este momento, pero él insiste en hablar con usted. No permitirá que el doctor le dé cloroformo hasta que hable con usted.
—¿Dónde está?
—Por aquí, señor —el mayordomo lo condujo rápidamente hacia el interior de la casa.
Un grupo de sirvientes permanecía en el pasillo, presa de inquietud. Con ellos estaban los gemelos, pálidos y extrañamente silenciosos. Al ver a Rafe, corrieron hacia él.
— ¡Rafe, tienes que hacer algo! ¡Se han llevado a Kyria!
—Lo sé. Phipps me lo ha dicho. Dejad que hable con el guardián y averigüe qué ha pasado —Rafe puso las manos sobre los hombros de los chiquillos—. Sed valientes.
Los gemelos asintieron con la cabeza, más calmados. Rafe entró en el comedor. El doctor, que estaba de pie junto a la larga mesa de caoba, parecía al mismo tiempo preocupado e irritado. Delante de él, sobre la mesa, yacía un monje ataviado de blanco.

— ¡Señor! —el guardián dejó escapar un gemido de alivio al ver a Rafe.
—Dígame qué ha pasado —dijo Rafe, acercándose a su lado y tomando la mano que le tendía. Era poco más que un chiquillo. Tenía la cara mortalmente blanca, y la manga y uno de los lados de su manto estaban manchados de rojo—. ¿Vio quién se llevó a Kyria?
— Sí, pero no sé quién es. Es... alto..., de pelo negro —el joven contrajo la cara en una mueca de dolor, y jadeó—. Ella gritaba. Se debatía. Él la tiró... en el carruaje. Corrí hacia ellos. Me disparó.
— ¿Puede decirme algo sobre el carruaje? ¿Tenía algún distintivo?
—No, nada —el joven apretó con más fuerza la mano de Rafe y miró ansiosamente su cara—. El relicario. Él llevaba una bolsa. Creo que era el relicario. Lo sentí. Me llamaba.
—Hizo usted lo correcto —le dijo Rafe, apretándole la mano — . No se preocupe. Yo me encargo de todo ahora. Deje que el médico cuide de usted.
El joven asintió con la cabeza, cerró los ojos, aliviado, y soltó su mano. Rafe dio media vuelta y salió de la habitación. Los gemelos y los criados lo esperaban con ansiedad. Rafe sacudió la cabeza.
— No sabe quién era ese hombre. ¿Sólo lo vio Milly? Al parecer, la doncella era la única que había visto al desconocido. Se adelantó, llorosa, y le dijo a Rafe que no había reconocido al hombre.
—Lo siento mucho, señor. No pensé que pasara nada malo. Ella no parecía asustada.
—Imagino que ese tipo la estaba amenazando con una pistola —dijo Rafe.
—¿Crees que la habrán llevado al mismo sitio que a mí? —pregunto Alex.
— No creo, porque ya conocemos ese edificio. Pero supongo que habrá que comprobarlo, de todos modos. Phipps... —se volvió hacia el mayordomo y, en ese momento, la puerta principal se abrió de golpe y se oyó un estruendo de pasos.
Un instante después, Theo y Reed aparecieron al fondo del pasillo y corrieron hacia ellos.
—¿Qué demonios está pasando? —gritó Reed, asustado.
— ¿Qué significaba el mensaje de Phipps? ¿Dónde está Kyria? —dijo Theo.
— Ha sido secuestrada —dijo Rafe, y les contó concisamente la historia—. El guardián cree que ese hombre también se ha llevado la caja, y estoy seguro de que tiene razón.
— Pero, si tiene la caja, ¿para qué se ha llevado a Kyria? —preguntó Reed.

Rafe hizo una mueca agria.
—Porque podía identificarlo.
Theo palideció.
—¿Quieres decir que... que pretende...?
— Asegurarse de que no pueda identificarlo, supongo — contestó Reed—. Tenemos que encontrarla cuanto antes.
-—¡Dios mío! ¿Por dónde empezamos?
Alex volvió a sacar a colación el almacén donde lo habían retenido a él, pero Reed también juzgó improbable que la hubieran llevado allí
—No creo que hayan vuelto allí.
—¿Y el fumadero de opio? —preguntó Theo.
Rafe asintió con la cabeza.
— Será mejor que nos pasemos por allí, aunque no creo que encontremos nada. Quiero hablar con Ashcombe otra vez. Está claro que sabe algo. Cuando lo seguimos hasta el fumadero, lo oímos discutir con un hombre sobre el secuestro de Alex, de modo que él conoce a alguien de la organización, aunque no sea el hombre que se ha llevado a Kyria. Y está claro que le angustiaba que hubieran secuestrado a un niño. No creo que le guste la idea de que maten a Kyria. Estoy seguro de que lograré que se derrumbe.
—¿Ashcombe? —preguntó Theo, asombrado—. ¿Te refieres al arqueólogo?
— Sí, está implicado de alguna manera en todo esto. Estoy seguro —el rostro de Rafe se iluminó—. Tal vez tu puedas ejercer tu influencia sobre lord Walford. Si él se enfrenta a Ashcombe, tal vez el viejo se...
— ¿Lord Walford? —Theo frunció el ceño—. ¿Ese anciano? ¿De qué estáis hablando? No tengo ni...
— No, su hijo —dijo Reed con impaciencia—. El anciano lord Walford murió hace uno año o dos, y su hijo heredó el título —miró a Rafe — . Pero ¿por qué iba a tener Theo alguna influencia sobre Walford?
—Porque son amigos —al ver la cara de perplejidad de los otros dos, Rafe prosiguió — . Lord Walford le dijo a Kyria que os habíais hecho amigos cuando coincidisteis en Turquía.
— ¡Cielo santo, no! —exclamó Theo—. Gerard es un granuja, nunca he oído nada bueno de él. Entre la comunidad inglesa de Turquía circulaban ciertos rumores desagradables sobre sus actividades.
Rafe lo miró un momento y su rostro se endureció.

— ¡Está implicado en esto! ¡Maldita sea! ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Descarté mis sospechas porque creía que eran simples celos.
—¿Walford? ¿Crees que Walford está detrás de todo esto? —preguntó Reed.
—No estoy seguro, pero podría estar implicado. Su arqueólogo, ciertamente, lo está. Ashcombe lleva años buscando esa caja. Tal vez fuera Walford quien le encargó que la buscara. O puede que los dos compartan la misma obsesión.
— Vamos a hablar con Ashcombe —dijo Reed —. Tomaremos un coche de alquiler. No tenemos tiempo de esperar el carruaje.
Por una vez, los gemelos no protestaron cuando sus hermanos mayores les dijeron que no podían acompañarlos, y, momentos después, Reed, Rafe y Theo avanzaban a toda prisa por la calle en una calesa de alquiler. Rafe y Theo iban bien armados, pues cada uno de ellos llevaba varias pistolas. Reed, por su parte, portaba un rifle. Theo tomó además la precaución de ocultar en la caña de su bota un largo cuchillo que guardaba como recuerdo de un viaje anterior al Amazonas.
Al llegar a casa de Ashcombe, Rafe ni siquiera aguardó las protestas de la doncella: empujó la puerta en cuanto la muchacha la abrió y entró en la casa seguido de Theo y Reed. La criada se quedó boquiabierta al ver a aquellos hombres armados y, alzando la mano, señaló el despacho de su amo, al fondo del pasillo. Ashcombe, que estaba sentado a su mesa, se levantó sobresaltado cuando la puerta se abrió.
— ¡Cielo santo! ¿Qué están...? —Ashcombe se irguió, cuadró los hombros y prosiguió—. ¿Qué significa esta intrusión?
—Quiero la verdad, Ashcombe, y la quiero ahora — Rafe se acercó al hombre y lo agarró por las solapas de la chaqueta, zarandeándolo.
—Yo... no sé a qué se refiere.
— ¿Quién secuestró a Alex? ¿Con quién estaba hablando en ese fumadero de opio? ¿Quién demonios hay detrás de todo esto? —Ashcombe miró boquiabierto a Rafe y empezó a farfullar. Rafe le zarandeó con fuerza una sola vez—. No intente siquiera mentirme. Le sacaré la verdad aunque tenga que arrancarle la piel a tiras. Se han llevado la caja y a Kyria —lo zarandeó otra vez—. ;Qué demonios está pasando?
— ¿Se... se han llevado a lady Kyria? —Ashcombe pareció acongojado y miró vagamente a su alrededor—. Oh, Dios mío. Dios mío, le dije que...
—¿A quién? —bramó Reed—. ¿A Walford? Ashcombe asintió con la cabeza.

— ¡Se ha vuelto loco! Le dije que estaba yendo demasiado lejos... —Rafe soltó al anciano, que se tambaleó ligeramente y miró el rostro implacable de los tres hombres. Luego suspiró y empezó a hablar—. Gerard tuvo una juventud difícil. Se metió en un feo asunto del que su padre sólo consiguió sacarlo a fuerza de dinero. Lo envió a una de mis excavaciones, confiando en que se corrigiera. Pero no fue así. A él no le importaba la arqueología. Sólo se preocupaba de sí mismo... y de sus placeres. Se... se metió en el tráfico de opio en Turquía. Y ganó mucho dinero —hizo una pausa y continuó —. Hace unos años acudió a mí. Quería que encontrara el relicario del santo estandarte para él. Yo, naturalmente, había oído hablar del relicario, pero siempre lo había considerado una leyenda. Él insistió en que cambiara el rumbo de mis estudios, que me dedicara a buscarlo. Naturalmente, me negué. Yo sólo respondía ante su padre. Pero él... él conocía mi debilidad —Ashcombe lanzó una mirada a Rafe.

— Su adicción al opio —dijo éste. Ashcombe asintió con la cabeza.

—Sí. Hace mucho años resulté herido en una excavación, y me suministraron opio para combatir el dolor. Me hice adicto a él. Gerard lo sabía, y me amenazó con decírselo a su padre. Y él... él se ofreció a suministrarme la droga, incluso cuando estuviera aquí, en Inglaterra. Cuando regresó para hacerse cargo de su herencia, montó ese sitio, el de Cheapside.

— De modo que el fumadero de opio es suyo —dijo Reed.

—Y quiere el relicario —añadió Theo. Ashcombe asintió.

— Sí, bueno, en realidad no es el relicario lo que quiere. Es El Corazón de la Noche.

—¿El qué? —preguntó Theo.

—El diamante negro —explicó Rafe—. ¿Sólo va tras el diamante? Pero ¿por qué?

—Porque es un objeto de gran valor místico. Forma parte del culto a la diosa. Cuando estuvo en Oriente Medio, Gerard se convirtió a la religión de Inana. Está convencido de que fue la diosa quien lo ayudó en el comercio del opio, quien derrotó a sus enemigos y le permitió hacerse y rico y poderoso.

— ¡Está loco! —exclamó Reed. Ashcombe asintió, afligido.

—Sí, me temo que sí. Desde hace unos años está obsesionado con encontrar el diamante. Francamente, yo no estaba seguro de que ni el relicario ni el diamante existieran, salvo en su imaginación, hasta que lady Kyria y usted me lo enseñaron. Lord Walford es un enfermo. Él... bueno, como les he dicho,

tuvo una juventud desenfrenada, y contrajo la sífilis hace muchos años. Ya ha empezado a mostrar signos de locura. Sabe que está enfermo y que morirá. Pero cree que El Corazón de la Noche puede curarlo.

-¿Qué?

—Ya se lo he dicho, la enfermedad ha afectado a su cerebro. Cree que el diamante y la diosa le concederán la inmortalidad. Ha formado un grupo de adeptos. Algunos son hombres que trabajaron para él en Oriente. Otros son jóvenes ingleses, caballeros impresionables con poco que hacer y escaso seso. Se reúnen y adoran a la diosa. Lord Walford quiere celebrar una ceremonia... como ésas de las que les hablé el otro día, señor Mclntyre.

—Eso explica por qué se llevó la caja, pero ¿qué me dice de Kyria? —preguntó Theo—. ¿Por qué diablos se ha llevado a mi hermana?

—¿No habrá llegado al extremo de querer matarla? — añadió Reed con nerviosismo.

La mirada de Ashcombe se deslizó a su alrededor. El anciano abrió la boca para hablar. Luego se detuvo y se aclaró la garganta.

— Sospecho que pretende recrear una antigua ceremonia en la que el rey... eh... copulaba con la diosa encarnada en una sacerdotisa y... ejem... se convertía en dios inmortal al tiempo que la diosa renacía.

Los tres lo miraron llenos de perplejidad. Por fin Rafe dijo con labios lívidos:

— ¿Pretende decirnos que piensa utilizarla en esa ceremonia para violarla?

—¿Y cómo se supone que renace la diosa? —preguntó Theo con aspereza.

—Bueno, en ciertas culturas era una... una cosa puramente simbólica. La pareja se retiraba y, eh... Pero, en otras, el rey tomaba el cuchillo ceremonial y después de, ejem, la cópula, la sacerdotisa, virgen, por supuesto, era, eh... asesinada.

Capítulo 21

Kyria recobró lentamente la conciencia. Le dolía la cabeza, y no sabía dónde estaba ni qué hacía allí. Cerró los ojos y se quedó quieta un momento. Poco a poco, empezó a recordar lo sucedido ese día. Theo había regresado a casa a última hora de la mañana, y luego, esa tarde, Reed y él...

Abrió los ojos de golpe al recordar que lord Walford se había presentado en el despacho sin anunciarse. Se había apoderado del relicario a punta de pistola y la había obligado a acompañarlo. Recordaba haber atravesado la puerta y salido a la calle. Después de eso, nada.

Estaba claro, pensó, que Walford había conseguido raptarla. ¿Por qué, si no, estaba en aquella extraña habitación? Intentó levantarse, y entonces se dio cuenta de que estaba atada de pies y manos a los postes de la cama con un suave cordón de seda que no rasgaba su piel. No podía moverse.

Y no llevaba su ropa. Un escalofrío la recorrió al mirar su cuerpo. Iba vestida con una suave túnica blanca, parecida a las que había visto alguna vez en las piezas de cerámica de su padre. Llevaba un broche de oro sujeto al hombro, desde el cual le caía a la espalda un largo manto, y alrededor de su cintura tenía una cordón dorado. Le habían soltado el pelo y notaba los rizos alrededor de los hombros. Se le erizó la piel al pensar que alguien la hubiera desnudado mientras estaba inconsciente. Se preguntaba si habría sido el propio Walford.

La puerta se abrió, y Kyria se puso rígida. Lord Walford entró en la habitación. Kyria vio que él también llevaba una larga túnica blanca, con un manto púrpura sujeto a los hombros mediante broches. Un cinturón de oro ceñía su cintura, y de él colgaba una funda de la que sobresalía una empuñadura incrustada de piedras preciosas. Llevaba los pies cubiertos con sandalias doradas. A Kyria le pareció que se había vestido para un baile de disfraces. Walford sonrió.

— Ah, mi diosa, ya estás despierta. Lo celebro. Casi ha llegado la hora de la ceremonia. Te esperamos ansiosamente — Kyria lo miró, confundida. Aquel hombre parecía estar loco—. Por favor, no te enfades conmigo — continuó él en tono de disculpa—. Lamento haberte hecho daño. No era mi intención, pero no había tiempo para explicaciones, para hacerte comprender. Te aseguro que has sido tratada con el mayor respeto, tal y como te mereces.

— ¿Respeto? —preguntó Kyria con voz rasposa, y miró expresivamente sus ropas.

—Oh, no te preocupes. No fui yo quien te puso esas ropas. Una de tus doncellas ayudó a vestirte. Has de ir convenientemente vestida para la ceremonia.
—¿Ceremonia? —repitió Kyria—. ¿De qué está...? No comprendo...
—Yo tampoco comprendí, al principio —Walford se acercó más a ella y la observó con codicioso deleite—. La diosa no revela sus planes a los mortales hasta que llega el momento idóneo. Luego, cuando recibiste El Corazón de la Noche, supe que era el destino. Por primera vez comprendí su milagroso plan y percibí el aliento de su sabiduría —¿la diosa? Kyria se limitó a mirar a Walford, atónita. ¿Se refería a la diosa Inana de la que les había hablado Ashcombe?—. Sabía que ella me concedería la inmortalidad. Sabía que la piedra sagrada me salvaría. Pero hasta que apareciste tú no comprendí que era yo quien debía oficiar la ceremonia. El rey guerrero debe unirse con su diosa. Y tú... tú eres la encarnación de la diosa, belleza y fuego en estado puro. Eres tú quien ha de llevar la joya negra que Inana sacó de las profundidades del averno. Tú quien ha de traer la inmortalidad a tu amante mortal y renacer.
A Kyria le daba vueltas la cabeza. Aquel hombre estaba indudablemente loco... y resultaba aterrador. Parecía pretender copular con ella como se hacía en las antiguas ceremonias que les había descrito Ashcombe. Se estremeció al pensarlo. ¿Dónde estaba Rafe? ¿Dónde se habían metido sus hermanos? ¿Sabían dónde estaba o qué había ocurrido?
—No, por favor. Sé que cree que esto es cosa del destino, pero estoy segura de que no es así —dijo — . Ya tiene la caja. Tiene El Corazón de la Noche. No me necesita.
— Oh, no, mi diosa. Pretendes ponerme a prueba. Pero ahora sé qué debe ocurrir. No vacilaré. Ha llegado la hora. Tus adoradores te esperan.
Walford se volvió con gesto majestuoso y dio una palmada. Cuatro hombres entraron en tropel en la habitación. Llevaban túnicas con las caperuzas alzadas. No se cubrían el rostro con máscaras, y Kyria se dio cuenta con un estremecimiento de horror que ya no les importaba que pudiera identificarlos. Sabían que no saldría viva de allí.
Los encapuchados se adelantaron y uno de ellos se inclinó para desatar los cordones que ataban los pies de Kyria a los postes de la cama. En cuanto hubo desatado los nudos, ella flexionó las piernas y las lanzó hacia delante con todas sus fuerzas, golpeando en la cara al hombre con los pies. Él se tambaleó y cayó hacia atrás sobre una silla. Kyria saltó de la cama, pero aún tenía las

manos atadas a los postes de arriba, y no pudo moverse. Enfurecida, tiró del cordón.

— ¡Maldita sea! —gritó.

— Sujetadla —dijo Walford ásperamente, señalando a los demás hombres, y se volvió hacia Kyria—. No tienes por qué luchar. Vas a ser honrada como te mereces.

Kyria miró a los demás.

— ¡No os atreváis a tocarme! —les gritó, y se echó la cabellera hacia atrás agitando la cabeza—. La diosa os castigará si tocáis a su sacerdotisa. Tendréis una muerte espantosa. Inana no permite que se haga daño a sus doncellas.

Su discurso pareció obrar efecto sobre los hombres, que titubearon y miraron a Walford.

— ¡Oh, por favor! —dijo Walford, irritado—. Os está mintiendo. La diosa quiere que oficiemos la ceremonia, ya lo sabéis. Llevadla abajo —alzó una ceja—. ¿Qué pasa, ingleses? ¿No tenéis valor para hacerlo? ¿Acaso tengo que llamar a esos malditos turcos?

Su comentario pareció espolear a los hombres, que acercaron cautelosamente a Kyria y desataron el cordón del poste de la cama.

—Entonces, ¿sois ingleses? —preguntó Kyria, asombrada. Vio, en efecto, que, bajo las caperuzas, sus manos y sus rostros eran de piel muy blanca. Aquello convirtió su miedo en una ira aún mayor—. Ingleses, ¿y vais a hacerle esto a una mujer?

Dos de los hombres la sacaron a rastras de la cama, sujetándola fuertemente por los brazos. Kyria le propinó una patada al tercero y luego se giró e intentó golpear a los que la sujetaban. Los hombres la arrastraron hacia la puerta. Ella no dejó de debatirse mientras la llevaban a rastras detrás de Walford, ni cesó de gritar y lanzar maldiciones contra los ancestros y la virilidad de aquellos hombres

La pequeña comitiva bajó por unas escaleras, salió a una habitación y siguió descendiendo por una escalera de caracol durante lo que a Kyria le pareció una eternidad. Al fin salieron a un descansillo que se abría sobre una vasta estancia. Kyria se quedó sin respiración.

La habitación estaba construida en piedra gris y era enorme. Tenía al menos dos pisos de alto, y enormes pilares de piedra la sostenían. Alrededor de las paredes había ménsulas con antorchas que proyectaban una luz fantasmal y movediza. Docenas de hombres ataviados con túnicas negras permanecían de

pie, formando un anillo alrededor de un estrado elevado, construido en el centro de la estancia. En medio del estrado se alzaba un bloque de mármol negro, a cada uno de cuyos lados había braseros de poca altura encendidos. De ellos se alzaba en espiral un humo denso, fuertemente aromático.

Kyria recordó sus sueños: las negras paredes de ladrillo y el movimiento de las antorchas, los braseros... Recordó también el miedo que crecía dentro de ella hasta convertirse en terror. ¿Había soñado con ese momento, anticipándose al futuro? ¿O había recordado acaso un instante ocurrido hacía miles de años? Se estremeció, y su cabello se erizo con un miedo tan atávico como la amenaza que se cernía sobre ella.

Walford se detuvo al borde de la ancha escalinata que bajaba al piso inferior, y todas las cabezas se volvieron hacia él. Empezó entonces a bajar la escalera, con Kyria y sus guardianes detrás. Cuando llegaron al pie de la escalera, dos de las figuras vestidas de negro se adelantaron, portando cojines sobre los que reposaban sendas coronas de oro. Tras ellos marchaba otro hombre que sujetaba en sus manos el relicario del santo estandarte, vuelto de tal manera que el diamante negro de su parte frontal miraba hacia arriba.

Los hombres se arrodillaron ante Walford y éste extendió las manos sobre sus cabezas como si los bendijera. Luego tomó la más pequeña de las dos coronas y se volvió hacia Kyria. Ella vio que la corona era una simple banda de oro, en cuya parte delantera se alzaba el nudo de Inana. Walford la colocó solemnemente sobre su cabeza. Luego, tomando el relicario, lo alzó como había hecho el otro hombre y caminó hacia el altar. Se movían a paso lento y mesurado, mientras Kyria seguía debatiéndose, intentando hallar un modo de salir de allí. Tenía que defenderse y ganar tiempo para que Rafe la encontrara De pronto comprendió con una fría punzada de temor que tal vez sus hermanos y Rafe no pudieran encontrarla. En ese caso, dependía únicamente de sí misma. Miró a los hombres que la rodeaban. Sus caras parecían feroces bajo las caperuzas. Componían un cuadro aterrador.

Cuando llegaron junto al estrado, Walford depositó el relicario sobre el altar y se volvió hacia Kyria. A cado lado del altar, una anilla sujetaba un juego de cadenas con grilletes en sus extremos. Los hombres que agarraban a Kyria la colocaron frente al altar, y Walford procedió a ponerle los grilletes alrededor de las muñecas. Ella vio que las cadenas eran lo bastante largas como para que pudiera tumbarse en el altar. Cerró los ojos, deseando no ceder al miedo y mantenerse serena y lúcida. Tenía que pensar, aprovechar cualquier

oportunidad que se le ofreciera, de modo que se obligó a mantener la calma y a mirar a Walford. Ni siquiera intentó golpear a sus guardias con los pies, pues temía que le ataran de nuevo los tobillos.

Tosió. El humo de los braseros era sofocante. Se preguntaba si habría alguna clase de droga en el fuego, quemándose e intoxicando a quienes se hallaban en la habitación. Tragó saliva con dificultad y procuró concentrarse en Walford. No podía permitirse caer en la laxitud.

—No necesitamos esta caja cristiana —dijo Walford con un soplido de desdén y, rodeando con los dedos el diamante negro, intentó arrancarlo.

La piedra permaneció firmemente pegada al relicario. Walford tiró y tiró. Su rostro se puso rojo. Los tendones de su cuello sobresalían por el esfuerzo, pero aún así la piedra siguió donde estaba. Los ojos de Walford centellearon. Masculló un juramento. Tomando la caja con una mano, la estrelló contra el altar de mármol para romperla. Pero la caja permaneció intacta. Walford tiró una y otra vez el relicario sobre el altar, pero no logró romperlo. Aquello habría resultado bastante cómico, pensó Kyria, de no ser por la roja neblina de locura que cubría los ojos de Walford.

Finalmente, jadeando de rabia, Walford sacó de su funda el largo cuchillo ceremonial y lo clavó a un lado de la piedra, intentando desprenderla de la caja. El relicario permaneció incólume. Walford dejó escapar un grito de cólera y arrojó el relicario contra el suelo de piedra. La caja rebotó y rodó sobre el pequeño estrado, y por fin cayó al suelo. Allí se quedó, con la gema aún adherida al marfil.

Walford lo miró furioso un momento, pero al fin logró dominar su ira e indicó a una de las figuras cubiertas de negro que recogiera la caja. El hombre así lo hizo, tendiéndosela a Walford. Kyria vislumbró el rostro absorto de aquel hombre, su boca entreabierta, su semblante flácido y sus ojos vacuos, y sospechó que Walford había suministrado alguna droga a sus acólitos.

Walford tomó la caja y la depositó sobre el altar. Colocó las manos sobre ella, alzó la cara y empezó a entonar un cántico.

— Ven a nosotros, oh, diosa. Ven a nosotros, tus humildes servidores. Oh, Inana, la hermosa, la espléndida, Reina del Cielo, Reina de la Noche, ven a nosotros...

Ashcombe condujo a Rafe y a los hermanos de Kyria a la mansión de Walford. Allí era, les dijo, donde probablemente habían llevado a Kyria.

— Es la mansión de sus ancestros —les explicó—. Una gran fortaleza de piedra construida tras el incendio del siglo pasado. Ya no se encuentra en una zona elegante de la ciudad, y la familia la tenía más o menos abandonada. Los padres de Walford vivían en una casa más moderna, en Mayfair. Pero cuando Gerard regresó, decidió reformar la mansión. Ha modernizado una pequeña parte para vivir en ella y dirigir desde allí sus negocios —Ashcombe hizo una leve mueca de repugnancia, añadiendo—• Su padre se sentiría desolado si supiera en qué se ha convertido su hijo —pareció perderse un momento en sus pensamientos y luego continuó—. Gerard ha hecho reformar los sótanos de la casa. Los ha convertido en una enorme sala diáfana, donde ha hecho colocar un altar de mármol en el que oficia sus ceremonias.

—¿Usted ha estado allí? ¿Lo ha visto? —Rafe pareció esperanzado.

Ashcombe asintió.

—Quería que me uniera a su grupo de adoradores — hizo una mueca—. Me pareció espantoso. Dios sabe qué harán allá abajo. Fumar opio, beber y revolcarse con prostitutas, supongo, y fingir que todo es una especie de culto religioso.

—¿Por qué no ha ido usted entonces a esa ceremonia? — preguntó Rafe.

—Me negué a unirme a ellos. Le dije que era demasiado viejo para esas cosas. Como en ese momento Gerard todavía estaba buscando el relicario, creo que me necesitaba demasiado como para forzarme a actuar contra mi voluntad. Además, seguramente pensó que les aguaría la fiesta.

—Pero usted puede franquearnos el acceso a esa habitación — dijo Rafe.

Ashcombe asintió.

—Oh, sí, sé dónde está. Se entra por una puerta lateral. Pero seguramente habrá uno o dos guardias.

—Nosotros nos ocuparemos de ellos —dijo Theo con aspereza.

La casa estaba, en efecto, junto al Támesis, en una zona depauperada que siglos antes había sido un barrio elegante. Se hallaba rodeada de muros de piedra, con altas puertas de hierro que cerraban el camino de acceso. No había ningún guardia en la verja. Rafe trepó rápidamente por ella y la abrió desde el otro lado para que los demás entraran. Dejaron las puertas abiertas y ordenaron al cochero que los esperara en la calle.

Corrieron por el camino de entrada, moviéndose tan rápido como podían sin dejar atrás a Ashcombe. La casa cuadrada, de piedra, se cernía sobre ellos, tétrica y amenazadora. No había luces en las ventanas. Ashcombe se dirigió a

un flanco de la casa en el que sobresalía una torre. Un guardia vestido de negro permanecía apostado junto a la puerta de la torre, apoyado contra la pared con los brazos cruzados.

Rafe agarró a Ashcombe del brazo, haciéndole detenerse, y miró a los otros dos. Reed y Theo asintieron con la cabeza, y, separándose, los cuatro comenzaron a acercarse sigilosamente al guardia. Éste no los vio hasta que estaban casi encima él. Miró a un lado y, al ver a Theo, profirió un grito y sacó un cuchillo que llevaba en la cintura. Pero antes de que pudiera abalanzarse sobre Theo, Rafe le golpeó con la culata de la pistola en la nuca, y el hombre cayó al suelo desplomado.

Le quitaron rápidamente el arma, la túnica y un juego de llaves y le ataron las manos y los pies usando las corbatas de Theo y Rafe. Éste se puso la túnica y abrió la puerta de la torre. Dentro había una habitación circular, vacía salvo por la presencia de otro guardia que permanecía de pie delante la puerta interior. El guardia se volvió sorprendido cuando Rafe entró. Rafe cruzó rápidamente la estancia y lo dejó inconsciente de un puñetazo en la mandíbula. Los otros entraron tras él. Esta vez usaron las corbatas de Ashcombe y Reed para atar al guardia, y a continuación abrieron la puerta interior. Una escalera estrecha y sombría bajaba en espiral ante ellos.

—La sala está al final de la escalera —musitó Ashcombe.

—Está bien. Vamos —dijo Rafe—. Ashcombe, usted puede esperar aquí o irse, como quiera.

El rostro del hombre se crispó.

—Voy con ustedes.

— Bien, entonces. Vamos.

Bajaron las escaleras tan rápido como les permitía la oscuridad. Al cabo de unos minutos comenzaron a oír un leve murmullo de voces. El ruido se hizo progresivamente más intenso, hasta que al fin salieron a un amplio descansillo y contemplaron asombrados la vasta habitación que se abría ante ellos. Sus mismas dimensiones resultaban asombrosas, pero lo que al instante atrajo su atención fue el estrado del centro de la estancia. Sobre él había un altar negro, en uno de cuyos extremos estaba Kyria, encadenada por las manos a la losa de mármol. Llevaba el pelo suelto, ceñido con una sencilla banda de oro a modo de tiara. Vestía una túnica blanca, y a la luz vacilante de las antorchas parecía una figura sacada de una vasija antigua. Junto a ella permanecía Walford, ataviado con una túnica blanca y un manto púrpura que le caía desde los

hombros. Una fina corona de oro, semejante a la de Kyria, reposaba sobre su cabeza. Tenía las manos cerradas sobre algo y entonaba un cántico.

—Óyenos, oh, Inana, Madre del Cielo, Madre de la Tierra. Escucha la voz de tus hijos, que te aguardan en la oscuridad. Escúchanos y ven a nosotros.

Rafe y los otros se miraron, aliviados porque Kyria estuviera viva y al parecer indemne, pero preguntándose al mismo tiempo cómo iban a arreglárselas para rescatarla. Los hombres de Walford les superaban ampliamente en número, pero ellos iban, desde luego, bien armados. Sin embargo, dado que Walford se encontraba junto a Kyria, el rifle que llevaba Reed resultaba inútil, y Rafe dudaba incluso de utilizar las pistolas, dada la facilidad con que una bala perdida podía herir a Kyria. Se inclinó hacia Theo y Reed y murmuró:

—Yo tengo buena puntería. Creo que puedo dar a uno o dos de los del fondo, de los más alejados de Kyria. Eso les asustará. Luego bajaremos las escaleras y... —Rafe se irguió al oír pasos tras ellos. Se giró, al igual que los demás, y apuntó hacia el hueco de la escalera. Se oyeron más ruidos sofocados, y una figura ataviada de blanco apareció sigilosamente en el descansillo.

¡Los guardianes! Rafe suspiró, aliviado, y bajó las armas mientras otros cuatro monjes salían en silencio de la escalera, armados con bastones. Tras ellos iba Dimitri Rostokov, el príncipe ruso, que, vestido con traje de etiqueta y con una especie de banda cruzada sobre el pecho portaba una pistola de cañón largo. Theo miró a su hermano inquisitivamente, y Reed asintió con la cabeza y, agarrándolo del brazo, se inclinó hacia él y susurró:

—Éstos son los guardianes del santo estandarte. Ellos nos ayudarán. El otro tipo no sé quién es.

— No preguntes —Rafe se acercó sigilosamente al hermano Josef, que parecía tan sorprendido de ver al grupo de Rafe como ellos de ver al suyo. Rafe miró al ruso, pero decidió seguir su propio consejo. Aquél no era momento de ponerse a hacer preguntas.

— El relicario nos ha llamado —susurró el hermano Josef—. Corre un grave peligro. Lo hemos percibido. Por eso estamos aquí.

Rafe no vio razón para discutir las extrañas razones que habían atraído hasta allí a los guardianes.

— Bien —se limitó a decir—. Ahora somos nueve — condujo a los otros hombres hasta el borde del descansillo para que contemplara la descabellada escena que tenía lugar ante ellos.

Kyria miraba a Walford mientras éste continuaba invocando a Inana. Walford tenía el rostro desencajado y los ojos enfebrecidos. De pronto se giró y, agarrando a Kyria de las manos, la obligó a ponerlas sobre el diamante.

— Sagrada diosa, óyeme. Ven a nosotros en toda tu gloria. Ven ahora al sagrado lecho nupcial. Tú caminas en la luz. Tu presencia nos llena de gozo. Ven a mí, oh diosa de la gloria. Ven a este sagrado lecho y desvela tus infinitos encantos. Yo, tu humilde servidor, te invoco. Ven y restaura toda vida. Tráeme tu divina gracia, tu poder infinito. Permite que me una a ti y reine para siempre. Báñame en tu sagrada sangre. Concédeme la vida eterna.

Kyria asió el relicario y sintió que el enorme diamante se clavaba en su palma. Cerró los ojos al ocurrírsele una idea.

— ¡Oh, sagrada diosa! —gritó—. ¡Gloriosa Inana! —a su lado, Walford calló y se volvió a mirarla. Tal vez, pensó Kyria, pudiera pillarle desprevenido y golpearle en la cabeza con la caja—. ¡Madre del cielo! —gritó, irguiéndose y echando hacia atrás la cabeza. Abrió los ojos y miró intensamente hacia las altas columnas — . ¡Madre de la tierra! ¡Atiende mis súplicas! Tu hija de llama. Ven a mí y préstame tu fuerza —sentía que todo el mundo la miraba. Walford, que la observaba fijamente, apartó sus manos de las de ella. Kyria apretó con más fuerza el diamante. Lo notaba extrañamente caliente en la palma—. ¡Ven en ayuda de tu doncella, oh, madre de los dioses! —el calor del diamante parecía trasmitirse a sus manos y difundirse por sus brazos. De pronto sintió una extraña oleada de fortaleza y se notó levemente aturdida al tiempo que las palabras afluían a su garganta, brotando de ella con una voz áspera, distinta a la suya—. Reina soberana, asísteme en esta hora de necesidad. Diosa del amor. Diosa de la guerra. Señora de los abismos insondables. Tú extrajiste la vida de la oscuridad, el poder de la flaqueza. Ahora, dame tu poder.

El diamante parecía palpitar en su palma. Alzó la mano y la piedra se desprendió fácilmente. Refulgía con una extraña luz roja y oscura que parecía surgir de sus profundidades y brillar entre los dedos de Kyria, traspasando con su fulgor la palma de su mano, que brillaba, roja, como si su sangre estuviera en llamas. Walford dio un paso atrás y miró a Kyria espantado.

—Madre de todos los cielos, ayúdame —gritó Kyria, alzando la mano — . ¡Azote del mal, socórreme en esta hora! —con un grito final, se abalanzó sobre Walford y clavó la espléndida piedra en la frente de su raptor con todas

sus fuerzas. Walford se tambaleó y cayó al suelo con estrépito. Y, en ese momento, se desató un pandemonio.

Unos gritos feroces resonaron sobre ellos. De pronto, comenzaron a sonar disparos. Kyria se tiró al suelo y se acurrucó junto al altar al tiempo que un grupo de hombres bajaba la escalera, dando voces. Aquellos hombres cayeron sobre el grupo de acólitos de Walford, a los que la actuación de Kyria y la súbita pérdida de su líder parecía haber desmoralizado. Aturdidos y embotados por las drogas, apenas opusieron resistencia cuando Rafe, los hermanos de Kyria y los guardianes del santo estandarte se lanzaron sobre ellos.

La pelea acabó en cuestión de minutos, y Rafe logró abrirse paso hasta el altar y se inclinó solícito sobre Kyria, que seguía acurrucada en el suelo, apoyada contra el frío mármol del altar.

—Kyria, Kyria, amor mío —acarició suavemente su pelo—. ¿Estás bien?

Kyria alzó la mirada hacia él. Se sintió repentinamente débil y empezó a temblar incontroladamente.

— ¡Rafe! ¡Oh, Rafe! —se lanzó en sus brazos con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Oh, Rafe, abrázame! No me dejes.

— Nunca —prometió él solemnemente, rodeándola con sus brazos — . Nunca te dejaré.

— Dudo que alguna vez conozcamos toda la historia —dijo Reed, que se hallaba de pie junto a la chimenea, con el brazo extendido sobre la repisa.

— No, seguramente no —convino Theo.

Ambos miraron a su hermana, que estaba acurrucada en el sofá, junto a Rafe. Kyria estaba extrañamente callada desde que Rafe la sacara de la casa de Walford la noche anterior.

Rafe la había llevado directamente a su habitación y les había dicho a sus hermanos que pasaría la noche con ella, desafiándolos con la mirada a oponerse a su voluntad. Ellos habían aceptado sin rechistar, y, tras abrazar a los gemelos, Kyria se había acostado y Rafe había cerrado la puerta, dejando fuera al resto del mundo.

Reed y Theo se habían ocupado de todo lo demás. Habían avisado a la policía y la habían conducido hasta la casa de Walford. Al parecer, éste había muerto de la manera más extraña, con la frente aplastada por un golpe entre los ojos. La policía no había podido averiguar qué le había golpeado de manera tan

certera en el lugar exacto para matarlo. Los hermanos Moreland se habían limitado a encogerse de hombros, fingiendo ignorarlo.

Los guardianes acababan de visitar a Kyria en Broughton House, acompañados de nuevo por el príncipe ruso. Se habían marchado llevando consigo el santo relicario, pero habían insistido en que Kyria conservara la enorme piedra negra, diciendo únicamente:

— Le pertenece a usted, madam.

—Me ha sorprendido descubrir que el príncipe Dimitri estaba en realidad ayudando a los guardianes —comentó Kyria.

—Sí. Él mismo me lo explicó anoche, después de la pelea —dijo Reed—. Los guardianes se trasladaron a sus tierras hace mucho tiempo, cuando emigraron más al norte, huyendo del Imperio Otomano. Su familia los ha protegido desde entonces. La desaparición del relicario fue un duro golpe para él.

—¿Qué hay de Habib y del francés? —preguntó Rafe.

Reed se encogió de hombros.

— La policía los ha interrogado a ambos. Habib se derrumbó finalmente y confesó que siguió a Kousoulous desde Turquía y que lo mató en Broughton Park. Llevaba varios años trabajando para Walford, buscando el relicario. Confesó el plan de Walford para apoderarse de la caja, incluyendo pagar a esos dos tipos que entraron a robar en Broughton Park. Al parecer, Walford decidió que no podía fiarse de mercenarios y encargó el secuestro de Alex a sus propios hombres. Sospecho que, cuando sigan la pista del propietario de ese almacén, descubrirán que pertenece a Walford. Pero Brulatour, por extraño que parezca, resultó ser simplemente un coleccionista de objetos antiguos —prosiguió Reed—. Por lo visto es un industrial francés, un nuevo rico que invierte su tiempo libre en adquirir cuantos objetos valiosos puede.

— Pero ¿cómo supo lo del relicario? —preguntó Kyria.

—Por lo visto, en un momento de debilidad, Habib le contó a otro tratante por qué estaba en Inglaterra, y ese tipo avisó a Brulatour. Monsieur Brulatour vino a hablar con Habib, y éste le informó de que el relicario estaba en tu poder a cambio de unos miles de francos — Reed miró un momento a Kyria y se removió, inquieto, sobre sus pies — . Eh... ¿te encuentras bien, Kyria? Kyria le dedicó una leve sonrisa.

— Sí. Sólo estoy... No sé. Creo que me siento un poco aturdida. Cuando pienso en lo que hice y dije anoche... Fue todo tan extraño. Es casi como si hubiera sido un sueño.

— A mí me diste escalofríos —comentó Rafe, sonriendo—. Cuando levantaste el diamante y empezaste a invocar a la diosa... —fingió un estremecimiento exagerado—. Espero que nunca te enfades conmigo.
Kyria le hizo una mueca.
—¿Qué vas a hacer con ese diamante, Kyria? —preguntó Theo con curiosidad.
Kyria se metió la mano en el bolsillo, sacó la piedra y la acarició con el pulgar.
— He estado pensando en ello. Es preciosa, pero creo que no debe estar guardada en una caja fuerte. ¿Sabéis dónde creo que estaría muy bien?
—¿Dónde?
—En ese claro del bosque, junto a Broughton Park. El de las piedras.
— Ah —los otros asintieron, pensando en aquella arboleda apartada, con su fantasmal grupo de dólmenes.
—Parece un sitio adecuado para la Diosa. Una de las piedras tiene un hueco profundo. Creo que lo pondré allí.
— Creo que tienes razón —Rafe se inclinó hacia ella y la besó en la frente.
— ¡ Kyria!
Todos levantaron la mirada cuando Con y Alex entraron en la habitación.
—¿Estás bien? —preguntó Alex.
—Reed dice que tenemos que estar callados cuando estemos contigo. ¿Es cierto? —añadió Con.
Kyria sonrió y abrazó a sus hermanos.
—No, pero tenéis que darme un abrazo muy fuerte.
—Jo, Kyria... —dijeron a coro, sonrojándose.
Los gemelos se quedaron unos minutos y le mostraron a Kyria las cosas interesantes que habían encontrado en el jardín esa mañana. Luego Theo y Reed les hicieron salir.
—Creo que es hora de que dejemos descansar a Kyria —dijo Reed, empujando a los gemelos hacia la puerta.
Theo sonrió, guiñó un ojo a Kyria y a Rafe, y salió tras ellos. Por primera vez ese día, Rafe y Kyria se quedaron solos.
Kyria se miró las manos. Todavía se sentía cansada por los acontecimientos de la noche anterior. Pero no era ésa la razón por la que había estado tan callada. Había pasado toda la noche en brazos de Rafe, y había sido delicioso. Se había sentido segura y protegida, y era consciente de que no deseaba que

aquello acabara. Amaba a Rafe y quería pasar el resto de su vida con él. Ahora comprendía por qué se casaba la gente. No imaginaba dicha mayor que pasar el resto de sus días con Rafe.

Sin embargo, Rafe no le había dicho ni una sola palabra de amor. Por más fuerte que la hubiera abrazado, por más dulcemente que la hubiera besado, no había dicho que quisiera casarse con ella. Kyria sabía que había disfrutado de la pasión que compartían, pero sin duda ésta no era suficiente para retenerlo a su lado. Su aventura había concluido. Rafe ya no tenía razón para quedarse en Londres. Pronto emprendería de nuevo su viaje por Europa, y ella lo perdería para siempre. Aquella idea aterrorizaba a Kyria y la llenaba de tristeza.

Rafe se levantó y se apartó de ella. Luego dio media vuelta y regresó a su lado.

— Eh, Kyria... Yo, ejem, quería hablar contigo de una cosa.

Kyria sintió el corazón como si fuera de plomo en el pecho. ¡Rafe iba a decirle que se marchaba! No logró alzar los ojos hacia él, y temió echarse a llorar.

—Está bien —dijo, intentando contener las lágrimas.

—Verás, cuando vine a Inglaterra tenía intención de hacer un viaje por toda Europa. Y el caso es que creo que me vendría bien ir con alguien que me sirviera de guía. Ya sabes, alguien sofisticado. Así que estaba pensando que, bueno, que tal vez quisieras acompañarme.

— ¡¿Qué?! —Kyria alzó la cabeza y lo miró con sorpresa. ¿Le estaba pidiendo que fuera su amante? La idea le atravesó el corazón.

— Naturalmente, tendríamos que retrasar el viaje varios meses. Sé que querrás una boda por todo lo alto. Pero el viaje podría ser nuestra luna de miel.

— ¡Luna de miel! —exclamó Kyria, incapaz de dar crédito a lo que oía—. ¡Luna de miel! ¿Me estás... me estás pidiendo...?

—Ah, demonios, Kyria, a mí no se me dan bien estas cosas —dijo Rafe apesadumbrado, y, metiéndose la mano en el bolsillo, sacó una cajita. Se acercó a ella, apoyó una rodilla en el suelo y abrió la cajita. Kyria se llevó la mano a la boca al ver que contenía un enorme y reluciente anillo de esmeraldas.

— ¡Un anillo! ¡Me has comprado un anillo!

— Sí. A eso fui ayer por la tarde. Sé que debería pedirles permiso a tus padres y todo eso, pero pensé que era mejor preguntártelo a ti primero, o te enfadarías. Así que fui a buscar el anillo. Quería uno que fuera apropiado para

ti. Sé que muchas mujeres prefieren los diamantes, pero éste me gustó. Verás, es casi del mismo color que tus ojos.

—Es precioso —dijo Kyria con voz temblorosa, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Oh, vamos, no llores —dijo Rafe, y se llevó la mano de Kyria a los labios para besarla—. Si no quieres casarte conmigo, no tienes más que decirlo. Sé que tu familia quizá no lo apruebe, porque soy americano y no tengo título. Pero tengo un montón de plata. Puedo mantenerte. Y nadie podría quererte más que yo. Antes de conocerte, pensaba que no podía amar nada ni a nadie. La guerra mató algo dentro de mí. No tenía corazón, ni hogar. Luego tú apareciste en mi vida como caída literalmente del cielo. Y comprendí que tú eras mi corazón. Donde tú estés, estará mi hogar. Te quiero, Kyria.

— ¡Oh, Rafe! ¡Rafe! No sabía que me querías. Nunca me lo dijiste. Pensaba que ibas a decirme que te marchabas.

— ¡Marcharme! —Rafe la miró atónito y se echó a reír—. No, no voy a ir a ninguna parte. Aunque me rechazaras, me quedaría aquí y seguiría intentándolo. Así soy yo —hizo una pausa y añadió suavemente — . Bueno, entonces, ¿te casarás conmigo?

— ¡Sí! —exclamó Kyria, radiante — . Claro que me casaré contigo. Te quiero desesperadamente.

— No hace falta que sea desesperadamente —Rafe sonrió y se levantó, tomando a Kyria en sus brazos. Sólo para siempre.

— Sí, para siempre.

Nota de la Autora

Para aquéllos a quienes les guste separar la realidad de la ficción:

El emperador Constantino, su visión, su estandarte y las batallas que libró con otros emperadores, así como su tolerancia para con la iglesia cristiana primitiva, pueden hallarse en los libros de historia, aunque aquí estén presentados en forma sumamente esquematizada y concisa. Por desgracia, el saqueo de Constantinopla y el expolio de los tesoros de sus iglesias por los caballeros occidentales durante la Cuarta Cruzada son también hechos ciertos. El culto a una poderosa deidad femenina llamada indistintamente Inana, Astarté, Istar, etc., floreció en la antigua Mesopotamia y sus zonas adyacentes, y el relato de su bajada a los infiernos y de su renacimiento formaban, en cierto modo, parte de su culto. Sin embargo, el relicario que aparece en este libro, así como su contenido, el diamante negro llamado El Corazón de la Noche, la orden de los monjes guardianes y la ceremonia que se oficia en él, son, al igual que todos sus personajes y acontecimientos, enteramente fruto de mi imaginación y, tal y como suele decirse, no guardan parecido alguno con ninguna persona real, viva o muerta.